LA LISTA

STEVE BERRY

LOS IMPERDIBLES

LA LISTA

LOS IMPERDIBLES

STEVE BERRY

LA LISTA

Traducción de Gemma Deza Guil

DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2026

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los hechos descritos son producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Título original: *The List*
© Steve Berry 2025
© de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
© 2026, de la traducción: Gemma Deza
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: noviembre de 2026

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Plaça Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq. 08010 Barcelona (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-88273-23-0
DL B 14.227-2026

Composición: David Pablo
Diseño de cubierta: Laura Zuccotti
Conversión a formato digital: Brioworkx

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Para Richard L. Daley
Gracias

¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde la vida?

Marcos 8, 36

DOS AÑOS ATRÁS

Prólogo

Matar ancianos era como disparar a unas latas sobre un tronco.

Demasiado intrascendente para llamar la atención.

Y lo que era aún peor: la Prioridad llegaba tarde.

El viejo aparecía cada viernes entre las seis y las seis y media de la mañana, puntual como un reloj, tal como indicaba explícitamente el expediente. Predecible como el escuadrón de moscas amarillas que habían salido de la nada hacía media hora y no dejaban de darle la lata.

Pero, casualmente, ese día no.

De todos los viernes, el maldito viejo decidía llegar tarde precisamente hoy.

Por supuesto, de haber tenido alguna expectativa real –el éxtasis del éxito, la emoción de la caza o chorradas por el estilo–, la hora que acababa de pasar sofocándose bajo el calor de agosto no le habría resultado tan lamentable.

Bajó los prismáticos y contempló la apacible escena bucólica. Los arbustos de madreselva, las palmas enanas y los pinos que bordeaban la orilla nordeste de aquel remanso de paz le proporcionaban un buen escondite en el que su traje de camuflaje pasaba totalmente desapercibido. El arroyo que conducía a la laguna de Brooks discurría dibujando meandros, con el lago Eagle al fondo.

Con un poco de suerte, en cuestión de minutos todo aquello habría acabado.

El viejo dio fuerza al acelerador del esquife para cruzar el lago Eagle. Su mujer solía decir que aquella masa de agua era su amante con curvas. Y tenía razón. Habían transcurrido cerca de treinta años desde que había visto a las excavadoras y los tractores de carga esculpir sus orillas y trasladar la tierra que antaño sostuvo pinos y plantas de soja a toda Georgia como tierra de relleno. Con el tiempo llenaron de agua la gigantesca oquedad y pasó a ser fácilmente identificable como una mancha azul en el mapa del estado.

Él había sido uno de los primeros en probar aquella expansión virgen, seducido por ella desde el principio, y esperaba que lo último que vieran un día sus cansados ojos de color avellana fuera el reconfortante gris parduzco de las tranquilas aguas del lago Eagle.

Inspeccionó el cielo matutino. El sol aún tardaría al menos una hora en coronar los pinos más altos que se alzaban en la orilla este. Sin nubes a la vista, la densa capa pegajosa de humedad era el único recordatorio de las feas tormentas que habían descargado los dos últimos días. A los pájaros y a las ranas arborícolas no parecía importarles el bochorno. Ni a los insectos.

A él tampoco.

Divisó más adelante la rendija en la orilla que tan bien conocía.

Soltó el acelerador.

El motor fueraborda aminoró la marcha paulatinamente, ralentizando el avance del esquife. Sabía que la mayoría de los pescadores del condado de Woods evitaban la laguna de Brooks por cuatro razones prácticas: su angosto espacio, con solo cuatro metros y medio de orilla a orilla; la abundancia de mosquitos y moscas amarillas; el insoportable bochorno que hacía la mayor parte del año...

... y el arco de ramas que marcaba el umbral.

Gruesas ramas de robles de agua se enroscaban en espiral formando una barricada a todo lo ancho. El espacio entre la corteza y el agua era limitado, de apenas un metro veinte, lo cual solo permitía transitarlo con botes de cierto tamaño y forma, como su esquife de fondo plano, que había comprado hacía tres años específicamente para usarlo en la laguna de Brooks.

Dejó que el motor fueraborda se apagara del todo y luego avanzó poco a poco con un motor para pesca al curricán de medio caballo de potencia montado en la proa.

Las ramas se acercaban.

Treinta años de visitas le habían enseñado exactamente cuándo agacharse y durante cuánto tiempo. Una vez franqueada la barrera, el arroyo serpenteaba por el interior de la península unos veinte metros hasta desembocar en un laguito aislado donde sabía que aguardaba la mejor pesca de toda la Georgia central.

Divisó al viejo.

Ya era hora, maldita sea.

Qué espanto de calor. Y de bichos. Y de hiedra. Al menos el día anterior había aire acondicionado, aunque aquel vejestorio setentón no hubiera dejado de retorcerse hasta el último aliento. Lo cierto es que le gustaba que se resistieran un poco. Le añadía emoción. Lo convertía en un desafío. Eso sí, sin excesos. Nada de moretones, cortes, sangre ni ADN. Todas esas huellas eran pruebas que podían echar a perder una buena faena.

Meneó la cabeza a ambos lados.

La gente era tan puñeteramente predecible... Con unas vidas regidas por la agenda, parecían ajenos a los riesgos que entraña la regularidad. Pongamos por ejemplo esta Prioridad. Cada viernes, pasara lo que pasase, lanzaba su bote al agua por la rampa de botadura del condado y ponía rumbo directamente a la laguna de Brooks. Incluso su trayecto a través del lago Eagle era invariable. Como si de una autopista invisible hacia el nordeste se tratara, lo recorría siempre justo después del alba, y permanecía en su rincón de pesca hasta la hora de comer. Para entonces solía haber pescado unas cuatro o cinco lubinas. Y ocasionalmente algún siluro. Podría haber variado su rutina de vez en cuando. Probar, por ejemplo, la orilla suroeste o la este. Pero no. Era viernes, así que su destino era la laguna de Brooks.

Cuánto le gustaban los animales de costumbres, maldita sea.

El viejo lanzó otra mirada rápida al cielo de primera hora de la mañana. Los tonos amarillentos y anaranjados estaban siendo rápidamente reemplazados por el azul. Se avecinaba un día esplendoroso de verano. Y los días de entre semana no había nada mejor que una buena pesca matutina, justo después de amanecer, en soledad.

Alargó la mano para coger su caña de pesca vertical favorita. Años atrás había tardado un mes en tallar una a partir de una caña. Ahora podían comprarse en cualquier parte, se fabricaban modelos profesionales de nailon flexible y ligero. Poco a poco, tal como le había enseñado su padre, ató un nudo festón invertido especial para asegurarse de que el cebo que sumergía quedara bien sujeto. Con su forma y sus colores, el señuelo imitaba a un pequeño pargo, la tentación ideal para cualquier lubina hambrienta y cegata.

Comprobó los anzuelos triples a proa, a popa y al través. Impecables. Listos para enganchar. Alargó la caña negra desde el barco y fue sumergiendo el señuelo muy despacio, con suavidad, bajo la queda superficie. La mejor hora para pescar en la laguna de Brooks era por la mañana. A mediodía, después de que el sol caldeara las tibias aguas, el calor empujaba a los peces hacia el frío fondo del lago. A esa hora, apenas despuntada el alba, el entorno era perfecto. Clavó la mirada en las negras grietas de la orilla este del arroyo. Había ganado en dos ocasiones el Premio al Pescador de Oro concedido por la Asociación de la Lubina del Condado de Woods, y sabía bien que las lubinas de boca grande acostumbraban a salir de aquellas hendiduras.

El señuelo se hundió.

Con suma delicadeza intentó atraer a las presas moviendo la caña arriba y abajo, haciendo que, con su chapoteo, el pececillo de plástico simulara un alevín de pargo investigando la superficie. No tardarían mucho más. Nunca tardaban. El truco radicaba en saber cómo chapotear el señuelo. Aplicar una fuerza excesiva ahuyentaba a las lubinas. Y, por el contrario, hacerlo con excesiva delicadeza no conseguía captar su atención.

Notó un fuerte tirón del sedal.

Sujetó la caña con fuerza y aguardó, esperando a que los anzuelos se clavaran en profundidad. Tirar de la caña demasiado pronto únicamente le devolvería el señuelo vacío. Cuando notó que el pez había picado, tiró con fuerza de la caña y, con movimientos frenéticos, el pescado cayó en su barca.

¡Gloria al cielo! ¡Cuánto le gustaba la pesca vertical!

Apretó con la bota a la lubina que se retorcía en el fondo de la barca y le metió un dedo en las agallas. Con cuidado, retiró el anzuelo y admiró el ejemplar. Dos kilos. Quizá dos y medio.

Saldrían unos filetes excelentes.

Estaba listo.

Algunas veces habría preferido acabar con ellos retorciéndoles el pescuezo, sin más. Sería mucho más fácil y le evitaría tomarse tantas molestias. Pero las muertes que debían pasar desapercibidas requerían imaginación y creatividad. Un talento para combinar lo previsible con lo inesperado.

Como una forma de arte.

Había que crear el escenario perfecto en la mente de la Prioridad.

El viejo depositó la lubina en la neverita portátil y luego se inclinó hacia un lado y se limpió los restos de pescado de las manos en el agua. A continuación sacó una manzana de otra neverita. Se había quedado dormido y había salido de casa deprisa, sin tiempo para tomarse su bol de cereales y el café de costumbre.

En lo alto, las golondrinas y los cenzontles piaban de árbol en árbol en busca de su propio desayuno. Una agradable vaharada de madreselva acompañaba a las abejas que libaban néctar. Debería haber comprado una parcela en aquel lugar años atrás, antes de que el precio de las propiedades a orillas del lago se disparara por las nubes. No obstante, incluso ahora la falta de una acometida de agua

y un alcantarillado adecuados, así como de carreteras pavimentadas, había mantenido al mínimo el número de viviendas construidas en la zona. Sobre todo allí, en la ribera nordeste. No había más que pinos taeda en kilómetros a la redonda.

Se comió la manzana y, como siempre, tiró el corazón al agua, donde no tardaría en servir de cebo. No fallaba. Siempre atraía a algún pez.

Con la caña en la mano, volvió a lanzar el señuelo al agua.

Buscó en el bolsillo de su mono y encontró un paquete de chicles de menta. Se llevó uno a la boca para refrescarse el aliento. Era casi una reacción condicionada: muerte y boca seca.

¿Un hábito?

Sonrió por la ironía.

Luego, volvió a fijar la vista en el viejo sentado en su embarcación a unos cincuenta metros de distancia. Pasó un minuto. Agitó la muñeca y el colaborador que se encontraba junto a él entendió qué debía hacer.

Actuar en el momento preciso era fundamental.

Nada fuera de lo normal salvo...

El viejo oyó alboroto a lo lejos, entre los densos matorrales de la orilla, más allá del punto en el que el arroyo dejaba el estanque para serpentear tierra adentro. Muy poca gente frecuentaba aquellos bosques, lo que le llevó a preguntarse si tal vez se trataría de un ciervo, un jabalí o un oso pardo. Quince metros más allá de la laguna, el follaje se despejaba y formaba una pequeña cala. Escudriñó el bosque con la mirada y divisó el chaleco naranja de un cazador.

–¡Hola! –gritó una voz masculina–. ¿Hay alguien ahí? Necesito ayuda.

Recogió la caña de pescar y la metió rápidamente en el bote.

–Por favor, no se vaya –dijo la voz.

De entre la maleza salió un hombre que había quedado enmarañado en una zarzamora a orillas del agua.

–¿Qué le ocurre? –preguntó.

–Es mi amigo. Estábamos cazando jabalíes y ha tropezado. ¡Dichosa raíz! Creo que se ha roto el pie. No puedo llevarlo hasta la camioneta. ¿Podría usted llevarlo en su embarcación hasta un punto donde yo pueda recogerlo?

Examinó al cazador. Debía de rondar los treinta y cinco años, de mentón cuadrado y rapado al cero. Un desconocido. Pero mucha gente procedente del sur y del centro de Georgia iba a cazar al condado de Woods. Desde luego, iba vestido para la ocasión. Camiseta de cuello redondo bajo el chaleco naranja fluorescente. Unos pantalones de camuflaje cubrían sus cortas piernas. Botas manchadas de barro. Guantes negros.

–¿Puede caminar? –preguntó.

–Apenas –respondió el cazador, intentando recobrar el aliento–. Pero creo que puedo traerlo hasta aquí si después usted me ayuda a subirlo a la barca.

–Vaya a por él. Yo iré acercándome a la orilla.

El cazador desapareció en el bosque.

El viejo desplazó las dos neveras, la caja de los aparejos y el bidón de combustible adicional hacia la popa y acercó la embarcación hacia el claro donde había visto al cazador.

Varó la proa y desembarcó en la orilla para esperar. Al cabo de un par de minutos, el cazador con el que acababa de hablar reapareció ayudando a otro hombre que iba vestido de manera casi idéntica. Su compañero parecía mayor, más corpulento, y le costaba caminar incluso con ayuda, a juzgar por los gritos que profería al avanzar por la maleza. El viejo esperó junto a su esquife hasta que salieron de entre los matorrales y luego se les acercó para ayudar.

El cazador con el pie torcido lo agarró por el pelo.

Le arqueó el cuello hacia atrás.

Notó un dolor agudo recorriéndole la columna.

Otra mano le cubrió el rostro. Notó un paño frío con un olor nauseabundo, a tripas de pescado desecadas al sol. Clavó sus ojos

en los del cazador. De un color gris acero con una voluta añil y una mirada de placer aterradora. Lo agarró con más fuerza. El olor le mareó. Le temblaron las rodillas y acabaron fallándole. Cayó al blando suelo y robó una última mirada al cielo.

Luego, todo quedó a oscuras.

Se sacó el *walkie-talkie* del bolsillo trasero e informó:

–Ya lo tengo. Ven.

Aunque quedaba oculta a la vista, sabía que en la entrada a la laguna de Brooks había otra embarcación que avanzaba hacia su posición, con un ocupante montando guardia con un sedal sin cebo sumergido en las parduzcas aguas y el *walkie-talkie* a punto por si era preciso alertar. Se quitó los guantes de piel negros, dejando a la vista otros de látex. Su colaborador lo imitó. Juntos, levantaron al viejo y lo colocaron dentro del esquife. Luego, salpicaron de agua la orilla y alisaron el suelo húmedo con unas frondas de palmera para borrar todo rastro de su presencia.

Subió al esquife sorteando el cuerpo del viejo y se sentó en la popa. Su colaborador lo siguió, pero permaneció cerca de la proa. Con ayuda del remo, desplazó el bote hacia el lago y con el salabardo pescó el corazón de manzana del agua. Le lanzó una mirada fugaz para comprobar si había quedado algún bocado, pero aquel vejestorio no había dejado más que las semillas. Le metió el corazón en la boca al viejo y luego maniobró el esquife por el arroyo en dirección al lago.

Esquivó las ramas de roble y orientó la barca hacia el umbral de la laguna. Su otro colaborador ya se hallaba a la vista, mirando hacia el esquife. Una discreta señal confirmó que todo iba bien. Dejó el remo a un lado y puso en marcha el motor fueraborda de cincuenta caballos.

El motor cobró vida con ímpetu. Las revoluciones aumentaron.

El aceite salió a borbotones, formando una nube tóxica.

Con otra señal con la mano le indicó a su colaborador, sentado en la proa, que enderezara al viejo en el asiento central. Para mantener

recto el cuerpo flácido, su colaborador aguantó la cabeza del viejo por la barbilla, agazapado delante de él. Volvió la vista atrás una última vez, y su otro ayudante le confirmó que no había nadie que pudiera verlos u oírlos. Viendo que todo estaba en orden, puso en marcha el motor fueraborda.

El esquife salió disparado hacia la laguna.

Su colaborador sujetaba al viejo, manteniéndolo quieto. El motor fueraborda zumbaba a toda potencia.

Las ramas de roble se acercaban deprisa, al encuentro de la cabeza del viejo. En el instante previo a que ambas chocaran, dejó el motor en punto muerto y saltó por la popa.

El agua tibia le alivió el calor.

Agradeció poderse quitar el sudor y la mugre que se le habían acumulado en la ropa de camuflaje desde el amanecer.

Se puso en pie y, con el agua cubriéndole hasta los hombros, se peinó el pelo canoso hacia atrás. Los ojos se le secaron y su visión se volvió nítida justo en el momento en el que su colaborador soltaba la cabeza del viejo, que fue a estrellarse con las ramas. Su cuerpo inerte rebotó en el travesaño y el brusco cambio de impulso hizo que quien hasta hacía apenas unos segundos era el marido y el padre de alguien saliera despedido y cayera dando tumbos en la laguna.

Que era exactamente lo que él pretendía.

Si el golpe en la cabeza no lo había matado, el agua se ocuparía de hacerlo.

Ahogamiento, accidente náutico o cualquier combinación de ambos sería una causa de muerte aceptable.

Realmente era como disparar a unas latas sobre un tronco.

Su colaborador saltó del esquife al agua. La barca siguió navegando lentamente hasta acabar varada en unos densos matorrales al fondo de la laguna, con el motor zumbando en punto muerto.

Supervisó la escena.

Todo había salido según los criterios de procesamiento.

Le hizo una señal a su colaborador, que avanzó penosamente por las aguas poco profundas, más allá del arco de ramas. El cuerpo del

viejo flotaba boca abajo en las turbias aguas; a escasa distancia lo hacía el corazón de manzana. Se acercó a él caminando por el agua y le colocó las yemas de los dedos en la arteria carótida.

No había pulso.

Confirmación.

Su colaborador y él se dirigieron hacia el lago. Al aproximarse a la entrada, la creciente profundidad les obligó a recorrer a nado la distancia que los separaba de la otra embarcación. Sus ropas no tardaron en convertirse en anclas, pero apenas había unos metros de separación. Una vez que llegaron al bote, subieron a él, se desprendieron de los guantes y se alejaron a toda prisa mientras el cadáver del viejo flotaba boca abajo en la laguna de Brooks.

PRESENTE

DÍA 1
MARTES, 6 DE JUNIO

17:50 h

Brent Walker odiaba a los pueblerinos.

No a todos, por supuesto, pero a la mayoría sí, aunque, según la definición más extendida, es probable que él fuera uno de ellos. Eran una raza peculiar, nacidos y criados localmente, con su propio vocabulario, código moral y jerarquía. Entenderlos requería tiempo y paciencia, dos elementos de los que en los últimos tiempos iba escaso. Para empeorar las cosas, el mamarracho canijo que tenía detrás en ese momento, con el típico cogote quemado por el sol, era especialmente molesto.

–Pensaba que ya no vivías aquí, abogado –dijo Clarence Silva.

–He vuelto.

–Qué suerte para nosotros.

Dejó de deslizar la bandeja de plástico por la rejilla de acero inoxidable y se detuvo ante los postres expuestos tras un aparador de vidrio. Miró a la cara a Silva, parte de uno de los últimos divorcios que había llevado diez años atrás, antes de mudarse de Concord a Atlanta. En aquel entonces, Silva trabajaba como ayudante de electricista en el molino, tenía esposa y tres hijos.

Brent había representado a su mujer.

Cogió una porción de tarta de cerezas y siguió avanzando por la fila de autoservicio.

El restaurante se estaba llenando rápidamente de gente que iba a cenar. El turno diurno en la fábrica de papel había acabado hacía dos

horas, lo que había dado a aquella gente tiempo para volver a sus casas, darse una ducha y meter deprisa a su mujer y a los críos en el coche. En los establecimientos de Concord, la hora punta para cenar era entre las seis y las siete de la tarde.

Y no había demasiados.

Los dos moteles tenían restaurante. Además de eso, había una cafetería en el centro de la población, un bufé rústico en la autopista hacia Savannah, el Andy's Barbecue cerca de la papelera, un Burger King, un McDonald's, un Wendy's y, su elección para aquella noche, el Aunt B's Country Kitchen. El hecho de que fuera el primer martes del mes no ayudaba en cuanto a la clientela se refería. El Rotary Club del condado de Woods celebraba su reunión mensual junto al comedor principal. En su día, él había formado parte de aquel club. Era uno de sus tres abogados.

–Mariquita –dijo Silva.

Aquel idiota había invadido el espacio personal de Brent, impregnándolo con el hedor a leche agria derramada de su ropa sucia. Era un olor familiar. Lo causaban las ocho horas en la fábrica de papel. Una mezcla de decolorantes químicos y cantidades copiosas de gases sulfúricos. El olor del dinero, lo llamaba todo el mundo.

Sabía bien que parte del código no escrito de los pueblerinos era no rehuir los problemas, ni ahora ni nunca, de manera que volvió la cabeza y se enfrentó a su pasado.

–¿Tienes algún problema, Clarence? –preguntó alzando la voz, en un tono lo bastante contundente como para captar la atención de quienes formaban cola tras Silva.

Perfecto. Brent ya no era el mismo hombre que había dejado aquella ciudad una década atrás, y le parecía bien que todo el mundo se enterara el mismo día de su regreso.

–Por tu culpa, abogado, lo perdí todo.

Miró de arriba abajo a aquel mequetrefe. No había cambiado demasiado. Pelo moreno y grasiento hasta las orejas. Y flacucho como una caña de bambú. El mismo cuello largo, como uno de los pájaros carpinteros que construían nidos entre los pinos que bordeaban el lago Eagle. En contraste, Brent medía uno ochenta y

cinco, pesaba ochenta y cinco kilos y tenía la musculatura tonificada gracias a su rutina constante en el gimnasio. Le gustaba hacer ejercicio. Sudar parecía tranquilizarlo, tal como el alcohol, el tabaco o las drogas hacían en otras personas. Daba gracias porque ninguno de esos tres vicios hubiera despertado nunca su interés.

–Por lo que yo recuerdo –replicó Brent–, no tenías mucho que perder.

–Casi pierdo el trabajo por tu culpa.

–No digas chorradas. –Y le señaló con el dedo–. Casi pierdes el trabajo por tu culpa.

Tras diez años en Atlanta juzgando a delincuentes para la Oficina del Fiscal del Distrito del Condado de Fulton, pensaba que la mitad de Georgia que llevaba dentro había desaparecido. Pues no. Ni hablar. Ahí seguía. Lista para plantar cara. Y aunque no se había liado a tortazos en años, no le apetecía armar una bronca en medio del Aunt B's. No sería adecuado para su nueva imagen como asesor jurídico general adjunto, un título rimbombante que todavía no había acabado de digerir.

De manera que probó a desviar el tema.

–¿Y qué fue de tu mujer?

Silva sonrió. Había perdido las dos paletas superiores y los dientes que le quedaban parecían granos de maíz podridos.

–Volvimos a casarnos, seis meses después del divorcio.

¿Por qué no le sorprendía? En el código de los pueblerinos había cabida para un amplio espectro de perdón, al margen de la ofensa, siempre que el orgullo del hombre no quedara demasiado mancillado. Lo que parecía ser el caso.

–Y, además, tenemos otro pequeño.

–Debes de estar muy orgulloso.

Su sarcasmo era evidente, de manera que le dio la espalda y avanzó por la cola para servirse.

–Supongo que mi mujer no podía vivir sin lo que le daba –le dijo Silva.

Otro mantra del código que sostenía que, fuera cual fuese el problema, la solución siempre era el sexo. Bueno o malo, verdadero

o falso, eso poco importaba. Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo reprimirse:

–¿Y qué? ¿Has matado algún conejo últimamente?

Recordaba que, durante el proceso de divorcio, la esposa había testificado que a Silva le gustaba comprarles a los niños conejitos para Pascua para que jugaran con ellos. Luego, los engordaba, les retorcía el pescuezo y los servía a la mesa el Día de los Caídos. Tambor a la brasa, los llamaba él. Huelga decir que la experiencia era traumática para los niños y fue sumamente efectiva ante el juez, quien restringió duramente los derechos de visita de Silva.

–¿Qué te parece si salimos fuera tú y yo? –le propuso Silva–. Siempre he querido retorcerte el pescuezo.

Se detuvo, lo miró y sopesó el desafío. ¿Por qué no? No le importaría darle una somanta de palos a aquel imbécil. Tal vez sería una buena manera de pasar esa página de una vez por todas en su nueva vida. Por desgracia, el sentido común le previno en la dirección contraria.

–Ya que has recuperado a tu mujer y a tus hijos, ¿por qué no disfrutas de la vida, Silva? –le dijo.

–Ya lo hago. Pero me encantaría reventarte la cara. ¿Qué me dices, abogado? ¿Te apuntas?

–Será mejor que no –dijo una voz a su espalda.

Brent se volvió para ver de quién se trataba.

Hank Reed estaba allí plantado, con su metro setenta y cinco de estatura, la cabeza proyectada hacia delante y esa famosa mirada suya de obstinada determinación, como un rostro tallado en el monte Rushmore, fulminando con los ojos a Clarence Silva.

–No te metas, Hank –replicó Silva–. Este abogado nunca me ha gustado y lo sabes bien.

–No tengo intención de discutir. Coge tu comida y lárgate –le ordenó Hank.

Sabía que Silva no le plantaría cara. Seguramente Silva seguía siendo solo ayudante de electricista en la papelera, mientras que Hank era el electricista de más rango del turno de día y el secretario general del sindicato al que pertenecía aquel paleto. Meterse en un lío así solo le comportaría un montón de problemas. De manera que

Silva pasó por delante de ellos y se dirigió a una mesa. Menos mal, porque Brent estaba a punto de salir al estacionamiento y hacerlo picadillo.

Aun así, no le interesaba llevar la cara llena de moretones al día siguiente.

Era su primer día en el nuevo trabajo.

Vida nueva.

Por más placer que una buena pelea le hubiera dado.

18:05 h

El colaborador entró en el Sanatorio del Condado de Woods. El edificio, de una sola planta, se hallaba justo a las afueras de Concord, cerca del hospital regional. Lo habían construido cinco años atrás para reemplazar unas instalaciones que habían quedado obsoletas. Sus datos eran impresionantes. Setenta y ocho camas, cincuenta y un empleados y un equipamiento puntero. La media de edad de los residentes era de setenta y nueve años, con una población actual dividida en un sesenta por ciento de mujeres frente a un cuarenta por ciento de hombres. Todo estaba pensado para la comodidad. Había reuniones por la mañana, para tomar el café, clases de artesanía, sesiones de cine, videojuegos e incluso cenas a la luz de las velas y celebraciones de cumpleaños. Tal como destacaba el folleto promocional del centro: «Trabajamos en colaboración con la familia para proporcionar programas terapéuticos evolutivos que satisfagan las necesidades de cada residente».

Sonaba fenomenal.

Pero a él aún le faltaba mucho para jubilarse y, cuando lo hiciera, sería en una playa, en un lugar cálido en el que pudiera disfrutar del fruto de su trabajo.

Al fin y al cabo, era un profesional.

Había programado su visita para coincidir con el ajetreo vespertino. El expediente indicaba que entre las 17:00 y las 19:00 horas, cada día, no solo se producía el cambio de turno, sino que era el momento en el que entraban y salían los familiares, muchos de los

cuales se dejaban caer por el centro de camino a casa tras el trabajo o después de cenar. Casi todos los ancianos residentes eran lugareños, la mayoría de ellos nacidos y criados en el condado de Woods, hombres y mujeres que habían trabajado toda la vida en la papelera, para el condado o en el sistema escolar. Esos eran los tres principales empleos en el lugar. El primer sanatorio se había construido en la década de 1960, financiado íntegramente por la Southern Republic Pulp and Paper, propietaria de la fábrica de papel local. Posteriormente se había renovado en dos ocasiones. «Nuestra forma de cuidar de los nuestros» era como la empresa lo había anunciado en la prensa en ambas ocasiones.

El expediente de la Prioridad que había estudiado contenía fotografías, placas de matrícula y descripciones físicas de los parientes más cercanos, pero ninguno de aquellos rostros había llegado en las últimas tres horas de vigilancia, y ninguno de sus coches estaba aparcado en el estacionamiento, que ya estaba prácticamente desierto.

Sabía que el edificio se prolongaba casi dos mil metros cuadrados bajo aquel techo, en poco menos de una hectárea de terrenos llanos y boscosos también donados por la Southern Republic. La Prioridad residía en la habitación número 46, en el ala este del edificio. Su nombre era J. J. Jordon, de setenta y cuatro años y aquejado de trombos severos en ambas piernas, agravados por gota y fallo renal. Debería haber muerto tres semanas antes, cuando otro colaborador había visitado su hogar y le había cambiado la medicación. Era un método de procesamiento habitual, ya que la única pregunta que suscitaba era la responsabilidad de la farmacia que le había suministrado los medicamentos.

Y eso no era problema suyo.

De hecho, la idea en la que se basaba el Programa Prioridad era convertir la muerte en el problema de otra persona.

Había estudiado el historial médico de Jordon, al cual había tenido acceso, y había comprobado que la enfermedad del anciano se había estabilizado. Su familia había elegido ingresarlo en el sanatorio local porque no podía seguir cuidando de él las veinticuatro horas del día. El error en la toma de las pastillas le había pasado factura y había

agravado su situación, pero no hasta el punto de resultar letal. Hasta el momento, diecinueve días de cuidados constantes habían generado una factura importante, y la cantidad crecía a diario, sin un fin a la vista.

No era su primera visita al sanatorio, ya se conocía el lugar. Que la familia hubiera elegido aquel sitio para ingresarlo había sido un golpe de suerte para ellos. Una instalación exterior habría complicado el asunto. El historial médico indicaba que Jordon estaba conectado a un suministro constante de oxígeno por vía nasal. Además, estaba profundamente sedado, pues mantenerlo dormido se consideraba la mejor medicina. Tal vez eso explicara que aquella noche no hubiera visitas en la habitación 46.

La información era importantísima.

Podía ser tu mejor aliada, motivo por el cual los expedientes se preparaban con tanta meticulosidad.

Avanzó por el pasillo enmoquetado, dejando atrás las habitaciones de los residentes mientras se dirigía a una puerta cerrada al fondo del corredor. Iba vestido con traje y corbata, con una de las placas de seguridad de la instalación colgando del cuello que lo identificaba como un médico de Savannah. Llevaba una pequeña mochila negra. A los profesionales médicos que acudían regularmente al centro se les entregaban esas placas identificativas, que les permitían entrar y salir a su antojo. Y de Savannah o Augusta los había a mansalva.

Se detuvo ante la puerta y miró a su alrededor.

No había nadie a la vista.

No se habían instalado cámaras de seguridad de manera intencionada. La junta que dirigía la instalación, integrada por veinte residentes del condado de Woods, había considerado que era una medida innecesaria. La gente acudía a aquel lugar a vivir sus últimos años en paz. No había nada de malo en ello.

Así que para qué malgastar dinero.

Introdujo la llave que había llevado y abrió la cerradura. Entró en la sala de máquinas. Encendió la luz y volvió a cerrar con llave la puerta. Su reloj interno empezó a hacer tictac. No podía permanecer allí demasiado tiempo. Cada segundo aumentaba el riesgo de ser detectado. Procesar a aquella Prioridad de ese modo no era un

procedimiento operativo estándar. Pero corregir el error de hacía tres semanas exigía asumir más riesgos de lo habitual.

Abrió la mochila de piel negra y extrajo un pequeño cilindro. A continuación, se acercó a una batería de tubos y válvulas, los cuales conectaban con el generador respiratorio del sanatorio. Desde allí se enviaba oxígeno puro a través de las paredes a todas las habitaciones, para tenerlo a disposición en caso necesario.

Y, en ese momento, en la habitación 46 era necesario.

Las decisiones de procesamiento prácticas siempre se dejaban a la discreción del colaborador, si bien la elección final debía recibir aprobación antes de ser implementada. Una vez que supo que J. J. Jordon estaba ingresado allí, la elección no le había supuesto ningún quebradero de cabeza. Años atrás, en la Alabama central, una mujer de ochenta años había muerto en el cuarto de baño de un McDonald's cercano. La policía había acabado determinando que una línea de purga utilizada para carbonatar el dispensador de bebidas se había desconectado y había inundado el cuarto de baño de dióxido de carbono. El gas se había acumulado hasta alcanzar un nivel letal y la anciana había muerto al entrar. La vida juega malas pasadas. ¿Cuánta gente moría yendo al aseo?

Cuando se remodeló el sanatorio, se había adquirido este sistema de suministro de oxígeno por sus válvulas de apertura rápida. Normalmente se usaban para purgado, pero también servían como excelente punto de entrada. Habían transcurrido tres años desde la última vez que se habían usado... y quien lo había hecho también había sido él. Aquella Prioridad había sido fácil de eliminar y esta, la de esta noche, también debería serlo. El cilindro que había traído estaba dotado de un pequeño fragmento de tubo flexible para conectar la clavija macho de la válvula con la hembra de la tubería de oxígeno de la habitación 46. El cilindro contenía difosgeno. Incoloro, pero con un ligero olor a heno o césped recién cortados. Junto con el fosgeno, se usó como arma química en la Primera Guerra Mundial, pero desde entonces había caído en desuso. Su ventaja era que no se requería una dosis alta para matar y no dejaba rastro, ya que se disipaba rápidamente.

Se puso unos guantes de látex, desconectó el tubo de oxígeno de la habitación 46, lo conectó al cilindro, abrió la válvula y llenó la tubería. En lugar de oxígeno para mantenerlo con vida, J. J. Jordon estaba respirando veneno en esos momentos. El hecho de que estuviera fuertemente sedado ayudaba, ya que no tendría convulsiones. Quedaría inconsciente casi de inmediato. Jordon no estaba conectado a ningún monitor cardíaco ni respiratorio. En el expediente se indicaba que el personal de guardia comprobaba que estuviera bien varias veces cada hora.

Dejó que manara el gas.

Dos minutos.

Tres.

Cinco.

Con eso bastaría.

Desconectó el cilindro y volvió a enchufar el oxígeno, que no tardaría en limpiar la tubería. A continuación, metió el cilindro y los guantes en su mochila y se preparó para marcharse. Salió de nuevo al pasillo y se dirigió hacia la entrada principal, confundiéndose entre la gente que entraba y salía de las habitaciones.

Nadie le prestó atención.

Por lo general, se le requería que confirmara físicamente en la Prioridad que el procedimiento había sido un éxito, pero ese imperativo no se aplicaba esa noche debido al error anterior. Lo comprobaría por la mañana para asegurarse.

En esos momentos, tenía otras citas que atender.

18:20 h

Hank Reed se alegraba de la vuelta de Brent. Había echado de menos a su amigo más de lo que estaba dispuesto a admitir. Los separaban casi veinticinco años. Brent era licenciado por la universidad y abogado, un profesional. A Hank le había costado incluso sacarse la secundaria y se había formado como electricista, lo cual lo convertía en un obrero de por vida. Pero, en muchos sentidos, Brent era como el hijo que Hank nunca había tenido. Se

entendían bien. Siempre lo habían hecho. Entre ellos no fingían. Y a Hank eso le gustaba. Era la persona con quien había establecido la relación más cercana. Y cuando diez años antes Brent se había marchado de la ciudad, le había dolido.

Pero eso era algo que se había guardado para él.

Por suerte, su «hijo» había regresado.

Lo observó mientras Brent cortaba una costilla al punto, sentados a una mesa en pleno centro del comedor principal del Aunt B's.

Justo donde él quería estar.

–No hace ni un día que has llegado y ya andas metido en problemas –le dijo a Brent–. No sabía que Clarence te la tenía jurada.

–A la gente le afloran los sentimientos con los abogados. Sobre todo si te quitan a tus hijos. Ya estoy acostumbrado –señaló Brent–. ¿Qué te ha pasado en el pelo?

Hank solía llevar el pelo impecable, una melena de color negro azabache cortada a cuchilla a la perfección. Una extravagancia para un obrero. Pero le gustaba tener buen aspecto. No era ningún secreto que se teñía el pelo. Sin embargo, hacía unos años finalmente había dejado que le invadieran las canas.

–Me cansé de engañarme. Además, ya es hora de que acepte mi edad.

Tenía sesenta y cuatro años, pero se enorgullecía de parecer y comportarse como un hombre mucho más joven.

–Venga ya, Hank. ¿Ahora te me vas a hacer mayor?

–Yo también me alegro de verte, amigo.

Brent sonrió.

Siempre lo llamaba amigo, colega o asesor. Solo lo llamaba por su nombre de pila cuando se trataba de un asunto serio.

–¿Así que has llegado hoy? –le preguntó.

–He salido de Atlanta esta mañana en coche y he llegado justo después de almorzar.

–Al fiscal del distrito le habrá entristecido verte marchar.

–Pues la verdad es que creo que sí. No parece que hayan pasado diez años desde que me fui de aquí.

–¿Y estás preparado para convertirte en un hombre de la empresa?

Brent se encogió de hombros.

–Nunca me imaginé que lo sería.

–Yo tampoco. Pero creo que en la Southern Republic se alegran de tenerte en nómina.

–Me sorprende, a juzgar por lo que les hacíamos.

–Creo que es precisamente por eso. Diría que temen que volvamos a formar equipo.

Habían hecho una buena pareja. Uno al frente del sindicato y Brent como el célebre abogado local que no le temía a nada. Juntos, habían causado estragos en la Southern Republic y, por el camino, ambos se habían forjado una reputación.

–Has llegado justo a tiempo –le dijo–. Las negociaciones de contratos están a punto de caer. Y va a ser duro.

–¿Más de lo habitual?

–La industria del papel está de capa caída. La gente cada vez lo utiliza menos. Ya no se usa papel para casi nada. Y China nos está matando con sus exportaciones y precios bajos. Por otro lado, los costes en sanidad y las jubilaciones se han disparado por las nubes. Es una lucha constante. La vida es una jodienda.

Por encima del hombro de Brent, más allá de los comensales, Hank vio entrar en el aparcamiento una furgoneta con la inscripción NOTICIAS DEL CANAL 8, SAVANNAH serigrafiada en un lateral junto al colorido logotipo de la cadena NBC. De ella bajaron dos hombres, que entraron por la puerta del restaurante. Uno cargaba al hombro una pequeña videocámara y el otro llevaba en la mano un cuaderno de notas. Echaron un vistazo a su alrededor y Hank los llamó con un gesto.

Se dirigieron hacia la mesa.

Brent se dio cuenta de que algo había captado su atención y se volvió para comprobar qué era.

–Debería haberlo intuido cuando elegiste este lugar para cenar. ¿Son amigos tuyos?

Sonrió.

–Todavía no. Pero lo serán.

19:20 h

Desde el fondo de la sede del sindicato, Brent observó cómo, en la otra punta, Hank subía al estrado como un actor sale al escenario, sintiéndose muy a gusto delante de una multitud. En el trayecto desde el restaurante, Hank se había quejado amargamente del imbécil del reportero de la cadena televisiva de Savannah. Cuando había acordado dar la noticia la semana pasada, Hank había dado por supuesto que enviarían a la misma periodista de la última vez. Más entrada en años y agresiva, aquella mujer sabía qué se necesitaba para que a una la recordaran. Pero, al parecer, había dejado la emisora para proseguir su carrera en mercados más amplios. De manera que, en lugar de a Lois Lane, la cadena había enviado a Jimmy Olsen.

Brent conocía bien la jugada.

Hank le estaba tocando el punto vulnerable a la empresa, filtrando noticias a la prensa e iniciando una batalla de relaciones públicas para colocarlos a la defensiva antes de que estallara la verdadera guerra por el convenio colectivo. Para ser un tipo que a duras penas se había sacado la secundaria, Hank tenía un don para tratar con la prensa: sabía muy bien cómo darles un titular en diez segundos. «Ha de ser corto, llamativo y rompedor». La noticia de esa noche, a juzgar por lo que había oído durante la entrevista que había tenido lugar en pleno restaurante, guardaba relación con las próximas negociaciones contractuales y el empeoramiento continuo de las condiciones de vida de los obreros.

–¿Por qué no se sienta todo el mundo? –gritó alguien.

Hank iba vestido con una camisa a cuadros de manga corta, unos pantalones de color caqui almidonados y cinturón de piel de cordobán y calzaba unos mocasines perfectamente lustrados. Era el atuendo que le había visto puesto a su amigo un millón de veces. Sin embargo, lo que sí le impresionó fue la sede del sindicato, un bonito edificio de mampostería que reflejaba la arquitectura al estilo de la década de 1920 típica del centro urbano de Concord. Años atrás, las reuniones mensuales se celebraban en el vetusto centro

comunitario. Pero sabía que hacía un tiempo, durante las últimas negociaciones del convenio colectivo con la Southern Republic, Hank había conseguido que les cedieran un cuarto de hectárea de los terrenos de la empresa y suficiente financiación para erigir el edificio.

Tres sindicatos predominaban entre los empleados de la Southern Republic Pulp and Paper. La Internacional Unida de Trabajadores del Papel, la IUTP, delegación local 567, era la que tenía más afiliados. La Asociación Internacional de Maquinistas, AIM, delegación local 893, era la siguiente. Y el sindicato de Hank, la Hermandad Internacional de Trabajadores del Sector Eléctrico, siempre había sido el más pequeño. Pero, para todo lo que contaba, la HITSE era el más influyente de los tres.

–Doy por abierta la reunión de la delegación local 1341 del 6 de junio –anunció Hank.

Se hizo el silencio en la sala.

La asistencia no era obligatoria, pero había al menos cincuenta hombres presentes, incluido Clarence Silva, que lanzó a Brent una mirada asesina con la que parecía retomar el ofrecimiento anterior de solucionar sus desavenencias con los puños.

Qué surrealista era estar de vuelta.

Cuando había cerrado su despacho de abogado, había hecho las maletas y había conducido hasta Atlanta, al norte, dudaba de si alguna vez regresaría a Concord, Georgia. Al fin y al cabo, en eso consistía escapar. En no volver nunca. Pero habían pasado muchas cosas en la última década. Su padre había fallecido. Y la salud de su madre, al quedarse triste y sola, se había deteriorado. Además, echaba de menos su hogar. Concord era donde había nacido y crecido. Conocía hasta el último de sus entresijos. Había ejercido como abogado allí durante cinco apasionantes años. La gente lo conocía, y él los conocía a ellos. El condado solo tenía trece mil habitantes, muchos de los cuales habían vivido allí toda su vida. Era un lugar tranquilo en el corazón de la Georgia central, conocido tan solo por el lago Eagle y su próspera industria papelera.

–Como todos sabéis perfectamente –empezó a decir Hank–, el 1 de julio caduca el convenio colectivo con la Southern Republic Pulp

and Paper de esta delegación local. Han transcurrido ya los cinco años que cubría.

–¡Pues acuérdate de eso! –gritó alguien desde el fondo de la sala–. Esta vez, nada de negociar por cinco años.

–Tiene razón. Eso fue una tontería –dijo otra voz–. Cinco años es demasiado tiempo para restringir las cosas.

Por suerte, durante su exilio, Brent no había cancelado en ningún momento su suscripción al diario local, el *Concord Record*, de manera que estaba al corriente de lo que había sucedido. Lo normal era que los sindicatos negociaran convenios por tres años. Pero la última vez, la Southern Republic había presionado para alargarlo a cinco y, para conseguirlo, había accedido a las demandas de Hank de aplicar un aumento porcentual adicional de los salarios, así como de financiar la sede sindical. Con todo, ese movimiento había sido impopular. Un raro error de cálculo de los sentimientos sindicales por parte de su viejo amigo.

–Entendido –replicó Hank–, nada de cinco años. Pero, si la empresa sabe que, bajo ninguna circunstancia, vamos a aprobar otro acuerdo por cinco años, ¿qué concesiones creéis que podré obtener? ¿Cómo negociaré si conocen de antemano nuestros puntos innegociables?

Brent se percató de que nunca hablaba en plural, ni de nosotros ni de la delegación local. Siempre lo hacía en primera persona. Aquel era el sindicato de Hank, punto y final. Hubo quien sacudió la cabeza en gesto de oposición, pero otros asintieron dando su conformidad. Le vino a la mente algo que Hank le había enseñado hacía mucho tiempo: «La lógica es tu amiga. Úsala».

–Escuchad –dijo Hank–, estoy a pocos días de iniciar las negociaciones contractuales. Estoy de acuerdo en que cinco años de duración es mucho, pero he de tener cierto margen para conseguir cosas. Dadme algo de manga ancha y confiad un poco en mí. ¿Alguna vez os he defraudado?

Seguramente Hank fuera la persona más interesante a la que Brent había conocido en toda su vida. Lo había visto ser absolutamente despiadado, no mostrar compasión alguna ante un enemigo percibido. Y, sin embargo, los domingos impartía en la

Primera Iglesia Baptista una clase de catequesis tan popular que siempre había lista de espera. Hank trabajaba en la papelera desde los diecinueve años. Durante los últimos veinticinco había dirigido la delegación local 1341 del sindicato y durante dieciséis de ellos había sido, además, alcalde de Concord. Pero cuando los votantes decidieron que preferían tener un gestor urbano a jornada completa en lugar de un alcalde a jornada parcial, les hizo el favor de no presentarse a un quinto mandato. En la jerarquía de la empresa, tenía el título de electricista jefe del turno de día. Hasta donde Brent recordaba, solo cinco personas en toda la historia habían acumulado los treinta años necesarios para alcanzar ese rango, y Hank era ahora el empleado más veterano. La junta directiva de la empresa lo respetaba. Tenía talento para agitar las aguas cuando las cosas no salían como él quería. Algunos podían calificarlo de terrorismo. A Hank le gustaba llamarlo «persuasión activa». Era rápido interponiendo demandas formales, y aún lo era más defendiendo lo que denunciaba con pruebas irrefutables. Y mientras que a los secretarios generales de los otros dos sindicatos se los podía seducir o presionar, Hank no sucumbía a ninguna de las dos cosas. Era, simple y llanamente, un negociador nato.

–¿Vas a cuidar de nosotros esta vez? –preguntó uno de los hombres.

Brent miró fijamente a Hank desde el otro lado de la sala, y este le sonrió como un padre a un hijo díscolo. La respuesta acostumbrada habría sido alguna perogrullada que hiciera sentir bien a la muchedumbre. Una reafirmación insustancial de lo evidente.

Pero Hank conocía bien a su público.

–¿Los bebés gordos se tiran pedos?

21:25 h

Ahora el colaborador vestía tejanos y un polo. Había salido del sanatorio en torno a las siete y se había detenido en el arcén de la carretera el tiempo justo para cambiarse de ropa. El escaso tráfico en la autopista 56 en dirección norte desde el condado de Woods

permitía conducir sin prisas. La oscuridad lo había envuelto hacía apenas treinta minutos, los días eran más largos con el verano a solo dos semanas a la vista.

Aminoró la marcha de su Ford Explorer y entró despacio en Dixie Pond, Georgia, una diminuta comunidad situada a menos de ciento cincuenta kilómetros al norte de Concord. No podía decirse que fuera realmente un pueblo; era poco más que un pequeño colmado, una gasolinera y una oficina de correos, una mancha en los árboles entre Savannah y Augusta. Había ido allí en busca del Parque de Caravanas de Barlow, así llamado por los lugareños en honor a la anciana propietaria que lo regentaba. Se encontraba en un terreno boscoso a unos tres kilómetros de la autopista 56, parte de una extensión de cuatro hectáreas, y albergaba cuarenta y tres parcelas que se alquilaban por meses, con conexión a pozo y fosa séptica incluida.

Al parque le venía la fama de hacía un par de años, cuando un tornado había arrancado de raíz tres casas rodantes. Milagrosamente, nadie había resultado herido, pero la maraña de metal y árboles rotos había constituido un material de vídeo llamativo en todas las cadenas de noticias de Augusta. Aquel episodio, junto con el resto de la información relevante, integraba el expediente que descansaba en el asiento del copiloto.

Al abandonar la carretera asfaltada, los amortiguadores del todoterreno tuvieron que hacer su trabajo para transitar por una pulverulenta pista de roca caliza llena de baches. Avanzó lentamente por la carretera serpenteante flanqueada por altos muros de frondosos árboles. De vez en cuando, la luz en las ventanas revelaba la presencia de una casa o una caravana. Bosque adentro, dejó atrás un conjunto de desagradables contenedores de basura entre los cuales vio, a la luz de sus faros, a unos perros merodeando en la cálida noche en busca de comida y compañía. A continuación, una fila de cuarenta y tres buzones señalaba la entrada al parque.

Pero no tomó el desvío.

En lugar de ello, siguió conduciendo y se detuvo en el primer claro apartado que encontró en el bosque.

Ninguna luz en el interior del coche lo delató al salir de él. Había desconectado las bombillas antes de dejar el hospital. Permaneció en pie junto a la portezuela abierta del lado del conductor y, con toda tranquilidad, se puso un chaleco tejano negro, el mismo que llevaba siempre, en cuyos bolsillos con cremallera guardaba los objetos especiales que necesitaría.

Se miró la muñeca derecha para comprobar la hora y luego fue caminando despacio hacia la entrada del parque de caravanas, confinando sus pasos al arcén de hierba. Sus ojos oscilaban como los de un gato que huele a una presa nocturna mientras empezaba a completar mentalmente el contenido del expediente.

Solo había luz en unas pocas ventanas. Y un único farol de gas prendido en el exterior de una caravana. Antenas de hilo y parabólicas se proyectaban hacia el cielo, dejando claro que las líneas de la televisión por cable no llegaban hasta allí. Tampoco había tuberías de gas natural; la mayoría de las casas rodantes tenían al lado depósitos de gas propano. La escasez de adornos externos, como porches o toldos, no daba indicios de dinero o permanencia. Según el expediente, muchos de los residentes del parque eran trabajadores industriales empleados en la cercana Augusta. La mayoría de ellos necesitaba estar en el trabajo a las siete de la mañana. No vio ningún búho.

Su destino era la parcela 23.

Salvo por algún escarceo esporádico de una noche, Brandon Pabon vivía solo allí. Con veintiocho años, Pabon sobrevivía exclusivamente gracias a las indemnizaciones laborales que la Southern Republic Pulp and Paper le pagaba cada semana. Pabon había presentado tres demandas contra tres empresas distintas en los últimos diez años. En la primera apenas había recibido dieciocho mil dólares. La segunda se había saldado con ochenta y cinco mil. Y ahora intentaba extraerle el máximo jugo posible a la última, cerrando un acuerdo por una contundente cifra de seis o posiblemente siete números. Ya acumulaba casi ciento sesenta y siete mil dólares en facturas médicas de quiroprácticos, neurólogos, fisioterapeutas y especialistas en rehabilitación profesional, todo ello a consecuencia de una lesión al parecer devastadora que Pabon se

había hecho al descargar una saca de cemento de una carretilla. El colofón que había generado la visita de esa noche guardaba relación con la depresión severa que supuestamente Pabon padecía en aquellos momentos.

En los alegatos presentados ante la Junta Estatal de Indemnizaciones Laborales, algunos extractos de los cuales figuraban en el expediente, el abogado de Pabon había defendido vehementemente que la depresión de su cliente estaba ocasionada por su «desempleo forzoso». Psiquiatras y psicólogos corroboraban tal afirmación con diagnósticos que proponían una hospitalización prolongada, lo cual suponía que los ya de por sí astronómicos gastos médicos se dispararían por las nubes. Una patraña de órdago, sin duda alguna, diseñada por un abogado laboral inteligente para exprimir a la empresa y lograr un acuerdo sensacional.

Por suerte, el expediente también reflejaba la realidad.

Informes de detectives documentaban a Pabon bailando en bares con asiduidad, así como el trabajo manual que llevaba a cabo cada fin de semana, levantando objetos mucho más pesados que un saco de cemento, y también las peleas a puñetazos que parecían hacer sus delicias, sobre todo las palizas que les propinaba a mujeres. Los informes también describían la adicción sin remedio de Pabon a la heroína. No sorprendía que ninguno de sus médicos hubiera hecho alusión a tal dependencia. Seguramente, Pabon, un trabajador de baja experimentado que había solicitado indemnizaciones laborales en el pasado, sabía bien que no le convenía manifestarla de manera voluntaria. Y como al parecer los doctores a los que le habían enviado tenían presente que la drogadicción no era una «lesión indemnizable» contemplada por la legislación laboral de Georgia –lo que comportaba que ninguna aseguradora abonaría automáticamente sus honorarios por los servicios prestados–, no corría el riesgo de que le preguntaran por ella. Por lo que a los médicos concernía, Pabon tenía un problema de espalda provocado por una «lesión laboral sujeta a compensación» cubierta plenamente por el seguro de indemnizaciones laborales de su empresa.

Por desgracia para él, Brandon Pabon era otro animal de costumbres. Cada noche, a las nueve en punto, sobre todo los días

después de cobrar el subsidio, se colocaba.

Y esta era una de esas noches.

El colaborador entró en el parque de caravanas, dobló a la izquierda y se dirigió hacia el fondo de las parcelas arboladas. La casa móvil de anchura simple de Pabon aguardaba a oscuras, en silencio. Sin perder paso en su avance decidido, se sacó los guantes de un bolsillo del chaleco. No era el mismo par que había utilizado antes en el hospital; esos los había dejado en el coche, junto con el traje que llevaba puesto, listos para incinerarlos en cuanto regresara a Atlanta. Estos eran nuevos. Se ajustó el látex chirriante y luego sacó una ganzúa de otro bolsillo. El expediente indicaba que la puerta de la casa rodante de Pabon estaba equipada únicamente con una endeble cerradura sin cerrojo.

Subió tres bloques de hormigón que hacían las veces de escaleras.

Le gustaba cronometrar cuánto tiempo tardaba en forzar una cerradura. ¿Su récord personal? Doce segundos. Necesitó veintiuno para abrir la puerta principal de Pabon.

Un poco lento esa noche.

Se deslizó en el interior.

Lo recibió un efluvio de café, alcohol, nicotina, orina y ropa sucia. Había de todo por todas partes, incluidas latas abiertas de peras, guindillas y sopa. Y montones de envases de comida rápida. Basura. Periódicos. Incluso piezas de automóvil grasientas. Por suerte, llevaba una linterna de bolsillo con la que alumbró para abrirse paso hasta el dormitorio del fondo.

Pabon estaba despatarrado sobre la cama, con la boca abierta. Respiraba pesadamente. Sin camisa, calcetines ni zapatos, lo único que llevaba puesto era un par deshilachado de vaqueros azules, desabrochados y con la cremallera bajada, con una mancha húmeda en la entrepierna. Revisó el cubículo abarrotado. En la mesita de formica que había junto a la cama se encontraban los restos de la dosis de drogas de aquella noche. Ya no quedaba heroína, solo una jeringuilla vacía.

¿Dónde estaban los frascos de medicamentos?

Abrió la estrecha puerta corredera que daba al cuarto de baño.

El diminuto lavabo era un *collage* de grasa, pelo, dentífrico seco y jabón endurecido. La tapa del inodoro estaba abierta y la taza enturbiada por su uso reciente sin tirar luego de la cadena. Había una hilera de frascos de medicamentos con receta sobre la tapa de la cisterna. Contuvo la respiración, se acercó y los estudió con atención hasta encontrar el botecito parcialmente lleno de Valium que los informes médicos de Pabon recogían que tenía prescrito. Se lo habían recetado para los espasmos musculares, pero en realidad lo que le proporcionaba era un suministro legal de barbitúricos que, junto con la heroína, el cuerpo de Pabon necesitaba desesperadamente.

Con el frasco de plástico en la mano, regresó al dormitorio. Desparramó las pastillas sobre las sábanas y sacó de otro bolsillo del chaleco una aguja hipodérmica. Otro colaborador la había recogido unos días atrás de una papelera de Atlanta. Nadie sabía qué había contenido previamente. Ahora contenía heroína suficiente para matar. Y para asegurarse de que Pabon no se despertara antes de que las drogas hicieran efecto, había mezclado a conciencia la sustancia depresiva con Valium.

Un par de chorritos. Jeringuilla vaciada de aire. Todo listo.

Dejó a un lado tanto la linterna como la jeringa y le cogió con suavidad el brazo a Pabon, preparado para reaccionar si el joven se despertaba de repente. No quería tener que romperle el cuello (el criterio de procesamiento imponía una muerte sin violencia), pero lo haría si no tenía más remedio. Por suerte, Pabon siguió perdido en su sueño profundo inducido por la heroína, aparentemente disfrutando del viaje.

Agarró la linterna entre los dientes, buscó una vena y le insertó la aguja. Pabon hizo una mueca de dolor, pero la heroína que ya corría por él mantuvo su cerebro adormecido. Vació el tubo y luego le colocó la jeringuilla usada en la mano, presionando los dedos adecuados para dejar las suficientes huellas residuales que cabía esperar. A continuación, dejó la jeringa sobre la mesita de noche y guardó la que ya había allí en una bolsa de plástico para deshacerse de ella más tarde.

A pesar de los rumores sobre el peligro de compartir jeringuilla, los yonquis seguían haciéndolo de manera habitual. Cualquier autopsia posterior encontraría la sangre de Pabon llena de heroína. La adición del Valium se atribuiría a la mera estupidez. Nadie se plantearía siquiera que no hubiera sido una sobredosis. Nada picaría la curiosidad de un investigador.

Se quedó quieto a los pies de la cama, estudiando a Brandon Pabon. Melena larga. Barba desaliñada. Cara picada por el acné. Una cicatriz residual, seguramente por un navajazo, pecho esquelético tatuado. Sus cálculos iniciales no habían cambiado. Un pedazo de mierda despreciable con una única habilidad: contratar a un abogado experto en compensaciones laborales que sabía exactamente cómo manipular el sistema. Pero había otras personas que también entendían el sistema y sabían exactamente lo que había que hacer para eliminar una demanda. La defunción de Pabon estaría causada por una lesión no sujeta a indemnización ni relacionada con el trabajo. Con su muerte, la paga por discapacidad se detendría, incluida la cuarta parte que, por ley, iba a parar a su abogado.

La respiración de Pabon se volvió esporádica.

El pecho se le hinchaba y deshinchaba rápidamente.

Comprobó si tenía pulso.

Débil, menguante.

Dentro de unos minutos habría un demandante menos intentando exprimir al sistema.

21:30 h

Brent aparcó en el cementerio.

La iglesia luterana de San Marcos se cernía en la oscuridad, protegida por una cortina de robles tras la cual el cisne que coronaba el edificio de madera blanqueada apenas resultaba visible bajo el resplandor de una luna con forma de hoz. Después de la reunión sindical, había llevado a Hank de nuevo al restaurante para que recogiera su camioneta y se habían despedido. Hacía años que

no asistía a las sesiones mensuales de renacimiento de Hank en el sindicato y le había gustado comprobar que todo seguía igual.

Salió del *jeep* y contempló el cielo en el que destellaban relámpagos distantes seguidos por el rugido de los truenos en la lejanía.

Se avecinaba una tormenta. Muy oportuna.

Caminó por entre las tumbas. Las lápidas proporcionaban un vívido testimonio de la larga historia de la zona, con inscripciones que se remontaban a tiempos coloniales. Costaba creer que hiciera once años desde que Paula se había marchado en el coche.

Una hora después, su esposa estaba muerta.

Un accidente con solo un vehículo involucrado en la autopista de Augusta. Su coche había colisionado con un poste eléctrico de acero que había embutido el motor en el habitáculo de pasajeros, matándola al instante. Brent conocía a los ayudantes del *sheriff* y a los policías de guardia en la autopista que habían intervenido en la escena, y apreciaba lo que habían hecho a continuación. En la casilla de la causa de la muerte habían marcado «accidente».

Pero nada más lejos de la realidad.

Esa autopista estaba flanqueada durante kilómetros por monumentales postes eléctricos de acero espaciados a unos cuarenta y cinco metros entre sí y situados a unos veinte metros del arcén. Las roderas del coche de Paula se adentraban en la hierba en línea recta desde la carretera, en dirección a uno de ellos. Si se hubiera quedado dormida, se hubiera distraído o hubiera caído inconsciente, las huellas habrían sido erráticas. Pero su intención no dejaba lugar a dudas. Se había suicidado. De una manera horrible, violenta. Sin nota, sin advertencia, sin explicación.

Solo muerta.

Si pudiera revivir el último día que habían pasado juntos, ¿haría algo de manera distinta? Esa pregunta lo había atormentado durante una década. Llevaban casados dos años y él creía que estaban enamorados. Pero se había equivocado. Había intentado que las cosas funcionaran y le había sido fiel. Finalmente, había decidido seguir el consejo que daría cualquier terapeuta de pareja del planeta

y ser sincero, y le había dicho que se había acabado. Que ya estaba. Que habían terminado.

–La amas, ¿verdad? –le había preguntado Paula.

Era la pregunta que más temía que le hiciera, pero decidió ser sincero también en eso.

–Creo que sí.

–Maldito cabrón.

Aquellas habían sido las últimas palabras que Paula le había dicho.

Dios, cuánto le habría gustado haber mentido.

Encontró su tumba. Habían brotado unos hierbajos cerca de la lápida de granito blanco. Se quedó mirando la hierba oscura y estudió la inscripción que resumía la vida de Paula.

HIJA HERMANA ESPOSA

Una parte de él también había muerto aquel día. No había duda de ello. Tras el funeral, su vida cambió. Pasó un tiempo envuelto en una especie de neblina, luego cerró su despacho en Concord y encontró un nuevo empleo a quinientos kilómetros de distancia, en Atlanta. Pasó de ser un abogado de calle de una pequeña población a convertirse en un fiscal metropolitano. Se le había dado bien su nuevo puesto. Se había forjado una reputación. Intentó olvidar sus errores y dar lo mejor de sí.

Más truenos resonaron en el aire.

Ahora había regresado a casa.

Para enfrentarse por fin a sus fantasmas.

21:50 h

Brent salió del cementerio y recorrió en coche el centro de la ciudad.

Concord había sido diseñada hacía doscientos años por hombres pragmáticos y con poca imaginación, con calles en retículas paralelas que en su día sirvieron de transición ordenada del denso bosque a la ciudad. Una torre de agua azul seguía siendo la estructura más alta. Predominaban los edificios adosados de ladrillo, con fachadas de finales del siglo XIX, la mayoría de ellas resultado de una amplia

remodelación ocurrida durante el mandato de Hank como alcalde. Quienes primero se habían asentado en la zona eran luteranos perseguidos que habían huido de Alemania y se habían establecido en Georgia en 1734. La familia de su padre, los Walker, eran descendientes directos de esos salzburgueses. En la escuela primaria, todos los niños de Concord aprendían las dos batallas de la guerra de Independencia de los Estados Unidos que se habían librado cerca de allí. De hecho, el condado llevaba el nombre del general Robert Woods, que lideró una milicia local contra los británicos. Durante la guerra de Secesión, Sherman libró milagrosamente de la quema gran parte de la población en su avance hacia Savannah, gracias a que la tranquilidad del lugar había ofrecido a sus soldados un descanso antes de su asalto final al mar. La Calle Primera formaba parte de la vieja carretera cuáquera que el propio James Oglethorpe utilizó para conectar sus poblaciones coloniales. En su día acogió una desmotadora de algodón y un molino harinero, y con el tiempo acabó instalándose allí una estación de ferrocarril. Ahora los tres eran museos locales, con la estación convertida en la pieza central de un hito histórico que conmemoraba la visita de George Washington en 1791.

Se desvió por la Calle Primera para adentrarse en Live Oak Lane.

Otro desvío a la derecha y dos manzanas después se hallaba en casa.

Sus padres habían adquirido una vivienda victoriana de dos plantas hacía treinta años. La fachada delantera estaba dominada por un generoso porche cubierto y a un lado había un garaje no adosado de dos plantas. Hacía décadas que el vecindario formaba parte de Concord. Las primeras casas se habían construido cuando la antigua Republic Board trasladó a gente a la zona, sesenta años atrás. En su día había sido un paraíso para los directivos y superintendentes; ahora la soledad proporcionaba comodidad a jubilados, o a familias incipientes con el tiempo y la energía necesarios para mantener una casa vieja.

Giró dejando a un lado el buzón de ladrillo con el número 328. Su Lincoln híbrido estaba aparcado en el camino de la entrada, y el Prius de su madre justo detrás. Esquivó ambos vehículos y aparcó el

jeep en el garaje. Luego, regresó a pie al porche delantero. Entonces vio a alguien en el camino de acceso.

Una mujer.

Vestida de manera informal. Con las manos vacías a ambos lados.

Bajo la penumbra de la farola, vio que debía de tener su misma edad, el pelo corto y un rostro como una máscara impasible.

Como un fantasma.

De haber estado aún en Atlanta, habría sido mucho más cauto. Pero aquello era Concord. Su hogar. De manera que se le acercó.

–¿Puedo ayudarla en algo?

–¿Es usted Brent Walker?

Lo dijo en voz baja, casi en un susurro, como si pudiera haber alguien escuchando.

Se planteó mentir, pero decidió no hacerlo.

–Sí, así es.

–No nos conocemos, y no es importante que lo hagamos. Pero he venido a decirle que se ande con cuidado.

Le sorprendió.

–¿A qué se refiere?

–A su trabajo. No es lo que usted cree.

Ahora sí que tenía preguntas.

Muchas.

Sin embargo, sin mediar más palabra, la mujer giró sobre sus talones y se dirigió a un monovolumen Tahoe aparcado en la acera de enfrente, bajo una de las farolas. Fue corriendo tras ella y alargó la mano.

La cogió con cuidado del brazo.

–Perdóneme.

Ella no se resistió ni gritó cuando le dio media vuelta. Lo que hizo fue clavarle la mirada.

–Haga caso de los Proverbios 22, 3. Y que Dios tenga misericordia con usted.

Se quedó perplejo.

Ella se zafó de su agarre, entró en el coche y se marchó. Brent vio el Tahoe doblar la esquina al final de la calle y desvanecerse.

Pero ¿qué demonios...?

Permaneció allí un momento, recobrando la compostura, y luego regresó a su casa, donde la dulce fragancia de las magnolias blancas casi lo subyugó. Una vez dentro, encontró a su madre en la cocina, limpiando. Costaba creer que fuera a cumplir sesenta y seis en su próximo cumpleaños. Tenía el cabello plateado, cortado corto, y sus ojos zafiro seguían resplandeciendo. Delgada como un palo de escoba y perpetuamente feliz, en su mente siempre sería una mujer incapaz de estar quieta ni un momento.

Decidió no decir nada de lo que acababa de ocurrir, porque tampoco sabía cómo interpretarlo. En lugar de eso, le habló de la cena y de la reunión sindical, y acabó con un:

–Sienta bien ver que algunas cosas nunca cambian. Hank sigue siendo el mismo de siempre.

–La mayoría de la gente de por aquí se entretiene pescando o cazando. Hank lo hace jugando a la política.

–Y se le da bien. –Se sentó en la barra–. Se avecina tormenta.

Las polillas revoloteaban en la lámpara que había al otro lado de la ventana, sobre el fregadero.

–¿Echarás de menos Atlanta? –le preguntó su madre.

La verdad es que no. La Oficina del Fiscal del Distrito del Condado de Fulton había sido una aventura. Eso seguro. Muchas jornadas de doce horas y semanas de ochenta horas de trabajo persiguiendo todo tipo de delitos conocidos por el hombre. Había empezado lidiando con robos con allanamiento de morada, pero había acabado graduándose en crímenes violentos y se había pasado los últimos años juzgando solo asesinatos. Esperaba no volver a ver nunca más un cadáver ensangrentado.

–Nunca pensé que acabaría trabajando en la papelera.

–Ni tu padre tampoco.

Todavía era capaz de escuchar el sermón que le echaba al menos una vez cada pocos meses. Su padre había sido un maquinista autodidacta que se había pasado toda la vida trabajando para otros, fichando a sus horas y recibiendo la nómina cada dos jueves. Tres semanas de vacaciones al año, tres días de baja por enfermedad, Seguridad Social y la jubilación esperándole cuando se retirara.

Una buena vida, una vida decente.

Solo tenía un defecto.

No quería que su único hijo siguiera sus pasos.

–Dadas las circunstancias –dijo su madre–, estoy segura de que lo aprobaría.

Los dos se abstuvieron de decir lo que ambos sabían. Su madre estaba enferma. Hacía un tiempo que lo veía venir, pero no le había dicho nada a Brent hasta hacía tres meses. Le fallaba la memoria. Lo suficiente como para haber ido a ver a un médico, que le había confirmado que tenía los primeros síntomas de alzhéimer. Le habían recetado medicación, pero solo servía para retrasar lo inevitable, de manera que ahora a Brent le tocaba estar con ella.

Al infierno sus fantasmas.

–No debería quejarme –dijo él–. Tengo un salario decente, cobertura médica, plan de pensiones y un título. Asesor jurídico adjunto de una empresa milmillonaria. ¿Quién sabe? Tal vez algún día incluso me quiten el «adjunto».

–¿Y qué opina Hank? ¿Le parece bien?

–Esperaba que mencionara algo en la cena. Pero nada. Aun así, sé que esperará cosas de mí. Información confidencial. Algún dato para causar revuelo. En el pasado me pasaba una o dos horas al día con él tramando y planeando cómo atacar a la empresa. Las negociaciones contractuales están a la vuelta de la esquina, así que anticipo problemas a la vista.

–No olvides para quién trabajas ahora.

–Ya lo sé. Solo espero que Hank tampoco lo haga.

Qué raro era todo. Hacía diez años era un joven abogado de una pequeña población que se ganaba la vida corriendo de juzgado en juzgado. Luego, se había convertido en un abogado criminalista en una gran ciudad. Y ahora era asesor jurídico general adjunto de una fábrica de papel. Con solo cuarenta años, ya había tenido tres carreras distintas.

¿Quién lo habría pensado?

–¿Tú estarás bien? –le preguntó a su madre.

–Si quieres que te diga la verdad, no lo sé, hijo.

–¿Tienes miedo?

–Mentiría si te dijera que no.

–Yo estaré aquí. Hasta el final.

La mirada amorosa en el rostro de su madre expresaba su gratitud mejor que ninguna palabra.

–La Southern Republic es una buena empresa –le dijo–. Son afortunados de tenerte.

Brent miró por la ventana.

Había empezado a llover.

Esperaba que su madre tuviera razón.

Brent se preparó para meterse en la cama, aún perturbado por la visita al cementerio y por la desconocida que había ido a buscarlo. Su mirada triste y desesperanzada lo había perturbado.

Y lo que le había dicho.

«Proverbios 22, 3».

No era ningún erudito en las Escrituras, aunque en su día había sido un miembro practicante y dedicado de la Iglesia. Pero eso había acabado cuando Paula había muerto. Se preguntó si su Biblia de la infancia seguiría allí. Abrió el cajón de la mesita de noche.

Allí estaba.

Un regalo de su padre de hacía mucho tiempo.

Sacó el libro y lo abrió por la página donde su padre había escrito: REZO POR QUE ESTA BIBLIA SEA UNA BENDICIÓN Y UN CONSUELO PARA TI. PAPÁ.

Acarició con delicadeza la página, por encima de la tinta, como si aquello pudiera conectarlo con su padre. Costaba creer que ya no estuviera con ellos.

A continuación hojeó las finas páginas hasta localizar el pasaje citado.

«El prudente ve el peligro y lo evita; el imprudente sigue adelante y sufre el daño».

Debía de tener unos diez años cuando su padre le había regalado aquella Biblia. Era una edición de estudio anotada que contenía multitud de notas al pie que explicaban los diversos pasajes. Las notas de Proverbios 22, 3 señalaban:

«Dios, en Su misericordia, ha negado al hombre el conocimiento del futuro. En su lugar, le ha dado esperanza y prudencia. La esperanza hace que el

hombre viva perpetuamente a la expectativa, anticipando el bien. La prudencia nos procura los medios para asegurarlo. Hay muchos males cuyo curso no podemos contener ni desviar. La prudencia muestra de antemano los medios que pueden emplearse para apartarse del camino, para ocultarse. Los simples, los inexpertos, los obstinados, los atolondrados y los locos se precipitan sin la prudencia necesaria para regularse, reprobarse y guiarse. Y así cometen muchos fallos e injusticias, y a menudo sufren en consecuencia».

Sopesó las palabras y las advertencias.
¿Qué pretendía decirle aquella mujer?
¿Y por qué le transmitía aquel mensaje?
Ambas eran buenas preguntas.

22:35 h

Hank condujo por las calles a oscuras de Concord en dirección a la papelera. Tenía un recado más que hacer antes de dar por concluida la noche.

Un recado que prefería mantener en privado.

Marlene Rhoden no ocultaba su afecto hacia él. Era un año mayor, una mujer robusta con el cabello rojo y rizado, pechos generosos y una personalidad imperturbable que encajaba como anillo al dedo con la suya. Formaba parte de la dirección de la empresa, tenía a su cargo a treinta y dos empleados que se dedicaban a entrar datos de la Southern Republic Pulp and Paper Company. Y eso le brindaba un acceso extraordinario a una cantidad ingente de información. Habían salido discretamente en los últimos años, con idas y venidas. A menudo ella le había insinuado su deseo de formalizar la relación con un anillo y una boda. Él prefería el arreglo que tenían hasta entonces, ya que su única experiencia con el matrimonio no había acabado bien.

No quería más esposas.

Aparcó en la zona de estacionamiento pavimentada que había tras uno de los edificios administrativos. Marlene había dejado la puerta posterior entreabierta con una revista doblada. La encontró en su despacho. No había nadie más. Marlene solía quedarse trabajando hasta altas horas, sola. Lo insólito era la presencia de él.

Marlene dejó de teclear y estiró sus largos dedos para destensarse.

–¿No me vas a dar un beso? –le preguntó.

Hank sabía que sus deseos eran órdenes, así que sorteó el escritorio y le dio un beso rápido en los labios.

–¿Y ya está? –dijo ella.

–Estoy cansado, Marlene. Acabo de tener una reunión larga. Lo único que quiero es meterme en la cama.

–Gran idea. Déjame que acabe con esto y me voy contigo.

–Solo.

Marlene sonrió.

–No me culpes por intentarlo –dijo.

No lo hacía. Estaba acostumbrado a sus proposiciones. Lo intentaba cada vez que se presentaba la ocasión. Y, a decir verdad, le gustaba que lo hiciera.

¿A quién le desagradaba ser deseado?

–Tengo la pierna derecha dormida, de la rodilla al culo –dijo ella–. Silla ergonómica, teclado en ángulo. Anda que sí. No valen para nada.

Había un elemento en su columna de defectos: era un poco hipocondríaca. ¿Qué había leído Hank acerca del síndrome del túnel carpiano? Se decía que quienes trabajaban introduciendo datos se incluían en la categoría de alto riesgo. Pero ¡qué demonios! Cada empleo acarreaba sus problemas. Él solía trabajar con voltaje y amperios suficientes para freírse el cuerpo.

Marlene se puso en pie y alineó una pila de archivos. Al otro lado del despacho había un cajón abierto, dentro del cual embutió las carpetas de papel manila. Hank conocía la política corporativa. Se conservaban copias en papel durante seis meses y luego se desechaban para hacer hueco a nuevos documentos, todos los cuales acabarían introducidos también en los ordenadores. La Southern Republic no era el epítome de la modernización en cuanto a conservación de registros. Seguía prevaleciendo la vieja escuela.

Marlene se hizo crujir la espalda y movió las piernas. Al otro lado de las ventanas manchadas de cal se extendía un cielo nocturno oscuro y amenazador. Durante la última hora se había estado

formando una tormenta. Ahora lo peor había llegado. La lluvia empezó a manchar los vidrios. Los relámpagos destellaban en el cielo. El edificio vibraba con el estruendo de los truenos lejanos. Habían tenido una primavera seca, con pocas de las habituales tormentas vespertinas y muy espaciadas. Un buen aguacero no iría mal, y sus tomates agradecerían un buen regado.

Realizaban ese ritual de vez en cuando. Él iba a casa de ella y ella lo llevaba de paseo por los expedientes de la empresa, a los cuales podía acceder a distancia. Había acabado por saber cuáles eran los que más le interesaban. Los informes de ventas. Las demandas contra la empresa interpuestas por los trabajadores. Los litigios. Y absolutamente cualquier cosa que tuviera que ver con los dueños. ¿Era espionaje industrial? Probablemente. Pero él no lo veía de ese modo. Más bien lo interpretaba como una familiarización con el enemigo. Como recopilación de información privilegiada. Los gobiernos lo hacían a diario. Podías aprender mucho si sabías dónde mirar. Y ellos juntos lo sabían. Los treinta y seis años de él y los veintiuno de ella en la papelera les proporcionaban una formación más que suficiente.

Marlene se le acercó en busca de otro beso.

–¿Podemos seguir con eso después? –preguntó él.

–No. Me debes uno, y bien grande.

Él tenía dudas sobre su deuda, pero la pagó de todos modos.

Ambos estaban divorciados, con hijos y nietos ya crecidos. Ella nunca se había quedado a dormir en su casa. Pero se sabía que él sí que había pasado unas cuantas en la de ella. Marlene podía ser un incordio (las mujeres avasalladoras suelen tener ese inconveniente), pero la mayor parte del tiempo era un sol. Y lo que era incluso más importante, se conocía la red informática de la empresa como las estanterías del supermercado. Y no había nada mejor que la información, ni siquiera el sexo.

El beso concluyó y ella le entregó una memoria USB.

–Está todo ahí. Muchos datos y cifras. Además de algunos *e-mails* interesantes. Y una nota interna que creo que hará tus delicias.

El botín de la noche.

Hank sonrió.

–Todo lo que puedes necesitar para preparar las próximas negociaciones del convenio –dijo ella.

–¿Y cuál es esa deuda que tengo contigo?

–He hecho algunos progresos... en el otro asunto.

Hank entendió su mirada cómplice.

En los últimos meses, desde la primera vez que había detectado la anomalía, Marlene había intentado acceder a una sección particular de los informes de la empresa. Pero habían instaurado un cortafuegos especialmente robusto para impedirlo, y ni siquiera sus conocimientos expertos en informática habían conseguido traspasarlo. A Hank le irritaba no saber algo, sobre todo cuando se ocultaba de manera deliberada. Así que se había convertido en un desafío para ambos. Ahora entendía por qué Marlene había querido reunirse con él allí aquella noche.

–He estado dándole vueltas –dijo– y he conseguido pasar el primer nivel de seguridad. ¿Quieres verlo?

Hank se acercó al ordenador.

–Veamos de lo que eres capaz, cariño.

Marlene sonrió al escuchar aquel apelativo afectuoso mientras se sentaba ante el ordenador. Tecleó unas cuantas teclas que le dieron acceso al núcleo central del sistema de la Southern Republic. Unas cuantas más y localizó el directorio principal.

Centellearon más relámpagos en el exterior.

La electricidad del edificio titiló momentáneamente.

–Será mejor que te des prisa –le dijo él–, antes de que se activen los generadores de emergencia. Hay protectores contra subidas de tensión que apagarán todos los aparatos.

Los habían instalado sus propios electricistas. Los servidores principales de la empresa estaban justo al fondo del pasillo, en una sala que se mantenía a una temperatura constante de doce grados y medio.

Marlene se desplazó por una larga lista de carpetas y posicionó el cursor sobre una entrada anodina titulada PRIORIDAD. Pulsó la tecla de visualización y solicitó mostrar un índice. El cursor parpadeó UN MOMENTO, POR FAVOR y luego anunció con letras también parpadeantes CONTRASEÑA NECESARIA.

–Nunca habíamos llegado tan lejos –dijo él.

–Ya lo sé. ¿Alguna idea de cuál podría ser la contraseña?

–Supongo que ya habrás probado todas las obvias.

Ella asintió con la cabeza y dijo:

–Nombres, fechas, lugares... Todo lo que se me ha ocurrido. Pero eso sería demasiado simple. Seguramente sea una combinación larga y compleja de letras y números. Totalmente única.

Hank se mostró de acuerdo.

Hubo más rayos y truenos en el exterior. Parecía como si el ojo de la tormenta estuviera ahora justo encima de ellos.

Marlene se recostó en la silla.

–Qué cosa tan rara. Ningún otro elemento de este sistema tiene ese nivel de restricción. Sobre todo para mí. Me sé todas las contraseñas de los archivos centrales. –Señaló la pantalla–. Excepto esa.

–Quizá no confíen lo suficiente en ti.

Ella soltó una risotada.

–Míranos, Hank. ¿Es que no somos de fiar?

Él sonrió.

–Desde luego.

Unos meses atrás, Hank había sugerido a Marlene que pidiera más información al respecto de aquel archivo a la oficina central, pero solo le habían respondido que no era de su incumbencia. «Es solo para los dueños», fue la explicación que le dieron. Lo cual no hizo sino avivar las ganas de Hank de saber de qué se trataba.

–Alguien tiene que introducir datos en esa carpeta –comentó ella–. Y Dios sabe bien que los dueños no lo hacen ellos solitos. Pero nadie de mi departamento ni nadie de la oficina principal ha entrado nunca.

Hank miró el reloj de pared.

Eran las 22:44 horas.

Debía irse antes de que los guardias de seguridad de la planta hicieran la ronda a en punto. Lo último que le convenía era que lo vieran allí, con ella, a aquellas horas.

Más relámpagos iluminaron la sala como una luz estroboscópica, lo que causó una interrupción momentánea de la electricidad. El

fluorescente del techo parpadeó y la pantalla del ordenador se apagó.

Tal como Hank había predicho.

Marlene alargó la mano para apagar el ordenador.

–Tienes razón, tenemos que...

De repente, la pantalla cambió. La página que requería la contraseña había sido sustituida por un menú con la etiqueta «PRIORIDAD».

–Estamos dentro –dijo ella con voz de asombro.

Olvidándose de la tormenta, ambos escanearon el índice. No había mucho que ver. Lo cual hacía que el nivel de seguridad aplicado resultara aún más desconcertante. Marlene abrió el primer archivo, revisó el contenido e imprimió una copia. Luego, hizo lo mismo con los otros tres. Ninguno era demasiado largo. Hank recogió las copias de la impresora.

–Sal de esa carpeta –le dijo–. Ya.

Marlene salió de los servidores centrales y apagó su terminal.

–¿Con eso consigo otro beso?

–Nena, con esto consigues lo que quieras.

23:54 h

El colaborador se aseguró de que Brandon Pabon estuviera muerto y luego abandonó Dixie Pond y condujo rumbo al norte hasta incorporarse a la interestatal 20. Allí inició los doscientos metros de regreso a Atlanta, al oeste. A medio camino tomó una salida, dobló al sur y entró en Reeling, otra minúscula población en el centro de Georgia.

Una última cita antes de dar la noche por concluida.

La Prioridad, Tim Featherston, se había jubilado anticipadamente de la Southern Republic con sesenta y dos y se había pasado los seis últimos años sin hacer nada más que visitar a médicos. Cinco años atrás, por el páncreas. Un año después, por el corazón. Entonces Featherston se convenció de que tenía cáncer de pulmón, la consecuencia última de haber fumado un paquete diario durante

gran parte de su vida. Pero ninguna de las múltiples pruebas había arrojado ningún resultado. El cáncer de estómago se había convertido en su última obsesión, y Featherston se pasaba los días intentando convencer a diversos especialistas de que necesitaba una operación.

Esos médicos, no obstante, desconocían que Tim Featherston había aprendido muchísimo de la última edición de la *Enciclopedia concisa de enfermedades modernas.* De manera que, cuando se presentaba en sus consultas y describía con todo lujo de detalle síntoma tras síntoma, todos ellos coherentes con afecciones conocidas e identificables, era perfectamente comprensible que se cubrieran frente a una posible reclamación por mala praxis realizándole una batería de pruebas.

Para una aseguradora médica, Featherston era una pesadilla muy cara. Para una clínica, una bendición del cielo. Y no existía ninguna manera legal de poner freno a su extravagancia. De hecho, con todos los cambios introducidos en la legislación de sanidad en los últimos años, a Featherston le había resultado incluso más fácil abusar del sistema. Y lo que era aún peor, la pensión por jubilación y la asistencia sanitaria garantizadas le aseguraban plena cobertura, y un amplio abanico de leyes federales lo protegían de ser desahuciado. Un ciclo aparentemente infinito para que Featherston satisficiera su psicosis y los proveedores médicos su avaricia.

Pero todo eso iba a acabarse esa noche.

A diferencia de los expedientes sobre J. J. Jordon y Brandon Pabon, el de Tim Featherston era más abultado, con extractos de su largo historial médico. De ahí que decidir la mejor manera de ejecutar la labor encargada hubiera sido difícil. Prácticamente todas las partes del cuerpo de Featherston habían sido estudiadas en repetidas ocasiones o sometidas a exámenes exhaustivos, de manera que una muerte médica requeriría imaginación. La violencia quedaba descartada del menú. Eso siempre atraía la atención. Pero un pequeño dato enterrado en las profundidades del informe de antecedentes había provisto la chispa para su imaginación. Por suerte, Featherston vivía solo. Su mujer lo había dejado hacía años y

sus hijos nunca lo visitaban. No había constancia de que tuviera novia ni frecuentara compañía femenina.

Todo lo cual había facilitado enormemente el proceso de la toma de decisión.

Siguió las indicaciones del expediente y aparcó en una carretera de tierra, unos cuatrocientos metros más allá de la casa de Featherston. Antes de salir se cambió de calzado, sustituyendo sus botas por unas zapatillas deportivas que no dejaban huellas que pudieran relacionarse con las del Parque de Caravanas de Barlow. Luego, se puso el chaleco, cogió una bolsa de lona del asiento trasero y desanduvo lentamente el camino por la carretera de tierra.

Featherston sí que tenía una afección médica real. Era sumamente alérgico a las picaduras de avispa. Su historial recogía que había tenido dos incidentes previos de *shock* anafiláctico, que en ambos casos se habían tratado de manera inmediata con secuelas mínimas. En todo el mundo, solo una diminuta porción de personas experimentará alguna vez una anafilaxis total. Y de ese reducido número, menos del 0,3 por ciento morirá por dicha causa. El tratamiento recomendado era la epinefrina, y Featherston contaba con una receta para un inyector automático que renovaba cada año.

El colaborador se acercó a la casa a oscuras y no tardó en forzar las dos cerraduras de la puerta posterior. El expediente indicaba que Featherston no disponía de sistema de alarma. «Demasiado caro». Y tampoco tenía mascotas. «Demasiados quebraderos de cabeza».

Entró y cerró la puerta con suma cautela. El aire en el interior era más frío y portaba el aroma de comida cocinada. Se dirigió hacia el dormitorio de Featherston, camuflado en su avance por el rugido de un aparato de aire acondicionado en la ventana. El hombre dormía profundamente, soltando unos ronquidos que competían con el electrodoméstico. Se dirigió hacia él, dejó la bolsa de lona que llevaba y se sacó la jeringuilla del bolsillo.

Precargada. Lista para administrar.

Featherston estaba tumbado boca arriba, con la boca entreabierta. Con cuidado, retiró la colcha y dejó a la vista la pierna derecha, cubierta por un fino pantalón de pijama. Colocó la aguja sobre el muslo de Featherston. Podía clavársela en cualquier parte, ya que,

según indicaba el historial médico, durante los dos últimos días a Featherston le habían practicado varias inyecciones.

Una más no se notaría.

Hundió la aguja en la piel y le inyectó una dosis concentrada de veneno de avispa. Featherston se despertó, con los ojos como platos, pero el veneno obró su magia y, en un instante, su cuerpo quedó flácido. Los síntomas debían ser inmediatos. Hinchazón de garganta. Dificultad para respirar. Baja presión arterial.

El pecho de Featherston subía y bajaba rápidamente, a medida que se le entrecortaba la respiración. El objetivo de la inyección era acelerar el proceso alérgico y dejar los residuos pertinentes para que cualquier forense competente los encontrara. El veneno, al tiempo que reaccionaba con las células de Featherston, era metabolizado muy deprisa y absorbido por el tejido, provocaba el efecto letal y luego se disolvía.

Aun así, se necesitaba un poco más de teatro para que la escena resultara suficientemente inocua.

Colocó la bolsa de lona sobre la cama. En el interior llevaba un recipiente de plástico transparente. Contenía cuatro avispas que había conseguido atrapar el día anterior, mientras preparaba la visita de esa noche. Desenroscó la tapa y la sostuvo en su sitio con una mano, mientras con la otra ponía recto el recipiente. Lo acercó al pecho desnudo de Featherston y retiró la tapa, manteniendo la boca del tarro contra el vientre del hombre, aunque sin aplicar presión para no dejar marcas externas.

Las avispas se agitaron.

Tenían motivos para ello, el más importante de los cuales era que estaban encerradas en un espacio pequeño y querían salir de allí desesperadamente. Todo a su alrededor era una barrera que no cedía, salvo la blanda carne.

Y la atacaron.

Con fuerza.

Picaron a Featherston repetidas veces.

Las azuzó dando golpecitos a las paredes del recipiente. Cuando parecían haber acabado de picar a Featherston, lo retiró y se fueron volando.

La escena parecía perfecta.

Unas cuantas avispas se habían colado en el interior de la casa y habían picado a Tim Featherston, que no había sido capaz de defenderse. No le había dado tiempo a encontrar su inyector de epinefrina. Las avispas andarían revoloteando alrededor de la casa cuando llegaran las autoridades.

Se sentó en el borde de la cama, a la espera de la verificación. La obtuvo al cabo de pocos minutos, cuando el hombre murió. Dio media vuelta para marcharse. Había sido un viaje productivo.

Un error grave corregido. Una cara demanda de indemnización laboral eliminada. Y un costoso abusón del sistema médico liquidado.

Sin duda, aquella noche se había ganado el sueldo.

DÍA 2
MIÉRCOLES, 7 DE JUNIO

7:25 h

Brent iba en mangas de camisa, con la chaqueta del traje en el asiento del copiloto del *jeep*. La falta de aire acondicionado bajo la capota descapotable le hacía sudar, de manera que se había quitado la chaqueta en la primera señal de *stop*.

Aquel *jeep* era el vehículo que su padre utilizaba para ir a la papelera. Todo el mundo tenía un vehículo específico para eso, ya que la dosis diaria de precipitantes cáusticos que salía de las chimeneas destrozaba la pintura de los automóviles. Y para ahorrarse el problema de tener que lavar algo valioso cada día, los empleados o compartían coche, o iban caminando o en bicicleta, o bien se compraban un cacharro viejo al que no le pasaría nada por tener unas cuantas ampollas. La pintura granate corroída del *jeep* y el techo descolorido eran las cicatrices de años de exposición diaria. Incluso conducirlo se le hacía raro. Pero su madre le había insistido, alegando que no le hacía ningún servicio a nadie oxidándose en el garaje.

La única fábrica de papel de la Southern Republic Pulp and Paper Company ocupaba un pintoresco meandro en el río Savannah, unos cinco kilómetros al este de Concord, con vistas a Carolina del Sur en la orilla opuesta. Antaño, aquella expansión había estado cubierta únicamente por obstinadas palmeras arbustivas y rezongones pinos de baja altura, un paraíso para los tábanos y los mosquitos. Ahora

solo quedaban algunos parches de vegetación, mientras que el resto era un mar de hormigón y asfalto.

Su padre solía decir que las papeleras necesitaban cuatro cosas para sobrevivir: toneladas de madera para pasta de papel, mucha energía, mano de obra las veinticuatro horas del día y agua corriente limpia. El adoctrinamiento de Brent durante la adolescencia había incluido varias excursiones por aquel lugar caluroso, mugriento y calamitoso. Siempre le había encontrado parecido con una criatura viva que producía papel por horas y nóminas cada dos semanas.

Tres edificios de ladrillo del tamaño de campos de fútbol se alzaban diez plantas de altura, uno para cada máquina para fabricar papel. Depósitos de acero y albañilería de distintas formas y medidas salpicaban los espacios intermedios. Autopistas de tubos, cables y conductos lo interconectaban todo, todo ello recubierto por una capa de cal blanca cuyo grosor variaba en función de la altura y la ubicación.

Las chimeneas despedían una combinación hirviente de vapor y precipitantes. Una procesión constante de camiones entraba y salía durante todo el día, cargados con toneladas de pinos talados, metódicamente clasificados y apilados en unos montículos como torres. A un lado se elevaba una montaña de corteza astillada. Más adelante se extendían hectáreas de lagunas negras, lugares donde el agua desviada del Savannah descansaba hasta que, de acuerdo con los estándares de la Agencia de Protección Ambiental, se desprendía de las impurezas que la habían invadido durante el proceso de transformar la pulpa en papel. Otra legión de camiones iba y venía durante dieciocho horas al día de dichas lagunas, llevándose el sedimento para su eliminación y haciendo espacio para poder drenar más agua que produjera más sedimento.

Los edificios administrativos de la empresa se erguían dentro de las verjas de la fábrica, pero alejados de las zonas de intensa producción. Estaban integrados por cuatro cajas de zapatos, cada una de tres pisos de altura, construidas en distintos momentos. La única diferencia notable entre ellas era que los compresores de aire acondicionado de las dos edificaciones de la década de 1960 estaban atornillados a cubiertas planas, mientras que las dos de la

década de 1980 se refrigeraban mediante compresores en tierra. Cada rectángulo era una estética combinación de ladrillo, piedra y vidrio, con las superficies expuestas encaladas en blanco. Brent había sabido que, gracias a una reestructuración corporativa hacía cuatro años, ahora los edificios no solo albergaban los departamentos de contabilidad, nóminas, relaciones laborales, control informático, recursos humanos, administración de terrenos, silvicultura, productos de construcción e ingeniería de la papelera, sino de toda la Southern Republic, así como los despachos del consejero ejecutivo, dos vicepresidentes, el interventor y la oficina del director jurídico.

Siguió la procesión matutina de coches que salía del estacionamiento y pasaba la entrada principal flanqueada por árboles. Delante de él, un penacho de humo blanco se elevaba en la soleada mañana y el rugido de la maquinaria llegaba nítidamente desde casi un kilómetro de distancia. Pasó junto a un rótulo que llevaba años allí: SOUTHERN REPUBLIC PULP AND PAPER COMPANY – CONSTRUYENDO EL FUTURO DE CONCORD– 6345 HORAS LABORABLES HASTA LA FECHA ESTE AÑO SIN UN SOLO ACCIDENTE.

Sacudió la cabeza a ambos lados.

Brent Walker, asalariado de la papelera.

¿Qué mosca le había picado?

7:45 h

Hank escuchó la puerta de casa abrirse.

Estaba sentado a la mesa de la cocina, acabándose uno de sus monstruosos boles de cereales. Echaba media caja de copos de maíz, frutos secos, pasas, rodajitas de plátano, frutos del bosque de temporada y un dos por ciento de leche, y el resultado era una receta fácil de preparar, comer y limpiar.

Ashley entró desfilando en la cocina.

Su hija era un calco de su madre, e igual de impetuosa que ella, con unos reflejos de gata callejera y rápida de mente. Era lo único de ella que le habría gustado que fuera distinto, porque no le

gustaban las cosas que le recordaban a Loretta. Ocho años atrás, lo había abandonado por otro hombre, dejando solo una nota en la misma mesa a la que ahora estaba sentado.

He encontrado a otra persona. Me voy. Divorciémonos y acabemos con esto. No quiero nada más que mi ropa, y ya la he cogido. No quiero que nos peleemos y no quiero que estemos enfadados, aunque sospecho que me odiarás. Buena suerte con tu vida. Espero que seas feliz. Por si es de tu incumbencia, yo lo seré. Por fin.

Tardó mucho tiempo en lidiar con aquel rechazo.

En gran medida, lo había conseguido.

Pero no le gustaban los recordatorios.

Marlene se lo había llevado a su casa la noche anterior para cobrarse su merecida recompensa, y había estado bien. Pero había trasnochado demasiado. Ya no tenía veinticinco años. Necesitaba dormir. Aun así, estaba de buen humor. Y se lo debía a Marlene.

Su hija también parecía contenta. Utilizaba su reducido tamaño, poco más de cuarenta y cinco kilos, para desarmar a la gente que no estaba acostumbrada a su desparpajo. Aun así, crecer en Concord siendo la hija del alcalde había tenido ventajas que había aprendido a aprovechar. Sacó un envase de zumo de naranja de la nevera y se sirvió un vaso. Cada mañana, tras dejar a Lori Anne en la escuela, pasaba por casa de su padre de camino a su trabajo en la oficina de correos. Pero Hank sabía que la visita de hoy iba a ser distinta.

Ashley se sentó a la mesa.

–Y bien, ¿cómo está Brent?

–Pues aparte de querer azotar en el trasero a Clarence Silva, parecía estar bien.

–A Silva le iría bien que lo azotaran. ¿Ya está? ¿Bien? Sabes perfectamente que odio esa palabra. Te has pasado veinte años en política. Te he escuchado dar tropecientos discursos. ¿Y lo único que tienes que decirme a mí es «bien»?

–¿Qué quieres que te diga? ¿Brent está listo para casarse, ya puedes ir escogiendo el dibujo de la vajilla?

–Ya sabes a qué me refiero.

–Solo lleva aquí un día. Dale tiempo, cariño. Esto no va a ser fácil. Hay muchas cosas que tener en cuenta.

–¿Acaso crees que no lo sé? Paula lleva mucho tiempo muerta y enterrada, pero sigue interponiéndose entre nosotros.

–Espero por lo que más quieras que no hables así delante de otras personas.

Una cosa que había aprendido de la política era que el azúcar siempre funcionaba mejor que la sal, a menos que lo único que pudiera usar fuera sal, pero no solía ser el caso. Ashley parecía ajena a esa diferencia.

–¿Con quién quieres que hable de esto? –le preguntó–. Tú eres la única persona que está al corriente.

Hank la miró.

–Ambos cometisteis muchos errores. No se solucionarán en un solo día. ¿Sabes? Podría hablar con Catherine...

–No. Ni hablar. Él no quiso involucrar a su madre entonces y estoy segura de que tampoco querrá hacerlo ahora. No la metas en esto.

Hank suspiró.

–Madre mía, menudo par. ¿Alguno de los dos tiene alguna idea de lo que estáis haciendo?

Ashley se acabó el zumo.

–La verdad es que no o, para empezar, yo no lo habría fastidiado todo.

Porque era lo que había hecho. Y a lo grande.

Hank sabía que Brent había roto con Paula. Y era uno de los pocos que sabía que Paula se había suicidado. Nadie culpaba a nadie. Por supuesto que habían corrido rumores acerca de que había algo entre Brent y Ashley. Pero, cuando Brent se marchó a Atlanta solo, los rumores se acabaron. La gente cambió de chisme.

Ahora Brent estaba de vuelta.

–Pequeña, tienes que darle tiempo –le dijo Hank a su hija.

Ashley tenía los ojos llorosos. Hank sabía que para ella era difícil.

–Lo intento, papá. De verdad. Pero lo amo.

8:02 h

Christopher Bozin alzó la vista asombrado. Con treinta plantas de altura, en comparación con las monstruosidades que lo rodeaban, la torre de la Southern Republic parecía diminuta en el horizonte urbano de Atlanta. Sin embargo, la estructura compensaba lo que le faltaba en altura con su elegancia. El edificio era relativamente reciente, con menos de una docena de años. Con una forma hexagonal insólita, su arquitectura iba suavizándose gradualmente hasta culminar en una punta, surgiendo del suelo como un lápiz afilado gigantesco apoyado en su goma de borrar. El exterior era completamente acristalado, de un elegante color azul oscuro que proporcionaba aislamiento del sol y del calor constante de Georgia, además de dar el nombre por el que se conocía el rascacielos: la Torre Azul.

La Southern Republic solo ocupaba las plantas veintinueve y treinta. Años atrás, la empresa ocupaba más plantas, pero eso había cambiado hacía cuatro años, cuando la mayoría de los departamentos corporativos se trasladaron quinientos kilómetros al sur, a Concord, de tal manera que solo el equipo de ventas y los propietarios habían permanecido en Atlanta. El personal de ventas se había quedado allí porque, junto con las oficinas satélite de Nueva York, Chicago y Los Ángeles, Atlanta había demostrado ser un punto de acceso más práctico para los compradores internacionales de los principales productos de la empresa: papel, madera, bolsas y material de construcción. Y los propietarios se habían quedado porque ninguno de ellos quería pasarse la vida en la calurosa y húmeda Georgia central.

Entró en la ajetreada entreplanta y subió en el ascensor hasta la planta veintinueve. Sus oficinas, una *suite* de dos despachos, daban al nordeste y concordaban con su estatus como cofundador y propietario de un tercio de la Southern Republic Pulp and Paper Company.

–Buenos días –saludó a su secretaria–. Hace un día muy bonito. –Continuó caminando hacia su despacho, seguido por Nancy–. ¿Qué nos depara esta mañana?

–Pues no va a ser un día fácil –le respondió ella–. ¿Cómo te encuentras?

Él se quedó de pie junto a su mesa.

–Ya sabes que no me gusta que me hagas de madre.

–¿Te duele algo?

–Todavía no –respondió él, antes de añadir–: Pero gracias por preguntar.

Sabía que Nancy se preocupaba por él mucho más de lo que ninguno de los dos admitiría nunca. Él nunca se había casado y ella estaba divorciada. Había pensado a menudo que él había sido la causa de que ella pusiera fin a su matrimonio, aunque nunca lo habían hablado. Que siguiera siendo soltero con casi setenta años era, quizá, la cosa más extraña en él, un hecho que suscitaba rumores constantes, algunos de los cuales sugerían que era homosexual. Pero Nancy sabía bien que no era así.

–¿Podrías intentar que el señor Lee no te sobrecargue tanto de trabajo? –le preguntó ella.

–Eso es más fácil de decir que de hacer.

–¿Quieres que te concierte una cita con el médico?

Él sonrió.

–No te das por vencida, ¿eh?

–Solo estoy preocupada, Chris.

Nancy lo trataba de manera mucho más informal cuando no había nadie delante.

–Te lo agradezco, pero no. No necesito ningún médico. De verdad, estoy bien.

–Pues no lo parece.

Había esperado que ella no notara lo que él mismo había notado hacía un rato, mientras se vestía. Estaba demacrado, tenía los ojos cansados y la piel cetrina. Y no era solo a causa de la edad o del estrés. Había algo más. Algo malo.

–Cuando tenga un problema, lo pondré en tu conocimiento.

Ella negó con la cabeza.

–¡No te lo crees ni tú! Yo seguiré preguntando, por si acaso.

8:40 h

Chris salió del ascensor detrás de Nancy, cuyos tacones bajos resonaban en la moqueta mientras se dirigía hacia una puerta de caoba cerrada. La planta treinta alojaba solo la sala de juntas de la empresa y un centro de conferencias para grandes reuniones que, en ocasiones, se cedía a terceras partes para que dieran fiestas, pues las vistas a través de sus muros acristalados y desde su mirador justificaban el alto alquiler que se cobraba.

Observó a Nancy abrir la puerta de la sala de juntas. Las tres secretarias ejecutivas se alternaban la preparación de la reunión mensual de la junta. La de Hamilton Lee se ocupaba de las de enero, abril, julio y octubre. La de Larry Hughes, de las de febrero, mayo, agosto y noviembre. Y Nancy era la responsable de las de marzo, junio, septiembre y diciembre. Las normas de la empresa exigían que uno de los propietarios siempre fuera testigo de los preparativos.

Había otras cinco reglas ineludibles.

La primera: encender los fluorescentes del techo. Aunque el espacio medía menos de treinta metros cuadrados y lo bañaba la luz matinal del sol, las luces del techo siempre permanecían encendidas. La lámpara de araña de cristal de Bohemia importada de la República Checa que colgaba en el centro era meramente decorativa y solía permanecer apagada.

La segunda: preparar las ventanas. Un interruptor de pared corría mecánicamente un conjunto de estores de color marfil que cubrían el vidrio tintado. Su opacidad seguía permitiendo que la luz de la mañana se filtrara, pero protegía el interior de las miradas curiosas. Para las reuniones nocturnas había una segunda fila de cortinas retractables forradas que no permitían el paso de luz en ningún sentido. Tanto las paredes como los vidrios estaban insonorizados.

La tercera: activar el inhibidor de señal que impedía la cobertura de telefonía móvil o que alguien pudiera escuchar de manera remota lo que sucedía en la sala.

La cuarta: preparar las estaciones de trabajo. El diseño de la mesa de reuniones había corrido a cargo de una carpintería del norte de Georgia. Estaba tallada en madera de caoba hondureña, con una forma única, como una rueda dentada de una compleja máquina

circular, sin prominencia en ningún lado. La fusión de los distintos bumeranes formaba tres estaciones de trabajo individuales, cada una de ellas equipada con una carpeta de piel, cuatro cajones, un ordenador y una butaca de respaldo alto. Nada identificaba quién utilizaba cada estación. Solo los cajones, que permanecían cerrados con llave, permitían diferenciarlas.

Nancy sacó una gamuza de un cajón y limpió el polvo de la mesa. La superficie brillante combinaba con el revestimiento de caoba de las paredes lustradas de la sala. El suelo estaba cubierto por una moqueta de color azul regio con la consistencia de una alfombra turca que ayudaba a insonorizar la estancia. Nancy enderezó las butacas y las carpetas, y luego encendió los tres ordenadores.

Chris comprobó la hora en su reloj: las 8:59 h.

Y la quinta regla: una vez preparada, la sala de juntas no debía dejarse desatendida en ningún momento.

De manera que se dirigió a la puerta y esperó.

9:01 h

Chris observó cómo se abrían las puertas de latón del ascensor y los otros dos tercios de la corporación emergían a la planta número treinta. Tanto Larry Hughes como Hamilton Lee vestían traje de negocios de sastrería. Las únicas variaciones en su oscura temática conservadora eran sus elecciones de corbata, gemelos y joyas. Juntos, los tres hombres eran propietarios de toda la empresa desde su buen principio. Por motivos organizativos, las responsabilidades cotidianas se habían subdividido hacía unos años. Chris se encargaba de la parte financiera, supervisaba la contabilidad, las nóminas, las compras, la facturación y las cuentas. El ámbito de Lee era la producción, gestionar la papelera, los aserraderos, la fábrica de bolsas y las divisiones de productos para la construcción y silvicultura. Y Hughes se ocupaba de todo lo demás: de las ventas, adquisiciones de terrenos, gestión de las propiedades, recursos humanos y las relaciones laborales. Dentro de sus campos, cada uno era el rey supremo. Pero solo en combinación, como la junta

directiva, podían establecer políticas que afectaran al conjunto de la empresa.

Lee olía a su colonia habitual. Hughes, a los chicles que solía mascar. Chris se limitó a recibirlos con las cordialidades de rigor. Odiaba estar confinado en una misma sala con ellos, y sabía que el sentimiento era mutuo.

Nancy se marchó.

La observó alejarse. Regresaría a su oficina y cerraría el acceso a la planta treinta. El ascensor solo se desplazaba entre ambas plantas, instalado exclusivamente para uso de la empresa, mientras que el acceso al resto de la batería de ascensores del edificio se había prohibido hacía ya tiempo.

La planta treinta ya estaba segura.

Cerró con llave la puerta de la sala de juntas.

Lee y Hughes se dirigieron a sus lados respectivos de la mesa de reuniones. Nadie dijo nada. Observó a Lee abrir los cajones de su estación de trabajo y extraer un analizador de espectro. Un breve barrido de la sala confirmó que no había dispositivos de escucha electrónicos. Se requería someter a comprobación a la propia junta tanto antes como después de cada reunión. No estaban permitidos los teléfonos móviles.

Lee volvió a guardar el analizador en el cajón.

–La sala está limpia.

Chris se acomodó en la butaca de respaldo alto y se acercó rodando a la mesa. Los otros dos hombres hicieron lo mismo. Durante ese año natural, Lee era el presidente designado. El cargo rotaba anualmente en un orden establecido y no comportaba ni un aura ni obligaciones adicionales, más allá de presidir las reuniones.

–Doy comienzo a la reunión de junio de la junta directiva.

Chris sacó un reloj de oro del bolsillo de su chaleco y anotó la hora de inicio en un bloc: las 9:06 horas. De igual modo, la función de secretario rotaba anualmente. Tomaría las notas con su propia forma de taquigrafía. Más tarde, Nancy generaría una versión pulida de las actas, que debería ser aprobada en la reunión siguiente y se guardaría en los registros oficiales.

Lee miró a Hughes.

–Primer punto del día: cifras previstas de producción en el tercer trimestre. Ponnos al corriente, Larry.

Hughes escribió en el teclado que tenía delante. Chris lo observó en silencio, recordando que, en la reunión del mes pasado, el pronunciado encarecimiento de los costes de las materias primas en la papelera había sido una de las principales preocupaciones.

–El precio del cloro y del gas natural sigue subiendo. Actualmente, con los nuevos costes, nos enfrentamos a una subida de más de dos millones de dólares para el próximo trimestre y es previsible que sea un incremento permanente, aunque los mayoristas juran y perjuran que el precio del cloro debería volver a bajar antes de diciembre.

Lee sacudió la cabeza a ambos lados.

–Estoy negociando con la gente del gas natural –dijo Hughes–. Somos su cliente principal en el condado de Woods. Les he dicho que, a largo plazo, es previsible que la biomasa sea un combustible más productivo.

Se requería una enorme cantidad de electricidad, petróleo, carbón y gas natural para mantener la papelera de Concord en funcionamiento, y la batalla por almacenar provisiones asequibles y disponibles de cada uno de ellos era constante. Desde hacía tiempo, el carbón era su fuente energética principal. Era, de lejos, la más barata. Hacía seis años, por insistencia de Chris, habían invertido treinta y cinco millones de dólares en instalar una caldera de combustión de carbón para reducir costes. Pero los precios del carbón no habían dejado de aumentar y ahora esa inversión se antojaba cada vez más una mala decisión.

Lee se volvió hacia él.

–Chris, ¿los beneficios se mantienen?

Paró de tomar notas y dejó en la mesa su pluma dorada, un regalo que Nancy le había hecho las navidades pasadas. Miró su monitor y localizó la información relevante. Con solo pulsar una tecla, transfirió los datos a los otros dos ordenadores.

–Tenéis en vuestras pantallas el diagrama de flujos previsto para el próximo trimestre. Lo que me preocupa son los precios de la madera. Están fluctuando muchísimo y, definitivamente, afectarán al balance final de cuentas.

No había ocultado su insatisfacción con la gestión que Hamilton Lee hacía de la división de silvicultura. La madera era el alimento básico en la dieta diaria de la papelera. Casi ocho mil metros cúbicos de madera se transformaban laboriosamente en pulpa cada veinticuatro horas. La ecuación era sencilla: sin madera no había papel, de modo que había que garantizar una provisión constante y asequible de árboles. La madera obtenida en los terrenos de la empresa ayudaba. Pero la mayor parte procedía de árboles externos y los precios en el mercado libre fluctuaban de continuo, lo que significaba que requerían atención constante, cosa que Hamilton Lee rara vez les prestaba.

–Los malditos dueños de la madera parecen decididos a exprimir hasta el último centavo que puedan –se lamentó Lee–. Y los de la bioenergía están comprando árboles en cuanto maduran, lo cual comporta un aumento de precios para los fabricantes.

–¿Y qué hay de nuestras reservas? –se interesó Hughes.

Hizo una mueca al oír la pregunta. La respuesta de Hughes a todo era seguir exprimiendo los recursos de la empresa. La Southern Republic era propietaria o controlaba, mediante cesiones a largo plazo, miles de hectáreas de pinos. Pero esa madera se designaba «de reserva» por un motivo: para utilizarse solo en caso de emergencia para poder mantener la papelera operativa. La idea era negociar y comprar los árboles de otra gente al precio más barato, no cosechar de manera indiscriminada madera que costaba mucho cultivar.

–Por ahora, prefiero pagar el precio del mercado libre –dijo Lee–. Es más barato que talar y replantar nuestros propios árboles.

Chris sonrió con suficiencia. Era el mismo tema que había suscitado la acalorada discusión del mes pasado. Seguía preguntándose cómo era posible que Lee conociera los costes siquiera, ya que la mayoría de las notas internas que circulaban en esos momentos regresaban sin firmar.

–No me suena nada bien –dijo Hughes–. Chris, ¿cómo va el balance final?

9:20 h

Brent clavó los clavos en el pladur y reconstruyó su pared del ego. Había descolgado todos los cuadros unos días antes de su despacho en el centro de Atlanta. El diploma de licenciado en Humanidades por la cercana Universidad de Georgia del Sur. La licenciatura en Derecho por la Universidad de Georgia. Su admisión en el Colegio de Abogados de Georgia. Los certificados de aceptación ante la Corte Suprema de Georgia, el Tribunal de Apelaciones de Georgia y los tribunales de distrito de los Estados Unidos. Todos ellos habían viajado de Concord a Atlanta y viceversa.

El Edificio B era una de las edificaciones administrativas antiguas de la papelera. Sus paredes estaban forradas con un papel vinílico de color lila descolorido por el paso de los años y los plafones del techo acústico estaban manchados de nicotina, un recordatorio de los tiempos en los que se permitía fumar en el trabajo. Las escaleras eran de granito de Georgia, con los pasamanos de latón lustrados por el roce. Y los pasillos estaban alicatados con finas baldosas sobre hormigón duro. Su despacho contaba con una hilera de ventanas de aluminio deslucido protegidas por unas polvorientas persianas venecianas que bisecaban el sol de la mañana sobre los diplomas recién colgados, formando franjas alternas de luz y sombra. Los fluorescentes del techo zumbaban lo suficiente para resultar molestos. Su mesa, de acero inoxidable, era de color gris plomo, con sobre de formica laminado, y la butaca estaba tapizada en un oscuro vinilo verde agrietado. Una mesa de metal negro lisa servía de soporte al terminal informático. El suelo, como el resto del espacio del director jurídico, estaba cubierto por una moqueta muy tupida en un tono de gris sucio. Su nuevo jefe, el asesor jurídico de la Southern Republic desde hacía mucho tiempo, le había dicho que, antes que nada, aquello era una fábrica de producción. Allí el lujo no duraba mucho tiempo.

Y tenía razón.

–¿Echarás de menos juzgar a todos esos criminales?

Se volvió.

Hank estaba en la puerta, vestido con su uniforme estándar de la fábrica: camisa de manga corta, pantalones caqui manchados y botas de trabajo blanqueadas por la cal. Ropa vieja, sin duda alguna, pero mucho mejor que los vaqueros azules y los monos hechos jirones que lucían la mayoría de los trabajadores. Su viejo amigo llevaba el mismo casco que hacía años, con la palabra GALLITO escrita con rotulador negro sobre el logotipo de la empresa. Era el apodo que le habían puesto los miembros de la HITSE hacía años, en alusión a su actitud bravucona con la dirección.

–¿Qué te trae por aquí? –le preguntó Brent.

Hank se encogió de hombros.

–La empresa espera que me deje caer antes o después. Así que, para tenerlos contentos, se me ha ocurrido aparecer antes.

–Nunca entenderé cómo puedes trabajar todo el día y que no se te borre la raya de los pantalones.

–Mucha práctica. Ahora responde a mi pregunta: lo echarás de menos, ¿verdad?

–¿Quién no lo haría? Era un empleo fantástico. Fui afortunado de que el fiscal del distrito del condado de Fulton decidiera saltarse la norma y contratar a alguien sin experiencia como abogado de la acusación. Recuerdo los dos días de entrevistas. Iba de despacho en despacho, conociendo a otros fiscales e intentando hacerme un hueco conversando sobre temas triviales. –Sacudió la cabeza–. Todo me resultaba ajeno. Surrealista. Un cambio radical de la vida cotidiana a la que estaba acostumbrado como abogado por mi cuenta.

–Debiste causarles una buena impresión.

–Era muy ingenuo. El mundo es muy distinto en Atlanta. Radicalmente diferente a lo que pasa aquí.

Pero lo había logrado y había acabado medrando a un puesto como supervisor de otros fiscales. Al fiscal del distrito le había sabido mal su partida.

–¿Estarás bien? –le preguntó Hank con voz de preocupación.

Brent miró a su viejo amigo.

–Creo que sí.

–Ashley tiene muchas ganas de hablar contigo.

Brent dudó y luego dijo:

–Creo que prefiero esperar a mañana. No me veo capaz de gestionar tantas emociones en un mismo día.

–La cuestión es si ella esperará. ¿Quieres un consejo de un viejo amigo con heridas de guerra, aunque no me lo hayas pedido? Ve lento, pero seguro.

–Tengo la sensación de que ese fue precisamente el error que cometí en su día.

–Probablemente. Pero ahora cuentas con el lujo del tiempo. Úsalo con inteligencia.

Era un buen consejo.

–Echaba de menos que me dijeras qué tengo que hacer todo el tiempo.

–Como si alguna vez me hubieras prestado atención.

–Tenías razón sobre Paula –dijo Brent.

–Precisamente en eso me habría gustado equivocarme.

Hank le había dicho desde el principio que parecía una mujer inestable. Su abuela se había suicidado y su padre lo había intentado una vez cuando ella no era más que una niña. Pero Brent no le había escuchado, convencido de que Paula era distinta. Cuánto se había equivocado. Sin embargo, sabía cuál era el motivo real de la visita de Hank, así que fue directo al grano.

–¿Me vas a dejar un poco de cuerda?

–¿A qué te refieres?

–Lo sabes perfectamente. Ahora es la Southern Republic la que firma mi nómina. Y quiero hacer un buen trabajo para ellos.

–Y yo quiero que lo hagas. Pero ¿qué tiene de malo darle una pequeña ayudita a un viejo amigo?

–¿No crees que sería un poco estúpido por mi parte canalizarte información? La empresa no es tonta. Saben que en el pasado formamos equipo. ¡Caray, si probablemente ese sea el motivo por el que me han contratado! Para evitar que volvamos a hacerlo. Además, no voy a participar en las negociaciones contractuales. Me van a sepultar con casos de indemnizaciones laborales.

Se lo habían dejado claro en la entrevista de trabajo.

Hank sacudió la cabeza a ambos lados.

–Pensaba que te había enseñado a protegerte mucho mejor que eso.

Quizá sí. Hank le había enseñado mucho a lo largo de los años. Sobre todo acerca de la lealtad y la amistad. Consideraba a aquel hombre un hermano, un padre y un amigo, todo ello combinado en una personalidad vociferante que a muchos les resultaba ofensiva. Pero a él no. Él había aprendido que bajo aquella fachada bronca ocultaba una capacidad de empatía y afecto asombrosos. Nada explícito nunca. Solo una mirada. Un gesto. Tácitos, pero comprensibles. Miradas y gestos que decían: «Cuenta conmigo si me necesitas».

–No has respondido a mi pregunta –le dijo Brent–. ¿Vas a dejarme tranquilo?

Hank giró sobre sus talones para marcharse.

–Volveremos a hablar. Pronto.

Pero Brent quería saber algo:

–¿Cómo está Ashley?

–Jodida –dijo Hank mientras se alejaba.

9:40 h

Chris miró al otro lado de la mesa y respondió la pregunta de Hughes:

–Nuestra situación financiera está bien. Pero no es excelente. –Le clavó los ojos a Hamilton Lee, con dureza–. Podría ser mejor.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Lee, picando el anzuelo.

–Lo que quiero decir es que si te pasaras en el despacho el mismo tiempo que te pasas en el campo de golf, a todos nos iría mucho mejor.

–Me molesta que me digas eso.

–Me importa un comino que te moleste. Esto es una empresa, Hamilton, no un pasatiempo. Este sector se está contrayendo cada día más. Cada vez se prescinde más del papel. Los obstáculos arancelarios y los subsidios proteccionistas que les ofrecen a nuestros competidores extranjeros han hecho que el terreno de

juego sea totalmente inestable. Los aranceles a la exportación y las tasas a las exportaciones de madera aumentan cada año. Nada de esto pinta bien.

–¿No lo compensamos fabricando materiales sanitarios y embalajes? –replicó Hughes.

–Hasta cierto punto –le respondió–. La gente hoy lo compra todo por correo y el cartón que fabricamos ayuda. Las toallitas de papel y los productos de limpieza también son artículos sólidos. Pero no bastan. Vamos a notar la mordida, de eso no hay duda.

–Yo hago mi trabajo –declaró Lee–. Pero, a diferencia de ti, tengo una vida fuera de este edificio.

–Pues es una suerte para esta empresa que yo no la tenga, porque, de lo contrario, ya estaríamos en el capítulo 11, «Bancarrota».

–¿Por qué no desviamos la atención hacia las negociaciones sindicales? –propuso Hughes, con la voluntad clara de aligerar la tensión–. ¿Estamos preparados?

Le molestaba la interrupción, pero era típico de Hughes: no tenía agallas para pelear. Era un vasallo, y últimamente había enganchado su caballo al vagón de Lee con frecuencia, lo cual había resultado en muchas votaciones dos a uno.

–Estamos listos –dijo Lee–. Nuestro asesor jurídico adjunto ya está en ello. Brent Walker se ha incorporado esta mañana.

–¿Y ya ha ido a verlo Hank Reed? –preguntó Hughes.

–Lo hará antes de que acabe el día.

–El Departamento de Relaciones Laborales me ha asegurado que tenemos suficiente apoyo entre los empleados del papel y los maquinistas para lograr pactos quinquenales –dijo Hughes–. Por supuesto, conseguir el visto bueno de los electricistas dependerá de Reed y de lo agradable que esté dispuesto a mostrarse.

–Hank colaborará con nosotros –dijo Chris–. Siempre lo ha hecho.

–Esta vez podría ser distinto. La última vez nos costó conseguir un acuerdo por cinco años. Tuvimos que conceder un aumento porcentual adicional a los salarios e incluso colaborar en la construcción de la sede sindical. Quién sabe si Reed no nos pedirá una piscina esta vez...

–Hamilton, lo único que intenta esa gente es ganarse una vida digna. Les pagamos bien para la zona, pero cinco años de bloqueo salarial es mucho pedir. Y Hank sabe jugar sus cartas. No deberíamos subestimarlo.

–Precisamente para eso está aquí Brent Walker –dijo Lee, con tono burlón–. Fue idea tuya, ¿no?

–Por suerte, a uno de nosotros le dio por pensar.

–Contratar a Walker ha sido un buen movimiento –dijo Hughes, volviendo a calmar las aguas–. Todos estuvimos de acuerdo. Será un activo valioso. Pero esta negociación va a ser dura.

–Creo que deberíamos prepararnos para hacer algunas concesiones –planteó Chris.

Lee se erizó.

–¿Como qué?

–Un ajuste en los gastos médicos deducibles. Quizá ofrecer seguridad sobre las horas extras garantizadas. O tal vez algunos días libres o bajas por enfermedad adicionales. Nimiedades que a nosotros nos resulten relativamente baratas, pero que para ellos supongan una gran diferencia.

Lee negó con la cabeza.

–Reed nos restregará esas minucias por la cara.

–Ya lo creo –intervino Hughes–. Exigirá aumentos salariales sólidos y nos retorcerá los brazos hasta que los consiga. He oído que ya está hablando con los maquinistas y los trabajadores del papel, que los está preparando para negociar con nosotros.

–A mí también me ha llegado esa información –dijo Lee–. Pero no creo que esas discusiones vayan a ser un problema.

–¿Y eso por qué? –quiso saber Hughes.

–Os propongo algo –dijo Lee–. ¿Por qué no abordamos las negociaciones de convenios colectivos en una reunión de la junta especial la semana próxima? Enviaré una nota interna con la fecha y la hora. Ahora mismo, de lo que tenemos que hablar es de la situación del Programa Prioridad.

Chris dejó su pluma en la mesa. Las conversaciones sobre ese tema no figuraban en las actas. Tampoco se guardaba un registro de los votos.

–¿No autorizamos cinco Prioridades de los ocho candidatos en la última reunión?

–En efecto, y todas se han procesado. Pero ha surgido un problema. Una de las cinco sobrevivió al primer encuentro y tuvo que volverse a procesar.

Le sorprendió oírlo.

–Por suerte, la Prioridad acabó en el sanatorio del condado de Woods y fue fácil gestionarla –continuó Lee.

–¿Y qué hay del error? –quiso saber Hughes.

–Tengo una reunión sobre ese asunto cuando levantemos la sesión. El tema del que debemos ocuparnos ahora son las otras tres Prioridades de la lista.

–¿Por qué es necesario autorizar más? –quiso saber Chris.

Lee lo miró desde el otro lado de la mesa de reuniones.

–Acabas de decirnos que atravesamos momentos difíciles. Hasta el último dólar cuenta.

Lo dijo en tono de burla, pero sabía que a Lee le gustaba tirar de la cuerda. Y últimamente la cuerda era cada vez más corta, sobre todo en el tema de las Prioridades. Decidió no picar el anzuelo.

–No hay necesidad de autorizar ninguna más –se limitó a decir.

–Por supuesto que la hay. La última vez íbamos a autorizar ocho y nos detuvimos en cinco.

Lee se volvió hacia Hughes.

–Pásanos la lista, por favor.

10:08 h

Chris observó a Hughes escribir en el teclado, introduciendo un código de acceso que solo conocían los tres propietarios y cambiaba cada pocos días. Una vez dentro de la carpeta protegida, Hughes abrió el archivo prioridad. Al instante, en las tres pantallas apareció una columna con ocho secuencias numéricas.

034156901
456913276
343016692

295617833
178932515
236987521
492016755
516332578

–Esta es la lista de la reunión de mayo –dijo Hughes–. Las cinco primeras Prioridades se autorizaron; las tres últimas no.

–¿Quiénes son las tres últimas? –quiso saber Lee–. No hablamos de ellas.

Hughes abrió otra carpeta e hizo doble clic con el ratón. La información sobre los antecedentes se desplegó en una ventana en las tres pantallas.

–El Número 6 es Melvin Bennett. Sesenta y cuatro años. Se jubiló anticipadamente hace dos años. Los informes médicos revelan que presenta una buena salud, salvo por una diabetes que tiene controlada. De no producirse complicaciones graves, podría vivir otros catorce años, si nos guiamos por las tablas de mortalidad. Si Bennett vive esos catorce años, nuestra proyección de pagos de la pensión asciende a quinientos noventa mil dólares. Y eso sin contar las facturas médicas, que seguro que las habrá. Ahora mismo, nuestros jubilados medios incurren en unos cuarenta y ocho mil dólares anuales en facturas médicas. Si se autoriza la Prioridad, debemos ser conscientes de que tendremos que pagar una indemnización por deceso de cincuenta mil dólares. Pero el ahorro residual, sin contar las facturas médicas, rondará los seiscientos mil.

Chris desvió la mirada hacia Lee.

–¿Y qué hay de los Números 7 y 8? –preguntó Lee.

–El Número 7 es Paul Zimmerman. Actualmente está en nómina en la papelera, en la central eléctrica. Es un buen empleado. Lleva diecisiete años con nosotros. Su expediente está limpio. Pero tiene cinco hijos y los gastos médicos de sus dependientes han ascendido a cerca de medio millón de dólares en los dos últimos años. Tiene un hijo discapacitado y otro con un problema de crecimiento. Las inyecciones hormonales cuestan tres mil dólares por unidad, y necesita cuatro al mes. Los informes médicos indican que necesita

seguir aplicándoselas otros dos años más. Nuestros cálculos exceden el millón en gastos médicos para sus dependientes entre los veinticuatro y los treinta y seis próximos meses.

Hughes hizo una pausa.

Chris aprovechó el momento para estudiar la información del expediente del Número 7, como aludirían al hombre a partir de ese momento. No era necesario explicitar lo evidente. Que, a la muerte de Zimmerman, las personas que dependían de él ya no tendrían acceso a los beneficios médicos.

–Sugiero que lo despidamos, sin más. Con eso solucionaríamos el problema y conseguiríamos el ahorro que buscamos. Y él podrá solicitar la asistencia médica obligatoria del Gobierno y recibir el subsidio. Para eso precisamente se concibió la Ley de Atención Médica Asequible.

–Cierto –replicó Hughes–. Pero nos comportará problemas sindicales y seguramente una demanda que tendremos que luchar. Aun así, estoy seguro de que algo se nos ocurriría para respaldar nuestra decisión.

Chris señaló la indemnización por deceso de la pantalla.

–La mujer no puede vivir con cincuenta mil dólares y alimentar a cinco hijos. Dejarlo en el paro sería más que suficiente para nuestras necesidades y permitiría a ese hombre mantener a su familia buscando trabajo en otra parte.

–¿A qué sindicato pertenece? –preguntó Lee.

–Al de electricistas –respondió Hughes.

Lee negó con la cabeza.

–Estamos hablando de Reed. Se nos tirará encima y nos reclamará que lo readmitamos en el trabajo y le paguemos los salarios perdidos. Es probable que incluso nos pida unos días de vacaciones para que el hombre procese el trauma por el que habrá pasado. Ya he visto esa película antes. Ni hablar. No es mi problema cómo se alimente a esos cinco niños. ¿Qué hay del Número 8, Larry?

–Michael Ottman. Setenta y uno. Se jubiló hace seis años. Tiene problemas de corazón y cáncer de huesos. Los costes previstos se sitúan entre el millón y el millón y medio de dólares para la quimioterapia y los tratamientos oncológicos y otros doscientos y

pico mil dólares para los cuidados en la etapa terminal, en función de cuánto dure. Evidentemente, estas cifras están sujetas a fluctuaciones, pero sea como sea serán sustanciales. Y, además, tendremos que pagar una indemnización por deceso.

Las indemnizaciones por fallecimiento eran un engorro. Habían formado parte del acuerdo del convenio colectivo negociado a principios de 1990 y exigían que la empresa pagara una prestación a los herederos de sus empleados basándose en una fórmula que tomaba en consideración la antigüedad laboral y la cantidad aportada por el empleado al fondo. Era una forma de seguro de vida cuya financiación había resultado ser costosa. A finales de la década de los noventa, por insistencia de Chris, esa compensación se había eliminado de los tres acuerdos de negociación colectiva. Pero algunos de los empleados de más edad seguían teniendo derecho adquirido a su pago.

–El ahorro básico derivado de los tres casos, tras abonar las prestaciones por deceso, rondaría los tres millones –dijo Hughes–, y eso en función de lo bien o mal proyectados que estén los gastos médicos de los Números 7 y 8.

–Perfecto –dijo Lee con una sonrisa de satisfacción–. Será un ahorro bienvenido. Podemos destinar ese dinero a otra cosa.

A Chris todo aquel tema le asqueaba. Cada vez con más frecuencia, Lee, con la complicidad de Hughes, recurría a la lista para compensar los dólares que perdían a causa de una gestión deficiente o de alteraciones en el mercado. El Programa Prioridad no se había concebido con esa amortización en mente.

–¿Tenemos expedientes sobre estos tres casos? –preguntó Hughes.

Lee asintió con la cabeza.

–Cuando los preautorizamos en abril, ya se hizo el trabajo de investigación, anticipando su priorización en mayo. Están listos para su procesamiento inmediato.

Conocía el procedimiento. Nadie se convertía en una Prioridad sin pasar por una aprobación previa, tras la cual se generaba el debido expediente informativo. De ese modo, cualquier problema o asunto peliagudo podía solventarse rápidamente.

–Propongo que prioricemos a los tres restantes de la lista de mayo –dijo Lee.

Hughes dio curso a la moción secundándola.

–Yo planteo una enmienda de «solo despido» al Número 7, en lugar del procesamiento completo –dijo Chris.

No era una sugerencia fuera de lugar. No todo el mundo se convertía en una Prioridad absoluta. De vez en cuando se establecían criterios, condiciones que imponían cómos y cuándos específicos con respecto al modo de procesamiento.

–¿Aceptas la enmienda tal como se plantea? –le preguntó Lee a Hughes.

–No.

–Yo tampoco. ¿Algo que añadir?

Chris guardó silencio. Carecía de sentido seguir discutiendo.

–Procedemos a votar la moción a mano alzada. ¿A favor? ¿En contra?

La moción fue aprobada por dos votos a favor y uno en contra.

10:30 h

Brent siguió organizando su despacho, yendo en busca de las cosas que necesitaba a un armario de material que había al final del pasillo. No le habían asignado una secretaria. En su lugar, compartía con el director jurídico los servicios de tres damas, todas ellas supervisadas por una atenta señora mayor llamada Martha Riddle que hacía casi un cuarto de siglo que trabajaba en la papelera.

–Estamos muy contentos de tenerlo con nosotros –le dijo Martha–. Conocí a su padre. Era un hombre encantador.

Solían decírselo.

–Sí que lo era.

–Todos lo echamos de menos.

Él también.

–¿Cómo está su madre?

–Creo que se alegra de volver a tener a su hijo en casa.

Su madre y él habían decidido mantener su enfermedad en secreto. No era asunto de nadie. Sin embargo, Brent sentía curiosidad por algo:

–¿Este era el despacho de mi predecesor?

Martha asintió con la cabeza.

–Así es. Peter era un abogado excelente. Trabajaba muy duro.

–¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

–Cinco años. Todos disfrutamos trabajando con él.

Sabía que el hombre había tenido una muerte trágica: suicidio. Pero desconocía los detalles.

–¿Era un hombre atormentado? –preguntó.

–Era más bien... taciturno. Triste. Era raro verlo sonreír o reír. Aun así, era una bendición trabajar con él. Siempre me dio la impresión de que le preocupaba algo. Nunca habría imaginado que se quitaría la vida.

Brent entendía esa observación perfectamente.

–A veces cuesta imaginarlo.

–Peter era un buen abogado. Trabajaba en los casos con mucha pericia.

–Parece que me ha dejado el listón bastante alto.

Martha sonrió.

–Estoy segura de que estará a la altura.

–Supongo que habrá visto usted a mucha gente entrar y salir de este despacho.

–¡Y que lo diga! Somos como un despacho de abogados de dos socios con un solo cliente. Pero es un cliente grande.

Tenía razón. Brent señaló las cajas de expedientes apiladas que acababan de traer hacía solo unos minutos.

–¿Cuántos casos de solicitud de indemnización laboral activos tenemos en estos momentos?

–Doscientos treinta y uno –respondió ella sin titubear.

A Brent estuvo a punto de escapársele una sonrisa. Aquella mujer parecía saber todos los detalles. Le recordaba mucho a su madre, a quien tampoco se le pasaban muchas cosas por alto.

Contó mentalmente las cajas. Veintidós. Muchas, desde luego, pero no era muy distinto de los casos activos que tenía en la Oficina

del Fiscal del Distrito, o cuando practicaba la abogacía por su cuenta. Entonces se había ocupado casi de cualquier caso que entraba por la puerta. Honorarios bajos. Honorarios altos. Y a veces sin honorarios siquiera. Tenía empleados a dos ayudantes y, juntos, llevaban el bufete. Cuando cerró, le había resultado fácil encontrarles un empleo nuevo. Sus excelentes reputaciones los precedían. Y allí estaba él ahora, no en calidad de jefe, sino de mero empleado. Un pequeño diente de una maquinaria enorme.

–Le dejo para que vaya familiarizándose con sus nuevos clientes –le dijo Martha, señalando las cajas–. Estos son los casos activos. Los archivos retirados de los diez últimos años están en la planta de abajo. Y el resto se almacenan fuera de estas instalaciones.

Estaba bien saberlo.

–Una pregunta –le dijo él–. ¿De dónde vienen estas cajas?

–Tras la muerte de Peter –respondió ella–, las enviamos a un bufete externo en Savannah, ellos han sido quienes se han ocupado de mantenerlo todo al día de manera temporal. Pero ahora que está usted aquí, retomamos la normalidad, así que pedí que nos las devolvieran. Ese despacho sigue estando a nuestra disposición, si necesitamos que nos ayuden con los expedientes. Sin embargo, en ese caso es preciso que el director jurídico dé su aprobación primero.

–Entendido.

Martha se fue y él decidió ponerse manos a la obra con la parte difícil. Abrió la primera caja y empezó a transferir expedientes a los tres archivadores metálicos que forraban una pared de su nuevo despacho. Por suerte, las cajas estaban ordenadas alfabéticamente y empleó el tiempo en anotar los nombres en cada expediente. Siguió vaciando cajas, llenando los cajones metálicos y cerrándolos con un molesto chirrido. Empezaba a sudar; el aire acondicionado del edificio no era demasiado eficiente para combatir el calor y la humedad.

Ya tenía dos archivadores llenos.

Empezó con el tercero, apilando los expedientes encima y transfiriéndolos a los cajones, de uno en uno, mientras apreciaba que los había de una enorme variedad, gruesos y delgados. No le

apetecía nada leer tanto papel. Pero lo haría. Tendría que hacerlo. No había otro modo de prepararse. ¿Qué dijo Confucio? «El éxito depende de la preparación previa; sin ella, seguro que llega el fracaso».

Así era.

Llenó el segundo cajón del tercer archivador y lo cerró con una fuerza un tanto excesiva, provocando que el montón de carpetas que había encima se deslizaran hacia la pared. Logró contener la avalancha, pero no antes de que uno de los expedientes cayera detrás del archivador.

Genial.

Cogió el montón de encima y lo embutió en el cajón siguiente. Luego, apartó el archivador semivacío y divisó el expediente, que, milagrosamente, había caído con el lomo hacia abajo, de manera que su contenido seguía intacto. Extrajo la carpeta y divisó algo más en el suelo, apoyado contra la polvorienta pared.

Una pequeña fotografía enmarcada.

La sacó y vio que se trataba de una foto de familia. Una mujer con dos hijos pequeños delante del castillo de Cenicienta en el Mundo Mágico de Disneylandia. La típica foto de turista que millones de familias poseían. Sus padres lo habían llevado allí en dos ocasiones de niño.

Pero esa imagen era diferente.

La mujer.

Había ido a verlo a su casa la noche anterior.

10:40 h

Hamilton Lee no estaba de buen humor.

–Chris se está convirtiendo en un incordio.

Bozin acababa de marcharse, una vez que se levantó la sesión. Él y Hughes se habían quedado en la sala de juntas, uno de los pocos lugares donde consideraban que podían hablar con libertad, sin que se vulnerara su privacidad.

–Antes me divertía comprobar hasta dónde era capaz de tirar de la cuerda con él –siguió–. Pero ahora me resulta tedioso. Creo sinceramente que ese viejo capullo está perdiendo el temple. Creo que le gustaría jubilarse, pero le da miedo delegar en nosotros.

–¿Ha sugerido algo acerca de jubilarse? –preguntó Hughes.

Lee negó con la cabeza.

–Pero me han llegado rumores de la oficina. Tiene una aventura desde hace tiempo con su secretaria. Y ella quiere que se retire y se case con ella. Pero él la escucha tanto a ella como a nosotros.

–La verdad es que Chris no tiene buen aspecto últimamente. Quizá podríamos proponerle que se jubilara. El dinero no puede ser un problema para él. Y aunque lo fuera, la indemnización por cese ascendería a millones.

Hughes se refería a su acuerdo como accionistas de la empresa, que recogía específicamente el pago en efectivo de varios millones de dólares en caso de que uno de ellos falleciera o se jubilara.

–Quizá deberías insinuárselo tú –dijo Lee–. A mí me enviará a freír espárragos. Pero algo hay que hacer. Necesitamos tener capacidad para determinar Prioridades sin tanta discusión. La verdad es que no entiendo por qué Chris tiene tantas reservas. Antes no dudaba tanto.

–Estoy de acuerdo, sobre todo teniendo en cuenta lo que nos jugamos.

–Exactamente. Todos los empleados de Concord tienen una vida fantástica. Les pagamos bien. Tienen el mejor seguro de salud de todo el sector. Cuando se retiran, les damos una pensión generosa. Los cuidamos desde la cuna hasta la tumba. Nos partimos el lomo para proporcionarles esa seguridad financiera. Y no es fácil.

Sabía que Hughes estaba de acuerdo con él.

–Hay una cosa en la que sí que coincido con Chris –dijo Lee–. El sector del papel atraviesa un mal momento. China nos está matando. Los ambientalistas nos están volviendo locos. Son tiempos difíciles, y vamos a tener que ser mucho más listos para sobrevivir.

–He reparado en lo que has mencionado antes acerca del contacto de Hank Reed con los secretarios generales de los otros dos sindicatos –dijo Hughes–, pero has añadido que eso no sería ningún problema esta vez. ¿Qué sabes que yo no sepa?

Sonrió.

–Esta vez decidí ir un paso por delante de nuestro pequeño metomentodo.

–Pues no debe de ser fácil. Reed tiene ojos y oídos en toda la fábrica.

–Me he asegurado de que cuando ese capullo meta sus narices en nuestros ordenadores, encuentre un material especialmente iluminador.

Hughes se rio entre dientes.

–¿De qué se trata?

–De notas internas especiales que escribí solo para él. Le van a encantar.

–¿Ya las tiene?

Dobló el brazo para mirar la esfera de oro blanco de un reloj Boucheron. Veinte mil dólares. Un regalo que se había hecho a sí mismo.

–Lo sabré en unos diez minutos.

11:00 h

Jon de Florio entró por las puertas giratorias de la Torre Azul. Llevaba un traje de sastrería de Brooks Brothers, con chaqueta de un solo botón, que le quedaba como un guante. También llevaba una camisa hecha a medida que rodeaba su ancho cuello y sus largos brazos mucho mejor que cualquier alternativa que pudiera comprar en una tienda. Elegía con mucho esmero su ropa no solo para proyectar la imagen correcta, sino también para camuflar sus musculosas piernas y sus nervudos brazos. Tenía cuarenta y tres años, pero ya tenía el pelo cano. Aunque eso no le preocupaba lo más mínimo. Llevaba el rostro recién afeitado, el pelo corto y estudiaba con sus ojos verdes todo lo que le rodeaba, constantemente.

Había trabajado para la Southern Republic Pulp and Paper Company doce años. Al principio lo había hecho de manera anónima, pero ahora ostentaba el título de jefe de seguridad. Oficialmente,

supervisaba a los noventa y dos guardias que la compañía empleaba en la papelera, la fábrica de embalaje, los aserraderos, los depósitos de madera, el ferrocarril y los almacenes. Extraoficialmente, gestionaba el Programa Prioridad de la empresa. Su biografía corporativa, que aparecía en todos los informes anuales, se había pensado hasta el último detalle.

> LICENCIADO POR LA UNIVERSIDAD DE VIRGINIA DEL SUR, PROPIETARIO DE LA AGENCIA DE DETECTIVES DE FLORIO DURANTE SIETE AÑOS E INCORPORADO A LA EMPRESA COMO ASESOR, JON APORTA UNA EXPERIENCIA ÚNICA, QUE APLICA PARA GARANTIZAR LA SEGURIDAD TANTO DE NUESTROS EMPLEADOS COMO DE NUESTROS PRODUCTOS.

Pero casi nada de eso era cierto.

No era licenciado en nada. Escogieron la Universidad de Virginia del Sur por el simple motivo de que el estado había abolido la institución hacía años y no se habían conservado los registros de matriculación. El diploma que colgaba en un lugar destacado en su despacho era una falsificación. Y tampoco había tenido ni dirigido nunca una agencia de detectives. Por eso, la biografía omitía expresamente dónde se ubicaba dicha agencia. Sin embargo, sí que se había incorporado a la empresa hacía doce años y, a grandes rasgos, podía decirse que trabajaba como «asesor», pues había hecho prácticas durante dos años como colaborador bajo el mando de su predecesor, que había dirigido el Programa Prioridad desde su inicio. Cuando ese hombre había decidido que ya había ganado suficiente dinero y quería aprovechar el tiempo para disfrutarlo, De Florio fue ascendido para sustituirlo. Al final se le otorgó un título oficial y un despacho simplemente para poder justificar su presencia, ya que a la junta le resultaba más práctico tenerlo cerca y siempre disponible.

La Southern Republic poseía instalaciones en todo el sudeste de Estados Unidos, pero sus principales generadoras de ingresos, una papelera de cuatro mil metros cuadrados y una fábrica de producción de bolsas de papel de dieciocho mil metros cuadrados, estaban en Concord. La facturación anual rondaba los dos mil millones de dólares, y las amenazas de pleitos, robos y fraudes eran constantes. Tanto que, en el pasado, la compañía tenía contratada

de manera permanente a una empresa de seguridad externa para su protección. Ocho años atrás ese servicio se había internalizado y colocado bajo la supervisión directa de De Florio, de cara a la galería con el fin de ahorrar gastos y, en privado, para acoger la expansión creciente del Programa Prioridad.

De Florio había programado el inicio de su jornada para que coincidiera con el final de la reunión de junio de la junta. Sabía que los tres propietarios se habían reunido, pero el reglamento era claro: en cuanto se ejecutaban órdenes relativas al Programa Prioridad, debía darse parte inmediato del resultado al presidente.

Subió en ascensor hasta la planta veintinueve y salió por la puerta con confianza. Suelos de mármol, paredes revestidas de madera y un techo artesonado con arcos lo rodeaban. Se dirigió hacia el rincón de la dirección que acogía los despachos de los tres dueños. Se cruzó con Chris Bozin en el pasillo.

–Buenos días, señor –lo saludó al pasar por su lado.

Bozin le devolvió el saludo con un asentimiento de cabeza. No era un hombre parlanchín. Generalmente, entre ellos solo había habido una relación laboral. Bozin era un alma sombría y paternal con un rostro amable en cuyo centro destacaba una nariz romana afilada. Alto, erguido, de aspecto y porte distinguido, con gruesas gafas que ampliaban sus grises ojos escrutiñadores. Conservaba su poblado pelo ondulado, ahora ya entrecano, responsable del apodo que la prensa y las publicaciones del sector utilizaban en ocasiones para referirse a él: el Zorro Plateado. Un juego de palabras que también aludía al astuto don que Bozin poseía para los negocios. Era, con mucho, el que tenía más cerebro y agallas de los tres socios, responsable en gran medida del éxito de la empresa.

De Florio siguió caminando, dobló una esquina y llegó al despacho de Hamilton Lee justo cuando este y Hughes salían del ascensor privado que comunicaba con la planta treinta. Hughes y él intercambiaron las cortesías de rigor antes de que el socio se excusara.

Entonces Lee lo hizo pasar a su despacho y cerró la puerta.

El diáfano espacio disfrutaba de vistas panorámicas sobre el centro urbano de Atlanta. De Florio lo sabía todo acerca de la

decoración. La mesa era una antigüedad francesa importada desde Languedoc. El sofá y las sillas procedían de la Inglaterra decimonónica. La pequeña mesa de reuniones era una mesa de comedor de estilo *art nouveau* reconvertida para su uso como mesa de negocios. A Lee le gustaba atribuirse el crédito del aspecto de su oficina, pero De Florio sabía que un diseñador de interiores del norte de Atlanta lo había coordinado todo profesionalmente, hasta el último detalle. Para ser sinceros, su gusto era demasiado pretencioso y, cuando lo visitaba, tenía más la sensación de estar en un museo que en un despacho.

–Siéntate, Jon. ¿Te apetece un café? –le preguntó Lee mientras se dirigía a la barra que había en una de las paredes.

Jon declinó su ofrecimiento.

Lee se sirvió café en una taza de porcelana y luego se dirigió hacia su mesa, situada en diagonal ante dos ventanales que hacían esquina. De Florio se había acomodado en una de las butacas georgianas de brazos abiertos que había delante.

Lee tomó asiento.

–De acuerdo. Procede.

–Ya se han procesado las cinco Prioridades de la lista de mayo. La Número 1: ataque de corazón. La Número 2: insuficiencia renal. Ambas muertes verificadas por colaboradores *in situ*. Como sabe usted, hubo un problema con la Número 3, pero se corrigió anoche. La verificación *in situ* fue imposible. Pero lo he comprobado esta mañana. El ordenador del sanatorio registraba la muerte durante la noche, a una hora indeterminada. Y aunque no dispongo de confirmación independiente con respecto a los Números 4 y 5, mi colaborador confirmó su muerte mediante la observación en primera persona.

–¿Y las causas?

–La del Número 4, sobredosis. Y la del Número 5, *shock* anafiláctico provocado por picaduras de avispa. Los cinco procesamientos guardaban coherencia con los criterios establecidos para cada uno de ellos.

Lee bebió un sorbo de café.

–¿Algún problema más?

–Todo fue como la seda, sin incidentes.

–No deja de sorprenderme tu creatividad. Debe de ser muy interesante orquestar de manera inocua resultados tan variopintos.

–Para eso me pagan.

–¿A qué se debió el problema con el Número 3?

–Los criterios indicaban claramente alterar la medicación...

–Y había un buen motivo para ello.

Era consciente de que en ocasiones la junta tenía en cuenta la existencia de seguros de vida y de automóvil para tomar sus decisiones. A veces se usaba la doble indemnización por muerte accidental para ayudar económicamente a las personas dependientes de la Prioridad. Pero no era un gesto enteramente altruista. El reglamento exigía que los métodos de procesamiento fueran variados, y los errores con la medicación eran una variante explicable que no revertía en ningún caso en la empresa. Cualquier posible responsabilidad recaía en terceras partes.

–¿Cómo se produjo el error de procesamiento? –quiso saber Lee.

–El colaborador logró cambiar la receta, pero el medicamento por el que la sustituyó no fue lo bastante potente para inducir la muerte de la persona. Fue un error de cálculo inaceptable por su parte.

–¿Y qué consecuencias tendrá ese error? –preguntó Lee.

–Se adoptarán acciones correctivas.

–Estaba seguro de ello –dijo Lee, inclinando su tacita.

De Florio no se dio por aludido. Los elogios significaban poco para él.

–La junta acaba de dar luz verde a las tres Prioridades restantes de la lista de mayo. No se han establecido criterios. Ya se han efectuado las comprobaciones previas, ¿correcto?

Asintió.

–Sus expedientes están preparados, a punto.

–Procésalas a tu voluntad.

–Si no recuerdo mal, el mes pasado expresé objeciones con respecto a la programación.

–Eso fue el mes pasado. Ahora es ahora.

–Pero el procesamiento de las cinco de la lista de mayo acaba de completarse.

–Debido al error incurrido con el Número 3, que no se procesó bien en su debido momento.

Encajó la bofetada sin decir nada.

Lee pareció percibir su indecisión y adoptó un tono conciliatorio.

–No me cabe duda, Jon, de que manejarás las cosas con eficiencia, como has hecho tantas veces. La junta tiene toda su confianza depositada en ti. En cuanto al otro tema, ¿ha mordido el anzuelo?

Afirmó con la cabeza.

–Anoche. Se accedió al archivo desde la terminal de Marlene Rhoden, del Departamento de Relaciones Laborales. Y el monitor de respaldo que instalamos mostraba que se guardó una copia.

Lee sacudió la cabeza a ambos lados.

–Marlene está tomando decisiones equivocadas. Trabaja para nosotros desde hace mucho tiempo. Esto solo demuestra la poca lealtad que puede esperarse hoy en día de las personas.

De Florio sabía que Rhoden estaba divorciada, era madre de dos hijos adultos y quería convertirse en la próxima señora de Hank Reed. No se escondía de ello ante sus colegas. Y, al parecer, había decidido que ofreciendo a Reed acceso ilimitado a los archivos de la empresa podía lograr su objetivo.

Y ellos lo habían aprovechado en su ventaja.

–Al menos, Reed es tan determinado como predecible –dijo Lee–. Se vanagloria de ir un paso por delante de nosotros. Cree que somos demasiado estúpidos para saber lo que hace.

–¿Por qué se lo toleran?

–Porque también puede sernos muy útil. Es un topo eficiente que ha mantenido nuestras relaciones laborales en términos amigables. Y nos sale barato. Lo único que pide es un poco de ayuda con su imagen y un par de favores para su gente de vez en cuando, que le proporcionamos gustosamente. Además, los empleados le escuchan. Pero esta vez, las cartas están dadas. –Lee negó con la cabeza–. Reed vendrá a vernos, como hace siempre, con la intención de cerrar un trato. Pero en esta ocasión negociaremos con información que nosotros mismos le hemos proporcionado. Una jugada inteligente por mi parte, si se me permite decirlo.

De Florio estaba cansado del autobombo, otra de las diferencias mayúsculas entre Hamilton Lee y Chris Bozin.

–¿Necesita algo más de mi departamento?

–No, eso será todo, salvo por el inmediato procesamiento de las tres Prioridades de la lista de mayo... sin errores.

14:00 h

Brent comió tarde en la ciudad, solo, aún preocupado por su descubrimiento. Le había enseñado la fotografía a Martha y ella le había indicado que se trataba de Joan Bates, la esposa de su predecesor, Peter Bates, y de sus dos hijos. Se había tomado varios años atrás, cuando los niños eran aún adolescentes. Se la debían de haber dejado sin darse cuenta al limpiar el despacho. Nadie había movido los archivadores. Al menos, ahora sabía quién se había tomado la molestia de localizarlo para hacerle una advertencia bastante críptica. Lo que le intrigaba, no obstante, era saber por qué. Aun así, no le había dicho nada a Martha al respecto ni le había formulado más preguntas para no despertar suspicacias.

Pero todo aquel asunto era muy extraño.

Decidió que era un momento tan bueno como cualquier otro para hacer un alto en el banco local y abrir una cuenta. Necesitaba transferirse el dinero de Atlanta a Concord. Había tres bancos entre los que escoger, pero, antes de marcharse de allí, diez años atrás, había hecho todos sus negocios con el Capital Fidelity & Trust. De manera que se detuvo allí y abrió una cuenta corriente y otra de ahorros, a las cuales transfirió todos sus fondos. No tenía demasiado dinero. Cerca de setenta mil dólares en ahorros y otros cinco mil en la cuenta corriente. Hacía unos años había contratado tres depósitos a plazo fijo, pero aún tenían que dar sus frutos, así que no los tocó. Ya se ocuparía de eso en su debido momento. No tenía deudas, tenía el coche pagado y pagaba el crédito de su única tarjeta íntegramente cada mes. Vivir con su madre reducía sus gastos generales, pero ya había acordado con ella cuál sería su aportación mensual a la economía familiar. Ella tampoco tenía deudas; vivía

tanto de la pensión de viudedad como de la suya y del ingreso mensual por jubilación que seguía recibiendo del fondo de pensiones de la Southern Republic. Su padre había trabajado durante toda su vida adulta en la fábrica y había conseguido acumular el máximo en subsidios anuales, lo que incluía los gastos sanitarios para su madre hasta que muriera.

Salió del banco y se encaminó a su *jeep*, que estaba aparcado en la misma calle.

–Pero si es el mismísimo Brent Walker, vivito y coleando –dijo una voz.

Se volvió para mirar a una antigua adversaria. Doris Dunn. Una mujer con curvas y largas piernas. Atractiva. Y consciente de serlo. Lo aprovechaba en las vallas publicitarias y los anuncios impresos, que incluían una foto de su cara a todo color, con su larga melena rubia, junto a las palabras GUAPA. DURA. Los había visto durante años en sus visitas de regreso a casa, y siempre había pensado que los puntos después de las palabras sobraban. Para él, enviaban el mensaje equivocado. Aunque, conociendo a Doris, es posible que esa fuera precisamente su intención. Hacía años se veían cara a cara en los tribunales, principalmente en casos de divorcio. Ella había sido la primera mujer abogada en la ciudad. Ahora un par más habían instalado sus bufetes. Intercambiaron las cortesías de rigor y hablaron unos minutos de los viejos tiempos. Finalmente, Brent le dijo que debía volver al trabajo porque «ya no soy el jefe».

–Bueno, entonces tampoco tienes que perseguir a nadie para que te pague los honorarios cada mes.

Brent sonrió.

–¿Ves? Eso no lo echo de menos.

Ella se dio media vuelta para marcharse.

Pero entonces él pensó: «¡Qué diablos!».

–Doris.

Ella se detuvo y se volvió para mirarlo.

Brent se le acercó.

–¿Conocías a Peter Bates?

–No demasiado. No llevo casos laborales. Pero venía al almuerzo mensual de la Asociación de Abogados.

–¿Todavía se celebran?

Ella asintió con la cabeza.

–El segundo martes de cada mes. Deberías apuntarte otra vez.

Probablemente lo hiciera. De hecho, en su día le gustaban aquellos encuentros. Un montón de abogados hablando de los gajes del oficio. En su entrevista de trabajo, los tipos de la Southern Republic habían dejado claro que querían que se involucrara en la vida local.

–¿Conoces las circunstancias de la muerte de Peter?

–Fue horrible. Condujo hasta el lago Eagle, cogió una escopeta y se quitó la vida. Lo encontraron un día más tarde, después de que su esposa denunciara su desaparición.

Pero lo que Brent realmente quería saber era:

–¿Alguna pista de por qué lo hizo?

–Nadie lo sabe. Pero era un hombre tranquilo. Amable, nadie tenía una mala palabra que decir sobre él. Aunque tampoco era la alegría de la fiesta, ya me entiendes.

La entendía.

–¿Y qué hay de su familia?

–Por lo que he oído, su viuda se mudó después de lo ocurrido.

Si le preguntaba adónde, dejaría entrever que estaba más interesado de lo que fingía, de manera que se limitó a responder:

–Lo entiendo. Probablemente quisiera irse lo más lejos posible.

–Es lo que haría yo.

Y él también. De hecho, era justo lo que había hecho.

–Gracias por la información, Doris. Te veo en las trincheras.

16:48 h

Jon puso una marcha corta y pisó el acelerador. El SUV engranó con fuerza y tomó la curva cerrada, ascendiendo con firmeza por la empinada cuesta. Miró al frente, hacia la casa con cubierta a dos aguas encaramada sin disimulo en la ladera escarpada. Madera de secuoya y cedro lijada fina y teñida de oscuro; los muros oblongos se confundían con los densos pinos del entorno. Había vecinos, pero

ninguno cerca, ya que cada parcela se extendía casi una hectárea y tenía una etiqueta de precio alto tanto por la privacidad como por las vistas.

Las elevaciones al norte de Atlanta no eran en sí montañas, sino parte de las estribaciones de los Apalaches. Muchas eran inaccesibles, pero aquella casa a dos aguas se hallaba en la ladera de una de las colinas más pobladas, a la cual conducía una carretera con cunetas, pavimentada y bien iluminada que serpenteaba entre el dosel circundante de arces y sicómoros, dejando atrás desvíos que conectaban con mansiones de lujo.

Oficialmente, la titularidad de la casa correspondía a una empresa anodina establecida en un inicio en Alabama y más tarde adquirida por una compañía de Texas, propiedad íntegramente de una corporación de Tennessee, a su vez propiedad, mediante testaferros, de la Southern Republic Pulp and Paper Company. El rastro era intencionadamente complicado de seguir, sobre todo porque era imposible tener acceso a toda la documentación relevante. Ninguna de las entidades corporativas de su cadena de titularidad utilizaba la casa de manera oficial. De vez en cuando proporcionaba intimidad a Hamilton Lee y Larry Hughes y sus amantes. Pero, sobre todo, se utilizaba para el Programa Prioridad: era una de las varias ubicaciones donde De Florio podía hablar cara a cara con sus empleados acerca de su trabajo especializado, si bien no de manera regular ni predecible. Para eso no había ningún lugar específico designado.

Subió por el camino pavimentado y se detuvo.

Llevaba en el maletín el mando a distancia. La verja de hierro retrocedió al accionarlo. Como todas las localizaciones con seguridad de la empresa, aquella vivienda estaba protegida por una valla, contaba con alarma y estaba supervisada por una empresa de seguridad para viviendas privadas que patrullaba regularmente la zona. Se abrió camino hacia la casa y aparcó justo delante, no sin antes asegurarse de dejar la verja abierta.

Esperaba invitados.

Antes incluso de que tuviera tiempo de salir del coche, un Chevy Blazer de color rubí entró por la puerta y aparcó a su lado.

Cogió su maletín, cerró con llave la portezuela del coche y accionó el mando a distancia para cerrar la verja. Abrió la puerta de la casa con la llave y entró.

Del otro coche bajaron tres hombres, que lo siguieron en silencio.

Todos vestían traje oscuro, nada llamativo ni a la moda, solo azul marino y gris marengo tradicional, camisa blanca, corbata a juego y zapatos de piel negros. De Florio aplicaba un código de vestimenta estricto a todos sus empleados y conducía sus reuniones de una manera precisa. Dos de los hombres lo sabían bien. En el caso del otro, era el primer encuentro al que asistía.

Los dos que sabían cómo operaba eran Milo Richey y Frank Barnard. Los había reclutado él mismo, por recomendación de varios contactos del hampa de largo recorrido. Richey tenía veintinueve años; Barnard, treinta. Nada en ninguno de los dos los convertía en estereotipos de su profesión.

No tenían cicatrices ni marcas fácilmente identificables. No llevaban barba, ni bigote ni peinados estrambóticos. Nada de joyas vistosas, pendientes ni cadenas de oro. Se les requería que usaran reloj, pero tenía que ser preciso, no caro. Eran solo rostros normales en cabezas normales unidas a cuerpos normales con personalidades a juego. Todo ello para dificultar el recuerdo a cualquier posible testigo.

Tanto Barnard como Richey eran profesionales, formados a conciencia en las técnicas del asesinato a sueldo. Richey había trabajado como sicario para un cártel de la droga del sur de Florida, mientras que Barnard siempre lo había hecho por cuenta propia, para diversas mafias de la Costa Oeste. Ambos procedían con excelsas recomendaciones y los había motivado su oferta de un empleo seguro y bien remunerado.

El nuevo era Victor Jacks. Algo antes, De Florio había instruido específicamente a Barnard para que acudiera acompañado de Jacks. Lo habían reclutado tres semanas atrás, dado que el Programa Prioridad se había ampliado hasta tal punto que, para estar al día, precisaban ayuda adicional. Jacks era mayor que los otros dos, pero tenía una apariencia igual de anodina, sin rasgos de personalidad destacables. También tenía experiencia; previamente había

trabajado para una familia de la mafia de Chicago. Sin embargo, como en el caso de Milo Richey y Frank Barnard, el atractivo de un trabajo regular y un salario constante lo habían seducido a viajar hasta el centro de Georgia.

El reglamento exigía que todos los colaboradores fueran solteros y no tuvieran personas a su cargo. Menos complicaciones y menos posibilidades de que se produjera una brecha en la seguridad. Además, de este modo podían contar con ellos en cualquier momento, sin tener que dar explicaciones. Se toleraba que tuvieran novia, pero se desaconsejaba mantener relaciones largas o serias. Lo más habitual, y la opción preferida, eran las aventuras de una noche.

Aunque De Florio mantenía una presencia pública en la Southern Republic, nadie, ni siquiera la junta de dirección, conocía las identidades de sus empleados. Era mejor así. Él se encargaba en exclusiva de contratarlos y despedirlos, y era también el único responsable de sus acciones, tanto para bien como para mal.

–Caballeros, siéntense. Si quieren servirse algo de beber, el bar está allí.

Hizo un gesto al otro lado de la diáfana estancia.

Sobre sus cabezas, el techo ascendía formando una uve invertida, con un dormitorio tipo *loft* en la segunda planta con vistas a la planta inferior. La pared sur era una vidriera integral que daba a una tarima de cedro. Más allá de la barandilla se divisaba el neblinoso horizonte de Atlanta, más de treinta kilómetros al sur, iluminado desde el oeste por el sol vespertino.

Encendió un par de lámparas.

Nadie aceptó su ofrecimiento de una bebida. En lugar de ello, los tres hombres se distribuyeron por el sofá y las butacas. De Florio se quitó el abrigo y se aflojó la corbata. No iba armado. Las armas estaban prohibidas. Otra regla que se autoimponía e imponía a sus empleados. Raramente las usaban para procesar las Prioridades, y su presencia solo hubiera conseguido atraer una atención innecesaria. Se acomodó en una de las butacas acolchadas, extrajo unas carpetas de papel manila de su maletín y las dejó sobre la mesita de centro.

–Tenemos tres nuevas Prioridades. Os las repartiré en un minuto. ¿Os habéis conocido todos de camino?

Hicieron un gesto afirmativo.

–Victor se incorpora como nuevo colaborador. Ya le he dado las indicaciones generales sobre nuestros procedimientos operativos, pero quería añadir algunas instrucciones adicionales revisando el error que hemos cometido este mes.

Clavó la mirada en Richey.

–Milo, por favor, repasa los hechos que rodearon lo ocurrido con la Prioridad Número 3 de la lista de mayo.

17:05 h

La primera jornada de Brent en el trabajo se aproximaba a su fin.

En la Oficina del Fiscal del Distrito y cuando trabajaba por su cuenta, el día rara vez acababa a las cinco de la tarde. No solo era necesario invertir largas horas, sino que era lo que se esperaba de uno. Y lo mismo parecía aplicarse aquí. Había mucha gente y muchos departamentos para que los atendieran solo dos abogados. Sin embargo, tal como había señalado Martha, la empresa también contrataba a algunos despachos externos que los ayudaban con las tareas que requerían más tiempo. Sin duda alguna, las próximas negociaciones contractuales exigirían alargar la jornada.

Se había pasado el día organizando. No había hecho mucho más. Martha y los demás ya se habían marchado, de manera que el espacio de las secretarias, al final del pasillo, se hallaba en el más absoluto silencio. Y el director jurídico también se había ausentado desde mitad de la tarde para asistir a una reunión en otro lugar. Estaba solo.

Era el momento de husmear.

Antes, Martha le había mostrado el mundo virtual de la empresa. El despacho del asesor jurídico tenía pleno acceso a todos los registros de personal, médicos y de jubilación, una información necesaria para hacer su trabajo. De manera que localizó el motor de búsqueda principal y escribió «PETER BATES». En la pantalla

aparecieron la solicitud de empleo de Bates, sus informes de desempeño y varias facturas médicas presentadas, a lo que seguía la rescisión del contrato de empleo y la cuenta de su pensión. Decidió echar un vistazo a las facturas médicas y averiguó que Bates había incurrido en gastos psiquiátricos sustanciales. Leyó por encima algunos de los informes y vio un diagnóstico consistente de depresión clínica, agravada por un trastorno bipolar. A Bates le habían recetado un régimen contundente de antidepresivos, que se había tomado hasta el momento de su muerte. Seguramente eso explicaba su hosquedad.

Hizo clic en «PENSIÓN».

El informe que se desplegó recogía la fecha de su muerte. Casi cuatro meses atrás. ¿Causa? Herida con arma de fuego, suicidio. Una nota indicaba que la empresa había ampliado especialmente la cobertura de salud a las personas que tenía a su cargo, una esposa y dos hijos, durante un período de dos años, sin coste alguno.

Extremadamente generoso por su parte.

Lo que buscaba eran los datos de contacto, y los encontró en la cuarta página. Un formulario de cambio de dirección. Joan Bates residía ahora en Statesboro.

No estaba lejos.

Bien.

Tenían que hablar.

17:10 h

Jon esperó una explicación.

Milo Richey estaba visiblemente incómodo. Y tenía motivos para ello. El colaborador había cometido un error, el primero desde que se había incorporado al equipo hacía dos años.

–El expediente especificaba una sustitución de la medicación como único criterio para la muerte. Hice el cambio, aumentando la dosis en miligramos hasta un nivel que debería haber sido letal.

–Pero no lo fue –dijo De Florio.

–A mí me pareció más que adecuado –replicó Richey.

–¿Y en qué te basaste para determinarlo?

–Obtuve la información de las dosis no recomendadas de la web de la farmacéutica.

–¿Por qué no se verificó la muerte *in situ*?

–Di por sentado que la dosis era más que suficiente para conseguir el resultado deseado.

–¿Había alguien cerca? ¿Algún riesgo de ser detectado?

Richey negó con la cabeza.

–La Prioridad iba a pasar la noche sola. Su mujer había salido. Yo me colé e hice el cambio antes. Se tomaba la medicina a las siete de la tarde cada día. A las nueve ya debería haber muerto.

–¿Por qué no te tomaste el tiempo de asegurarte?

–Fue un error por mi parte.

–Lo fue. Por consideración a Victor, por ser nuevo, yo concluiré el informe. Anoche hice que Frank volviera a visitar a la Prioridad Número 3 de la lista de mayo. La muerte se indujo mediante envenenamiento con un gas tóxico, que concluyó el procesamiento.

Se puso en pie y se dirigió al bar.

–Milo, creía que entendías las reglas por las que nos regimos.

–Y lo hago –se defendió Richey–. Es mi primer error en dos años.

De Florio se sirvió un vaso de agua mineral y le añadió un par de cubitos del frigorífico que había bajo la barra.

–Frank, por el bien de Victor, ¿podrías por favor explicar el procedimiento correcto?

Barnard se volvió hacia Jacks.

–El expediente indica el criterio de procesamiento. Si no se han establecido criterios, decidimos la muerte a nuestra discreción. Por supuesto, debe ser indetectable y no levantar sospechas. Por eso, examinamos previamente a la Prioridad para conocer su estilo de vida y sus hábitos. Mucha de la información que necesitamos puede encontrarse en los informes de la empresa o de otras empresas controladas por la Southern Republic. Tenemos acceso a una amplia variedad de informes bancarios, médicos y de seguros. En la mayoría de las ocasiones, ese estudio previo revela el método más apropiado para el procesamiento. Normalmente, optamos por una inducción química. Disponemos de muchos agentes que provocan

una muerte instantánea y no dejan residuos. La mayor parte provoca fallos biológicos. El compuesto que más solemos administrar es un derivado de la acetomorfina. Induce un fallo cardíaco sin dejar rastro. El anhídrido de berilio tiene el mismo efecto en los riñones. Y el clorhidrato, en los pulmones. El metabolismo se encarga de expulsarlos mientras trabajamos. Las muertes accidentales son arriesgadas. Pero se utilizan cuando es necesario para ser coherentes con los criterios de procesamiento. El señor De Florio prefiere usar variantes. No queremos llamar la atención estableciendo un patrón. Para garantizar la diversificación, todas las decisiones de procesamiento, incluidos los medios reales de muerte, tienen que recibir aprobación antes de implementarse. Una vez procesada, la muerte debe verificarse y debe informarse de ella enseguida.

–Por favor, repite la última parte –dijo De Florio.

–La muerte debe verificarse y luego informarse de ella.

–¿Y eso por qué? –preguntó Jacks.

–Porque el riesgo de detección aumenta por encima de los límites aceptables si se requiere más de un intento de procesamiento.

Apuró el agua mineral de un trago y dejó el vaso con fuerza sobre la encimera de mármol.

–Como en este caso. El riesgo de detección en el segundo encuentro de anoche era alto. Frank tuvo que entrar y salir del sanatorio sin que nadie se diera cuenta. Por suerte, la Prioridad se encontraba en una instalación que controlamos. –Hizo una pausa–. En el primer encuentro contábamos con la ventaja de la planificación, la sorpresa y la experiencia. Un segundo encuentro, aunque no haya nada que pueda sugerir un acto delictivo, limita nuestra área operativa y restringe el campo de acción. Nos resta opciones. En suma, perdemos la ventaja.

Nadie dijo nada.

–Y hay una cosa más. En el caso que estamos analizando ahora, la Prioridad sobrevivió al primer encuentro y tuvo que recibir tratamiento médico, lo cual incrementa nuestros costes, porque la empresa deberá pagar esos gastos médicos adicionales debido a nuestro error. Y eso es inaceptable. Este es un programa para

ahorrar costes, no para generarlos. La premisa es clara. La próxima vez hay que hacerlo bien. Punto final.

–Entendido, señor De Florio –dijo Richey–. Le aseguro que no volveré a cometer el mismo error.

De Florio metió la mano bajo la encimera y cogió la pistola. La levantó, apuntó y disparó. La bala pasó rozando a Victor Jacks, que pareció momentáneamente desconcertado. Un hilillo de sangre empezó a manar al instante de un agujero en la sien izquierda de Milo Richey. La bala salió por la derecha, salpicando de sangre el sofá. Richey quedó con la cabeza inclinada hacia un lado y el cuerpo desplomado en los cojines, con los ojos abiertos de par en par en el momento de su muerte.

–No, no volverás a cometer el mismo error –dijo, bajando la pistola con silenciador y colocándola nuevamente bajo la encimera.

Nadie se movió. Supuso que Frank Barnard se lo esperaba y Jacks, pese a ser el novato, seguramente era lo bastante profesional para entenderlo.

Se dirigió a la mesa de centro.

–Los dos expedientes de arriba son para ti, Frank, y el de abajo es para Victor. Será tu debut. Se explican por sí solos. Por favor, actuad de inmediato. Y no quiero volver a tener esta conversación.

DÍA 3
JUEVES, 8 DE JUNIO

8:05 h

Ashley Reed se subió a la furgoneta del correo y salió del estacionamiento para iniciar su ruta diaria. Hacía quince años que era cartera, desde la época en la que solo había «carteros», para su indignación. Era un empleo bien pagado y, además, tenía la ventaja de que podía llegar a casa antes de las cuatro de la tarde, para estar allí cuando Lori Anne se apeaba del autobús escolar. Además, también tenía prestaciones adicionales. El seguro sanitario le ahorraba la preocupación de tener que pagar las facturas del médico, y el plan de jubilación era de primera. El único aspecto del trabajo que no acababa de convencerla era el uniforme, de un azul apagado y ceñido, pero al menos la obligaba a mantener la línea y a hacer ejercicio de manera regular. En general, tenía una buena vida. No tenía ninguna deuda considerable. Y tenía un empleo excelente. Una hija maravillosa. Y muchos amigos. Una vida perfecta.

Salvo por Brent Walker.

Le había empezado a dar problemas en el instituto y se había convertido en un problema mayor años después, cuando su recuerdo había interferido constantemente en sus tres matrimonios.

De no haberse cambiado el apellido después de cada divorcio, ahora se llamaría Kristen Ashley Reed Mathis Simmons Evans. Pero, gracias a una disposición exprés en la tercera sentencia de divorcio, volvía a ser simplemente Ashley Reed. Nunca había usado el nombre de Kristen. Demasiado formal. Prefería su segundo nombre. Lori

Anne tenía un apellido distinto. Manley Simmons, el Marido Número 2, era un buen hombre de una familia local, pero su matrimonio había fracasado al cabo de solo tres años. Le pasaba una modesta pensión de manutención por su hija por voluntad propia, porque ella no le había pedido nada. Y aunque siempre se retrasaba con los pagos, ella nunca lo había denunciado. Con el Marido Número 3 no le había ido mucho mejor, solo dos años entre la ceremonia en el juzgado y el divorcio. Otro buen hombre de una buena familia. Y su primer matrimonio, con Kyle Mathis, había sido tan breve y poco memorable que seguía pensando que solo se había casado dos veces.

Aunque ninguno de los matrimonios había sido productivo emocionalmente, el segundo había producido a Lori Anne y el tercero, la casa de tres dormitorios y dos plantas donde vivía y una ranchera Chevy que seguía conduciendo, ya que los préstamos de ambas se habían contratado exclusivamente a su nombre. Seguía manteniendo amistad con sus tres exmaridos. No había necesidad de separarse a las malas, porque sus relaciones nunca habían tenido posibilidades.

Amaba a Brent Walker.

Y ahora se daba cuenta de que siempre lo haría.

Brent había cambiado poco desde que eran adolescentes. Un rostro agradable con una sonrisa cautivadora que siempre la hacía sentirse mejor. Ashley tenía que esforzarse mucho para eludir sus ojos avellana y su mirada capaz de penetrar en ella y clavársele en el corazón. Tenía el cabello de color castaño, al igual que las cejas, que se le ensanchaban por la punta, lo cual le imprimía una expresión de curiosidad perpetua. Se había conservado musculado. Aún lo recordaba recogiendo pelotazos en los partidos de béisbol del Instituto del Condado de Woods.

Apenas habían mantenido el contacto mientras él vivía en Atlanta. Un puñado de llamadas, una o dos cartas y algún encuentro esporádico cara a cara cuando él volvía a casa. Ninguno de los dos se prodigaba mucho en las redes sociales. Dos meses atrás, Brent la había telefoneado y le había comunicado su decisión de regresar a Concord. Intentando no repetir los errores del pasado, ella no lo

había alentado ni en un sentido ni en otro. Pero estaba emocionada con que finalmente estuviera de regreso. Habían estado a punto de tener una relación en varias ocasiones, el último intento once años antes, pero la culpa de él y la inmadurez de ella habían echado por tierra esa y todas las demás oportunidades. Los últimos años habían sido los más duros de su vida para Ashley. Al menos, antes Brent estaba cerca. Pero ahora ya hacía mucho que prácticamente estaba desaparecido.

La calle Live Oak Lane no formaba parte de su ruta habitual, pero el día anterior se había desviado y había pasado por ella. El mero hecho de ver el coche de Brent aparcado en el camino de acceso a casa de los Walker la había reconfortado. Había estado a punto de detenerse, pero se lo había pensado dos veces. ¿Qué prisa había? Tenían todo el tiempo del mundo.

¿Lo tenían?

La paciencia había sido uno de sus errores en el pasado, como también una indiferencia que había comportado unas consecuencias que Ashley solo había sabido apreciar con el paso de los años. No tenía intención de incurrir otra vez en ninguno de ambos errores. De manera que se encaminó hacia la primera casa de su ruta y decidió que, si no tenía noticias de él para las cinco de la tarde, iría en su busca antes del anochecer.

8:18 h

Hank aparcó en el camino de acceso al número 328 de Live Oak Lane, salió de su camioneta y estudió el hogar de los Walker. Durante cuarenta años, aquella casa victoriana de dos plantas y llena de recovecos se había alzado entre altos pinos y robles revestidos de musgo. Los listones de madera eran grises y sin adornos, rematados por un tejado de estaño con gablete. A un lado se erguía una chimenea de ladrillo veteada por gruesas venas de enredaderas de trompeta con flores naranjas. Delante de toda la fachada frontal se alternaban grupos de arbustos podados con formas redondeadas y cuadradas que se recortaban sobre un fondo

de parterres de begonias, alegrías y hortensias en flor. El jardín delantero era una tupida alfombra de césped. El lugar, en su conjunto, parecía salido de un ejemplar de *House&Garden.*

Catherine Walker andaba ajetreada cuidando de los macizos de flores delanteros. Llevaba puestos unos vaqueros desgastados y una camisa de algodón con el cuello desabrochado. Un gorro de paja flexible protegía su cabello corto plateado y su pálida tez del sol de junio. Llevaba las manos protegidas con guantes de tela.

–Estás guapísima –le dijo él, mientras se acercaba–, como siempre.

Ella dejó de arrancar hierbajos y se sacudió la tierra de los guantes.

–Y tú sigues siendo tan encantador como siempre, Hank.

–Las alegrías están esplendorosas.

–Me daba miedo que no brotaran, con lo poco que ha llovido.

–La verdad es que apenas ha llovido últimamente.

–La tormenta del martes por la noche ayudó. Pero estoy segura de que no has venido en un día de trabajo para admirar mis flores y hablar del tiempo.

–Pues no lo sé. A mí me parece un buen motivo para hacer una visita.

Catherine sonrió.

–¿No se supone que deberías estar en la fábrica?

–Uno de los beneficios de ser secretario general de un sindicato es que puedo marcharme cuando lo necesito.

–¿Y dónde se supone que estás?

–Aquí no.

–Debe ser importante.

Hank suspiró.

–Me temo que sí.

La siguió por las escaleras delanteras hasta un par de mecedoras blancas.

Catherine le ofreció algo de beber, pero él declinó su ofrecimiento.

–Llevo tiempo dándole vueltas –dijo Hank– y finalmente he llegado a la conclusión de que tú y yo tenemos que hablar. De padre

a madre. Estoy revelando un secreto haciendo esto, pero creo que hay que hacerlo.

Una arruga atravesó la frente de Catherine.

–¿De qué se trata, Hank?

–De Ashley y Brent. Están enamorados.

Observó la reacción de Catherine. Pero ella no dijo nada.

–¿Lo sabías?

–Paula no era el amor de su vida. Eso estaba claro. Tenían muchos problemas.

Hank asintió con la cabeza.

–Estaba al corriente. Brent me lo había contado.

–Pues es más de lo que hacía con su padre o conmigo.

–Te entiendo. Mi hija me trata con la misma indiferencia. Apenas me cuenta nada. ¿No dicen eso de que nadie es profeta en su propia tierra?

Ella sonrió.

–Qué difícil es tener hijos a veces, ¿verdad?

–Cuando Brent vivía aquí –dijo él–, yo estaba más al corriente de la situación. Pero, desde que se fue, apenas sé nada. Como he dicho, antes me contaba sus problemas con Paula. Se sentía culpable por ellos. Yo nunca fui un gran fan de Paula. Venía de una familia con muchos problemas. De hecho, no supe lo que Ashley sentía por Brent hasta hace unos ocho años. Me avergüenza decir que estaba demasiado ocupado haciendo de alcalde y dirigiendo el sindicato para estar al día de lo que le pasaba a ella. Al parecer, tanto ella como Loretta me necesitaban, pero no estaba disponible para ninguna de las dos.

–No seas tan duro contigo mismo, Hank. Ashley ha salido bien. Es una madre fantástica y todo el mundo en la ciudad la tiene en mucha consideración. Y lo mismo digo de Loretta. Era una mujer adulta y tomó sus propias decisiones.

–Me perdí gran parte de la infancia de Ashley, no la vi crecer. Eso fue en mis días más locos. No fui un buen padre... ni un buen marido.

–Nunca te había oído hablar así.

–Nos hacemos viejos. Es hora de afrontar la realidad.

Recordó el día en que Loretta lo había abandonado, tras treinta y un años de matrimonio. Sus devaneos extramatrimoniales empezaron cuando era alcalde. Una secretaria del ayuntamiento. Una de las chicas de contabilidad de la fábrica de papel. Una agente de seguros local. Forasteras indiscriminadas que apenas significaban nada para él, más allá de un escarceo esporádico. Todo caricias para su ego que, una a una, se clavaron como puñales en el corazón de su esposa. Como de costumbre, Loretta no dijo nada, se guardó para ella el dolor, mientras se preguntaba en silencio por qué su marido necesitaba el afecto de otras mujeres. Ni siquiera le dijo nada el día que se fue. En realidad, no habría servido de nada. La estupidez del proceder de Hank era evidente. Y no podía achacársela al alcohol, porque no bebía. Ni a las drogas, porque casi no tomaba ni aspirinas. Lo único que podía hacer era suplicarle que lo perdonara.

Y ella no lo hizo.

Brent llevó el divorcio. Sin impugnaciones. Rápido y discreto. Loretta se mudó al norte de Georgia y se casó con un dentista. Siempre había querido vivir en las montañas, pero Hank se había negado. «Concord es mi vida», le decía.

Así que allí lo dejó.

–La echas de menos, ¿verdad? –le preguntó.

Catherine y Loretta eran amigas.

–Fue culpa mía. Yo eché a perder nuestro matrimonio.

–Algunas personas sencillamente se distancian –le dijo ella–. Loretta y tú estuvisteis juntos mucho tiempo.

Él negó con la cabeza.

–Yo fui el culpable de que nos separáramos. Fui un idiota. Y ahora vivo solo, que es el precio que tengo que pagar por mi estupidez.

–Has tenido novias desde que te divorciaste, lo sé de buena tinta.

–No creas que las mujeres hacen cola en mi puerta.

–No tenías problemas antes del divorcio.

Solo una amiga desde hacía muchos años podía ser tan franca sin molestarle.

–Tal vez eso fuera lo que me atrajera de ellas. Que yo estaba con otra persona.

–Dos no se pelean si uno no quiere, Hank.

–Cuando echo la vista atrás, me pregunto en qué demonios estaría pensando.

–Loretta podría haberte perdonado. Podría haber escogido luchar por la relación. Pero decidió marcharse y casarse con otro hombre.

A Hank le sorprendió que lo defendiera.

–Pensaba que las mujeres os cubríais la espalda entre vosotras.

–No disculpo lo que hiciste. Lo único que digo es que Loretta tampoco estaba obligada a hacer lo que hizo.

–Donde las dan, las toman.

–No creo que el Señor lo vea de ese modo.

–No cometerás adulterio.

–El perdón es un deber. Lucas 17, 4, si no me equivoco.

Hank sonrió.

–No sabía que eras una erudita en la Biblia.

–Tengo muchos talentos que desconoces.

Catherine Walker siempre había sido una mujer interesante. Pero ahora mismo la principal preocupación de Hank era su hija.

–Creo que una de las razones por las que Ashley se quedó conmigo fue su propia situación. Ella tampoco había sido la mejor esposa para sus maridos. Creo que entendía lo que significaba el fracaso matrimonial. Ese deber de perdonar, como dices tú.

Hank siempre había pensado que tanto su hija como él estaban maldecidos con la incapacidad de encontrar lo que sus corazones anhelaban verdaderamente. Ashley le había prometido a su madre que cuidaría de él. Y Loretta se había sentido agradecida de que su hija acabara lo que a ella no le apetecía hacer. El sacerdote que los había casado hacía mucho tiempo había dicho: «Hasta que la muerte os separe», pero el fervor religioso no compensaba el peaje que el engaño se había cobrado en su corazón. Ese punto de no retorno en el que las emociones pasaban del amor al odio, del respeto al desprecio, de la preocupación a la indiferencia. Su exmujer estaba unida ahora a otro hombre y a otra vida. Cada semana, Hank le predicaba el evangelio a su clase de catequesis. Por desgracia, no había aprendido a poner en práctica sus enseñanzas hasta que había sido demasiado tarde.

–Quiero que sepas –le dijo– que no creo que haya habido nada sexual entre Brent y Ashley desde hace mucho tiempo. Los dos son mejores que eso. Pero lo que sienten el uno por el otro parece auténtico. Y Paula estaba al corriente de la situación.

–Ya lo sé.

Le sorprendió.

–¿Te importa que te pregunte cómo?

–Una vez vino a hablar conmigo sobre eso. Paula no era una mujer fácil, eso estaba claro. Costaba complacerla y nunca le preocuparon demasiado los sentimientos de los demás. De hecho, me sorprende que fuera así. Una chica de pueblo de una familia con los pies en la tierra. Sus padres eran buenas personas.

–Salvo porque se suicidaron.

Catherine clavó la vista en la lejanía.

–Muchas veces me he preguntado por el dolor que veía en los ojos de Brent. Intentaba ocultarlo, pero yo lo notaba.

–Ashley también tenía esa mirada. Creo que intentó olvidarlo con sus tres maridos. Fueron errores que nunca debieron ocurrir.

–Pero tiene a Lori Anne. Es una niña encantadora. ¿Qué edad tiene ahora?

–Doce, y ya nos lleva de cabeza.

–Estoy segura de que su abuelo la mima mucho.

–Siempre que puedo.

Hank dudó mientras decidía la mejor manera de acabar lo que había empezado. Maldita Ashley. Deberían haber hecho esto años antes. Tomó aire.

10:37 h

Frank Barnard se quedó mirando la cabaña de troncos, ciento diez metros cuadrados bajo la cubierta en los bosques del oeste de Georgia, con el turbio río Chattahoochee a la vista.

Conocía la historia de la Prioridad Número 6. Melvin Bennett había adquirido aquella propiedad a los cuarenta y tantos, había pagado los plazos hasta los cincuenta y tantos y luego había construido la

cabaña con sesenta y pocos. Dos semanas después de jubilarse de la Southern Republic Pulp and Paper Company, Bennett y su esposa habían metido sus trastos en una autocaravana y habían conducido trescientos veinte kilómetros al oeste del condado de Woods, a través de Georgia, y desde entonces habían pasado los dos últimos años tranquilos a orillas del Chattahoochee, con Alabama a la vista. También sabía cuántos vecinos tenía Melvin Bennett y a qué distancia vivían. Y sabía que el departamento del *sheriff* del condado de Harris no patrullaba con regularidad la zona y que el hospital más cercano estaba a sesenta y cinco kilómetros de distancia.

Había llegado la víspera y, para complementar el archivo, se había pasado gran parte de la noche haciendo vigilancia *in situ*. Después, de regreso en su habitación de motel, estudió la información con más detenimiento. Melvin Bennett gozaba de buena salud, salvo por una diabetes de largo recorrido y una alergia a los cacahuetes. Aunque dependía de la insulina, la enfermedad no le comportaba problemas en el presente. En cuanto a la alergia, tenía activa una receta de epinefrina autoinyectable, y siempre tenía la jeringuilla a mano por si se producía una emergencia. Las notas de De Florio en el expediente sugerían aplicar un procesamiento coherente con dicha alergia. Pero diseñarlo teniendo en cuenta que no podían levantarse sospechas no había sido fácil.

Barnard se consideraba un profesional consumado. Hacía casi cinco años que trabajaba para De Florio, y su desempeño había sido impecable. Había viajado por todo el país, además de dos veces a Canadá y una a México, para procesar Prioridades en las circunstancias más variopintas. Solo un reducido porcentaje de las Prioridades vivían en Concord o sus alrededores. La mayoría se habían mudado después de jubilarse para estar más cerca de sus familias. Algunas habían buscado el clima cálido de Florida o el fresco de las montañas. La distancia facilitaba el procesamiento y permitía aplicar un patrón diversificado. El reglamento indicaba expresamente que la gente que vivía en el condado de Woods y sus alrededores solo podía «priorizarse» de manera escalonada, para no atraer una atención indebida.

Barnard era consciente de que De Florio había ascendido de colaborador a jefe de seguridad. Un día, él quería seguir su mismo camino. Desde luego, no quería acabar como Milo Richey. Pero Richey la había cagado y, en ese negocio, no había segundas oportunidades. Sobre todo para un colaborador ambicioso que pretendía medrar en la profesión.

Pero lo primero era lo primero.

La muerte prematura de Melvin Bennett.

La noche anterior, cuando había entrado en la cabaña de Bennett después de que el viejo saliera, había descubierto que su esposa estaba fuera de la ciudad gracias a una nota con el teléfono de su hermana que había pegada en la puerta del frigorífico y un mensaje en el contestador preguntándole a Bennett cómo iba todo y que concluía con un «Te quiero. Hasta el sábado». Al saber que Bennett estaría solo durante los dos días siguientes, había ultimado el método para su procesamiento y luego había telefoneado a De Florio para obtener su aprobación, e incluso se había llevado un elogio por su ingenio.

Ahora estaba de regreso.

Observó desde los matorrales que envolvían la cabaña cómo Melvin Bennett salía por la puerta de la cabaña cargado con su caña de pesca y una bolsa deportiva.

Bennett se dirigió directamente a un pequeño esquife que estaba amarrado a un embarcadero destartalado. No se había tomado la molestia de cerrar la puerta de la cabaña. El expediente indicaba que a Bennett le gustaba decir que, al menos, si entraba algún intruso no tendría que preocuparse por arreglar también la puerta. De manera que nunca echaba la llave. El motor fueraborda cobró vida con un estrépito y Bennett empezó a navegar corriente arriba para «su habitual salida de pesca en solitario de los jueves por la tarde», según recogía el expediente. Una vez que quedó fuera de la vista, Barnard se coló inmediatamente en la cabaña.

Se dirigió directamente a la cocina y abrió el frigorífico. En el estante interior de la puerta, tal como especificaba el expediente, había cuatro viales de insulina. Cogiéndolos con sus dedos enguantados, los examinó uno a uno. Todos estaban llenos, con el

precinto de plástico intacto, salvo uno, que estaba por la mitad. Era evidente que era el que estaba usando. Llevó el vial usado al fregadero y se sacó una jeringuilla vacía del bolsillo. Inyectó a través del precinto de goma una larga aguja, succionó el contenido hasta tener el tubo lleno y tiró la medicina por el desagüe. Repitió el mismo proceso otras dos veces, hasta vaciar por completo el vial. De otro bolsillo extrajo un frasco de solución salina mezclada con aceite de cacahuete.

Esencia de cacahuete.

Llenó la jeringuilla e inyectó el contenido en el vial. Repitió el proceso hasta tenerlo semilleno, tal como estaba antes. La única diferencia era que ahora contenía agua salina y veneno, en lugar de la insulina esencial para la vida.

Enjuagó bien el fregadero y volvió a colocar el vial adulterado en la nevera. Ocho horas después, cuando Melvin Bennett se lo inyectara, no notaría nada. Pero enseguida entraría en *shock*. Las elevadas concentraciones harían efecto al instante. Para asegurarse de que no hubiera gestas heroicas, desenchufó el teléfono fijo de la clavija. Tampoco habría llamadas al móvil, puesto que él permanecería fuera, muy cerca, con un inhibidor de señal.

Por la mañana, Melvin Bennett estaría muerto.

Y lo único que él tendría que hacer sería mantener la vigilancia y confirmar lo inevitable.

12:04 h

Brent salió pitando de la papelera para dirigirse directamente a Concord. Tenía una idea general de dónde buscar, y apenas tardó unos minutos en detectar la cuadrada caravana blanca con sus distintivas marcas en rojo, blanco y azul. Estaba detenida en la acera de enfrente, junto a un buzón de aluminio destartalado.

Aparcó el *jeep* al lado.

Ashley miró a su izquierda y reaccionó al instante, ajustando el cambio de marcha a la posición de estacionamiento y saltando del asiento derecho. Sin decir ni una palabra, abrió la puerta del

conductor, se sentó sobre el regazo de Brent y lo besó larga e intensamente, uno de sus besos del Gran Cañón, como a ella le gustaba llamarlos. De repente, Brent no estaba sentado en el *jeep* de su padre en un caminito arbolado a tres manzanas de su casa. Volvía a estar en el instituto. En el asiento delantero de su Ford Galaxy de 1965.

En el lago Eagle.

–¿Por qué has hecho eso? –le preguntó él cuando dejaron de besarse.

–¿No te ha gustado? –preguntó Ashley.

–Yo no he dicho eso.

–¿Te preocupa alguna otra chica?

–No especialmente. No estoy saliendo con nadie. –Y para recalcar sus palabras, le mostró el anillo de graduación que llevaba en el dedo–. Pero, por lo que parece, tú sí que tienes un problema. –Señaló el trozo de oro con un topacio que llevaba sujeto con una goma.

Se lo había dado un deportista que jugaba de centrocampista en un equipo de béisbol y de defensa en un equipo de baloncesto y que se hacía llamar por sus dos iniciales. Y dudaba mucho que le sentara bien que otra persona besara a su novia.

–¿Te preocupa? –le preguntó ella como si tal cosa.

No quería que lo usaran para darle celos a ningún novio.

–¿Debería?

–A mí no me preocupa en absoluto.

Era una chica difícil de entender. Eran amigos desde primaria. Habían montado juntos en bicicleta. Habían nadado en el lago. Habían jugado como juegan los niños y los adolescentes. Pero durante el último año habían intimado y se pasaban gran parte del tiempo hablando. Antes de esa noche, no había habido ninguna indicación de que ninguno de los dos quisiera quemar las naves y pasar de ser amigos a amantes.

Ella se sentó a horcajadas sobre su regazo en medio del asiento delantero, con sus cortas y bien torneadas piernas. Él la cogió por la flexible cintura, rozándola con las yemas de los dedos.

–¿Qué quieres, Brent Walker?

Le encantaba hacer preguntas de ese tipo, siempre más interesada en los demás que en ella misma. Era uno de los motivos por los que le resultaba tan fascinante. Ashley disfrutaba compartiendo sueños y aspiraciones. Sus conversaciones siempre se dirigían hacia dónde estarían veinte años después de graduarse. Era muy distinta de las otras chicas.

–Pues quiero ser abogado –dijo él.

–¿Desde cuándo?

–Desde que lo decidí, hace unos días. Eres la primera persona a quien se lo digo.

–¿Vas a defender a los débiles y proteger a los pobres?

Brent sonrió, con la delicada cara de Ashley a escasos centímetros de distancia.

–No precisamente. Me gustaría trabajar en Concord y ayudar a la gente a quien conozco.

Ella se acurrucó más contra él, embriagándolo con su olor. Últimamente, Brent lo saboreaba incluso cuando no la tenía cerca. Ashley volvió a besarlo. Más larga e intensamente que la primera vez.

–Sabes que te quiero –le dijo ella con voz firme.

–No... No lo sabía.

–Pues deberías.

Brent ni siquiera estaba seguro de qué significaba el amor. Tenía claro que quería a su padre y a su madre, a sus tías y tíos, a sus abuelos y a su cocker spaniel*. Y había algunas chicas a quienes les había cogido cariño, pero nunca había analizado seriamente la profundidad de sus sentimientos más allá de eso. En cambio, lo que sentía por Ashley era distinto. Había algo en ella que no sabía explicar. Algo que no quería explicar. Pero si el amor significaba ser capaz de decir lo que pensaba sin tapujos, expresar sus sentimientos y no avergonzarse de mostrar sus verdaderas emociones, entonces quizá sí amaba a Ashley Reed.*

Volvió a besarla.

–Debería darte una patada en el culo –le dijo Ashley cuando se separaron–. Llevas todo un día en la ciudad y ni siquiera me has llamado por teléfono.

Brent sonrió. Seguía siendo tan ligera como siempre, y su olor aún le resultaba familiar, un tenue perfume floral, como de rosas y jazmines combinados.

–No sabía que el reglamento postal permitía usar perfume.

–Me lo he puesto por ti. Imaginaba que te vería antes de que acabara el día.

–¿Sabes que siempre me metes en líos?

–Sí, pero también que no puedes vivir sin ellos.

–Eres una engreída.

Ashley bajó de un salto y se quedó de pie en la calle, delante de él.

–Estoy a punto de cumplir cuarenta y dos, pero me conservo.

Alzó los brazos y giró sobre sí misma. Sí que se conservaba. Los mismos ojos de felicidad. Sus pecas de animadora. Su pelo de color miel cortado a lo *garçon*. No parecía muy distinta a cuando revoloteaba por los pasillos del Instituto del Condado de Woods, haciendo que todas las cabezas se volvieran para mirarla. Había conservado esa y otras imágenes posteriores de ella durante años.

Ahora la aparición era en carne y hueso, y la tenía justo delante. Ella volvió a acercarse a la puerta abierta del vehículo. El perfume regresó, tan claro como un coche nuevo e igual de seductor.

–Te deseo, Brent.

Que Dios lo amparase, porque él también la deseaba.

Pero la culpa por Paula seguía acechándole. Aún oía lo que le había dicho el último día de su vida: «La amas, ¿verdad?». Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de dejarse llevar por el arrepentimiento, Ashley volvió a besarle y luego le preguntó:

–¿Y entonces? ¿Cuándo piensas pedirme salir como es debido?

Brent sonrió. No tenía ni pizca de tímida. Recordaba claramente el día en que, poco después de graduarse en el instituto, habían hecho el amor por primera vez. En el lago Eagle. Revolviéndose como peces bajo el calor. A él le preocupaba que apareciera alguien y los pillara.

–¿Me vas a dar la oportunidad de que me ubique? –le preguntó él.

–Me parece que no.

¡Al cuerno! No tenía elección. Y, además, tampoco quería tenerla.

–¿Comemos mañana?

–Perfecto. –Retrocedió–. Ahora tengo que irme a hacer la ruta. Si me quedo mucho más, tal vez acabemos en la parte trasera de esa furgoneta –dijo, con un destello en los ojos en sintonía con su comentario–. Hoy no tengo pausa para comer. Acabo pronto. Entierran a Papa Evans a las dos.

–Me he enterado de que el señor Evans ha muerto.

–Era viejo y estaba frágil. No es ninguna sorpresa. Pero, aun así, da mucha pena. Gary me pidió que fuera. Está destrozado.

Gary Evans había sido su tercer marido y su padre, Fred, había sido su suegro durante el breve lapso que duró el matrimonio. Todo el mundo lo llamaba por su apodo, «Papa».

Hablaron unos minutos más, luego ella le dio un beso de despedida y se marchó en la furgoneta. Brent detestaba verla partir.

Ashley lo hacía sentir muy bien.

Y muy culpable.

17:46 h

–Perdóneme, padre, porque he pecado. Ha pasado un mes desde mi última confesión y estos son mis pecados. –Chris Bozin hizo una pausa–. He dejado que la avaricia domine el espíritu fraternal que debería mostrar a los demás en ocho ocasiones. Y he practicado el engaño más de lo que debería.

–El egoísmo es un pecado que todos cometemos en un momento u otro –susurró el sacerdote, con el rostro en la sombra al otro lado de un biombo agujereado.

–Me temo, padre, que mis pecados son de una magnitud más grave de lo que usted cree.

–Ni Cristo ni la Iglesia distinguen entre pecados. Para Nuestro Señor, la vulneración es idéntica, y también lo es la penitencia.

–También me temo, padre, que me queda poco tiempo.

–¿En qué sentido?

–Me falla la salud.

El cura le restó importancia.

–Si tal es el caso, poco puedes hacer por cambiar las circunstancias.

–Pero tiene que haber algo que pueda hacer por mi alma.

–¿Estás haciendo esto solo porque se te acaba el tiempo?

–Lo hago porque mi alma eterna merece algo mejor de lo que mi conciencia mortal le ha proporcionado.

–Entonces entiendes que la conciencia mortal es una medida del alma eterna.

–Pero ¿no es el perdón la piedra angular tanto de la Iglesia como de Dios?

–Desde luego.

–Entonces busco la absolución en el nombre del Señor.

–Te absuelvo de todos los pecados que has cometido durante el último mes, incluidos la avaricia, el egoísmo y la vanidad. A modo de arrepentimiento, recita tres avemarías y un padrenuestro. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, puedes ir en paz.

El cura cerró la portezuela deslizante del confesonario.

Chris hizo con reverencia la señal de la cruz, recitó un padrenuestro rápidamente, aún arrodillado, y luego, poco a poco, se puso en pie.

Estaba en el interior del altar de la Inmaculada Concepción, a la sombra del capitolio estatal de Georgia, una vieja estructura de ladrillo y piedra coronada por chapiteles, torres y campanarios, una de las primeras iglesias católicas construidas en Atlanta. Hacía más de treinta años que era parroquiano de aquel lugar. Inicialmente se había volcado en la religión en busca de algo de sosiego, pero, para su sorpresa, había hallado cierta satisfacción personal.

Y a lo largo de todos aquellos años había seguido siendo miembro de la parroquia, además de convertirse en un contribuyente generoso cuyos diezmos legendarios le habían granjeado la amistad de todos los sacerdotes. La voz del vicario que acababa de escuchar su confesión era nueva; el joven todavía tenía que oír hablar de Christopher Bozin.

Salió del confesonario.

Una joven se puso en pie en los bancos contiguos y se acercó. Le sostuvo la puerta de roble abierta hasta que estuvo dentro y luego se dirigió hacia el altar mayor, sus pisadas amortiguadas por la alfombra roja. Desde lo alto de la nave central en pico, murales de Cristo y de la Virgen María miraban hacia abajo. A su izquierda, a un lado del altar, varias filas de velas diminutas titilaban. Se arrodilló en la primera fila de bancos e hizo acto de contrición rezando los cuatro padrenuestros que le había impuesto el padre.

Luego, se sentó y aguardó en silencio el inicio de la misa de las seis de la tarde.

19:05 h

El Cadillac avanzó entre el tráfico vespertino y se detuvo delante de la iglesia. Despacio, Chris subió al asiento posterior y se arrellanó en la mullida piel. El coche le pertenecía; su conductor era uno de los cuatro asistentes domésticos a quienes daba empleo.

Vivía en el sudoeste de Atlanta por el simple y llano motivo de que Hamilton Lee y Larry Hughes vivían en el nordeste. Residía en una mansión neoclásica de tres plantas construida para reflejar su pasión por todo lo italiano. La había modelado a imagen de las casas rurales que había visitado en la Toscana. La vivienda principal estaba posada entre cuatro hectáreas frondosas, rodeadas por sicómoros y circundadas por un muro de ladrillo de dos metros y medio de altura coronado con hierro forjado afilado. Había incorporado todos los lujos imprescindibles. Una piscina, fuentes adornadas con estatuas romanas y un bello y cuidado jardín italiano que se había alzado en cuatro ocasiones con el premio del Club de Jardinería del Condado de Coweta.

No tenía familia directa; sus parientes más cercanos eran unos cuantos sobrinos y sobrinas de los que rara vez tenía noticia. La mayoría de las personas no eran más que conocidos. Alguna que otra vez maduraba alguna amistad, pero nada que traspasara el punto de intimar. Solo Nancy. Llevaban mucho tiempo juntos.

Confiaba en ella. Es probable que incluso la amara. Pero nunca haría nada al respecto. ¿Cómo podía hacerlo? Ya era bastante malo tener que vivir consigo mismo, conociendo sus maldades; no podía implicar en eso a nadie más.

En lugar de ello, optó por la soledad de sus propios pensamientos y la adulación esporádica que le proporcionaban otros. Tenía reputación de ser un integrante respetado de la Cámara de Comercio, antiguo afiliado al Club Rotary de la zona, masón de largo recorrido y un miembro activo de la Iglesia. Desde que controlaba el presupuesto de la Southern Republic era la persona de contacto de incontables organizaciones benéficas. Cada año hacía donaciones a la Asociación del Corazón, la Sociedad del Cáncer y la Fundación para la Investigación de la Diabetes Juvenil. Su fotografía aparecía habitualmente en diarios, folletos y revistas entregando cheque tras cheque. Todo ello formaba parte de una fachada cuidadosamente construida.

En realidad, no era más que un asesino a sangre fría.

Probablemente el asesino en serie más diabólico de la historia. ¿Cuántas Prioridades había habido? Centenares, tirando bajo. Más bien un millar. ¿Cuánto hacía que duraba aquello? ¿Veinte años? No. Más bien treinta. Tantas vidas finalizadas de forma abusiva para mantener la cuenta de resultados. Otras empresas hacían despidos, reajustes de tamaño, expedientes de regulación, se reorganizaban, se declaraban en bancarrota o, sencillamente, echaban el cierre. Southern Republic asesinaba. ¿Cómo había comenzado aquello? ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Cuándo se había vuelto tan fácil?

El coche avanzaba lentamente entre el tráfico.

Su humor se ensombreció tras salir de la iglesia. Algo en la majestuosidad de que un ser omnipotente implementara un gran diseño había hecho aflorar a la superficie la diminuta burbuja de conciencia que aún le quedaba. Perdió toda noción de los valores hacía años, entre la primera Prioridad y la número quinientos. Pero últimamente había detectado que la noción del bien y el mal, de lo correcto y lo incorrecto y de la vida y la muerte habían vuelto a penetrar en su proceso de toma de decisiones.

Y le asustaba.

Sobre todo ante la conciencia de su propia mortalidad.

Alargó la mano para coger el ejemplar del día del *Atlanta Constitution* que había en el asiento trasero e intentó sofocar los pensamientos que le atribulaban. Pero le costaba concentrarse.

En lugar de ello, recordó un momento hacía más de treinta años. Así era como había empezado todo.

–Hazme caso, Chris, es el trato del siglo –dijo Hamilton Lee.

Lee y él estaban apiñados en una diminuta oficina en el centro de Atlanta, en la cuarta planta de un edificio destartalado de diez plantas. En aquel espacio había más mesa que aire. Hamilton Lee estaba sentado en una butaca, con un maletín de piel resquebrajada en la otra. Lee estaba emocionado. Acababa de regresar de Concord, una población minúscula en un condado minúsculo en una región minúscula de Georgia. Allí se había construido una fábrica de papel después de la Guerra Civil que, en un principio, había sido un negocio muy lucrativo. Era propiedad de una familia de las afueras de Massachusetts, si bien esta apenas había hecho nada por ampliarla o modernizarla. Todos sus fundadores habían muerto prematuramente.

Y ahora sus herederos querían desprenderse de ella.

Desde la Segunda Guerra Mundial, las empresas papeleras de Nueva Inglaterra habían ido descubriendo cada vez más cuán abundantes y relativamente baratos eran los pinares del sur. El clima cálido era ideal para cultivar árboles. Fluía agua en abundancia. Y la proximidad de vías férreas, autopistas y puertos de aguas profundas convertían el sur en un escenario irresistible. En una noticia se calificaba aquella zona como «la cesta de la madera del mundo». Se instalaban molinos en todas partes. Pero se trataba de un mercado volátil que exigía que las empresas mantuvieran el ritmo si no querían quedar rezagadas. Y, sin quererlo, la Republic Board and Paper, con sede en Concord, Georgia, había incurrido en esta última posibilidad.

–Y lo mejor son los costes de la mano de obra –dijo Lee–. Las escalas salariales son entre un dólar y un dólar y medio por hora

menos que en cualquier otra parte.

Lee trabajaba para la empresa papelera Roland Paper Company, un conglomerado multiestatal que poseía cuatro fábricas. Había sido superintendente adjunto de su fábrica de Savannah durante nueve años. Joven. Inteligente. Vital. Su único defecto era su impaciencia perpetua y su deseo de llevar las riendas. Por desgracia, ese tipo de ambición requería tiempo, tiempo que Lee no tenía intención de emplear medrando por una escalera corporativa, de manera que había estado buscando una empresa propia.

Qué diferentes eran.

Chris era director adjunto de crédito en el Georgia Merchants and Savings Bank. Lee, un emprendedor arrogante y desenvuelto. La madera los había unido a través del Georgia Merchants, una institución de gran envergadura que financió gran parte del floreciente mercado de ventas de pulpa. El sector había vivido una evolución paulatina. Los terratenientes necesitaban vender su madera. Y las empresas necesitaban comprarla. No siempre había efectivo disponible y la inversión era arriesgada, ya que los árboles podían incendiarse, enfermar o sufrir plagas. De manera que los bancos habían dado un paso al frente y habían asumido los riesgos, proporcionando capital a cambio de una tasa de interés por encima del mercado. El Georgia Merchants contaba con un amplio portafolio de préstamos relacionados con la madera en todo el estado y solía hacer negocios con la Roland Paper.

–Chris, podemos comprar esta fábrica por una miseria. He hablado con uno de los herederos y lo único que quieren es deshacerse de ella. Tienen un pagaré que vence en un banco de Nueva York y los intereses se los están comiendo vivos. Solo quieren cobrar el capital del préstamo. Esta gente no sabe nada acerca de la industria de la madera.

–Estoy de acuerdo, Hamilton. Suena bien.

Y así era.

Muy bien, a decir verdad.

Estaba cansado de prestar dinero y ver cómo los otros ganaban fortunas. Quería probar suerte en el mundo empresarial. Quería salir de aquel cubículo que era su despacho. Aspiraba a algo más que un

apartamento de dos habitaciones en el este de Atlanta. Y le apetecía tener un coche grande. Y quizá mayordomo y ama de llaves. Viajar a Europa. Tenía muchos sueños. No había nada malo en soñar.

Siempre que no intercediera con un pensamiento sensato.

A menudo se había preguntado si lo que planeaban era una locura. Sobre todo para un superintendente adjunto de una papelera de veintiocho años y un subdirector de crédito de un banco de treinta y ocho, ninguno de los cuales había tenido un negocio antes.

–¿Puedes conseguir el dinero, Chris?

–¿De cuánto estamos hablando?

Lee se lo dijo.

–Con eso bastará para comprarla y renovarla.

La cifra le sorprendió. Había imaginado que sería más alta.

–Puedo conseguirlo.

El rostro de Lee dibujó una sonrisa.

Soñaron juntos con construir una empresa, con resucitar una población, erigir un rascacielos y hacerse millonarios un centenar de veces.

–Necesitaremos a alguien con experiencia en ventas –dijo Lee–. Yo no tengo ni pajolera idea de vender papel. Hay un tipo que trabaja en nuestro departamento comercial que le vendería el diablo a su madre. Nunca he visto nada igual. Larry Hughes. Creo que podría convencerle para que se uniera a nosotros.

Chris entendió que se trataba de un movimiento pertinente.

–Una decisión inteligente.

Lee sonrió aún más.

–Es el trato del siglo, Chris. El trato del siglo.

19:35 h

Alguien llamó con los nudillos a la puerta del dormitorio de Chris. Salió tranquilamente del vestidor mientras entraba su mayordomo. Notó que se había cambiado de chaqueta, había sustituido la azul marino que llevaba para conducir el Cadillac por la blanca que le exigía llevar dentro de casa.

–¿Prefiere cenar en el estudio o en el comedor?

Hacía apenas unos minutos que había llegado a casa y había subido enseguida a cambiarse de ropa. La verdad era que no había pensado aún en la cena. Tenía una cocinera con talento y disfrutaba sinceramente las comidas que le preparaba. Pero en los últimos tiempos no tanto.

–Cenaré en el estudio.

Se abstuvo de decir: «Intentaré cenar».

Su mayordomo se excusó y se marchó. El dormitorio era el lugar preferido de Chris. Murales de *Susana y los viejos* de un valor incalculable realzaban las paredes. Había dos mesas originales con pedestal de estilo Biedermeier junto a butacas tapizadas del siglo XIX. Sobre su cama colgaba un crucifijo de Jacopo Brustolon traído de Roma. Solo los costes de la decoración superaban lo que había cobrado en todos sus años como subdirector de crédito en el Georgia Merchants and Savings Bank.

Pero el dinero ya no era un problema para él. Ahora sus preocupaciones se centraban en cosas que no podía controlar fácilmente, como el dolor en el abdomen que se había agravado de manera progresiva en la última hora. Había empezado a notarlo justo antes de salir de la Torre Azul y le había comenzado a incomodar en la iglesia. Permanecer arrodillado en el confesonario lo había agravado. Últimamente, casi todo parecía tener ese efecto.

Volvió a entrar en el vestidor, arrastrando los pies, y se quitó lentamente el traje, la camisa y la corbata. Dejó sin esmero la ropa en un galán de noche de latón. Más tarde, el servicio lo colgaría todo. Se enfundó con cuidado en su pijama de seda y su batín de cachemir con monograma. Apagó la luz y empezó a caminar por la moqueta en dirección al baño.

El dolor se volvió insoportable.

Como un puño lanzado contra su vientre.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, doblado de dolor, tuvo que contenerse para no gritar. Apretó los dientes, entró arrastrándose en la antesala y se acomodó con cuidado en una butaca de cuero frente a su escritorio. Aguardó un instante, con la esperanza de que su

agonía desapareciera. Encendió la lámpara, cogió el móvil y marcó el número que tenía guardado en sus favoritos.

Una agradable voz masculina respondió al tercer timbrazo.

–He retrasado llamarte tanto como he podido –dijo–, pero creo que necesito verte.

–¿Has tenido más problemas? –le preguntó su médico.

–El dolor se está volviendo habitual. Me noto... diferente.

Indicó que tenía sangre en la orina, dificultad para orinar, pérdida de peso y que notaba un dolor punzante en el abdomen. Y luego dijo:

–Esperaba tener un poco más de tiempo.

–Llama a mi consulta mañana a primera hora y te daremos cita para las pruebas. Chris, llevas demasiado tiempo posponiendo esto.

–¿Podríais hacérmelas durante el fin de semana?

Esperaba que su viejo amigo lo entendiera.

–No te das por vencido, ¿eh? Me encargaré de ello.

–Lo llevo en la sangre... Gracias.

Colgó.

Sorprendentemente, el dolor casi había desaparecido.

Funcionaba así. Parecía carecer de ritmo, ser impredecible. Iba y venía. Parecía estar dictado solo por el deterioro que ocurría de manera incontrolable en su interior. El día anterior, cuando Nancy le había interrogado, había mentido sobre cómo se sentía. La verdad solo la habría preocupado, y no quería preocuparla.

Se impulsó para ponerse de pie y se dirigió hacia el cuarto de baño, lentamente. Tal vez fuera capaz de comer un poco. No había probado bocado en todo el día y la comida sonaba apetecible cuando el mayordomo se la había mencionado.

Así que se lavó la cara y las manos, y luego bajó con cautela a la planta baja, donde sabía que le esperaba la cena.

19:50 h

Chris intentó acabarse la cena, pero no fue capaz más que de picotearla un poco. Al final, apartó el carrito de la silla.

Estaba viendo *Jeopardy!*, como hacía la mayoría de las noches. Le entretenía aquel concurso. Desde luego era mejor que los programas de investigación periodística y las reposiciones de series que dominaban gran parte de la parrilla televisiva por la tarde. Disfrutaba comprobando cuántas preguntas era capaz de responder. Lo único que le molestaba de aquella media hora era lo mucho que el nuevo presentador se parecía a Hamilton Lee.

Ambos eran altos y delgados, con el cabello castaño y entrecano. Sus amplias frentes con arrugas descendían a unos ojos grandes y profundos. Ambos lucían un bigote canoso y eran de tez morena, aunque él sabía que Lee pasaba mucho tiempo en una cabina de bronceado de una cara peluquería para hombres donde también le cortaban el pelo, le recortaban el bigote y le hacían la manicura. Lee incluso se vestía como el presentador de un concurso de televisión. Trajes de chaqueta de doble botonadura, sin abertura, con solapas anchas al estilo europeo, y un pañuelo de seda abullonado que salía del bolsillo superior, siempre a juego con al menos un color de sus a menudo vistosas corbatas.

–Castillos europeos por ochocientos dólares.

–Es la obra maestra bávara más pequeña de Luis II de Baviera.

–¿Linderhof? –susurró él antes de que el concursante hiciera sonar el dispositivo y se hiciera eco de su respuesta.

Lo sabía porque se había pasado un mes de julio recorriendo los castillos del sur de Alemania y disfrutando de los Alpes.

Su breve interludio sin dolor concluyó justo cuando la segunda ronda de *Jeopardy!* tocaba su fin.

Sacudió la cabeza malhumorado.

Le esperaba otra larga noche en vela.

En la planta de arriba, en el cuarto de baño, ocultos para que el servicio no los encontrara, guardaba los pocos calmantes que le quedaban de la receta de hacía unos meses, cuando había tenido el último achaque. Durante un tiempo, no los había necesitado.

Se sentó como una estatua y esperó a que aquel dolor agónico desapareciera.

Volvió a pensar en sus dos socios y en el abismo que se había abierto entre ellos. No parecía existir ya ninguna manera práctica de

tender un puente. Él era el mayor de los tres, con sesenta y ocho años. Hamilton Lee era el más joven, con cincuenta y ocho. Larry Hughes, con sesenta, estaba entre ambos. Sin embargo, sus respectivas edades no llevaban asociada una jerarquía. Las actas constitutivas eran claras. Cada accionista controlaba un interés idéntico de un tercio. Aun así, últimamente sus dos socios más jóvenes habían formado equipo para dejarlo sin voz ni voto real en la política corporativa. Sobre todo en las decisiones relativas al Programa Prioridad: en los últimos años, Chris se había mostrado reticente a autorizar la cantidad de Prioridades que Lee y Hughes aprobaban de manera rutinaria. Pero ¿qué podía hacer él al respecto? ¿Denunciarlos? ¿Llegar a un acuerdo con la fiscalía? ¿Entregarles a Lee y a Hughes a cambio de inmunidad?

Lo dudaba.

Su crimen era demasiado grande para recibir misericordia. Ningún fiscal se plantearía siquiera concederle un trato. Y no tenía ningunas ganas de pasar el resto de sus días en la cárcel. Así que ¿qué podía hacer? ¿Votar que no? A eso quedaba reducida su capacidad de acción, aunque su gesto se antojaba un sinsentido. Seguiría muriendo gente, ya que dos frente a uno siempre sería una mayoría.

Miró el estudio a su alrededor.

Una de las paredes estaba forrada por unas estanterías hechas a partir de lo que antes había sido un sitial de coro importado de un convento del norte de Italia. Las paredes estaban en parte forradas de terciopelo gofrado y en parte cubiertas de frescos. Toda la estancia estaba decorada con antigüedades italianas originales. Le encantaba aquel lugar. Era donde leía el diario por las mañanas y donde veía la televisión al anochecer. Todo bellamente combinado. Hasta el más mínimo detalle. Como su vida. Un paquete perfectamente organizado rodeado por una extravagancia calculada. Había recorrido un largo camino desde que no era más que un subdirector de créditos y no tenía intenciones de retirarse. Pero seguía oyendo las palabras del cura en el confesonario.

«La conciencia mortal es una medida del alma eterna».

Lo era.

23:38 h

Frank Barnard comprobó la hora en su reloj. La cabaña de Melvin Bennett llevaba a oscuras casi dos horas.

Momento de moverse.

Entró por la puerta, ahora cerrada con llave, ya que Bennett iba a pasar la noche en casa. Pero la cerradura era ridículamente fácil de forzar.

El aire acondicionado central de la cabaña lo envolvió aportándole un agradable alivio tras la sofocante humedad de las noches de la Georgia occidental. Su ropa empapada en sudor por las últimas horas de espera adquirió ahora el tacto de unos guiñapos húmedos y fríos.

Bennett estaba despatarrado en el suelo, donde había caído tras sufrir el ataque. Teniendo en cuenta la elevada concentración, los síntomas habrían sido casi instantáneos. Tirantez en la garganta. Dificultad para respirar. Asfixia. Calambres abdominales.

Y luego la muerte.

Comprobó si tenía pulso.

No.

Abrió el frigorífico y verificó el vial de insulina. El nivel había bajado claramente. Sabía que cada uno de los viales contenía cuatro inyecciones y calculó que un cuarto de la solución salina había desaparecido.

Metió el vial en una bolsa de papel.

Recogió del suelo la jeringuilla usada y la metió en la bolsa también. La autopsia revelaría una reacción alérgica.

El aceite que la había provocado seguiría estando presente, pero en una concentración mucho menor gracias a la reacción alérgica. ¿Qué explicación le darían? ¿Quién sabía? Contaminación cruzada, probablemente. La gente como Bennett evitaba cualquier cosa que tuviera relación con los cacahuetes. Pero un cuchillo o un tenedor podían contener residuos. Era posible que se hubieran colado trazas en otro alimento envasado. No se necesitaba demasiado para

provocar una reacción. Desde luego, nada apuntaría a una manipulación.

Su reloj indicaba que eran las 23:46 horas.

El expediente decía que Bennett se medicaba cada noche con la insulina antes de las noticias de las seis de la tarde.

Así que ya llevaba muerto un rato.

Volvió a conectar el teléfono y se marchó.

Trabajo hecho.

DÍA 4
VIERNES, 9 DE JUNIO

9:45 h

Brent permaneció de pie fuera de las puertas dobles, observando el interior del juzgado a través de la pequeña ventana. Conocía bien el juzgado del condado de Woods. Había ejercido de abogado durante cinco años ante aquel mismo estrado de roble. Casos criminales, accidentes automovilísticos, incumplimientos de contrato, divorcios... Batalla tras batalla que habían ido ampliando su práctica, le habían dado de comer y le habían permitido forjarse una reputación.

El edificio de dos plantas había sido construido después de la guerra, en la década de 1940. Altas pacanas salpicaban el jardín delantero de aquella edificación de característica arquitectura neoclásica. Sherman redujo el edificio original a cenizas entre los vítores de sus soldados. A modo de desafío, posteriormente se erigió una estatua de mármol a tamaño real de un soldado confederado que había permanecido allí hasta dos años antes, cuando finalmente fue retirada.

–Me alegro de volver a verte –dijo una voz.

Al girarse se topó con un rostro familiar. Kelvin Williams. El viejo ayudante del *sheriff* había trabajado como alguacil durante mucho tiempo.

–Yo también me alegro de verte, Predicador.

Se dieron un apretón de manos.

Todo el mundo llamaba a Kelvin el Predicador porque se pasaba los domingos en el púlpito de la Iglesia de Dios de Concord

predicando el evangelio. Williams era un hombre afable conocido por su generosidad. Brent volvió a girarse y se quedó mirando a través de la ventana, más allá de las filas de asientos vacíos, hacia el fondo del juzgado. En el estrado, dos abogados conversaban con un juez.

–¿Es S. Lou Greene quien está ahí dentro? –preguntó él, refiriéndose al hombre alto que había a la derecha del banco del juez.

Su viejo amigo se acercó a la ventana de la otra puerta.

–En efecto. Es el mismísimo Palo de Escoba.

El Predicador tenía un apodo para todo el mundo.

–¿Y qué tal le va?

Conocía la escala. «Normal» significaba que el Predicador se había pasado la mayor parte del juicio leyendo el periódico. «Bien», que había captado su atención la mitad del tiempo. Y «De fábula», que se había sentado y había escuchado atento todas y cada una de sus palabras.

–Bien. No se deja pisotear por nadie.

Reconoció también al otro abogado, un hombre de Savannah que en tiempos pasados había llevado muchas reclamaciones contra aseguradoras. Ninguno de los dos jueces del Circuito Judicial de Ogeechee estaban presentes, aquel día solo había un juez de derecho administrativo que acudía una vez al mes para resolver las reclamaciones de indemnización laborales.

Greene rondaba los treinta y cinco años, parecía estar en mitad de la treintena y tenía un aspecto tieso y flaco como un palo de escoba (de ahí el apodo), con un rostro cuadrado cuya forma acentuaba aún más unas gafas con montura de carey. Llevaba su ralo cabello castaño rojizo recogido en una cola de caballo que le llegaba por debajo de los hombros. Iba vestido con un traje de cloqué de color azul claro, una camisa blanca impecable, una corbata de color amarillo narciso y unos zapatos de charol marrones y blancos.

–Un atuendo interesante –opinó.

El Predicador miraba a través de la ventana de la otra puerta.

–Lo llama su estética a lo Atticus Finch. Jura que cuando coloreen *Matar a un ruiseñor,* el traje de cloqué de Peck será azul.

Brent vestía el típico uniforme laboral de letrado del sur de Georgia. Pantalones de color caqui, camisa blanca con el cuello abotonado, corbata variada, americana azul marino y mocasines. Tras mudarse a Atlanta no tardó en descubrir que los trajes de chaqueta y los zapatos tipo *brogue* eran la norma allí, de manera que su americana azul y sus pantalones caqui habían quedado relegados al fondo del armario y los mocasines, a los fines de semana.

Se apartó de la puerta.

–¿Qué hay de Greene?

–Llegó hará unos cuatro años. Consiguió clientes enseguida. Todo casos de indemnizaciones. Tiene despacho en toda la línea de Carolina. Ahora ha corrido la voz desde Savannah y Augusta entre quienes sufren lesiones en el trabajo: primero hay que ir al médico y luego a Greene.

–Qué curioso que haya conseguido tan rápido una cartera de clientes.

–Ya sabes cómo va esto. No es que sus clientes se presenten en su puerta sin más. Tiene un pelotón de mensajeros al acecho. La mayoría de ellos son antiguos clientes. Y se gasta una fortuna en publicidad.

A lo largo de la frontera entre Georgia y Carolina del Sur había una fábrica azucarera, un fabricante de casas rodantes, una tejedora, una planta de hilado de alfombras, empresas silvicultoras, tres papeleras, una fábrica de envasado, una instalación de procesamiento de carne, una productora de cacahuetes y una cementera. Y eso sin contar los centenares de pequeños negocios. Todos ellos con empleados. Un filón para el molino de honorarios de un abogado especializado en indemnizaciones laborales.

–¿Cuánto cobra Greene por referencia?

–Algunos de sus corredores sacan solo entre cincuenta y cien dólares por cliente. Pero tengo un primo que se sacó un par de miles por un caso grande.

–Me sorprende que el Colegio de Abogados del estado no se le haya echado encima. Le retirarían la licencia.

El Predicador rio entre dientes.

–Estoy seguro de que el Palo de Escoba se ha ocupado de eso. Es un tipo listo.

De pie ante el juez, Greene no solo parecía sentirse cómodo, sino bien informado, con un aspecto despeinado que no desentonaba con el personaje de un abogado especializado en indemnizaciones laborales. No había miembros del jurado a quienes impresionar, solo un juez de derecho administrativo itinerante que atendía apelaciones por la mañana y pasaba la tarde jugando al golf o al tenis con los mismos abogados que habían defendido casos ante él ese día. El sistema estaba alimentado exclusivamente por la avaricia, la de las compañías aseguradoras, con sus elevadas primas; la de los abogados de la defensa, con sus horas imputables; la de los abogados de los demandantes, con sus acuerdos extrajudiciales, y la de las empresas, que buscaban la solución más conveniente. Las habilidades no eran ni de lejos tan importantes como el conocimiento de la letra pequeña. Era puro papeleo, pero a un nivel muy rentable. Y aunque su apariencia física y su imagen en los tribunales no estuvieran a la altura, gestores meticulosos como S. Lou Greene podían ganar mucho dinero.

–¿Qué te trae hoy por aquí? –le preguntó el Predicador a Brent.

Brent le señaló los expedientes que sostenía en la mano.

–Casos de indemnización de la empresa.

El Predicador meneó la cabeza a ambos lados.

–Eso es pan comido.

–Paga las facturas.

–Tienes que volver a ponerte delante de un jurado. Tenías un don.

Brent sonrió.

–Yo también me alegro de verte, Predicador.

Abrió las puertas de un empujón y, al entrar, comprobó que la vista había acabado. Se dirigió hasta el estrado y se presentó a Greene, que le dio la mano.

–Bienvenido a la contienda –lo saludó Greene.

–Me alegro de estar de vuelta. Creo que hoy tenemos cuatro casos juntos. ¿Por cuál te gustaría empezar?

–¿Por el más rápido, por ejemplo?

Greene se volvió hacia el juez administrativo, un hombre de aspecto gris con el cabello canoso que parecía medio dormido tras el estrado.

–Señoría, el caso de Brandon Pabon contra la Southern Republic Pulp and Paper estaba programado para hoy, pero el demandante, el señor Pabon, falleció el martes por la noche de una sobredosis, lo cual es una desgracia tanto para el señor Pabon... como para mí mismo.

12:48 h

Hank quería mantener en privado su relación con S. Lou Greene. Diez años atrás, cuando Brent Walker se había ido a Atlanta, había pasado un par de años agónicos, intentando dar con otro talento legal en la ciudad. Pero nadie poseía la agilidad mental y las habilidades innatas a las que Brent lo había acostumbrado. La llegada de Greene le proporcionó un aliado inteligente y extravagante. Lo conoció una semana y formaron equipo la siguiente, al parecer porque ambos entendían las ventajas derivadas de su colaboración mutua.

El despacho principal de la red legal de Greene ocupaba la antigua sede del Banco Nacional de Concord. La Depresión se había cobrado la caída de esa institución hacía mucho tiempo y no había habido otra que ocupara su lugar. El edificio daba a la Calle Primera, una fachada de granito tallado que incluía columnas acanaladas y un conjunto de desagradables gárgolas que posaban la vista desde lo alto en cualquiera que atravesara sus puertas. Tenía dos plantas de altura y proporcionaba espacio más que suficiente para Greene, sus dos procuradores, tres secretarias y el conjunto de ordenadores que usaban para procesar los centenares de reclamaciones de indemnizaciones laborales que lo mantenían ocupado.

Hank había fichado al salir de la papelera diez minutos antes, anotando el habitual «asuntos sindicales» en su tarjeta de registro horario. Por el hecho de ser secretario general de la delegación sindical local se le permitía flexibilidad a la hora de tratar asuntos del

sindicato durante el horario laboral, tal como estipulaba la ley federal, pero uno de los beneficios no escritos que había adquirido tras años de colaboración y confrontación era el privilegio de salir de la fábrica sin que prácticamente nadie lo comprobara ni le hiciera preguntas.

Aparcó tras el despacho, en el estacionamiento posterior, y entró rápidamente por la puerta trasera. Tenía la costumbre de alzar la vista al hacerlo. Como cada día, la bandera ondeaba orgullosa con un leve susurro. Conocía la historia. Durante unas vacaciones en Alemania, desde la cima de un castillo a orillas del Rin, Greene había divisado un águila negra, con las garras extendidas, dibujada sobre un fondo amarillo. Aquella imagen lo había embelesado, hasta el punto de que había adquirido el estandarte, se lo había llevado de regreso a casa y al poco se había convertido en una tradición izarlo cada vez que se ganaba una reclamación. Durante los últimos cinco años había habido pocos días en los que la bandera no ondeara al viento durante todo el día.

Una vez en el interior, avanzó dejando atrás la fila de secretarias y oyó un gruñido. Sabía que sus visitas eran impopulares. Normalmente, necesitaba que se preparara documentación de inmediato, lo que obligaba a las secretarias a dejar lo que estuvieran haciendo para ocuparse de él. Era un incordio, pero esperaba que Greene satisficiera sus demandas. A cambio, utilizaba los contactos en las fábricas de toda la zona para canalizar en su dirección las solicitudes de indemnización de los trabajadores. Ahora bien, a diferencia de otros intermediarios, que se llevaban una comisión de las ganancias, Hank no obtenía réditos económicos.

Subió las escaleras de granito y entró en el espacioso despacho de Greene en la segunda planta. El abogado estaba sentado tras un escritorio de roble.

–Mira a quién tenemos por aquí –dijo Greene.

–¿Es esa manera de saludar a un colega?

–Un colega que solo aparece cuando necesita algo.

Hank se sentó.

–Me alegro de que me aprecies. ¿Has tenido oportunidad de echarles un vistazo a esas notas internas que te traje el otro día?

Greene cogió un pliego de papeles de su desordenada mesa.

–Esto es material confidencial, Hank. ¿De dónde lo sacas?

–De alguien bien relacionado.

En la memoria USB, Marlene le había grabado multitud de cifras de ventas y costes. La mayoría de los datos carecían de utilidad, pero había unos cuantos que proporcionaban información sustanciosa. También había correos electrónicos y notas internas entre diversos departamentos. Todo lo que procedía de los tres propietarios se consideraba el santo grial, y Marlene había logrado hacerse con unos cuantos.

Con uno en especial.

Era un *e-mail* de Hamilton Lee al director de relaciones laborales de la Southern Republic.

> Con relación a la sesión de negociación colectiva que tenemos a la vuelta de la esquina, siguiendo nuestra reunión de la semana pasada, quiero confirmar nuestra posición acerca de los contratos quinquenales. Durante el último proceso de negociación se hizo un esfuerzo para asegurar una duración de cinco años de los contratos laborales. Sin embargo, los costes relacionados con dichos contratos, sobre todo la concesión del aumento porcentual de los salarios acordada con la HITSE, fueron elevados. En esta ocasión, tales esfuerzos son innecesarios. Por supuesto, podemos partir de una oferta inicial de cinco años, pero podemos renunciar a ellos a cambio de concesiones. No todos los sindicatos querrán cerrar un trato a largo plazo. Debería resultar fácil conseguir tres años de duración sin hacer grandes concesiones por nuestra parte. Quería hacerte saber que tienes autorización de la junta para negociar de este modo. Mantenme informado, por favor.

Greene sostuvo en alto el mensaje de correo electrónico de Lee.

–Parece que a la empresa no le interesan los contratos a cinco años esta vez.

–Y eso podría suponer un problema. Esos dos años eran mi única moneda de cambio. Sin ellos, solo puedo aspirar a mantener lo que ya tengo.

–¿Crees que se van a retractar en algunas concesiones? –preguntó Greene.

Eso era lo que más temía, que le obligaran a renunciar a las prestaciones que tanto había sudado por conseguir en los años

previos. Era como un bofetón en toda la cara con el que la empresa volvía a adquirir lo que ya no quería ceder en su momento.

Menuda forma de arruinar su imagen.

–Pues parece una posibilidad muy plausible –dijo–. ¿Qué más puedo ofrecerles?

–No mucho. Estas negociaciones podrían ser desastrosas.

No quería oírlo.

–Por la parte positiva –dijo Greene–, he conocido a Brent Walker esta mañana. En el juzgado.

–Sé bueno con él, Lou.

–¿Te ayudará con las negociaciones?

–Brent no permitirá que me engañen.

–Es posible que no participe en las negociaciones, por ser el nuevo y todo eso. Hoy me ha comentado que tiene tres archivadores llenos de expedientes de empleados que reclaman una indemnización.

–Pero sigue formando parte de la empresa. Nunca se sabe con qué puede encontrarse. ¿Qué opinas de esos costes de los seguros de salud mencionados en lo que te dejé?

–Son el gasto principal de la empresa, sin lugar a dudas, y crecen cada año en millones de dólares. Cubren ellos mismos los seguros, lo cual tiene aspectos positivos y negativos. Yo de ti, Hank, esperaría propuestas para aumentar los gastos deducibles anuales, subir la aportación de los empleados a la prima, recortar algunos subsidios y ese tipo de cosas.

Negó con la cabeza.

–Pues eso va a sentarles de maravilla a los afiliados al sindicato...

–Y desde luego no ayudará a ensalzar tu imagen como negociador duro.

No, no lo haría.

–Tengo que aferrarme a lo que tengo... e intentar conseguir algo más.

–¿Y qué puedes ofrecerles a cambio?

Pensó en los dos años extra que en el pasado consideraba el as en la manga.

–Pues ahora mismo... parece que nada de nada.

12:17 h

Moody's Barbecue era el lugar preferido de Brent para ir a comer. Estaba al este de la ciudad, en la Old Post Road, justo fuera del confín urbano de Concord, una granja de madera transportada de un lado a otro del condado años atrás, antes de rellenar el lago Eagle. En los últimos quince años había albergado un restaurante propiedad de un empleado jubilado de la fábrica de papel, que seguía regentándolo. Tenía una estética rústica y casera intencionada. El menú era variado, con platos de ternera, cerdo o pollo, todos ellos servidos en bandejas de cartón envueltas en papel de plata con dos rebanadas de pan blanco del día. La salsa, una mezcla picante a base de mostaza, era lo que aportaba el toque especial al lugar. Una mezcla agridulce perfecta. Venía gente de todos los rincones de Savannah a comer, seducida por unos aromas que hacían la boca agua desde el instante en que los clientes aparcaban en el exterior.

Se reunió allí con Ashley poco antes de mediodía. Ella tenía una pausa de treinta minutos para comer antes de empezar con los repartos de la tarde. Brent compró un plato de un cuarto de libra para cada uno, con salsa suave y dos refrescos de cola, y se sentaron en una de las mesas de pícnic del interior. Los tableros de todas ellas, con sus iniciales y frases grabadas, hacía tiempo que se habían convertido en obras de arte. Todo ello realzaba el encanto del lugar. Era como hacer una barbacoa en el jardín trasero de casa, pero sin mosquitos.

–Te ha costado enviarme el mensaje, ¿eh? –dijo ella.

Brent había esperado casi hasta las diez de la noche del día antes para confirmar su cita.

–Pensé que todavía estarías en el funeral.

–Me fui alrededor de las ocho. Todo era muy triste. Vino mucha gente. Papa Evans era un hombre muy querido. Toda la familia está hecha polvo.

Hablaba con una emoción sorprendente para una exmujer y una exnuera.

Brent se compadecía de los Evans. Sabía lo duro que era perder de repente a un padre. Comieron unos instantes en silencio.

–¿Sabes? –dijo Ashley–, por mucho que lo intentes, no puedes seguir huyendo.

Se la quedó mirando fijamente mientras le volvía un recuerdo. Las mismas palabras con una voz distinta.

–No puedes seguir huyendo –dijo Paula otra vez.

Brent había conducido hasta su casa para decirle que quería anular la boda. Estaban sentados en el porche delantero de la residencia de los padres de ella. El perfume a madreselva impregnaba el aire. Paula estaba perfecta, como siempre. Con pantalones de deporte y una blusa. Con el pelo peinado y lacado. Con las uñas pintadas de rosa. Y un único broche. Ya habían enviado las invitaciones, la ceremonia estaba programada para dentro de tres sábados. Una boda modesta con una recepción posterior.

Pero él se lo estaba replanteando. No lo tenía nada claro.

Ashley Reed era la principal causa de su confusión.

–Supongo que te has vuelto a enamorar de Annie Oakley –dijo Paula, como una madre regañando a un niño travieso.

–¿De verdad importa lo que yo sienta?

Ella inclinó la cabeza hacia él. Para ella no existía la marcha atrás, solo avanzar como un bólido.

–No importa lo más mínimo. Lo que importa es esto. –Y se señaló la barriga, plana como una tabla de lavar–. Deberías haber pensado en eso antes de decidir dejarme embarazada.

Pero Brent dudaba que eso hubiera sido cosa suya.

Su relación se había arrastrado durante dos años. Se conocieron justo después de que él regresara de la Facultad de Derecho y abriera su despacho. Era una chica lugareña, nacida y criada en Concord, maestra de tercer curso. Ashley había sido una presencia continua en su vida, pero su incapacidad para comprometerse nunca le había permitido ser nada más que un pasatiempo momentáneo. Y Brent había retrasado las cosas tanto como había podido. Finalmente, dos meses antes, Paula le había dicho que no podía seguir con evasivas.

Había un niño en camino.

–Vamos a tener una familia, Brent. ¿No es eso más importante que Annie Oakley?

Le estaba provocando. Quería comprobar cómo reaccionaba. Era un juego al que jugaban cada vez más. Paula forzaba la situación y él la encajaba. Estaba claro que ella lo tenía todo planificado. El anuncio vendría después de su luna de miel en Cancún. Al regresar bronceados tras una semana bajo el sol mexicano, ella predeciría ante su familia y amigos, con una sonrisa, que el viaje tal vez había sido productivo. Sería el primer nieto para los padres de ella, otro honor que Brent sabía que estaba decidida a robarle a su hermana pequeña, recién casada.

–No puedes seguir huyendo.

–No, no puedo.

–Venga, Brent. No es una sentencia de cárcel. No soy tan mala. Te lo pasas bien cuando estamos juntos.

–Nunca he dicho lo contrario.

–Lo único que pasa es que a ella la deseas más.

Notó el tono de su voz.

–Yo nunca he dicho eso.

–No hace falta que lo digas. –Y luego añadió–: Por lo que he oído, esa joyita anda desesperadamente detrás de un nuevo marido. Y no eres tú.

A él también le había llegado el rumor. Decían que tenían intención de casarse. Como era habitual, Ashley no le había dicho nada.

Nunca lo hacía. Probablemente porque ni ella misma lo supiera.

–Eso sin duda solucionaría tu problema –dijo él.

–Yo no tengo ningún problema. Pronto tendré un marido cariñoso y hay un bebé en camino. Hemos planeado una bonita boda y vamos a pasar unas vacaciones maravillosas en México. ¿Qué más podría pedir una chica?

Él habría querido decir: «¿Qué me dices de un marido que la ame?», pero había decidido que era mejor guardar silencio. Sus opciones eran limitadas. Y era culpa suya. Ya no eran niños. Quizá

había llegado el momento de afrontar la realidad. No iba a dejar que su hijo creciera sin padre.

Por una vez, Paula podía estar en lo cierto.

No podía seguir huyendo.

–No huyo –le dijo a Ashley, sin saber exactamente a quién le estaba respondiendo.

–Entonces, ¿qué haces?

–Estoy intentando adaptarme a estar de regreso en casa. A dejar un buen empleo. A complacer a un nuevo jefe. A...

Se contuvo. De eso último, de ayudar a su madre, no podía hablar.

–¿A compensar lo que pasó con Paula? –preguntó ella.

Él guardó silencio.

–Porque eso no puedes hacerlo, ¿sabes?

Brent no estaba tan seguro, pero se recordó que uno de los motivos por los que había vuelto era para intentarlo. Mientras estaba en Atlanta había pensado en Ashley. Mucho. Eso no podía negarlo. Ya no existían obstáculos entre ellos. Si iba a funcionar, esta podría ser su última oportunidad para probarlo.

–Bueno, ¿dónde vamos a ir este sábado por la noche? –dijo ella.

Brent se tragó el bocado de sándwich.

–No sabía que íbamos a ir a ninguna parte.

Ella le sonrió con picardía.

–Lori Anne se queda con su abuelo. Tengo la noche libre.

¿Por qué seguir escapando? La deseaba. Y ella lo deseaba a él. Quizá los efectos debilitantes del remordimiento se curasen con el paso del tiempo.

–Pues entonces supongo que a tu casa.

Otra sonrisa de ella.

–Me has leído el pensamiento.

14:15 h

Victor Jacks miró fijamente el cadáver desplomado sobre el sofá de lana. Su primer encargo en su nuevo empleo como colaborador lo

había conducido al suroeste de Georgia, una zona rural, y a una casa rodante de doble anchura propiedad de Michael Ottman.

La Prioridad Número 8 de la lista de mayo.

Había leído el expediente el día anterior. Ottman, un viudo de setenta y un años, sufría cardiopatía y un cáncer terminal. Tras jubilarse de la Southern Republic, se había mudado a trescientos kilómetros de Concord para estar más cerca de su hija, que vivía siguiendo por un camino de tierra, en otra casa rodante de doble anchura. Su paga por jubilación era exigua, pero, combinada con la Seguridad Social, le permitía llevar una vida solitaria con un confort relativo.

El Número 8 había llamado la atención de la junta debido a la extraordinaria cifra de gastos médicos que se cernía en el horizonte. Durante la formación, De Florio le había explicado que las prestaciones de salud para los jubilados eran el aspecto que más problemas de gestión daba a la junta. Porque no había forma humana de predecirlas. Los pagos al día eran la única manera de gestionarlas, y eso representaba una ruleta rusa financiera. Los cuidados para los enfermos terminales eran especialmente caros. Un pozo casi sin fondo. Y la Prioridad Número 8 no había ayudado demasiado al decirles a sus médicos que tenía intención de aprovechar hasta el último subsidio disponible.

De Florio le había explicado la batalla incesante que se libraba para proporcionar unas prestaciones adecuadas al tiempo que se garantizaba la solvencia del fondo de reserva para los seguros de la empresa. Solo había una manera de conseguirlo. Mediante el control de gastos. Y, en el caso de Michael Ottman, convertirlo en una Prioridad parecía la manera más fácil de evitar el gigantesco desembolso en facturas médicas que seguramente seguiría, al tiempo que se generaban ahorros que podían destinarse a otros demandantes menos costosos.

Una solución inteligente, pensó.

Había encajado como anillo al dedo en el Programa Prioridad. Matar era su profesión y De Florio le había ofrecido dinero más que suficiente para que su dedicación en exclusiva a una sola empresa le resultara rentable. Sin embargo, ese no era el único aliciente. Por fin

podía dejar de preocuparse por el próximo trabajo, por saber si un cliente era auténtico o una trampa. Ahora podría dejar de volver la vista atrás, de protegerse de venganzas o represalias.

Ahora podía limitarse a matar.

Ahora bien, recordaba la lección que De Florio había ilustrado gráficamente el día anterior, con aquella bala a la cabeza de Milo Richey. Nada de errores. Había que hacerlo todo exactamente como estipulaba el reglamento.

Su primer encargo había sido fácil.

Una llamada a la puerta y un chorrito de gas para dejarlo inconsciente al instante. Había amortiguado la caída de Ottman para evitar que le salieran cardenales. Una única inyección y el corazón le había fallado. Con el historial de la Prioridad Número 8, nadie se plantearía demasiado la causa de la muerte. El punto de inyección, en el canal auditivo interior, pasaría desapercibido al forense.

El abanico de toxinas que manejaba De Florio era impresionante. Acababa de usar un ejemplo excelente. Sin olor y sin sabor, producía una fibrilación cardíaca letal casi instantánea que no dejaba rastro en el plasma ni en los tejidos, más allá de un ligero tufillo a flúor que se atribuiría o bien al abastecimiento de agua local o a la última vez que el difunto se había cepillado los dientes. Nada que ningún test toxicológico fuera a descubrir. Y eso suponiendo que le hicieran alguno, lo cual era improbable.

La gente mayor moría, era ley de vida.

Le comprobó el pulso con su mano enguantada.

No había.

La flacidez del cuerpo y el rápido cambio de color servían de corroboración adicional.

Muerte verificada.

DÍA 5
SÁBADO, 10 DE JUNIO

10:15 h

Brent esperó al fin de semana para conducir cuarenta y cinco minutos al oeste, hasta Statesboro. Le habría gustado ir antes, pero el trabajo le había exigido atención exclusiva durante toda la semana. ¿Qué había dicho Joan Bates? «El prudente ve el peligro y lo evita; el imprudente sigue adelante y sufre el daño». Había investigado un poco más y había averiguado que ese pasaje bíblico solía usarse para indicar que las personas inteligentes o sensibles anticipaban los problemas y los evitaban. Pero ¿y los crédulos? ¿O las personas infantiles? Esos seguían a lo suyo y sufrían las consecuencias. No estaba seguro de en qué categoría entraba él.

O cómo se le aplicaban esas sabias palabras.

No le había mencionado nada de la visita de Joan Bates a nadie, ni siquiera a su madre ni a Hank. La mujer lo había buscado específicamente a él; de hecho, le habría costado lo suyo dar con él, de manera que decidió investigar en detalle el asunto antes de compartir ninguna información. Tal precaución le venía de haber sido fiscal. En Atlanta había aprendido que las cosas salían mejor si se mantenían en secreto.

Statesboro se hallaba en el vecino condado de Bulloch. Durante largo tiempo, había sido una ciudad sin más. Según contaba la leyenda, durante la guerra de Secesión, un oficial unionista pidió a alguien indicaciones para llegar a Statesboro. Al parecer, la respuesta que recibió fue: «Está usted en pleno centro de la

ciudad». Después de la guerra, la zona prosperó hasta convertirse en un importante centro comercial de algodón y tabaco. En la actualidad vivían allí treinta y cinco mil personas que trabajaban en distintos centros de producción y distribución. Sin embargo, la principal empresa, y el mayor motivo de fama del lugar, era la Universidad de Georgia del Sur. La *alma mater* de Brent. Veinte mil estudiantes. Sede de los Soarin' Eagles, seis veces campeones nacionales de fútbol americano. A Brent le encantaba ir a ver los partidos, a los que siguió asistiendo mucho después de licenciarse.

Un mar de vecindarios de clase media bordeaba el ajetreado núcleo urbano, una mezcla de casas unifamiliares y multifamiliares, muchas de ellas viviendas de alquiler para estudiantes. Durante sus cuatro años de carrera no se había alojado en la ciudad, sino que había seguido viviendo en casa de sus padres y cada día había hecho el trayecto de ida y vuelta. La dirección que había obtenido de los registros de la empresa correspondía a una de las subdivisiones más nuevas al este de la ciudad, nada más dejar la autopista procedente de Concord. La residencia de los Bates era una casa de una sola planta estilo rancho en una parcela arbolada. Aparcó en la calle y se dirigió hacia la puerta, dejando atrás el mismo vehículo Tahoe que había visto estacionado en el camino de acceso a su casa la noche del martes anterior. Unos aspersores regaban el jardín delantero.

Llamó al timbre.

Al cabo de un momento abrió la puerta la mujer que lo había confrontado. Iba vestida con una camisa y unos tejanos, y en una mano sostenía un paño de cocina. Seguía teniendo un porte estoico, salvo por el destello momentáneo de reconocimiento y una tenue sonrisa de bienvenida.

–Buenos días, señora Bates –le dijo–. He pensado que a usted y a mí nos convenía hablar un poco más.

Se lo quedó mirando con unos ojos que parecían reflejar una preocupación innata. Había visto esa misma mirada en los ojos de víctimas, junto con una profunda consternación que velaba cada uno de sus rasgos y solo indicaba una cosa: dolor. Le hizo un gesto

invitándolo a entrar y se sentaron en un amplio salón con vigas de madera vistas y una chimenea de ladrillo.

–Mis hijos no están –dijo–, así que tenemos algo de privacidad.

Brent se preguntó cuánto habría llorado aquella mujer en los últimos cuatro meses. Ella no hizo amago de ocultar su solemnidad. En absoluto. Le concedió un momento para que se recompusiera mientras observaba la estancia. Posó la vista en el gran crucifijo de la pared y en las fotografías familiares enmarcadas que había sobre una mesita auxiliar. Muchas eran de ella con su marido.

–Lamento su pérdida –se vio obligado a decir.

Ella asintió en señal de agradecimiento.

–¿Por qué no me dijo quién era la otra noche?

–Me pareció mejor no hacerlo.

–¿Y por qué me buscó?

–Me dijeron que sustituiría a Peter en la fábrica.

–Eso responde a cómo. Le he preguntado por qué.

–Suena usted enfadado.

–Estoy confuso. Le agradecería que me ayudara a entender de qué va esto.

–Mi marido entregó a esa empresa muchos años de su vida. Trabajó duro. Cuidó de mí y de nuestros hijos. Como se supone que debe hacer un buen marido y un buen padre.

Seguía sin darle una respuesta. Pero parecía tener muchas cosas dentro que necesitaba soltar. Y él lo entendía. En su interior también había muchos pensamientos en ebullición.

–¿Leyó Proverbios 22, 3? –le preguntó ella.

–Sí.

–Un buen marido repara su casa cuando hace buen tiempo, en lugar de esperar al invierno para hacerlo –dijo ella–. Un piloto cuidadoso aprovecha el viento y la marea, y sobrevuela el mar antes de que se forme la tormenta. –Hablaba con un tono monótono, frío. Como alguien muy medicado–. Debemos hacer de cada día el día de nuestro arrepentimiento. Aprovechar bien el tiempo, para que cuando nos llegue la muerte lo único que nos quede por hacer sea continuar.

Hablaba como si se dirigiera a alguien muy lejano. Él guardó silencio y la dejó hablar.

–Su nuevo trabajo le matará –le dijo, y su mirada se endureció incluso más.

No podía no preguntárselo:

–¿En qué sentido?

–¿Está usted casado?

Él negó con la cabeza.

–Lo estuve. Pero se suicidó.

Brent esperaba que ese hecho compartido derribara algunas de las barreras entre ellos.

–Entonces sabe exactamente cómo me siento.

Él asintió.

–Ocurrió hace once años. Y aún sigue doliéndome.

–¿Tiene alguna idea de por qué pudo quitarse la vida?

Nadie hasta entonces le había hecho esa pregunta. Sobre todo porque solo unas pocas personas sabían la verdad acerca de la muerte de Paula. Pero, desde luego, él sí se la había formulado, un millar de veces. ¿La verdad?

–No tengo ni idea. Pero en su familia había tendencia.

–En la de Peter también. Era muy fuerte para unas cosas y muy débil para otras. Pero nunca pensé que me dejaría ni que dejaría a sus hijos.

Brent decidió probar de nuevo.

–¿A qué se refería con la cita de Proverbios 22, 3? «El prudente ve el peligro y lo evita; el imprudente sigue adelante y sufre el daño».

–A que no siempre lo más inteligente es empecinarse. A veces es más sensato evitar una mala situación.

–¿Y en qué sentido se aplica eso a mí?

–Mi marido era un hombre frágil que se negaba a buscar solaz en Cristo y, en lugar de eso, escogió fiarse de los peligros del hombre.

–¿Y por eso usted averiguó mi nombre y dirección, y vino a verme el primer día de mi regreso a la ciudad para advertirme de que, a menos que busque la ayuda del Señor, mi trabajo me matará?

–Al principio recé mucho. Luego, Dios me dijo lo que debía hacer.

Brent era consciente de que aquella mujer se creía cada una de las palabras que decía.

–¿Y qué más le dijo Dios?

–Que lo entregara a usted libremente al cielo. Que permitiera que Cristo lo guiara. Mi marido no fue capaz de hacerlo. ¿Lo será usted?

Brent no le respondió, porque sus creencias no eran asunto de aquella mujer.

–¿El Señor no forma parte de su vida? –le preguntó.

Al parecer, lo que Brent había interpretado inicialmente como una advertencia sincera sobre algo desconocido no era más que una viuda dolida que intentaba hallar consuelo donde podía, ya fuera en la Biblia, en Dios o apegándose a un completo desconocido.

Brent lo había visto antes en los rostros de clientes que buscaban algo o a alguien a quien culpar.

Aquello había sido una pérdida de tiempo.

Se puso en pie.

–Tengo que irme.

Ella alargó la mano y lo cogió por el brazo. Brent se quedó quieto, la miró y, de repente, supo que estar allí a solas con aquella mujer era un error. Podía salirle el tiro por la culata. De manera que le dijo:

–Sí soy creyente.

–Entonces rece por mí. Por mi marido. Y por usted.

La compadecía. Cómo no iba a compadecerla. Y entendía la conmoción, el enfado, la culpa, la desesperación, la confusión y el rechazo. Todas esas emociones se habían despertado en su interior con la muerte de Paula. Nunca había buscado ayuda profesional. En lugar de ello, había usado el tiempo y el aislamiento de mudarse a centenares de kilómetros para superar las secuelas. Aquella mujer había intentado lo mismo con su propio traslado.

Pero ¿qué más podía hacerse por ayudarla? Probablemente, no mucho.

Así que ¿qué daño podía hacerle?

–Sería para mí un honor rezar con usted.

12:15 h

Hank se secó con la toalla.

Había instalado la piscina hacía una docena de veranos, eliminando los pinos y robles necesarios, de manera que aquel recinto apantallado ahora ocupaba la mayor parte de su compacto jardín posterior. Un lujo y, desde luego, desacorde con la imagen de proletario que intentaba perpetuar por todos los medios. No obstante, dada la longitud y la intensidad de los veranos en Georgia, lo que él denominaba «los setenta y cinco mil litros de agua clorada retenidos por un agujero de cemento con forma de riñón» habían devenido una necesidad comprensible.

Tiró a un lado la toalla y se enfundó en un albornoz de tela de rizo. Nadaba cada tarde al regresar a casa del trabajo y múltiples veces a lo largo del fin de semana. Vivir solo le concedía el privilegio de hacer lo que le apetecía cuando le apetecía. A Loretta le encantaba aquella piscina y la había usado mucho más que él. Pero, cuando lo dejó, él también había acabado por disfrutarla. Tarde y mal. La historia de su vida.

Se sentó y cogió la tablilla con sujetapapeles que había en una mesa adyacente. Contenía copias impresas de los documentos que Marlene había tenido la fortuna de sacar de los registros de la empresa. La nota interna de Hamilton Lee lo tenía conmocionado. La falta de interés de la Southern Republic en un pacto a cinco años era algo totalmente imprevisto. Habría puesto la mano en el fuego por que la empresa habría querido contar con esos dos años adicionales. Su plan siempre había pasado por canjearlos por cosas como un aumento porcentual de los salarios o más prestaciones, y luego forzar un acuerdo quinquenal entre sus afiliados. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Llevar a su gente a la huelga? Difícilmente.

En todos los años de vida de la Southern Republic, ningún lugareño se había manifestado. Y eso era malo para la empresa. Malo para los miembros del sindicato. Y malo para Concord.

Oyó el motor de un coche acercándose. La puerta mosquitera se abrió y Brent salió a la tarima de la piscina. Llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta de la Universidad de Georgia. Y los pies calzados con unas zapatillas deportivas.

–¿Qué te trae por aquí? –le preguntó.

–¿Conocías a Peter Bates?

–Traté algunas veces con él. No mucho. No se relacionaba demasiado con los sindicatos. El director jurídico se encargaba de eso.

–¿Hubo algo sospechoso acerca de su muerte?

–Menuda pregunta más rara. ¿Por qué quieres saberlo?

–Solo pregunto.

Hank negó con la cabeza.

–Se pegó un tiro. El *sheriff* me dijo que no había duda. Nada que suscitara preguntas. ¿A qué viene tu interés?

Hank lo escuchó mientras Brent le explicaba la visita de Joan Bates y también la visita que él acababa de hacerle.

–A Joan sí que la conozco –le dijo a Brent–. Solía venir a la parroquia. Una auténtica fanática. En cambio, Peter no era un hombre de iglesia. ¿Pero ella? Todo el mundo sabía que Joan era una de las más creyentes. Y, si no lo sabías, aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para recordártelo.

–Como ha hecho conmigo.

–¿Has rezado con ella?

–Me he arrodillado con ella. Se ha puesto intensa. Me ha parecido que hablaba en lenguas desconocidas durante un rato.

Hank soltó una carcajada.

–Esa es Joan. Suele hacerlo cuando los bancos de la parroquia están llenos. Creo que es uno de los motivos por los que se mudó a otra parte tras la muerte de Peter. No dejes que te sorba el coco. Es inofensiva.

–Me parecía todo un poco raro –comentó Brent–, pero tenía que comprobarlo.

Hank asintió con la cabeza.

–Lo entiendo. Y ya que estás inquisitivo, ¿por qué no le echas un vistazo a esto?

Le entregó el portapapeles, con las páginas abiertas por la extraña lista de números que Marlene y él habían recuperado la noche del martes.

034156901
456913276
343016692
295617833
178932515
236987521
492016755
516332578

–¿Qué crees que son? –le preguntó.

Brent los estudió unos instantes.

–No pueden ser números telefónicos, tienen demasiados dígitos. Quizá códigos postales. Los nuevos son más largos. –Brent contó–. Tienen números suficientes para ser códigos postales. ¿De dónde los has sacado?

–Del ordenador de la empresa.

–¿Y te han caído en las manos sin más?

–Pues sí, eso es justamente lo que ha pasado. Un capricho de la naturaleza.

Brent sonrió.

–Dicho de otro modo: si no quieres saber, para qué preguntas.

–Algo así.

–Pues en ese caso podrían ser números identificativos de la empresa, números de expedientes, códigos de acceso a los ordenadores e incluso contraseñas. Bien sabe Dios que las cambian a menudo. Según me han dicho, una vez a la semana. –Brent volvió a examinar la lista–. O podrían ser números de la Seguridad Social. Pero no tienen guiones. Los números de la Seguridad Social siempre están separados. Y los de los códigos postales también.

Hank fue directo al grano:

–¿Me harías el favor de comprobar qué puedes encontrar sobre ellos?

–Hank, me pones en un brete. Debo lealtad a la empresa. Y confidencialidad. Ya lo sabes.

Hank levantó las manos.

–Lo sé, lo sé. Pero tienes acceso a registros del personal, a expedientes médicos y a ese tipo de cosas. Probablemente no sea

nada. Solo te pido que le eches un vistazo para estar seguro. –Hizo una pausa–. Por los viejos tiempos.

Hank era consciente de que Brent sabía que le ocultaba algo. Pedirle un favor de ese calibre era señal suficiente de que había gato encerrado.

–Dime la verdad –le pidió Brent–. ¿Cómo has conseguido estos números?

–¿O si no? –le pregunto.

–O si no, nada.

No le quedaba alternativa. Pero tampoco había nadie en quien confiara más.

–Estaban detrás de un cortafuegos en un archivo ultraseguro. Mi contacto accedió a ellos por casualidad. Llevaba intentándolo semanas sin éxito. Así que entenderás que me provoquen cierta curiosidad.

–¿Marlene?

Hank asintió.

–Si la pillan, podría costarle el empleo.

–Y entonces, ¿por qué la pones en esa situación?

–Ella es así. Le encanta la intriga.

–Y también te tiene cariño, ¿no?

–¿Te ha contado algo mi hija?

–Ella y otras personas. Eres la comidilla de los chismes locales.

En el pasado, cuando formaban equipo, siempre había un contragolpe. Uno soltaba una directa y el otro respondía, en función del combate. Pero ahora las cosas eran distintas. Ahora Brent trabajaba para la parte contraria. Y por mucho que Hank detestara ese hecho, tenía que respetarlo.

Hasta cierto punto.

–Mira, podrían no ser nada –le dijo–. Solo un galimatías irrelevante, nada por lo que yo tenga que preocuparme. Pero el nivel de seguridad que los protege me provoca curiosidad. Hagamos algo. Tú échales un vistazo. Si lo que encuentras traspasa alguna línea ética de tu nuevo cargo como abogado de la empresa, no me digas nada. Pero, si no son nada, si son una chorrada, puedes decírmelo, ¿no? Para que me quede tranquilo.

Hank vio que le había tocado la fibra a su viejo amigo.
«La lógica es tu amiga. Úsala».
–De acuerdo –dijo Brent–. Quedamos así.

DÍA 7
LUNES, 12 DE JUNIO

8:05 h

Chris atravesó la planta veintinueve de la Torre Azul para dirigirse, en el lado opuesto del rincón de dirección, al conjunto de oficinas que ocupaban el Departamento de Ventas y el jefe de seguridad de la empresa.

El despacho de Jon de Florio no era tan prestigioso como el suyo, el de Lee o el de Hughes, pero era muy digno y, además, su cargo procedía con dos subordinados y un auxiliar administrativo. Más que suficiente para ocuparse de las escasas responsabilidades que el puesto comportaba en realidad.

Vio que la mesa del auxiliar estaba vacía. De Florio y él solían ser los primeros en llegar cada mañana. Se detuvo ante la puerta abierta del despacho privado.

–Has llegado muy lejos –dijo en voz baja.

De Florio, enmarcado por una mañana nublada que parecía aún más gris filtrada a través de los vidrios tintados, alzó la vista de su lectura.

–¿Cuánto ha pasado ya? ¿Quince años? Has hecho mucho aquí.

–El Programa Prioridad es un flujo constante –dijo De Florio con su habitual voz baja.

–No como al principio, ¿verdad? La manera de establecer las Prioridades era caprichosa. Nunca pensamos en un patrón, en variantes ni en verificación. Los pequeños detalles que marcan la diferencia. Pero tú lo solucionaste, Jon. El reglamento que

estableciste ha demostrado ser sólido. El éxito del programa es directamente atribuible a tu trabajo.

–Le agradezco sus palabras, señor Bozin. He intentado hacer un buen trabajo.

Chris entró.

–¿Te gusta tu puesto, Jon?

–Este despacho, mi título, sí, son medidas de respetabilidad de las que mi verdadera profesión no suele gozar.

Le gustaba que entre ellos no hubiera fingimiento. Ni secretos.

–Me he dado cuenta de que últimamente pasas más tiempo aquí del que solías.

De Florio asintió con la cabeza.

–He decidido prestar más atención a mi cargo público. Mis colaboradores son competentes y gestionan las órdenes del Programa Prioridad con eficiencia. No necesitan que los controle. Por ese motivo solicité un tercer colaborador a principios de este año.

–Según tengo entendido, vuelves a tener solo dos.

–Por desgracia, tuve que finiquitar el empleo de uno.

–¿Su pérdida será un problema?

–Ya estoy buscando a un sustituto. Deberíamos haber incorporado a alguien antes de agosto. Por suerte, los expedientes de las tres nuevas Prioridades aprobadas hace unos días se generaron en abril. Lo que más tiempo lleva es el trabajo previo. La vigilancia *in situ*. La revisión de los informes. Mis colaboradores dedican aproximadamente el ochenta por ciento de su tiempo a generar los expedientes y el veinte a procesarlos.

–Pero ese ochenta por ciento es tiempo bien empleado.

De Florio asintió.

–Existe una correlación demostrada entre un procesamiento con éxito y un expediente exhaustivo.

A Chris le impresionó la frialdad con la que el hombre que tenía sentado enfrente hablaba de asesinar.

–Además –continuó De Florio–, supongo que ahora que se avecinan las negociaciones con los sindicatos habrá otro paréntesis de uno o dos meses en la aprobación de nuevas Prioridades, como en el pasado.

–Es de suponer. La negociaciones tienden a consumir la atención de todo el mundo, al menos durante un tiempo. Siendo realistas, hasta julio no creo que se añadan nuevos nombres a la lista. –Señaló el montón de correo y expedientes apilados en un rincón–. Pareces tener trabajo que hacer.

–Hace días que no lo reviso. He estado ocupado con los procesamientos de la lista de mayo y supervisando la formación del nuevo colaborador.

Le sonrió.

–Te dejo que vuelvas al trabajo. No pretendía interrumpir.

Salió del despacho y se encaminó hacia el rincón de dirección, satisfecho con lo que acababa de averiguar. De Florio y solo dos colaboradores.

Hasta agosto.

Perfecto.

8:20 h

Jon centró su atención en el montón de papeles que tenía sobre el escritorio, pensando que quizá aquella fuera la conversación más larga que había tenido con Christopher Bozin en toda su vida.

No le entusiasmaba el papeleo administrativo que comportaba su nuevo empleo y solía delegarlo en gran medida en su ayudante. Pero algunas cosas no podía transferírselas, aunque solo fuera por guardar las apariencias, y empezó a hojear los diversos memorándums que requerían su firma.

La mayoría eran informes de sus dos subordinados. Echó un vistazo a unos cuantos. Uno tenía que ver con la resolución de una situación de robo problemática en la fábrica de bolsas de Concord que le había costado a la empresa miles de dólares. Media docena guardaban relación con cambios de personal que exigían su aprobación. También tenía allí para supervisar el presupuesto preliminar del Departamento de Seguridad, preparado por su auxiliar administrativo, ya que el año fiscal concluía el 30 de junio. Sin

embargo, hubo una nota interna al final del montón que captó toda su atención.

PARA: J. De Florio
DE: Sistemas Informáticos, Papelera de Concord
FECHA: 9 de junio
ASUNTO: Subida de tensión / ¿Fallo de seguridad?
Un examen rutinario del núcleo principal de ordenadores ha revelado daños eléctricos en los circuitos de acceso seguro. Se produjeron cortes eléctricos durante las tormentas eléctricas de esta semana. No se ha detectado ningún daño específico, pero sí se ha hallado una placa de circuitos quemada. Es posible que la causa fuera el impacto de un rayo. Los protectores ante subidas de tensión se activaron y se cree que aislaron el sistema. No obstante, podría haber habido alguna filtración en el sistema de acceso seguro que hubiera permitido la consulta de los archivos protegidos durante un breve espacio de tiempo (aproximadamente 1 o 2 minutos). La hora del día a la que se produjo el corte de suministro hace improbable cualquier acceso real. Las tormentas alcanzaron su apogeo después de las 21:00 horas, cuando la inmensa mayoría de los terminales con acceso potencial estaban en desuso. Simplemente quería mantenerlo al corriente de la posibilidad.

¿Qué día de la semana había ocurrido aquello?

La nota tenía fecha del viernes pasado y no especificaba nada más allá de «esta semana».

Descolgó el teléfono, marcó el número de Concord y se puso en contacto con el remitente, manteniendo un tono de voz sosegado y cordial.

–He recibido tu nota sobre un posible acceso a los archivos seguros. Mencionas cortes de suministro durante las tormentas de la semana pasada. ¿Exactamente qué día de la semana ocurrieron?

–Cuesta saberlo con certeza, pero la peor tormenta tuvo lugar el martes pasado, el día 6, y probablemente fuera la que causó el daño. Aun así, volvió a haber tormentas el miércoles y el jueves.

–¿Hay alguna prueba de que se haya accedido a los archivos protegidos?

–Por nuestra parte, no. Pero tampoco las habría. Utilizamos el sistema de acceso seguro como protección. Eso sí, cada uno de los terminales conserva un registro en sus directorios de acceso a los archivos.

–¿Sabemos qué terminales estaban operativos durante las tormentas?

–Pues no hemos llegado tan lejos. No tenía previsto hacerlo. Ningún departamento ha hecho peticiones de mantenimiento. Ni siquiera sabemos si se produjo alguna vulneración del sistema. Y aunque la hubiera, solo habría durado un minuto, dos a lo sumo. Las posibilidades de acceso en ese momento del día son mínimas.

–Estoy seguro de que tienes razón –dijo, solo para complacer a su interlocutor– y aprecio tu meticulosidad. Pero ¿por qué se ha tardado una semana en detectar esto?

–No se produjo ninguna avería y, por algún motivo, el sistema de respaldo no activó ninguna alerta en los paneles de control. Y eso, por cierto, también podría ser indicativo de que el sistema no llegó a fallar. Por eso en mi nota decía que «podría haber habido» y puse signos de interrogación en la línea del asunto. Detectamos el desperfecto al examinar físicamente el sistema el viernes, mientras hacíamos trabajos de rutina. En cuanto lo pusieron en mi conocimiento, creí que debía informar de ello. Mi gente me dice que es muy probable que no se produjera ningún acceso al sistema seguro.

Jon le dio las gracias y colgó.

Pero no estaba convencido del todo.

9:25 h

Hamilton Lee se estaba cambiando de ropa en el cuarto de baño de mármol contiguo a su despacho, reemplazando su traje Armani por un polo de punto y unos pantalones de golf Ralph Lauren.

–¿Qué problema hay? –gritó, al ver que De Florio entraba en su despacho y cerraba la puerta.

Salió del cuarto de baño.

–El Departamento de Informática me ha informado de un posible fallo del código de acceso seguro que protege los archivos personales de la junta, incluidos los del Programa Prioridad. El fallo pudo producirse el pasado martes, durante la tormenta eléctrica en Concord. Ese mismo día, Marlene Rhoden trabajó hasta tarde y robó las notas internas que habíamos dejado para ella.

–¿Y crees que pudo tener acceso a los archivos protegidos?

–Se me ha pasado por la cabeza.

–¿Alguna prueba?

–En nuestro sistema, no. Pero su terminal podría ayudarnos a corroborarlo.

–¿Qué te hace pensar que quisiera tener acceso a los archivos del Programa Prioridad?

–Años de ser paranoico.

Sonrió. No le preocupaba tanto como parecía preocuparle a De Florio, pero tampoco era ningún insensato.

–Verifícalo.

–Eso pensaba hacer. ¿Prefiere que suspendamos el procesamiento del resto de la lista de mayo mientras tanto?

–¿Cómo van los progresos en ese sentido?

–Los Números 6 y 8 están completados. El procesamiento del 7 se ejecutará en breve.

Sopesó la petición, pero tenía partido de golf a las 11:30 horas y tenía que haber acabado antes de las 16:00. Su mujer se lo había dejado muy claro. Empezaba la temporada de verano en sociedad y no quería llegar tarde al primer evento, esa tarde. Y él no quería perder los dólares que se ahorrarían con la última Prioridad.

Hasta el último penique contaba.

–Seguid adelante.

12:55 h

Chris llevaba puesta una bata de lunares, abierta por detrás, idéntica a la que había llevado gran parte del fin de semana. Estaba en la lujosa consulta de su médico en el centro de Atlanta, en la planta quince de unas instalaciones médicas adyacentes al Hospital Crawford W. Long. Se había pasado el fin de semana sometiéndose a pruebas. Ese día tenían que hacerle un par más. Por suerte, podían practicárselas en la consulta.

Dos años atrás, durante una revisión médica rutinaria, otro doctor había detectado el tumor. Una biopsia posterior confirmó que tenía

células cancerígenas en la próstata. Por insistencia suya, le habían administrado un tratamiento conservador consistente en una combinación de medicamentos diseñada meramente para evitar que el tumor creciera. Había vetado someterse a cirugía, porque no quería llamar la atención. Por suerte, los medicamentos habían funcionado y las pruebas posteriores habían confirmado que el cáncer parecía contenido. Pero la situación había cambiado en el transcurso de las últimas semanas.

–No voy a andarme con remilgos, Chris. Las pruebas confirman que presentas en sangre el antígeno específico de la próstata, y a unos niveles preocupantes. El examen físico y las radiografías revelan un engrosamiento radical. El cáncer ha vuelto y se ha extendido. Sin duda alguna, a la vejiga, al hueso adyacente, a los nódulos linfáticos y quizá a otros puntos. No pinta bien. La opción de tratamiento no convencional que adoptaste le ha dado más tiempo para hacer metástasis.

–¿Cuáles son las posibilidades de supervivencia a mi edad?

–Por desgracia, parece propagarse muy rápido. El pronóstico, en el mejor de los casos, no excede un año. Probablemente se sitúe más bien entre cinco y seis meses. Hace un año podríamos haberte extirpado la próstata y los testículos, pero ahora eso ya no serviría de nada. Está demasiado extendido. Podemos darte radiación y quimioterapia, pero los efectos secundarios pueden ser peores que la propia enfermedad.

Asimiló su sentencia de muerte.

–Me estás diciendo que, realmente, no hay nada que podamos hacer.

–Lo siento mucho, Chris. Decirle a alguien que va a morir es lo más duro que mi profesión me obliga a hacer, sobre todo cuando se trata de un amigo.

Ya había oído suficiente. ¿Qué más podía decirle? Se bajó de la camilla y le dio un apretón de manos.

–Aprecio todo lo que has hecho. Te llamaré si tengo algún problema.

Quince minutos más tarde, ya vestido, salió de la consulta y se dirigió a la zona de ascensores de la planta. Pulsó el botón y esperó

pacientemente a que llegara uno. No le habían dicho nada que no sospechara. Se moría. Y no podía hacer nada al respecto. Aunque era incapaz de formularlo con palabras, había escogido ese tratamiento con la idea de que la enfermedad acabara matándolo.

Y rápido.

Visualizó la sonrisita impertinente que siempre lucía Hamilton Lee, prueba del placer perverso que parecía experimentar pensando que era él quien llevaba las riendas. Y a Larry Hughes, con esa personalidad de perro faldero que había otorgado a Lee el placer de desbancarlo siempre en votos. Recordaba los inicios. Cómo había conseguido el dinero cuando el uno, poco más que un director mediocre, y el otro, un comercial con un éxito moderado, lo derrochaban sin ton ni son. Ambos eran un fracaso total como ejecutivos. De no haber intervenido él, toda aquella aventura se habría ido a pique hacía mucho tiempo. Y ahora, gracias a su cuerpo decrépito, podrían disfrutar de la cosecha de las semillas que él había sembrado con tanto esmero. Ese pensamiento lo torturaba más que la idea de morir.

Pero ¿qué podía hacer al respecto?

«Solo De Florio y dos colaboradores. Hasta agosto».

Eso significaba que De Florio andaba corto de personal. La situación parecía ideal. Llevaba varias semanas pensando qué hacer. Pero ya no meditaría más.

Había llegado el momento de pasar a la acción.

Dio media vuelta, entró en la consulta del médico, se acercó a la ventanilla de la recepcionista y pidió hablar con la persona encargada de la facturación. Su nombre debería sonarle, porque era uno de los pocos pacientes a los que su jefe permitía pagar más tarde. Todas las demás personas debían estar cubiertas por un seguro médico o abonar la visita en el momento de salir, tal como indicaba un rótulo pegado a la pared, al lado de la ventanilla, en el que se explicitaba claramente que los servicios debían abonarse al instante.

La mujer se acercó por el otro lado del vidrio y él le explicó educadamente que no quería que ni la visita a la consulta ni los

exámenes que le habían hecho en el hospital el fin de semana anterior se le facturaran a él.

En lugar de ello, por primera vez en su vida, entregó su tarjeta de seguro médico de la Southern Republic.

20:36 h

El *jet* de negocios despegó de la pista del aeródromo de Hartsfield-Jackson, en Atlanta, y ascendió hacia el cielo crepuscular. El viaje empezó con turbulencias, causadas por las corrientes térmicas estivales, pero las ventajas de los motores de propulsión y la cabina presurizada permitieron al avión escapar rápidamente por encima de la masa de nubes.

Jon se arrellanó en uno de los cómodos asientos y disfrutó del viaje, feliz de disfrutar del lujo de un avión bimotor que sabía que costaba millones de dólares. Era uno de los muchos juguetes de la Southern Republic. Ese, en concreto, era impresionante. Interior tapizado de cordobán, sistema de sonido estéreo envolvente, televisión digital y acceso total a internet durante el vuelo. Contaban con dos pilotos disponibles día y noche para aquel avión que solían usar la junta directiva y los altos cargos de la empresa tanto para negocios como por placer. A Hamilton Lee le gustaba usarlo para impresionar a sus nuevas amantes. Larry Hughes apreciaba la velocidad a la que podía llegar a su refugio en la Smoky Mountain. Le había resultado especialmente útil para sus viajes rápidos a Concord, dado que el servicio comercial más cercano se hallaba ciento diez kilómetros al sur de Savannah. En cambio, Jon rara vez lo utilizaba. Su línea de trabajo exigía una forma de viajar más discreta. Entrar y salir desapercibido. Y eso solía hacerse en coche. No obstante, esa noche necesitaba llegar rápidamente a Concord, no tenía tiempo de conducir durante las cerca de cuatro horas del trayecto por carretera.

Cuarenta minutos después, el avión aterrizó.

El aeropuerto del condado de Woods no era más que dos edificios metálicos y una única pista de hormigón. Aun así, las instalaciones

representaban una mejora considerable con respecto a la franja de campo abierto que había dado servicio a la zona en los años previos a la llegada de la Southern Republic. Sabía que durante el mandato de Hank Reed como alcalde, la empresa había presionado mucho para crear la Autoridad Aeroportuaria de Concord con el fin de financiar las mejoras necesarias, hasta que finalmente se emitieron bonos de ingresos que financiaron mejoras, en particular la pista de hormigón, dos hangares, un depósito de combustible y luces para permitir el uso nocturno.

Las ruedas del *jet* besaron el asfalto.

Tres minutos después, el avión estaba anidado dentro del hangar que la Southern Republic tenía alquilado a la Autoridad Aeroportuaria y sus motores habían dejado de gemir. Bajó del *jet* y se dirigió directamente hacia el Ford F-150 que la empresa siempre tenía a mano. Condujo los cerca de cien kilómetros hacia el este que separaban el aeropuerto de la fábrica de papel por una carretera casi desierta, la conocida como Bulevar de la Southern Republic. El turno nocturno no acabaría hasta las 23:00 horas. Entonces, una procesión de vehículos saldrían de la fábrica, al tiempo que entraban los del turno de noche.

Atravesó la puerta principal. El supervisor nocturno estaba allí y le proporcionó de manera sucinta un informe de la situación que no le importaba lo más mínimo. Diez minutos después se excusó, con el pretexto de ir a dar una vuelta y observar. A lo largo de los años se había forjado una reputación como alguien a quien le gustaba ver el funcionamiento de su departamento con sus propios ojos. Muchas veces aparecía en la papelera y en la fábrica de bolsas, a cualquier hora del día o de la noche. En dos ocasiones había despedido a sendos guardias de seguridad por encontrarlos durmiendo. La visita de esa noche se registraría simplemente como otra de sus inspecciones por sorpresa.

Se dirigió directamente al Edificio A del complejo administrativo. Más allá, la papelera resplandecía entre luces y humo, con su intrincada combinación de hormigón y acero ajena a la hora y a las condiciones climáticas.

No era una bestia silenciosa.

El estruendo de las tres máquinas de papel en pleno funcionamiento resonaba a varios centenares de metros de distancia. Él solía equipararlo a trabajar dentro de un motor de combustión interna a toda potencia. Se quedó mirando la oscura voluta de precipitante que, a pesar de las depuradoras multimillonarias, impregnaba el ambiente de un penetrante olor a azufre al salir por la vertiginosa chimenea principal que hendía el cielo nocturno.

El Edificio A se cernía silencioso. Antes de salir de Atlanta, había comprobado el turno de horas extras y había averiguado que nadie tenía autorización para permanecer allí después de las 18:00. Ese era justamente el motivo por el que había esperado hasta ese momento para visitarlo. Llevaba consigo una llave maestra para poder entrar fácilmente por la puerta principal.

Una vez dentro, subió las escaleras de granito de dos en dos.

La tercera planta estaba ocupada casi en exclusiva por el Departamento de Relaciones Laborales. Volvió a usar su llave maestra para abrir la puerta con el rótulo ENTRADA DE DATOS. La habitación en penumbra albergaba cuatro mesas, terminales informáticos y una fila de armarios archivadores. No encendió las lámparas de techo, le bastaba con el resplandor de la papelera que se filtraba a través de las persianas abiertas. Se dirigió directamente a la estación de trabajo de Marlene Rhoden y arrancó de un tirón la funda de plástico de su monitor. Encendió la máquina y ejecutó los comandos necesarios para mostrar el directorio del disco duro.

La pantalla se iluminó con una larga lista ordenada cronológicamente.

Se desplazó hasta las fechas de la semana anterior. El 6 de junio, el directorio indicaba que se había creado un archivo de acceso a las 22:05 horas. La siguiente entrada mostraba que se había hecho una copia de la carpeta SINDICATO contenida en el subdirectorio INTERCORP del sistema central. Reconoció que se trataba de la carpeta que contenía las notas internas que Hamilton Lee había dejado como anzuelo con la esperanza de que Rhoden las encontrara.

La anotación inmediatamente posterior era el problema.

A las 22:11 horas, el directorio revelaba que se había creado otro archivo de acceso. Pero esta vez desde la CARPETA PROTEGIDA. Jon sabía bien que uno de los archivos incluidos en esa carpeta, oculto tras un potente cortafuegos, llevaba por título PRIORIDAD. Pero lo más inquietante era que Rhoden había puesto a su propio archivo de acceso ese mismo nombre. Por desgracia, el directorio no era lo suficientemente detallado para indicar si se había copiado en su integridad, pero la siguiente entrada confirmaba que se había hecho una copia de algo. De manera que dedujo que, si no toda, al menos parte de la carpeta PRIORIDAD se había filtrado.

Ya tenía suficiente.

Sus temores acababan de corroborarse.

Quizá se debieran a lo que Lee le había explicado sobre Hank Reed. Quizá solo respondieran a su paranoia innata. Daba igual.

Ahora tenían un problema mucho más serio que un líder sindical metomentodo que intentaba cerrar un trato.

DÍA 8
MARTES, 13 DE JUNIO

7:03 h

Para cazar en Georgia se requería licencia. Había reglas. Normativas. Momentos específicos del año en que podían matarse cosas específicas.

Todo dentro de unos límites definidos.

Nada de eso importaba a Paul Zimmerman, que disfrutaba deambulando por los humedales de alrededor del lago Eagle al acecho de jabalíes.

Varios motivos sólidos explicaban por qué a Zimmerman le gustaba tanto cazar jabalíes. Para empezar, su caza no estaba regulada, de manera que no había necesidad de sacarse una licencia para disfrutar del privilegio de matar un ejemplar. En segundo lugar, no había una temporada concreta, lo cual comportaba que no tenía que preocuparse por toparse con el guarda forestal cada vez que le apetecía salir de caza. En tercer lugar, y quizá fuera el motivo más importante, las piezas proporcionaban carne abundante para comer. Y con esposa y cinco hijos que alimentar, Zimmerman hacía buen uso de las costillas, las salchichas y, su favorito, los menudillos.

Siempre que, claro está, encontrara un jabalí al que abatir.

Pero según recogía el expediente, Paul Zimmerman, la Prioridad Número 7, sabía dar con ellos. Era experto detectando sus huellas, husmeando sus excrementos y siguiéndoles el rastro. Y, además, se conocía al dedillo los bosques de la zona noroeste del condado de Woods y del suroeste del condado de Screven, en especial la

ciénaga de Solomon, donde a los jabalíes les encantaba congregarse.

¿Cómo no iba a gustarles?

Árboles en abundancia, una provisión generosa de bayas y frutos secos, y amplios humedales alimentados por el cercano río Ogeechee. Paul Zimmerman pasaba al menos un par de días al mes vagando por aquella turbia extensión.

Y Frank Barnard lo sabía.

Después de regresar del oeste de Georgia y de su exitosa cita con Melvin Bennett, Barnard había comprobado los turnos del personal de la empresa durante el fin de semana y había averiguado que el día de rotación de Zimmerman era el martes. Veinticuatro horas asignadas para que el cuerpo se reajustase a la dureza de permanecer en vela toda la noche. Zimmerman trabajaba por turnos en la papelera, sobre todo en el nocturno, porque las horas estaban mejor pagadas y ello representaba una gran ayuda para sufragar las facturas familiares. Estaba previsto que se reincorporase nuevamente al turno de noche al día siguiente. Otra semana de trabajo de las once de la noche a las siete de la mañana, de dormir durante el día y de alargar las tardes haciendo las tareas de casa y pasando ratos con los niños.

Barnard llevaba una hora sentado en un puesto de caza en un árbol esperando a la Prioridad Número 7. El verano envolvía las maderas desgastadas con una cortina aromática de resina de pino; las densas agujas ofrecían una cobertura ideal, y el puesto de caza se hallaba oculto entre un grupo de altos pinos en la zona más elevada de la ciénaga de Solomon. El aire matinal era sofocante, y la humedad del terreno solo acentuaba la incomodidad. Por suerte, estaba lo bastante alto como para que los mosquitos no lo encontraran, pero había moscas amarillas por todas partes.

El expediente sobre Paul Zimmerman señalaba diversos lugares en los que le gustaba cazar, pero Barnard se había arriesgado y había calculado que Zimmerman usaría su día libre para ir hasta la ciénaga de Solomon.

Que era exactamente lo que había hecho el Número 7.

Hacía una hora había seguido discretamente a Zimmerman cuando había salido de su casa en Concord. Por suerte, la Prioridad no había llevado a ninguno de sus perros, porque su procesamiento habría supuesto una complicación adicional. Una vez que se había asegurado del destino final de Zimmerman, se había adelantado deprisa y se había abierto camino sigilosamente hasta la zona norte del pantano, apremiándose para encaramarse al puesto elevado. Como establecía el procedimiento, el día anterior había obtenido la autorización de De Florio para su método de procesamiento.

–Un accidente de caza es el único método viable que no despertará sospechas –le había dicho.

–¿No hay ninguna otra manera?

El tono de la pregunta de De Florio le había indicado que estaba sopesando su propuesta.

–Es un hombre sano. No tiene enfermedades ni trastornos. Cualquier intervención médica generaría dudas. Por desgracia, el único modo es una muerte accidental, y la más lógica es una relacionada con la caza.

–De acuerdo –había convenido su jefe finalmente.

Pensó que debía añadir algo:

–Sinceramente, señor De Florio, esta Prioridad no debería haberse aprobado con el resto. Demasiados riesgos.

–Estoy de acuerdo. –Fue el único comentario que le hizo antes de colgar.

Divisó una mancha naranja en la distancia.

A través de los prismáticos, observó a Zimmerman abrirse camino a través de la vegetación en dirección a la zona de humedal más densa, cerca del Ogeechee. Había explorado a conciencia el área el día anterior. Los arrugados cedros y las palmeras enanas que prosperaban en el turbio suelo cerca del río le habrían provisto poca cobertura. Más al este había descubierto el puesto elevado para cazar ciervos y, a una proximidad conveniente, un sendero trillado. Era una apuesta en cuanto a la elección final de la ruta y, si se equivocaba, tendría que rastrear a Zimmerman y abatirlo sobre el

terreno. Pero con la Prioridad a la vista, esa arriesgada maniobra no sería necesaria.

Dejó a un lado los binóculos y sostuvo contra el pecho el rifle, apuntando a través de la mirilla telescópica. En la punta del largo cañón había un abultado silenciador de alta presión.

¿Qué pasaría después?

Un accidente de caza figuraría entre las primeras hipótesis de la lista de posibilidades. El departamento local del *sheriff* y el Departamento de Recursos Naturales de Georgia enviarían a personal que acabaría determinando que el tiro procedía de una dirección concreta y elevada. No podía ser de otra manera. Había dejado migas de pan más que suficientes para que las siguieran. Eso era lo importante en su línea de trabajo. Si lo hacías creíble y plausible, la mayoría iría adonde tú quisieras que fueran.

Zimmerman estaba a cien metros de distancia; su chaleco naranja le hacía guiños entre la cobertura terrestre.

A veces los cazadores se disparaban entre ellos.

Setenta y cinco metros.

Pasaba todo el tiempo. Sobre todo en bosques tupidos como aquel. Niveló el rifle y apuntó a través de la mirilla. El naranja llenó el centro del punto de mira. Esperó a que Zimmerman se acercara un poco más.

Cincuenta metros.

Apretó el gatillo. Una leve sacudida seguida por un débil sonido sordo acompañó la bala que dejó el cañón. Instantes después, el cráneo de Zimmerman saltó en pedazos. Le había volado la cabeza.

Su cuerpo se desplomó en el suelo. Bajó el rifle.

¡Menudo disparo!

7:15 h

Brent se sintió un poco incómodo con el tema de conversación.

–¿Te quedaste a dormir? –le preguntó Hank.

–No. Pero llegué tarde a casa.

Estaban sentados en un reservado en Billy's, desayunando. El restaurante era uno de los locales emblemáticos del centro de Concord, un monumento de vidrio, linóleo y grasa. Brent estaba dando cuenta de su Split Rise Special –dos huevos fritos sobre unas gachas grasientas con tostada y café– y Hank quería saberlo todo sobre su noche de sábado con Ashley.

–¿No se supone que deberías estar persiguiéndome con una escopeta o algo así, defendiendo el honor de tu hija?

–Ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

Brent rio.

–Y que lo digas.

–¿Qué te dijo tu madre cuando llegaste?

–Estaba dormida. Pero no habría dicho nada.

–Tienes que hablar con ella –dijo Hank–. Podría ayudarte.

Había ignorado su consejo en el pasado, hacía años, pero no pudo resistirse a contestar:

–Recuerdo a otra persona aquí presente que tampoco prestó atención a nadie.

Hank supo al instante a qué se refería.

–Tenías razón. Debería haber manejado de otra manera las cosas con Loretta. La fastidié. Lo admito. Y, en el camino, me quedé sin esposa. No cometas tú el mismo error.

Sabía bien que Hank se arrepentía de haber dejado que el egoísmo arruinara su matrimonio. Lo único que al final llamó la atención de su amigo fue cuando su mujer le dijo que se había enamorado de otro hombre y que se iba. Sin enfados. Sin resentimiento. Sin nada. Se había acabado y ya está. Recordaba cuando Hank había ido a verlo, aturdido. La realidad le había desconcertado como el aullido de una sirena antiaérea. Una semana después preparó los papeles del divorcio que pusieron fin silenciosamente a su largo matrimonio.

Pero Hank se equivocaba en una cosa. Brent no podía hablar con su madre de nada de aquello, teniendo en cuenta lo que estaba a punto de soportar. El pronóstico no era halagüeño. Los médicos habían dicho que poco a poco iría perdiendo la cabeza. Podía tardar unos cuantos años, y la medicación podía ayudar, pero poco se

podía hacer por frenar el avance de la enfermedad. No le había dicho nada a nadie sobre ese asunto y sopesó si debía contárselo a Hank, pero decidió no hacerlo. Se limitó a decir:

–No hay necesidad de meter a mi madre en esto.

–Quizá te sorprendería. Dale una oportunidad.

Se preguntó por qué lo presionaba tanto. Hank rara vez hacía algo sin un objetivo en mente.

–No debería haber movido el trasero de Atlanta –dijo–. Sabía que pasaría esto con Ashley. Me cuesta mucho superar las cosas.

–Tú no mataste a Paula. Fue ella quien se quitó la vida.

–Pero yo no debería haberle dicho lo que le dije.

–Era la verdad.

–Debería habérselo dicho años antes.

De hecho, lo había hecho, pero Paula nunca oía lo que no quería escuchar. Solo se había mostrado dispuesta a escucharlo aquel último día.

–Que Dios me perdone, Hank, pero una parte de mí se sintió aliviada cuando murió. Poner fin a nuestro matrimonio habría sido un infierno. Paula se habría asegurado de ello. Todavía me odio por sentirme así.

–Es hora de afrontar la realidad, Brent. ¿No es eso lo que me dijiste en su día? Paula era egoísta. Siempre fuisteis como el aceite y el agua. Ese matrimonio se basó solo en una cosa, y lo sabes.

Era cierto.

Dos semanas después de volver de la luna de miel, Paula había perdido al bebé. Brent siempre se había preguntado si había sido un aborto provocado o un verdadero acto del Señor. Decidieron volver a intentarlo, pero, por suerte, nunca lo consiguieron.

Ciertamente, eran como el agua y el aceite.

Su idea de una noche en casa era como la del sábado pasado. Ashley y él se habían acurrucado bajo una manta en el porche trasero y habían contemplado las estrellas mientras hablaban como solían hacer. Claro que no todas las noches podían ser así, pero ¿acaso era un pecado que las hubiera de vez en cuando? No recordaba ningún momento en el que Paula y él hubieran compartido una intimidad así. Su relación parecía más de

compañeros de piso que de marido y mujer. El mero hecho de hacer el amor se convertía en una tortura de higiene y protocolo. La mayoría de sus noches de fin de semana se habían consumido en funciones donde una sala llena de gente hablaba de trivialidades hasta medianoche. A Paula le encantaba la vida social. Brent la detestaba.

–Tienes que superar el pasado –le dijo Hank.

–No debería haber permitido que las cosas llegaran tan lejos.

–¿No te parece que ya te has flagelado durante suficiente tiempo? Han pasado once puñeteros años.

No dijo nada.

Pero Hank sabía leerle el pensamiento.

–No me vengas con pamplinas. Has vuelto para pasar página.

Tenía razón. Así era. Pero todavía no estaba preparado para admitirlo abiertamente.

Todavía no.

–Cambiando de tercio –dijo Hank–. ¿Le has echado un vistazo a esos números que te di?

Esperaba que Hank se hubiera olvidado de ese asunto.

–Todavía no.

–Necesito que lo hagas. En los términos que acordamos.

Conocía la respuesta correcta.

–De acuerdo. Lo haré pronto.

9:20 h

Jon informó con serenidad de lo que había descubierto en Concord. Estaba sentado en el despacho de Hamilton Lee en la Torre Azul. Había esperado a que Lee llegara al trabajo desde las 7:30.

–Pues tenemos un problema –dijo Lee–. Y bien gordo.

–Anoche intenté localizarlo, pero no tuve suerte.

–Había salido –dijo Lee, sin aportar más información sobre su noche.

–No podía suprimir el último procesamiento sin su aprobación, de acuerdo con lo que me había dicho ayer.

–¿Ya está completa la lista?

–La última Prioridad, la Número 7, se ha procesado hace una hora.

–¿Algún problema?

–Un accidente de caza. –Y ya que estaba en materia, aprovechó para darle el informe completo–. La Prioridad Número 6 se procesó el viernes pasado, al igual que la Número 8. Solo el accidente de caza ha ocurrido en los bosques del condado de Woods; las otras dos han tenido lugar en puntos distantes del estado. Me gustaría señalar que se me obligó a dar el visto bueno a dos muertes accidentales en el mismo escenario el mismo mes. Eso viola el reglamento.

–Te preocupas demasiado, Jon.

«Y usted demasiado poco», pensó él. Le molestaba la actitud displicente que Lee mostraba con relación a las decisiones de las Prioridades.

No era un asunto trivial. Estaban asesinando a personas, y él no tenía ningún interés en que lo pillaran. Sin embargo, fue consciente de que, en parte, la displicencia de Lee podía ser en gran medida culpa suya. Jon había conseguido que el programa fuera tan efectivo que el éxito se daba por sentado, al margen de los riesgos que comportara.

–Mira, Jon, nada conecta esas dos muertes. Fueron dos accidentes trágicos, cosas que pasan de vez en cuando. Las funerarias locales deberían darnos las gracias. Creo que Hughes es el dueño de una de ellas en Concord, ¿no es cierto? Ahora mismo, me preocupa más nuestro problema inmediato. ¿Hay alguna indicación de a qué se accedió desde el terminal de Marlene Rhoden, si es que se accedió a algo?

–El directorio de archivos solo indica en qué carpeta del núcleo central del sistema se originó la información. Esta mañana he comprobado la CARPETA PROTEGIDA. El 6 de junio contenía un archivo. La lista de mayo de las ocho Prioridades autorizadas.

–Pero, incluso asumiendo que se copiara el archivo, un listado de ocho números no tiene ningún sentido. Podría considerarse fácilmente algún tipo de fichero de trabajo.

–Hasta que se descifre.

–Eso dando por supuesto que alguien tenga algún interés en hacerlo –replicó Lee.

–Usted mismo me dijo que Hank Reed es un hombre perspicaz. ¿Podría serlo lo bastante para querer descifrar la lista?

–Es posible que ni siquiera la tenga.

Jon detectó un velo de esperanza en su última frase y no pudo contenerse.

–Si no recuerdo mal, la semana pasada estaba usted convencido de que Reed se había hecho con la nota interna que habíamos dejado para él. Si tiene esa nota, tiene la lista.

10:00 h

Chris notó que Hamilton Lee estaba nervioso y verlo así le alegró a la vez que le generó curiosidad. Estaban en la sala de juntas de la planta treinta, convocados a una reunión especial que, en principio, se celebraba para debatir las próximas negociaciones con los sindicatos, pero parecía haber otro tema más urgente.

–Tenemos un problema –dijo Lee.

Y a continuación Chris escuchó a su socio informar de lo que De Florio había descubierto.

–Es la primera vulneración del programa que sufrimos –señaló Hughes.

–Supuesta vulneración. No sabemos si alguien tiene en realidad la lista de Prioridades.

–¿Por qué consideraste necesario colocar notas falsas en el sistema para que Reed las encontrara? –preguntó Chris–. No recuerdo que aprobáramos dicha táctica.

–Durante las últimas negociaciones quedó claro que Reed accedió al sistema y utilizó nuestras propias previsiones de costes en nuestra contra. La idea de que volviera a ocurrir me irritaba, así que decidí darle la vuelta a nuestro favor.

–¿Y qué hiciste exactamente?

–Redacté una nota interna indicando a nuestra gente en Concord que no nos interesaba un pacto de cinco años. Les dije que no

merecía la pena el esfuerzo y que aceptaran los tres años cuando se los ofrecieran, pero intentaran recortar las concesiones previas.

Chris entendió su estrategia.

–Pensaste que, si Reed se enteraba de eso, se plantaría ante nosotros y nos ofrecería los cinco años en bandeja de plata. Esos dos años son su moneda de cambio más importante.

Lee asintió con la cabeza.

–Y cuando hiciera esa oferta, el coste sería muy inferior al de la última vez.

–Porque Reed pensaría que no teníamos ningún interés en cerrar un trato por cinco años.

–Parecía un buen plan.

Lo cierto es que lo era, y era evidente que Lee se sentía orgulloso de sí mismo por haberlo ideado.

–¿Y si no nos ofrece esos dos años? –quiso saber Chris.

–Lo hará. Conozco a Hank.

–Venga, Chris –dijo Hughes–. Fue un movimiento inteligentísimo.

–Quizá. Pero la estrategia no se sometió a votación.

–Tienes razón –respondió Lee–. Tomé la decisión por mí mismo.

–Y a causa de eso alguien ha accedido a las carpetas protegidas y ahora podría tener pruebas suficientes para acusarnos de homicidio múltiple.

–¿Cómo iba a saber yo que una tormenta dañaría el sistema en el mismísimo momento en que alguien estaba picando mi anzuelo?

Esta vez Chris decidió no ceder.

–Invitaste a alguien a husmear en nuestro sistema. Y eso conlleva un claro riesgo.

Lee negó con la cabeza.

–Reed lo habría hecho de todas maneras. Solo dejé algo para que él lo encontrara.

–¿Y qué se está haciendo para atajar el problema?

–He dado instrucciones a De Florio para que averigüe si Reed tiene la lista y, en caso afirmativo, sabe qué hacer. No le he preguntado cómo se propone hacerlo, y no quiero saberlo. Jon se ocupará de ello, como ha hecho siempre.

–¿Y qué hay de la lista de mayo? –preguntó Chris.

–Completamente procesada, sin problemas, incluidos los tres aprobados en nuestra última reunión.

A Chris le iba la cabeza a mil por hora, más piezas del plan que había concebido acababan de encajar.

–Huelga decir que supongo que estamos todos de acuerdo en que hay que suspender el Programa Prioridad hasta que se solucione este asunto.

No hubo objeciones. A continuación, Hughes cambió de tema:

–¿Qué hay de las negociaciones? ¿Cómo vamos a manejar las cosas esta vez?

Chris había esperado a que saliera la pregunta.

–Yo tengo que ir a la fábrica para cerrar el año fiscal. He pensado que podía cubrir la habitual aparición de los socios.

–Yo no tengo inconveniente –replicó Lee.

–Yo tampoco –convino Hughes.

Ninguna sorpresa en ese sentido. Aunque las relaciones laborales quedaban dentro del ámbito de supervisión de Hughes, solía delegar toda la responsabilidad en subordinados. De la misma manera, siempre que se aproximaba el momento de la negociación, Lee buscaba algún pretexto para pasar dos semanas retenido en el condado de Woods. Además, probablemente ambos pensaran que los quinientos kilómetros que separaban Atlanta de Concord lo quitarían de en medio, al menos por un tiempo.

Sabía lo que tenía que decir.

–Conseguiré los cinco años lo más barato que pueda.

–Deberías conseguirlos simplemente accediendo a no recortar las concesiones que hicimos –dijo Hughes–. Reed se contentará con cerrar un trato por lo que tiene ahora. La situación actual nos conviene a todos.

–Eso suponiendo que no tenga la lista y no sepa lo que es.

Ninguno de los dos dijo nada.

–Os mantendré informados de mis progresos –dijo Chris, aunque no tenía intención de hacerlo.

Pero sí que necesitaba algo:

–Hamilton, dile a Jon que me informe directamente a mí en Concord de lo que descubra con relación a esa lista. Y también

quiero que Brent Walker se involucre en las negociaciones. Podría serme de utilidad con Reed. Lo quiero cerca. Ocúpate de organizarlo, por favor.

10:50 h

Chris estaba en pie ante el ventanal de su despacho.

La reunión se había dado por concluida hacía unos minutos, tras tomar algunas decisiones adicionales acerca de cómo gestionar las próximas negociaciones. Los tres hombres habían abandonado puntualmente la sala de juntas y habían regresado a sus respectivos despachos en la planta veintinueve.

Ni siquiera era mediodía aún y ya le dolía el abdomen. El dolor parecía empezar antes cada día que pasaba.

Descendió la mirada hacia el tráfico matutino, sin dejar de pensar en el Programa Prioridad. Había transcurrido mucho tiempo desde que había dado comienzo. Entonces las víctimas eran simplemente molestias, problemas que parecían poner en peligro constantemente una inversión poco convincente. ¿La primera?

Cómo iba a olvidarlo: Robbie Shuman.

–No puedo más. Estoy harto de oír hablar de Robbie Shuman –repitió Lee.

Estaban en medio de una de las reuniones mensuales de la junta, sentados alrededor de una mesa ovalada en una minúscula sala de reuniones, parte del espacio que la empresa alquilaba en uno de los viejos edificios de oficinas del centro de Atlanta. El Savannah Morning News *estaba desplegado ante ellos, con un titular en portada,* «LA PAPELERA BAJO ESCRUTINIO FEDERAL», *seguido de un artículo que era de todo menos halagador.*

> Las autoridades federales han confirmado la abertura de una investigación por las emisiones al medio ambiente y los vertidos en las aguas de la fábrica de papel Southern Republic Pulp and Paper Company. La empresa con sede en Atlanta adquirió la papelera de Concord, Georgia, hace seis años. Desde entonces, la fábrica ha registrado una rápida expansión, con la adición de otras dos máquinas de procesamiento de papel y una amplia modernización.

Han salido a la luz acusaciones de que la empresa podría estar incumpliendo su permiso de vertidos en el río Savannah y de que sus emisiones en el ambiente podrían superar los estándares federales. El secretario general de la delegación local 567 del sindicato Unión de Trabajadores del Papel, Robbie Shuman, aseguró ayer que la Southern Republic incumple la legislación y exigió una investigación inmediata al respecto, ofreciendo documentación que sustenta su denuncia.

–Ese hijo de puta nos va a hundir –dijo Hughes–. Hemos invertido millones y estamos a punto de invertir muchos más.

–Hay que hacer algo –dijo Lee–. Estoy en pleno proceso de adquisición de tres aserraderos. No nos conviene este tipo de publicidad. Ya es bastante duro conseguir financiación de los bancos sin toda esta mierda.

Shuman había sido problemático desde el principio. Era empleado de la papelera y secretario general del sindicato Unión de Trabajadores del Papel, el más grande de la empresa. La Southern Republic lo había heredado de la Republic Board. Era un hombrecillo duro de pelar, con el pelo moreno y ondulado, un poblado bigote negro y unos penetrantes ojos grises. Las dos rondas de negociaciones contractuales desde que habían adquirido la fábrica a Republic Board habían sido un calvario, y todo gracias a Shuman. La tercera estaba a punto de comenzar, en un par de meses, y no era plato del gusto de nadie. Shuman seguía en la prensa y estaba claro que sabía qué teclas tocar. En las últimas cuarenta y ocho horas había contestado a las preguntas del Atlanta Constitution*, del* Savannah Morning News *y del* New York Times*, y el día anterior un productor del programa televisivo* 60 Minutos *le había telefoneado para concertar una entrevista ante las cámaras entre uno de los tres accionistas y Mike Wallace.*

–Este asunto se nos está yendo de las manos –dijo Hughes–. No nos conviene atraer este tipo de atención. Hay que quitarse de encima a Shuman. ¿No podemos despedirlo sin más?

–¿Y de qué nos serviría eso? –preguntó Lee–. Seguiría armando la de Dios y el sindicato nos freiría a reclamaciones. Además, los organismos gubernamentales se echarían sobre nosotros como buitres.

–Y entonces, ¿qué se supone que debemos hacer? –quiso saber Hughes–. ¿Seguir pagándole un sueldo a ese hijo de puta para que convierta nuestras vidas en un infierno?

–Podríamos matarlo.

Lee y Hughes se volvieron para mirarlo.

–¿Qué has dicho, Chris? –preguntó Lee.

–Que podríamos matarlo.

–¿Te refieres a matarlo de verdad? –preguntó Hughes.

–Justamente a eso.

Lee estaba intrigado.

–Es evidente que has pensado en ello. ¿Qué propones?

–Con Reed y los electricistas es fácil trabajar. Y con York y los maquinistas, aún más. Shuman y los trabajadores del papel no cooperarán. Hemos probado con la fuerza, con amenazas, con sobornos, con favoritismos, con amabilidad e incluso les hemos lamido el culo. No quiere colaborar con nosotros. Lo que quiere es generar polémica. Lo ve como una manera de ensalzar su imagen. Tienes razón, Hamilton, no podemos despedirlo, porque eso solo empeoraría las cosas. Nos patearían el culo a querellas y pleitos.

–Eso va a pasar de todos modos –dijo Lee.

–Pero si no hay demandante, ¿quién nos demandará? Si no queda nadie para presentar una querella, ¿quién peleará con nosotros? ¿Quién se va a convertir en el Llanero Solitario en nombre de los ambientalistas? ¿Quién filtrará documentos y otras patrañas a la prensa? Eso solo lo hace Shuman. Salvo si muere. Porque muerto el perro, se acabó la rabia.

–¿Alguna vez has oído hablar de la figura del mártir? –preguntó Lee.

–Él no se convertirá en un mártir. Al parecer, a Shuman le gusta jugar. Apuesta a lo que sea. A la lotería. Al fútbol. En canódromos en Florida. No pierde mucho, pero lo que sí hace es robarnos instrumental eléctrico, herramientas y restos de cobre, y lo empeña para cubrir sus pérdidas.

–¿Cómo has sabido eso? –preguntó Hughes.

–Un buen investigador privado es capaz de averiguar muchas cosas, si se le proporcionan tiempo y dinero suficientes.

–De manera que podemos matarlo y desacreditarlo al mismo tiempo –aventuró Lee.

–Exactamente. Intenta comerciar con el material robado y le pegan un tiro. Los bajos fondos son incontrolables. Ocurre todo el tiempo. Y para cubrirnos las espaldas, dejamos más objetos robados en su casa que lo incriminen para que los robos resulten más evidentes.

–Joder, Chris, hablas en serio –dijo Hughes.

–Nunca he hablado más en serio.

Lee quiso saber:

–¿Y quién se encargará de hacerlo?

–Tengo unos amigos que pueden ponerme en contacto con la persona adecuada.

–¿Y el coste?

–Diez mil dólares.

–¿Y si nos pillan? –preguntó Hughes.

–No pasará.

–Por mí, adelante. –Lee parecía convencido.

Hughes no salía de su asombro.

–Estáis los dos chiflados. Estamos hablando de matar a un hombre.

Chris miró a Hughes.

–Ese hombre lo está poniendo todo en riesgo. Tal como tú mismo has dicho, nos estamos jugando millones. –Señaló el diario–. No necesitamos ese tipo de prensa. ¿Quieres ser el reportaje principal de 60 Minutos*? ¿Cuántos prestamistas crees que harán negocios con nosotros después de eso? Y, sin dinero, ya puedes despedirte de todo este tinglado. Shuman es un alborotador, y no tiene intención de tirar la toalla. Le hemos dado todas las oportunidades que podíamos darle. Hemos probado todo lo que podíamos probar. Mala suerte para él si es un ladrón. Yo lo que digo es que nos hagamos cargo del problema. Después, su credibilidad quedará reducida a cero, y te aseguro que no lo convertirán en ningún santo. En sesenta días nadie se acordará de él, y entonces podremos empezar a construir esta empresa.*

–Yo estoy de acuerdo –repitió Lee–. Apenas empezamos a obtener beneficios. Nuestra producción se amplía cada día. Si la cosa sigue así, en unos cuantos años los tres seremos ricos. Lo último que necesitamos es mala publicidad y que los posibles prestamistas nos den la espalda. Y si un secretario general de un sindicato de obreros que es un verdadero incordio es lo único que se interpone en el camino, considero que deberíamos eliminar el problema.

Se quedaron mirando a Hughes.

–De acuerdo –concedió finalmente Hughes–. Hacedlo.

Recordaba cómo lo habían hecho.

A Shuman le descerrajaron tres tiros al salir de una casa de empeños en Savannah. Una hora antes habían colocado en su garaje un surtido de herramientas robadas y cobre, que se sumaban a los que se hallaron en la casa de empeños.

La policía lo verificó todo como parte de la investigación subsiguiente, e incluso localizó otras casas de empeños gracias a una pista anónima por cortesía del investigador privado. La empresa acabó emitiendo una nota de prensa en la que vinculaba el activismo de Shuman con una investigación en curso de su persona que estaba intentando detener. Sus recientes actividades para dañar la imagen de la empresa estaban conectadas con un chantaje que supuestamente Shuman había intentado hacerles. Su argumento era plausible, creíble, y se dio por bueno.

Y Chris estaba en lo cierto.

Noventa días después, todos sus problemas habían desaparecido, suavizados por una muerte oportuna.

Regresó mentalmente al presente.

Lee y Hughes no tardarían en tener noticia de su cáncer. La suerte estaba echada desde el día anterior, cuando había dado el primer paso y había generado intencionadamente una solicitud de indemnización. Su reacción sería predecible. Solo tendría una oportunidad de darles donde más les doliera. ¿De verdad tenía Hank Reed la lista de las Prioridades de mayo? Y lo que era más importante, ¿conseguiría descifrarla? En cuanto a Brent Walker, ¿sabría comportarse? ¿Era correcto involucrarlo en aquello? Pero

¿qué alternativa le quedaba? Para que su plan funcionara, necesitaba la ayuda de ambos, tanto si estaban dispuestos a prestársela como si no.

Había llegado el momento de dar el segundo paso.

Retrocedió a su escritorio, se sentó frente al ordenador y empezó a escribir. Al principio, le costó encontrar las palabras. Pero al cabo de poco fluyeron con facilidad y el repiqueteo del teclado se volvió terapéutico, una liberación para el alma y una reparación parcial para la poca conciencia que le quedaba.

Una hora después había acabado y lo copió todo en una memoria USB. Expulsó la unidad y apagó el ordenador.

Pero no borró el original, intencionadamente.

16:09 h

Brent decidió hacer finalmente lo que Hank le había pedido. ¿Qué podía tener de malo? Si aquella lista de números no era nada, caso zanjado. Y si tenía alguna implicación, entonces, según habían acordado, no diría nada y no incumpliría el contrato de confidencialidad con su nueva empresa. Sabía que tendría que enfrentarse a ese dilema ético en algún momento, pero no había previsto hacerlo la segunda semana tras incorporarse al trabajo. Sacó la lista que Hank le había facilitado y volvió a estudiar los números.

034156901
456913276
343016692
295617833
178932515
236987521
492016755
516332578

El enfoque directo parecía el más adecuado, de manera que se colocó frente al monitor del ordenador que había en su escritorio en

la fábrica, introdujo la primera cifra en el campo de búsqueda y le dio al retorno.

Y obtuvo una coincidencia.

William Mesnan.

Al parecer, 034-15-6901 era el número de la Seguridad Social de aquel hombre. Hizo clic en su nombre y accedió a un menú de varios informes de la empresa asociados con el empleado y datados hasta treinta años atrás. La última entrada le llamó la atención: INDEMNIZACIÓN POR DECESO. Volvió a hacer clic y averiguó que Mesnan había fallecido de un infarto hacía tres semanas. Probó el siguiente número y empezó a generar una lista propia.

034156901 William Mesnan, 23 de mayo, infarto
456913276 Patrick Brown, 21 de mayo, fallo renal

Estaba a punto de teclear el tercer número en el motor de búsqueda cuando Martha apareció por la puerta.

–El jefe quiere verle.

–Pensaba que se había ido.

–Y se había ido. Pero ha vuelto y necesita verle.

Solo hacía una semana que tenía aquel empleo, pero ya había aprendido que al director jurídico le gustaba delegar. Mucho. Cosa que a él le parecía bien. En la Oficina del Fiscal del Distrito se había hecho cargo de muchas más cosas de las que le correspondían. Y ahora, en la papelera, era el novato y debía actuar como tal, sin quejas. Además, cualquier excusa para no hacer lo que estaba haciendo era bienvenida.

Salió de la pantalla.

–Dile que enseguida voy.

Martha se fue.

Brent volvió a guardar la lista con los números y sus notas en el cajón de su mesa y lo cerró con un gesto de finalidad, agradecido de poder posponer la labor de husmear para Hank un poco más.

Quizá para siempre.

Eso esperaba.

17:45 h

Hank estaba sentado junto a la piscina, absorto en sus pensamientos.

Hacía mucho tiempo que dirigía el sindicato de electricistas. Muchos hombres habían depositado su confianza en él. Y él nunca había traicionado esa confianza. Todo lo contrario, había peleado duro por cada uno de ellos, fuera amigo o enemigo. Nadie podría decir nunca que no había dado lo máximo de sí mismo. Estaba leyendo información que el sindicato nacional había proporcionado a sus delegaciones locales para ayudar con las negociaciones. Estaba bien saber lo que pensaban y hacían otros en otras partes del país. La puerta trasera de la casa se abrió y Ashley salió por ella con paso decidido y se dirigió a la tarima. Iba vestida con un par de pantalones tejanos cortos y un jersey de los Atlanta Falcons. Llevaba chanclas. Se alegró de verla.

–¿Qué te trae por aquí? –le preguntó.

Se le acercó y se sentó a su lado.

–Lori Anne está en casa de una amiga. Tengo que ir a recogerla en breve, pero he pensado en matar un poco el tiempo contigo.

–¿Cuándo es el siguiente partido de sóftbol de mi nieta?

–El miércoles que viene.

–Estaré enfrascado en las negociaciones, pero no faltaré.

Nunca se perdía sus partidos.

Ashley vio que estaba leyendo.

–¿Vas a tener que pelear mucho para negociar los contratos?

–Como siempre. Nada nuevo bajo el sol. Cuesta complacer a todo el mundo.

–Aun así lo intentarás, ¿verdad?

Hank sonrió.

–Como siempre. ¿Qué tal va la cosa con Brent?

–Dímelo tú. No sé nada de él desde el sábado.

–Dale tiempo, pequeña. Esto es complicado. Más de lo que Brent piensa siquiera.

La expresión de Ashley se endureció.

–¿Habéis hablado?

–Te prometí que me mantendría al margen. –Su promesa, no obstante, no incluía no hablar con Catherine Walker–. Pero yo no esperaría mucho más. Ya es hora de poner sobre la mesa todo lo que hay entre vosotros dos.

–A mí me lo vas a decir... –replicó ella–. Los primeros cuarenta y dos años de mi vida han sido un absoluto torbellino. No tengo intención de que eso se repita durante los otros cuarenta y dos.

–Si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

Ashley alargó la mano y le dio un apretoncito en el brazo a su padre.

–Te lo agradezco de corazón. Pero yo me encargo de esto. De verdad. Ahora tengo que irme.

La observó marcharse y deseó internamente que su hija no cometiera los mismos errores que él.

Volvió a pensar en lo que Marlene había encontrado en los ordenadores de la empresa, sobre todo en aquella misteriosa lista de números. Los habían ocultado intencionadamente, protegidos por un acceso muy restringido. ¿Qué tenían aquellos números de aspecto inofensivo que obligaba a adoptar tal nivel de seguridad?

Se puso en pie y se dirigió a su despacho exterior.

Cuando instaló la piscina, convirtió también el garaje para dos coches en un cobertizo con espacio para tres vehículos. Y al final de aquella estructura alargada se había montado un despacho. En una pared había un par de archivadores de cuatro cajones en los que guardaba los documentos del sindicato. Entre estos había una lista de los afiliados actuales, junto con sus fechas de cumpleaños, los nombres de sus esposas e hijos y otra información complementaria. Hank la utilizaba religiosamente para asegurarse de que todos sus miembros recibieran tarjetas de cumpleaños y de aniversario, un detalle personal que conservaba de sus tiempos en política, además de un gesto que consolidaba de manera constante los más de cincuenta votos que necesitaba para la reelección.

Localizó la lista de turnos del sindicato y la llevó a una encimera que había en la pared opuesta. Tal vez Brent tuviera razón. Quizá fueran números de la Seguridad Social. Pero Hank no tenía manera

de determinarlo. Sus archivos no contenían los números de afiliación a la Seguridad Social, solo los identificadores sindicales. Por eso necesitaba a Brent. Podía pedírselos a Marlene, y lo haría si Brent no le decía nada pronto. Pero prefería mantenerla al margen de aquel asunto. Cada vez que hacía algo por él, Marlene se jugaba el puesto. Y ella no era ninguna empleada sindical, protegida por un acuerdo de negociación colectiva. Su contrato podía finiquitarse en cualquier momento, sin posibilidad de recurso. Y Hank no quería que perdiera el trabajo.

Sonó el teléfono de casa.

Descolgó el supletorio.

–Hank. –Era la voz de su supervisor en la papelera–. Paul Zimmerman ha muerto.

La noticia le conmocionó. Zimmerman era uno de sus más fieles partidarios, e incluso había desempeñado funciones en el ayuntamiento durante los dos últimos mandatos de Hank como alcalde. Un voto sólido, un hombre del sindicato leal y un amigo.

–Han encontrado su cuerpo cerca de la ciénaga de Solomon. Había salido a cazar jabalíes. Parece tratarse de un accidente de caza.

Hank sabía lo mucho que a Zimmerman le gustaba cazar. Hablaba sobre ello todo el tiempo. De hecho, en el congelador del cobertizo, Hank aún tenía las chuletas que le había regalado hacía un par de meses.

–Su mujer y sus hijos deben de estar destrozados –dijo.

–Sí, lo están pasando muy mal. Acabo de regresar de allí y he pensado que te gustaría saberlo.

–Ahora mismo salgo para allá.

Colgó y entró en su casa para cambiarse, olvidando la lista de números en el portapapeles.

DÍA 10
JUEVES, 15 DE JUNIO

8:45 h

Hank estaba en sus dominios, como de costumbre.

Su lugar se hallaba en la esquina nordeste del edificio del tamaño de un campo de fútbol que albergaba la máquina para tratamiento de papel número tres. La mugrienta ventana de hoja de vidrio ocupaba toda una pared, con vistas a la maquinaria que, dos plantas por debajo, giraba a toda velocidad. Oficialmente, aquella era la sala designada para que los electricistas hicieran sus pausas. Pero nadie fuera del círculo íntimo de Hank había hecho ninguna pausa allí en años. Extraoficialmente, gracias a una ley federal que exigía a las empresas poner a disposición de los sindicatos una sala para sus actividades, aquella hacía las veces de despacho de Hank. Y le sacaba el máximo partido; de hecho, había convertido aquella antigua sala de descanso en un bastión fortificado del sindicato. Incluso tenía nombre. Los electricistas la apodaban el Corral en sintonía con el sobrenombre personal de Hank, a quien llamaban el Gallito.

Dos años atrás, en un movimiento de exhibición de poder, la empresa había tenido la insensatez de intentar desahuciarlo, alegando que necesitaban aquel espacio para ampliar la sala de control adyacente. En realidad, la dirección estaba irritada con la batería de demandas que Hank acababa de presentar. Y él respondió al desafío disponiendo que se llamara a la emisora de televisión de Savannah para alertar acerca de las supuestas violaciones

ambientales que estaban afectando a sus espectadores por vía fluvial. Los informantes alentaron específicamente a los periodistas a contactar con Hank Reed.

Y lo hicieron.

Enviaron a dos equipos de filmación y había ya un reportaje en producción cuando la dirección de la empresa finalmente cedió y paralizó el desahucio. Eso puso fin simultáneamente a la noticia, porque, sin un secretario general sindical que apareciera en pantalla validando la denuncia, no había nada de lo que informar.

Toma y daca.

La puerta del Corral estaba abierta.

–Hank, necesitamos otros dos operarios para ayudar a reparar el generador de la máquina número uno –le informó uno de sus hombres.

Hank estaba hablando por el teléfono fijo y le hizo un gesto para que entrara, indicándole que cerrara la puerta tras él, porque el ruido de la máquina de papel era ensordecedor. Hank tapó la boquilla con la mano y le dijo:

–Ahora envío a alguien. Diles que no monten un drama, que enseguida mando refuerzos.

El electricista asintió con la cabeza y se marchó, cerrando rápidamente la puerta a su espalda. Dos minutos después, el sonido de su móvil interrumpió a Hank. Sin dejar de hablar, comprobó la pantalla. Colgó enseguida la llamada que estaba atendiendo y respondió al móvil.

Había esperado pacientemente.

–Hank, se dirigen a la sala de reuniones principal.

–¿Los mandamases?

–Los tres. Incluso Bozin. Y, sorpresa, llevan también a tu chico, Brent.

Le sorprendió. Pero para bien.

–Quédate por ahí todo el tiempo que puedas.

–No podré alargarme mucho. Solo puedo desatornillar y volver a atornillar este enchufe de la pared unas cuantas veces.

–Sé imaginativo. Rompe algo. Y mantenme informado.

Colgó.

Los maquinistas y trabajadores del papel superaban en número a los electricistas en una proporción de ocho a uno. Pero todos estaban confinados en sus zonas de trabajo designadas. Los electricistas, al ser tan pocos, eran trotamundos cuya localización y tareas encomendadas variaban de día en día. Y hacía mucho tiempo que Hank había aprovechado esa movilidad para establecer una red de ojos y oídos que lo mantenían constantemente informado.

Hank sabía que la dirección se reuniría. Siempre lo hacía justo antes de las negociaciones. La lástima era no poder instalar micrófonos ocultos en la sala. Pero ¿por qué complicarse la vida con eso? Tenía orejas infiltradas. Porque, por más que Brent protestara, sabía que le era leal.

Incluso si no le decía nada.

Sacudió la cabeza, pensando otra vez en las posibilidades.

Solía decir que prefería ser afortunado que bueno.

9:00 h

Brent siguió a su jefe al Edificio A. El director jurídico de la empresa era un hombre de mediana edad, medio calvo, bajito y con un rotundo cuerpo rechoncho. Su rostro ajado lucía una sonrisa de cortesía permanente. Eso y sus arcaicas gafas de montura metálica fina le conferían un aspecto educado, tímido y resignado. Ideal para un abogado de empresa. Un mes antes, durante su entrevista, a Brent enseguida le había caído bien. El hombre llevaba quince años en la empresa. Previamente trabajó en un bufete de Savannah donde poco a poco había ido medrando hasta convertirse en socio. La promesa de un título, una nómina fija y unos beneficios excelentes lo habían atraído a la papelera. Brent estaba convencido de que iba a gustarle trabajar para él. Le reconfortaba el hecho de que su nuevo jefe vistiera un poco como su antiguo jefe en la Oficina del Fiscal del Distrito del Condado de Fulton. Trajes oscuros, camisa blanca, corbata de seda y tirantes. Sin embargo, a diferencia del fiscal, que solía decir que le gustaban la estética y la sensación

de unos pantalones sujetados con tirantes, su nuevo jefe parecía llevarlos sobre todo por necesidad.

El Edificio A era uno de los dos complejos administrativos más nuevos, y el más moderno, ya que albergaba a los altos cargos. Los suelos estaban forrados de moqueta nueva, las paredes empapeladas con papel pintado de lujo y el mobiliario tendía a ser de madera, en lugar de metal, combinado con una decoración que debía más a la moda que a la funcionalidad.

–¿Por qué se me incluye en esta reunión? –le preguntó Brent, mientras caminaban.

–No tengo ni idea. Simplemente me han pedido que te traiga.

–¿De qué va?

–De las negociaciones contractuales. Uno de los dueños, el señor Bozin, ha venido desde Atlanta y quiere que le pongamos al corriente. ¿Lo has conocido en persona?

–Recuerdo haberlo visto en las celebraciones del 4 de julio en Concord unas cuantas veces. Pero poco más. ¿Cómo es?

–Lo llaman el Zorro Plateado, y con motivo. Es inteligente. Sabe hasta el último centavo que tiene o ha tenido esta empresa. En realidad, me alegro de que sea él quien viene esta vez. El señor Lee y el señor Hughes pueden ser desagradables. Son demasiado impacientes. Y no son de trato fácil.

–Pero ¿qué pinto yo? –volvió a preguntarle.

–Me han dicho que será una buena oportunidad para que veas de primera mano el proceso de negociación. –Su jefe dibujó una de sus características sonrisas maléficas y añadió–: Desde nuestro lado, claro está.

Al parecer, su reputación le precedía.

Pero no era algo que debiera sorprenderle.

Entraron en la sala de reuniones. Las paredes estaban revestidas de pino de Georgia barnizado en tono oscuro y salpicadas de fotos aéreas de la papelera y la fábrica de bolsas. Doce butacas antiguas rodeaban una mesa con forma de ataúd. Había un proyector cenital, una pantalla en una esquina y una pizarra en otra. Brent conocía tres rostros entre los presentes: el director ejecutivo de la Southern

Republic, el director de relaciones laborales y el jefe de personal. Había tratado con relaciones laborales y personal durante batallas pasadas entre la empresa y la HITSE, siempre del bando de Hank.

Miró hacia la cabecera de la mesa de reuniones.

Christopher Bozin estaba sentado en silencio. Estudió el semblante amable del viejo y le llamó la atención su palidez. Sus ojos parecían cansados y tenía la piel del cuello y las mejillas arrugada, seca y quebradiza.

–Acompáñame, voy a presentarte –le susurró su jefe.

Se acercaron a él.

Bozin se puso en pie y se dieron la mano, un apretón húmedo y ligero.

Tras intercambiar las formalidades de rigor, el dueño propuso al grupo:

–¿Les parece que empecemos?

Todo el mundo tomó asiento alrededor de la mesa.

–Aquí estamos otra vez –anunció Bozin–. Cuesta creer que hayan transcurrido cinco años desde las últimas negociaciones. Parece que fue ayer. ¿En qué consiste nuestra primera oferta?

–En un incremento del dos por ciento de los salarios, un ligero aumento de las indemnizaciones médicas y un ajuste de las pensiones. Nada de horas extras garantizadas, aunque estamos dispuestos a hablar de puestos de trabajo adicionales –aclaró el director de relaciones laborales–. Por el lado no económico, los trabajadores del papel ya han solicitado que consideremos de manera especial a su gente de los almacenes de madera. Dicen que hay demasiada rotación y que el problema es la mala supervisión. Amenazan con demandarnos. Aseguran que el supervisor está loco.

–¿Y lo está? –quiso saber Bozin.

–La gente de los almacenes de madera necesita mano firme –intervino el jefe de personal–. Hemos negado todo. Pero, en privado, tenemos que reconocer que existe un problema con la rotación. Además, y de nuevo a título privado, el sindicato nos ha dicho que se darían por satisfechos con un cambio de supervisores. Incluso podemos esperar un par de meses para guardar las apariencias.

Bozin pareció complacido.

–Según tengo entendido –dijo el director ejecutivo–, el señor Lee me comentó a título privado que se supone que debemos negociar a tres años en lugar de cinco para limitar las concesiones finales, ¿no es así? Esta vez no es tan importante conseguir los cinco años.

–Correcto –respondió Bozin.

–¿Las subidas salariales se sumarían a la primera oferta que hemos puesto sobre la mesa? Le he solicitado una respuesta insistentemente al señor Hughes, pero no me ha contestado.

–No debería ser necesario si usamos los cinco años a nuestro favor. Probablemente debamos contemplar algún aumento salarial en el acuerdo final, porque los sindicatos en ningún caso van a darse por satisfechos con un dos por ciento, pero habrá que comprobar hasta dónde tenemos que ceder. ¿Y qué hay de Hank Reed? ¿Alguien ha oído algo?

–Últimamente está muy callado –contestó el director de personal.

–Anteayer estuvo en mi despacho y me dijo que estaba listo «para ir a tope», según su expresión.

A Brent le fascinaba contemplar a la otra parte en acción. No era muy distinto de lo que Hank y él solían hacer: tramar, planificar, intentar adivinar cuál sería el paso siguiente de la empresa...

–¿Quién le proporciona asesoramiento legal a Hank ahora? –preguntó Bozin.

–Un abogado local llamado Lou Greene se encarga de todos sus escritos jurídicos –aclaró el director de personal–. Hank habla muy bien de él. Más o menos como solía hablar de ti, Brent.

Agradeció el comentario con un asentimiento de cabeza.

–¿Aún le permitimos a Hank entrar y salir a su antojo? –preguntó Bozin.

–Es la mejor manera de tenerlo controlado.

Todo el grupo rio.

–Debemos dar por supuesto que Reed tendrá todos sus cabos bien atados –dijo el director ejecutivo–. Siempre lo hace. Deberíamos prepararnos para luchar.

–Estoy de acuerdo –convino Bozin con un gesto de asentimiento–. Lo que mejor se le da a Reed son las negociaciones. No lo subestimemos.

La reunión duró otra media hora, hasta dar por ultimada la posición negociadora de la empresa. Antes de levantar la sesión, Bozin dijo que tenía que hacer un viaje rápido a Atlanta al día siguiente, pero que estaría de regreso el domingo y acudiría en persona a la apertura de las negociaciones el lunes por la mañana.

Mientras los asistentes se disponían a abandonar la sala de reuniones, Bozin lo llamó:

–Brent, quédate, me gustaría hablar contigo un momento. A solas.

Permanecieron en la sala de reuniones a puerta cerrada.

Bozin tomó la voz cantante:

–Tengo curiosidad, ¿cómo tuviste noticia de la vacante en la oficina del asesor jurídico?

–Vi un anuncio en el *Georgia Law Journal*. Pura casualidad, debo decir.

Bozin asintió con la cabeza.

–Es una lástima lo que le sucedió a tu predecesor. Una muerte repentina e inesperada. Era un buen hombre. Somos afortunados de haber encontrado a alguien de tu calibre.

–¿Quiere decir con eso «alguien que solía estar conectado con Hank Reed»?

–Mentiría si te dijera que no fue un factor que tuviéramos en cuenta a la hora de decidirnos. Pero también te contratamos porque eres un buen abogado. El fiscal del distrito del condado de Fulton nos dio muy buenas referencias de ti.

Sentaba bien saberlo.

–Sin embargo, afrontemos la realidad. En el pasado, Reed y tú nos causasteis muchos quebraderos de cabeza –dijo Bozin.

Brent sonrió.

–Solo hacía mi trabajo.

–Los buenos abogados abundan –continuó Bozin–. Lo que cuesta encontrar son buenos abogados que entiendan de política. Y es más difícil aún dar con un buen abogado que entienda de política y a Hank Reed. De hecho, es posible que tú seas el único que puebla este planeta. Aunque nunca se lo confesaría, Concord nunca ha

estado mejor gobernado que cuando Hank era alcalde. Supo cómo conseguir que lo eligieran, mantenerse en el cargo y gobernar.

Bozin le sonrió.

Brent le devolvió la sonrisa y dijo:

–Le guardaré el secreto.

–Cuando supe que habías solicitado el puesto en nuestro departamento jurídico, fui el único que hizo campaña personal por contratarte.

Eso sí que era una novedad.

–¿Por qué?

–Si te soy sincero, pensé que nos vendría bien tener a alguien en nómina que pudiera hacer entrar en razón a Reed... en caso necesario.

Primero Hank había ido a pedirle ayuda con la empresa. Y ahora la empresa quería que les ayudara con Hank.

–No estoy seguro de lo que puedo hacer.

–Podrías ayudarnos a llegar a un acuerdo con él.

–Haré lo que pueda. Pero, por lo general, Hank hace lo que quiere, no lo que yo le digo.

Bozin sonrió.

–Estoy seguro de que Hank te escucha más de lo que quieres hacerme creer. Y me decepcionaría si todavía no sintieras cierta lealtad y conexión con él.

Más de las que ese hombre creía, pensó para sus adentros. Pero se limitó a decir:

–Le debo mucho.

–Y, si pensaras que le estamos engañando, se lo dirías, ¿no es cierto?

Bozin hablaba con un tono más profundo.

¿Lo estaba sometiendo a alguna prueba?

–Lo que yo esperaría es que la empresa fuera sincera en sus tratos con todos sus empleados.

El viejo sonrió.

–Veo que, además, tienes buenos reflejos mentales.

Brent no dijo nada.

Finalmente, Bozin rompió el silencio:

–He solicitado que asistieras a las negociaciones. Quiero que entiendas el proceso desde el bando de la empresa. ¿Quién sabe? Tal vez algún día acabes siendo nuestro director jurídico. Tienes que familiarizarte con nuestra manera de hacer las cosas. Estas negociaciones solo se producen una vez cada pocos años, de manera que debemos aprovechar la oportunidad. Quiero que me des tu opinión sobre Hank, sin violar la confidencialidad.

Brent asintió con la cabeza.

–Me parece justo.

Bozin empujó su silla hacia atrás, señalando que la conversación había concluido. Brent también se puso en pie. Bozin le tendió la mano.

–Me ha gustado hablar contigo. Quiero que sepas que me alegro de que seas el nuevo ayudante de nuestro director jurídico.

Chris esperó a que Brent Walker abandonara la sala de reuniones, y después salió. El joven abogado fue en una dirección, mientras él avanzaba en la contraria por el pasillo enmoquetado. Antes de doblar la esquina, se detuvo y volvió la vista atrás.

Le había dicho a Brent una verdad a medias. En efecto, estaba contento con su elección. Pero también había incorporado al joven en las reuniones de personal porque quería que conociera de primera mano la posición negociadora de la empresa. Poco importaba si le explicaba o no los detalles a Hank Reed. Cinco años. Tres años.

¿Qué más daba?

La muerte del ayudante del director jurídico de la empresa, su suicidio, había sido tan desafortunada como azarosa. No hubo decisiones de Prioridades implicadas. Fue uno de esos eventos fortuitos que podían convertirse en una ventaja. La verdadera cuestión ahora era si Brent Walker estaría a la altura de lo que Chris tenía en mente. Acababa de hacer la evaluación clave para su plan con sus socios. Lo que antes le generaba dudas... ya estaba resuelto.

18:43 h

Jon entró en el vestíbulo del Belvedere por las puertas giratorias con marco de latón. El hotel ocupaba un imponente edificio de piedra, terracota y mármol. Era uno de los más grandes del centro urbano de Atlanta, un nexo tanto para viajeros como para lugareños que acudían allí seducidos por sus múltiples restaurantes y los salones que salpicaban su interior abierto.

Sobre el vestíbulo se elevaba un patio interior panorámico de treinta y cinco plantas de altura. Balcones con barandillas cubiertos de enredaderas floridas recorrían los distintos niveles desde el suelo hasta el techo acristalado. El paseo central se elevaba tres pisos, con tiendas chic y bares opulentos en cada nivel. Había plantas de interior y palmeras de plumas en abundancia, y una cascada formada por agua que fluía de fuentes, todo ello con música en directo interpretada en algún lugar en la distancia.

Empezaba a formarse una multitud con la gente que acudía a cenar, en gran medida caballeros trajeados y damas con vestido de noche. Jon encajaba en el ambiente, adecuadamente ataviado con el traje de color azul marino de Hart Schaffner Marx que había llevado al trabajo. Hamilton Lee le había telefoneado hacía una hora y lo había pillado justo antes de que saliera de la Torre Azul. Lee le había pedido que hiciera un alto en el Café Carmón, donde su mujer y él tenían una cena a las seis. Era importante que hablaran sin tardanza. Se dirigió con paso decidido hasta el jefe de sala y vio a su jefe socializando en una de las mesas cubiertas con mantel. Era evidente que Lee había estado atento a su llegada y se excusó inmediatamente.

–Te agradezco que hayas venido –le dijo Lee–. ¿Me acompañas?

Su jefe abrió camino mientras se dirigían tranquilamente hacia el lado opuesto del atrio y se apropiaban de un pequeño rincón junto a una de las fuentes.

–Quería darle al señor Bozin tiempo de llegar a Concord a la par que me lo daba a mí para reflexionar pausadamente antes de hablar contigo –anunció Lee–. La junta está de acuerdo con las indicaciones

que ya te he dado. Averigua si Reed tiene la lista. En caso afirmativo, recupérala, pero necesitamos descubrir si la ha descifrado. O si ha intentado hacerlo. Tenemos que contener esta situación y no actuar durante un tiempo.

Jon asintió con la cabeza para indicar que le entendía.

–Además, el señor Bozin estará en Concord para las negociaciones. Ha pedido que le informes directamente a él. Hazlo. Pero, Jon, yo también quiero que me mantengas informado, por separado y aparte... y antes que a nadie.

Volvió a asentir.

–El señor Hughes y yo queremos que vigiles al señor Bozin. Sin entrar en más detalle, baste decir que nos preocupa.

Hacía tiempo que notaba tensiones entre los dueños. Era comprensible, a tenor de sus diferencias. Bozin tenía una filosofía muy distinta de los otros dos. Era más cauteloso. Procuraba seguir los procedimientos. No se arriesgaba y no le gustaba que los otros lo hicieran tampoco. A decir verdad, Jon prefería esa metodología.

–¿En qué grado debo implicarme en la vigilancia del señor Bozin? No me gusta que me metan en medio. Trabajo para los tres, sin favoritismos.

–No te encargaría esto si no pensara que es esencial. Basta con que compruebes qué hace y con quién habla. Tenemos una posible brecha en el sistema de Prioridades. Y grave. Huelga decir que no quiero asumir más riesgos.

–¿Debo reportarle la información sobre el señor Bozin directamente a usted?

Lee hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–En cuanto a Reed, solo estoy autorizado a observar e informar, ¿no es así?

–Correcto –contestó Lee–. Por ahora.

DÍA 12
SÁBADO, 17 DE JUNIO

7:45 h

Brent se despertó y miró el reloj que había junto a la cama. Nunca había necesitado despertador, su cuerpo parecía estar dotado de un cronómetro interno que lo despertaba justo cuando él quería. Había sido una bendición ser así mientras estudiaba en el instituto y en la Facultad de Derecho, porque nunca se había perdido la clase de las ocho de la mañana, y también le era útil cuando tenía juicios programados a primera hora.

Se le hacía raro despertarse en su antigua habitación después de tantos años. Paula y él vivieron en una casa a unas cuantas manzanas de allí mientras estuvieron casados. Brent la había vendido antes de marcharse de la ciudad. Ahora tumbado allí, solo, en su cama de la infancia, se imaginó otra vez con diecisiete. Lo primero en lo que solía pensar entonces era en el desayuno, en su madre y en el día de la semana. El lunes tocaba beicon con huevos. El martes, cereales. A media semana tocaba sémola de maíz y tostadas. Los jueves, torrijas. Y en función del tiempo que hiciera y del humor del que se levantara, los viernes su madre preparaba gachas de avena o huevos otra vez. Los sábados, cereales. Y los domingos, panqueques y salchichas antes de ir a la iglesia.

También recordó a su padre.

Las mañanas de los fines de semana, el cortacésped o una de las sierras circulares del garaje lo despertaban después de haberse pasado la noche del viernes en el VFW jugando al billar o celebrando

la victoria tras un partido de béisbol. Concord siempre había sido un lugar seguro. Un lugar que había esperado que algún día proporcionara estabilidad a sus propios hijos. Y, sin embargo, allí estaba, con cuarenta y tantos, sin esposa y sin descendencia. Ese anhelo había sido otro de los motivos por los que había regresado. Tenía la sensación de que su destino estaba inexplicablemente unido a ese lugar en la tierra.

Se levantó, se puso un par de pantalones cortos de gimnasia andrajosos y un jersey viejo y bajó a la planta inferior. La casa estaba en silencio, su madre seguía dormida. Tras comerse un bol de cereales, salió por la puerta de atrás para dirigirse al garaje. Era un construcción independiente de dos plantas, una de las cuales había acogido en el pasado el taller de carpintero de su padre.

Le puso gasolina al cortacésped, un trasto viejo de dos ciclos al que su padre había hecho pequeñas reparaciones durante años. Desde que Brent se había ido, su madre se había encargado de segar el césped. A ella siempre le había gustado cuidar del jardín. Pero Brent quería ayudar con las tareas del hogar y adecentar el césped le pareció lo más productivo que podía hacer.

Lucía una mañana típica de junio en la Georgia central, calurosa. Una densa capa de rocío cubría la hierba y ralentizaba un poco la labor de cortarla. Una hora más tarde estaba en el garaje buscando la desbrozadora de gasolina cuando oyó un vehículo aparcar frente a su casa. Al salir, vio a Hank Reed bajarse de su camioneta.

–Qué madrugador –lo saludó. Hank llevaba sus habituales pantalones caqui almidonados, unos mocasines lustrados y una camisa de algodón con el cuello abotonado–. ¿Adónde vas tan elegante?

–¿Te has enterado de lo de Paul Zimmerman?

No.

–Alguien le voló los sesos en la ciénaga de Solomon. –Hank sacudió la cabeza a ambos lados–. Un maldito accidente de caza.

Brent también negó con la cabeza.

–Qué horror. ¿Y el *sheriff* ya ha averiguado algo?

–Hablé con él ayer. No tienen demasiado de donde tirar. La bala procedía de un puesto elevado que se usa para cazar ciervos. Paul

llevaba el chaleco puesto. De un naranja perfectamente visible. Y mira de qué le sirvió. No encuentran ni un alma que estuviera por la zona a aquella hora. Ni pistas. Nada. El funeral es mañana. Odio los funerales.

A Brent tampoco le gustaban. En los últimos once años había asistido solo a dos. Primero, el de Paula. Y luego el de su padre. Más que suficientes.

–¿Y qué te trae por aquí? –le preguntó.

–Necesito que le eches un vistazo a algo y me digas qué te parece.

Hank se sacó una hoja de papel del bolsillo de atrás y se la entregó. Se trataba de una nota interna de Hamilton Lee relativa a las próximas negociaciones del convenio, con la instrucción de no buscar una duración de cinco años.

–Hank, esto guarda relación con las negociaciones. No estoy al tanto del asunto. No tengo ni idea.

–Pero ¿te suena razonable?

–Tú conoces a Lee mejor que yo. Yo ni siquiera lo he visto en persona.

Hank lo apuntó con un dedo y le dijo:

–Pareces un pez fuera del agua.

–Y tú estás forzando la situación. No puedo traicionar la confidencialidad de la empresa. Quizá esa nota diga solo lo que quiere decir. Tal vez esta vez no les merezca la pena pelear por conseguir los cinco años. ¿Cómo ha llegado eso a tus manos?

–De la misma manera que la lista de números. Por obra y gracia de los ordenadores de la empresa.

Recordó la reunión de la directiva del jueves, en la papelera, y decidió indagar un poco.

–¿Qué esperas esta vez de la negociación colectiva, Hank?

–Necesito al menos un aumento salarial de entre el tres y el cinco por ciento. Mis hombres no se darán por satisfechos con un dos. Y hay varias cuestiones secundarias relacionadas con las ausencias justificadas y los días de baja por enfermedad que convendría ajustar. Además, tengo a un montón de jubilados dándome la lata con el tema de los gastos médicos deducibles. Y los afiliados me han

hecho tragar una petición relativa a las horas extras fijas con la que la empresa no va a estar de acuerdo bajo ninguna circunstancia.

–¿Y qué les puedes ofrecer?

–Nada, si no les interesan los cinco años. Ese es el problema. –Hank hizo una pausa–. Venga, ayúdame, ¿has oído algo sobre esto?

No pensaba infringir su acuerdo de confidencialidad bajo ningún concepto.

–Como te he dicho, Hank, es mi jefe quien se encarga de las negociaciones. Yo soy el novato. Yo me ocupo de las indemnizaciones a trabajadores.

–Y entonces, ¿por qué te incluyeron en el consejo de familia del jueves con los peces gordos?

Brent sonrió.

–Vi a uno de tus hombres toqueteando una toma de corriente al entrar en el edificio. Ya imaginé que tenías espías desplegados. Sabes perfectamente que no puedo hablar de eso.

–Sin los cinco años sobre la mesa, estoy jodido.

–Dura misión para un veterano, ¿eh?

–¿Se te ocurre algo?

–¿Qué dice Lou Greene?

–A Lou se le da bien redactar, pero no tiene ni idea de estrategia. Está demasiado acostumbrado a pelear por las indemnizaciones de los trabajadores, que para él son pan comido. Lo que yo necesito ahora es sutileza.

–¿Qué opina Greene de esa nota interna?

–La interpreta de manera literal. Piensa que a la empresa no le interesa negociar por cinco años.

–¿Y tú por qué no estás de acuerdo?

–Me parece sospechoso, teniendo en cuenta lo que pelearon la otra vez por conseguirlos.

–Hank, tú siempre piensas que hay un plan siniestro oculto. Tal vez le has echado el guante a algo que no deberías haber visto. Al fin y al cabo, no creo que la empresa espere de ti que husmees en sus ordenadores.

–¿Estás siendo sincero conmigo? No dejarías que la empresa me pusiera en jaque, ¿verdad? –le preguntó Hank.

Brent debía lealtad a la Southern Republic. Su inclusión en la sesión de estrategia del jueves sin duda había sido una prueba y la conversación posterior con Bozin, un mensaje. Pero Hank y él habían vivido muchas cosas juntos. Y, además, estaba Ashley. Una cosa era tener una nómina y otra muy distinta, un amigo. Sobre todo, un amigo íntimo. Aunque este optara por ponerlo en una situación insostenible.

–Hank, ¿alguna vez la empresa ha conseguido manipularte?

–Me gusta creer que no.

–Entonces, ¿qué te preocupa?

–No lo sé. Tengo un presentimiento. Hay algo que no encaja. ¿Qué hay de esa lista de números? ¿Alguna novedad?

–Todavía no. Pero estoy en ello. ¿Ya te has reunido con alguno de los dueños?

Los detalles nunca se explicaban, nada acerca de quién, dónde o cuándo, pero Brent sabía cómo conseguía las cosas Hank durante las negociaciones. Y no era durante el espectáculo de cara al público.

–Todavía no. Pero deberían llamarme en cualquier momento.

–Pues averígualo, entonces.

Hank soltó una risita.

–Eso pretendo.

10:30 h

Brent subió las escaleras de madera que llevaban hasta la segunda planta del garaje para refrescarse tras escardar las malas hierbas que invadían los parterres de su madre. Aquella planta parecía una cuadra, con su tosco suelo de madera de contrachapado. Dos ventanas abuhardilladas proporcionaban iluminación. No había techo, nunca lo había habido, solo las vigas vistas que sostenían un tejado inclinado.

Años atrás habían forrado dos paredes con bancos para las herramientas de carpintero de su padre, cuando el sonido de las sierras y las brocas se oía a todas horas, día y noche. Allí era donde su padre construía casas para pájaros. Unas piezas elaboradas y

muy bonitas que a su padre le gustaba regalar. El jardín trasero de su casa estaba abarrotado de ellas y durante la semana anterior había visto que algunas aún adornaban el vecindario.

Todos los tableros perforados seguían allí, pero los paneles agujereados como un queso suizo de los que antaño colgaban cinceles, martillos y escofinas ahora estaban vacíos. Las sierras circulares, las lijadoras y los taladros tampoco estaban ya allí, su madre lo había vendido todo organizando un mercadillo en casa. Brent entendía su necesidad de desprenderse de los tesoros de su padre, de poner distancia y tener la sensación de seguir adelante con su vida. Hacía mucho tiempo que él también lo intentaba.

Las superficies astilladas de los bancos de trabajo servían ahora de soporte a cajas de cartón, todas ellas meticulosamente embaladas por la empresa de mudanzas de Atlanta y entregadas hacía apenas unos días. No había conservado muchas cosas, había vendido la mayoría de sus pertenencias en un mercadillo que él mismo había organizado unas semanas atrás, pero le habían quedado las suficientes para llenar aquel espacio con olor a humedad.

Se dirigió hacia los bancos y buscó entre los viejos estantes la caja de madera. Esa no la había traído desde Atlanta, sino que llevaba en ese garaje desde sus días de instituto. Recordaba haberla visto mientras metía sus muebles, una vieja caja de pomelos de Florida que había cogido entre los descartes del supermercado hacía lo que se le antojaba un trillón de años.

La bajó con cuidado y la depositó sobre uno de los bancos de trabajo.

Dentro había recuerdos del instituto y la universidad que había metido allí tras limpiar su habitación y ajustar la decoración a la de un hombre que ya no tenía dieciocho años. Pero también había objetos de la Facultad de Derecho y de la época en la que había practicado la abogacía en Concord.

Arriba del todo estaba el recorte de prensa de la muerte de Paula.

Le habría encantado el funeral. Había asistido tanta gente que la multitud no cabía en la iglesia y había ocupado también los jardines. Por suerte, lucía un día espléndido, con un despejado cielo azul. El

ataúd, de bronce blanco, se había revestido con rosas amarillas, sus favoritas, aunque cerrado (lo único que Paula habría lamentado), ya que el parabrisas y el impacto con la columna habían causado demasiados daños para que el embalsamador pudiera reconstruir su rostro.

Aún podía verla aquel último día de su vida. Con su melena rojiza por los hombros. Aquellos labios tentadores. Y sus ojos azules sorprendentemente cálidos. Sin embargo, aquella bonita fachada ocultaba un gran desasosiego interior. Una desazón que él nunca había logrado entender. Había sido una esposa dedicada, eso estaba fuera de toda cuestión. Comida casera cada día. Ni una mota de polvo en los muebles. Ni una mala hierba en los arriates. Todo en su sitio, perfectamente ordenado, como la vida de la propia Paula.

Brent se había esforzado por ignorar su infelicidad volcándose en el trabajo. Las exigencias de un bufete privado y sus tejemanejes políticos con Hank lo habían distraído durante un tiempo. Pero sus problemas no habían hecho más que multiplicarse. Al final, la vida se había convertido en algo simplemente tolerable que pasaba día tras día. Hasta aquel trágico día de septiembre. Ahora Brent había vuelto para reparar el daño. Pero ¿con quién? ¿Consigo mismo? ¿Con Paula? No existía una manera de hacerlo con ambos a la vez.

¿El destino?

Desde luego, era caprichoso.

Sacó su sudadera con el emblema del instituto, que estaba perfectamente doblada dentro de una bolsa de plástico azul, con las tres bolas de béisbol de peltre todavía unidas a la W bordada en dorado. Se la había ganado durante su segundo año en el instituto. Debajo había tres anuncios de la graduación, junto con borlas del instituto, la universidad y la Facultad de Derecho. El fajín de color escarlata seguía allí, el mismo que había llevado sobre la toga el día de su graduación con honores por el Departamento de Historia de la universidad.

Sus trofeos de las Ligas Menores habían perdido lustre con el paso del tiempo. Y en el fondo del todo encontró el álbum de sus días como jugador de béisbol, ahora con los recortes de prensa amarillos

y sueltos, debido a que la cinta adhesiva hacía mucho que se había secado.

Hojeó sus anuarios, comprobando cuánto había cambiado durante los ocho años de instituto y universidad. Su pelo se había vuelto cada vez más corto, y luego menos espeso. Sus gafas de montura negra habían dado paso a unas metálicas doradas. Ahora llevaba lentillas. Y la mirada feliz y despreocupada de aquellos ojos que en su día transmitían una expresión caprichosa se había endurecido tras años de hincar los codos.

El anuario de su último curso en el instituto estaba lleno de mensajes. La advertencia de un amigo: «Que no se te suba a la cabeza. Y... ¿me llevarás en coche a Statesboro cada día para ir a la universidad?». Otros amigos recordaban anécdotas que incluso ahora le hicieron sonreír.

Sacó una tarjeta de felicitación y la abrió. Era de Paula.

Ya sabes lo que significas para mí. Hemos vivido altibajos, pero los hemos superado. Ni siquiera tú puedes discutir eso. Creo que ahora somos más fuertes que nunca. Quiero que sepas que puedes contar conmigo. Siempre seré tuya.

Te quiere, Paula

Se la había dado la última Navidad que habían pasado juntos. A Paula le encantaban aquellas cartas. Se habían intercambiado muchas durante los años que estuvieron juntos. Y, sin embargo, Brent solo había conservado aquella. ¿Por qué?

No lo recordaba.

Parecía estar predeterminado que al menos intentarían labrarse una vida juntos. Brent pospuso la boda todo lo que pudo, e incluso intentó cancelarla semanas antes, pero Paula se aseguró de que se celebrara.

Y tanto que se había asegurado.

En el fondo de la caja vio una hoja suelta de papel amarillento. Recordó cuándo la había metido ahí. Acababa de regresar de intentar decirle a Paula que debían posponer la boda. Pero ella le había soltado la bomba del embarazo, de manera que Brent se había

sentado en aquella estancia y había hecho una lista para intentar aclararse las ideas.

Pros de Paula: Embarazada. Prudente. Dedicada. Leal. Decidida. Tenemos un pasado juntos. Sería una madre excelente. La anfitriona perfecta, y también una invitada maravillosa. Magnífica cocinera. Nunca tendré que preocuparme por que haya otro hombre. Siempre tendré una camisa limpia. Magnífica esposa de un abogado. Mi hijo merece un padre. Quiere que me case con ella.

Contras de Paula: Embarazada. Obsesiva. Tozuda. Posesiva. Nada de espontaneidad. Superficial. Inhibida. Dura de complacer. Consigue sacarme de quicio. Completamente dependiente. Llora mucho. ¿Alguna vez podré escoger mi propia ropa? Debo tener cuidado con cuándo me río.

Pros de Ashley: Emocionante. Siempre está contenta. Guapa. Sexi. Espontánea. Compleja como un rompecabezas e igual de satisfactoria cuando la descifras. Impredecible. No conoce los celos. Confío en ella.

Contras de Ashley: Impredecible. Voluble. Incapaz de comprometerse con nada. Reservada. Nunca estoy seguro de lo que piensa. ¿Cómo se comportaría en una sala llena de abogados? No quiere casarse conmigo.

–Hijo.

Volvió la vista. Su madre había subido las escaleras. No la había oído llegar.

Se le acercó.

–¿Qué haces?

–Recordar. –Le mostró la hoja. ¿Qué importaba ya?–. Escribí esto días antes de casarme con Paula.

Su madre leyó la lista con semblante inexpresivo.

–¿Es esa la única razón por la que te casaste con ella? ¿Porque estaba embarazada?

Un año antes, Brent le había contado a su madre que Paula estaba encinta cuando se habían casado.

–Visto en retrospectiva, creo que sí. Le dejé claro que habíamos terminado. Que quería cancelar la boda. Y entonces me dijo que estaba embarazada. Y, si antes simplemente estaba confundido, de repente me sentí atrapado.

–Entonces hiciste lo correcto por el motivo equivocado.

–Podría resumirse así, sí.

–Parece que te enfrentaste a un verdadero dilema. No sabía que Ashley y tú estabais tan unidos.

–Siempre ha sido alguien especial para mí, de un modo distinto. Cuando éramos niños, éramos solo amigos. Pero al final del instituto la cosa cambió mucho.

–¿Quieres hablar de ello?

–Todavía no.

–Cuando quieras, ya sabes dónde estoy.

Brent sabía que su madre no lo presionaría. Nunca lo hacía, y él adoraba la confianza que siempre parecía depositar en su juicio. Le había dicho mil veces que la experiencia era la mejor maestra.

Su madre se dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo en seco.

–¿Sales esta noche?

–Voy a cenar con Ashley. ¿Te importa?

Ella alargó la mano y le dio un apretón cariñoso en el brazo.

–Paula hace mucho que se fue. La vida sigue.

Cuarenta y cinco minutos después estaba regando los parterres de flores del jardín delantero cuando una furgoneta de correos aparcó bruscamente junto a la acera y Ashley bajó de un salto.

–¿Qué haces tú por esta ruta? –le gritó Brent.

Ella caminó por el césped recién cortado hasta donde se encontraba él, manguera en mano.

–El que la cubre ha llamado para decir que estaba enfermo y me he ofrecido a sustituirlo. Tienes buen aspecto.

Su pecho desnudo y sus piernas estaban cubiertos de sudor, mugre y trocitos de hierba.

–Estoy asqueroso.

Ella le entregó el correo.

–Guarda un poco de energía para esta noche.

Brent detectó esa chispa en sus ojos que siempre le había cautivado.

–No te preocupes.

–Tengo que irme. Hoy cubro dos rutas.

–Hasta luego.

Ashley regresó corriendo a la furgoneta mientras él la miraba fascinado. Su madre tenía razón.

La vida seguía.

13:35 h

Brent llevaba toda la semana prometiéndoles a los dos nietos de su vecina que el sábado los llevaría a pescar. Por eso, se había levantado temprano y había cortado el césped. Así que, después del almuerzo, cargó en el *jeep* las cañas y los aparejos de pesca y una nevera con bebidas, y salieron en dirección al lago Eagle.

Solo una de las barcas de pesca de su padre había sobrevivido al mercadillo casero de su madre. Era un esquife de fondo plano y tres metros de eslora con un viejo motor fueraborda y un motor de arrastre montado en la proa. Era el bote más pequeño que había tenido su padre, un esquife verde que llevaba dos años descansando tranquilamente bajo una lona cubierta de moho tras el garaje de casa. El lunes anterior, Brent había empezado a lijar el casco y se había asegurado de que los motores funcionaran. Aún había parte del material de pesca de su padre en el garaje, más que suficiente para equiparlos a los tres. Incluso le sorprendió encontrar la caña con la que le gustaba pescar de adolescente.

Arrastró el esquife hasta la rampa de botadura pública que había en la esquina sudeste del lago Eagle. Era el punto más popular para lanzar las barcas al mar, tres rampas de hormigón que se desvanecían en las aguas marronáceas, con una tienda de cebo y material de pesca a escasa distancia y cabañas de alquiler que ofrecían alojamiento a pescadores procedentes de toda la región central de Georgia y el oeste de Carolina del Sur.

Dejó flotar un poco el esquife, le echó combustible al motor fueraborda y los niños y él empezaron a navegar. Quince minutos después pararon el motor y permanecieron a la deriva con las cañas echadas en aquella agua rica en minerales.

–¿Venías aquí a pescar cuando eras niño? –le preguntó Grant.

–Muchas veces.

–¿Con tu padre?

–A veces. Otras venía solo o con amigos.

James tensó el sedal.

–¿Te gustaba pescar?

–Me encantaba.

Los chavales, James y Grant, de doce y trece años, eran los nietos de Grace Tanner, su vecina de toda la vida. Su marido, que era farmacéutico, había muerto hacía años de cáncer. Grace y su madre eran buenas amigas. Y ahora que las dos habían enviudado, cuidaban la una de la otra. Los chicos habían ido a Concord a pasar el verano. El hijo de Grace y su nuera vivían en Carolina del Norte. A Brent le apetecía ir a pescar y su madre le había sugerido que se llevara a los niños con él.

Miró a su alrededor y contempló el impoluto lago, un paraje ideal entre altos bosques de vetustos pinos, abedules, nogales y robles. Su forma irregular era intencionada, diseñada para crear calas y ensenadas que se traducían en una línea litoral comerciable para los afortunados que podían costearse una propiedad junto a sus orillas. Él mismo había gestionado muchos cierres de operaciones inmobiliarias de propiedades frente al lago cuando tenía su propio despacho.

–¿Y mi padre venía alguna vez contigo? –quiso saber James.

–La verdad es que no. No le gustaba demasiado pescar.

–¿Y mi abuelo?

–Sí, vuestro abuelo, sí. Mi padre y él se pasaban la vida aquí.

James suspiró.

–Lo echo de menos.

–Y yo echo de menos a mi padre.

Grant le dio una sacudida a su sedal.

–Están en el cielo, ¿verdad?

–Justamente ahí. –A Brent no le gustaba pensar en eso.

–¿Hay gente que muere cada día? –preguntó Grant.

–Todos los días, hijo.

–¿Y qué se siente cuando te llega el turno de morir?

La conversación se estaba complicando.

–Nadie lo sabe. Lo único seguro es que a todos nos llega nuestro momento.

Pero a algunos antes que a otros.

–Tu padre murió aquí en el lago, ¿no? –preguntó James.

Brent miró al crío.

–¿Cómo lo sabes?

–Nos lo explicó mi abuela.

–No fue exactamente aquí, en el lago. Pasó algo más allá, subiendo por uno de los arroyos. –Señaló hacia el nordeste.

–¿Y cómo murió?

–No estamos seguros. Salió a pescar solo y tuvo un accidente.

–¿Podemos ver dónde pasó? –dijo James.

–¿Por qué os interesa eso?

–Pues no lo sé, por saber.

Era una petición inocente, como las que hacen los niños a veces, pero lo perturbó. Desde la muerte de Paula, Brent evitaba ese tramo de la autopista. No quería volver a ver aquel poste. Y de la misma manera, desde hacía dos veranos, cuando encontraron el cuerpo de su padre flotando boca abajo y su bote atascado entre los matorrales, nunca había pensado en volver a la laguna de Brooks. ¿Por qué era así? A veces, la realidad era menos temible que las proyecciones de la imaginación. El poste de hormigón. La laguna de Brooks. Lugares en los que había ocurrido algo espantoso. ¿O eran tal vez barreras que debía romper? ¿Qué le había dicho su madre antes? «La vida sigue».

Así era.

Quizá una visita les sentaría bien a todos.

–De acuerdo, pues vayamos a verlo.

Recogió el sedal. Los chavales hicieron lo mismo. Accionó el motor fueraborda y se dirigieron traqueteando hacia el norte. Gracias a las nubes altas y dispersas, el caluroso sol de media tarde brillaba más a ratos que de forma directa. El lago los arrullaba en una calma casi absoluta y el esquife de fondo plano se deslizaba fácilmente por él, dejando una raya de espuma turbia en su estela.

Estudió la orilla arbolada. No recordaba que hubiera tanta espesura entre las viviendas, cabañas y casas rodantes. Habían

transcurrido tres años desde la última vez que había atravesado el lago Eagle, con su padre, para pasar la tarde pescando.

Fue la última vez que lo hicieron.

Algo más adelante divisó un quiebro en la orilla que conocía bien. Soltó el acelerador y aminoró la marcha.

–¿Dónde es? –Grant miró hacia delante.

–A través de esa abertura.

Ambos muchachos se quedaron mirando el litoral impenetrable con su tupida cortina de árboles y matorrales. Casi en línea recta con la proa había una angosta oquedad donde el agua desaparecía tierra adentro. Pasaba desapercibida si no sabías adónde mirar.

Pero él sí que sabía.

Mientras el esquife avanzaba lentamente hacia allí, Brent les dijo:

–Ahora llegaremos a la laguna de Brooks.

Apagó el motor fueraborda sabiendo lo que esperaba. Casi de inmediato vio las ramas, y la imagen hizo que se le hiciera un nudo en el estómago. Antes había esquivado la pregunta de James sobre cómo había muerto su padre.

Pero sabía qué había pasado.

Según el informe de la policía, al parecer su padre había malinterpretado la altura de aquellas ramas. Encontraron muestras de sangre y de tejidos en la corteza que encajaban con la contusión que su padre tenía en la frente. Recordaba el informe del forense y las fotografías, y nunca olvidaría el comentario al final de dicho informe.

«Muerte accidental».

Sin embargo, el fallecimiento de su padre siempre le había desconcertado. Brian Walker se conocía el lago Eagle al dedillo. Sobre todo aquellas ramas que protegían la laguna. Era uno de sus lugares favoritos. Su esquife, el mismo que estaban usando en ese momento, estaba equipado con un motor de arrastre eléctrico especial para poder maniobrar dentro de esos angostos confines. Paula y él se lo habían regalado por Navidad.

El esquife se deslizó hasta las ramas de roble, de entre quince y veinte centímetros de diámetro, incluso más gruesas de lo que recordaba. Seguían cubriendo el arroyo en toda su amplitud. Grant

alargó la mano y se agarró a una de ellas. Pensó que debía ser sincero, sobre todo porque no sabía qué les había contado su abuela.

–La cabeza de mi padre chocó con estas ramas.

James las observó pasmado.

–Son muy grandes.

El hueco que quedaba entre las más bajas y la superficie del agua era de un metro veinte más o menos, lo justo para que el esquife se colara por debajo. Miró hacia el motor fueraborda. Calculó que también cabía.

–Grant, túmbate en la parte de delante. Y tú también, James.

Ambos chicos hicieron lo que les decía mientras él remaba bajo las ramas, agachándose al pasar por debajo.

Al otro lado, emergieron a una laguna.

–Este era uno de los lugares favoritos de mi padre.

–¿Hay muchos peces? –quiso saber Grant.

–A esta hora del día no. El agua está demasiado caliente, de manera que los peces se van al lago. Los mejores momentos para pescar aquí son la mañana y bien caída la tarde.

Lo sabía porque su padre se lo había enseñado.

–¿Y tu padre vino por la mañana?

–Justo después de amanecer. Le gustaba pescar a esa hora.

Contempló el estanque, con su tranquila orilla todavía cubierta por un manto de denso bosque y el agua formando un estrecho desfiladero entre altas paredes de vegetación. Había una calita en el lado opuesto del estanque. Era un rincón caluroso e inquietante. Un escalofrío le recorrió la espalda.

–Vamos a pescar aquí –dijo Grant.

–No, hijo. –Y no solo porque los peces se hubieran ido a aguas más frías. Había algo inquietante en la laguna de Brooks. No sabía describirlo. Un mal presagio–. Vamos a volver al lago. Como he dicho, a esta hora del día no queda ni un pez aquí.

Le dio media vuelta al esquife y remó hacia el umbral de ramas.

Una vez al otro lado, antes de poner en marcha el fueraborda, volvió la vista más allá de aquellas ramas, hacia la laguna.

No quería volver a ver aquel lugar.

18:15 h

Hank pisó a fondo el acelerador rumbo al norte, por la autopista 16-A de Georgia. El estado había financiado ese tramo para proporcionar un tránsito comercial eficiente por cuatro carriles a las zonas rurales de la periferia, en la ruta entre Savannah y Augusta que pasaba por el condado de Woods, Screven, luego Burke y finalmente el condado de Richmond, una infraestructura que habían recibido con los brazos abiertos. Recordaba vívidamente su inauguración, y cómo los tráileres de dieciocho ruedas que en su día rugían por las calles del centro de Concord empezaron a circunvalarlo y se llevaron con ellos su ruido y su contaminación.

El condado de Woods era un rectángulo casi perfecto de unos ochocientos kilómetros cuadrados y tenía la peculiaridad de ser el más pequeño de los ciento cincuenta y nueve que albergaba Georgia. Por su confín occidental, a todo lo largo de la frontera, discurría el turbio río Ogeechee. El río Savannah, más majestuoso, formaba la frontera este tanto del condado como de Georgia. En cambio, sus extremos norte y sur eran líneas rectas sin ninguna particularidad que, en los mapas, conectaban los dos ríos y dividían Woods de Effingham al sur y Screven al norte.

La autopista 16-A bisecaba el condado de norte a sur y la comarcal 30, de este a oeste, dividiendo el territorio claramente en cuatro cuartos. La porción sudoeste estaba dominada por granjas y por el lago Eagle. La noroeste, por la ciénaga de Solomon. La sudeste contenía Concord, la papelera, la fábrica de bolsas y a la mayoría de la población. Y el nordeste era propiedad, casi en su totalidad, de la Southern Republic, que había transformado gradualmente sus terrenos en un extenso pinar en el transcurso de los últimos treinta años. Diseminados entre los inmensos bosques de la empresa había campos privados, tierras propiedad de familias que tenían la titularidad desde hacía más de un siglo y siempre se habían negado a venderlas. Hacia la esquina nordeste, ocupando ya parte del sudeste del condado de Screven, había un antiguo terreno de

madera de crecimiento que la Southern Republic había preservado intencionadamente de la tala.

Un bosque de nogales americanos. Hickory Row.

Hank lo sabía todo acerca de aquellas mil doscientas hectáreas arboladas. En un origen se habían comprado por su madera noble y se habían bautizado con ese nombre en honor a los tupidos árboles que predominaban en el lugar. Pero al final se habían convertido en un campo de juegos corporativo.

Los establos albergaban purasangres para su cría y monta. Una granja de codornices producía aves por miles, y los cuidados campos entre los árboles acomodaban su matadero. Cuatro inmensos lagos excavados en la arcilla arenosa facilitaban el drenaje y habían sido repoblados para la pesca. A su alrededor se extendía un campo de golf de nueve hoyos. Había dos casas para los guardas y multitud de casitas de invitados. Tres impresionantes mansiones proporcionaban residencia a los tres propietarios de la Southern Republic. Ciento cincuenta empleados se encargaban de mantenerlo todo esplendoroso y cuidaban tanto de los dueños como de sus huéspedes. El terreno entero estaba vallado en tres de sus caras, y el río Savannah se ocupaba de proteger la cuarta. Para garantizarse tanto la privacidad como una vista panorámica perpetua, la empresa había adquirido todos los terrenos colindantes del lado de Carolina del Sur, cuyos tupidos bosques había conservado.

Pero Hickory Row era mucho más que un refugio privado. También desempeñaba una función corporativa, con sus casas del guarda y sus casitas de invitados ocupadas de manera habitual por clientes anonadados por el lujo a los que el Departamento Comercial seducía con lucrativos pactos para la papelera mientras se dedicaban a cazar codornices, pescar, jugar al golf o cabalgar por los terrenos.

Hank redujo la velocidad de su camioneta al acercarse a la verja principal. Facilitó al guarda uniformado su nombre y le hicieron indicaciones para que pasara. Rechazó el plano que le ofrecían porque conocía bien el camino.

Había telefoneado a Atlanta justo después de regresar de consolar a la viuda de Paul Zimmerman. Tenía el número de teléfono personal guardado a buen recaudo en su agenda, y solo lo usaba en época de

negociaciones, cuando sabía que esperaban su llamada. El hombre al otro lado del hilo se mostró cordial y accedió a verlo en su casa en Hickory Row hacia las 18:00 horas.

Una serie de carreteras de asfalto se extendían como una telaraña entre los cuidados bosques, bautizadas con nombres que le sonaban familiares. El sendero de Lee, la calle de Hughes o el camino de Bozin se sumaban a otros nombres más descriptivos, como el coto de las Codornices, el parque de Ciervos o el bulevar de los Nogales, el más amplio que conducía hacia el interior desde la entrada principal.

Los electricistas de la papelera solían trabajar en Hickory Row, a pesar de que el recinto tenía un equipo privado de tres electricistas que cobraban una nómina aparte. Gracias a ello, Hank se mantenía informado del discurrir diario.

Siguió el bulevar de los Nogales hasta la primera intersección y dobló a la izquierda. A unos ochocientos metros encontró el camino de hormigón flanqueado por setos podados a la altura de las rodillas. La casa que se alzaba al fondo era una estructura curiosa, diseñada específicamente para reflejar la personalidad única de su propietario. No había muros exteriores y, a primera vista, parecía ser solo una cubierta. Las pocas paredes que había estaban revestidas de tablillas de cedro manchadas de verde oscuro. Pilares de ladrillo soportaban todas las caras, formando un claustro en la entrada principal. Las ventanas, ubicadas estratégicamente, tenían marcos verde oscuro y quedaban disimuladas en la línea del tejado. Tenía fácilmente quinientos metros cuadrados, una arquitectura severa, oscura y sobria, y las largas sombras de los nogales y los pinos que la envolvían acentuaban su aire sombrío. Sabía que se había buscado intencionadamente aquella sensación dramática que explicaba tanto la fama de la casa como el apodo que le habían puesto sus empleados.

El Palacio de Drácula.

18:30 h

Frank Barnard llevaba puestos unos pantalones cortos de correr granates, una camiseta blanca de los Georgia Bulldogs y un par de zapatillas deportivas Reebok deslucidas. Iba haciendo *jogging* lentamente por la calle, a una manzana de donde vivía Hank Reed. Para mayor efecto, llevaba auriculares y un teléfono sujeto al brazo con una cinta.

Comprobó la hora en su reloj como si tal cosa.

Reed se encontraba ahora a treinta kilómetros de distancia, en el extremo norte del país. De Florio le había llamado hacía dos horas y le había dicho qué debía hacer y cuándo. Su jefe también le había dado indicaciones de la disposición de la casa de Reed y le había descrito la lista de números que debía encontrar, además de instruirle de que, mientras estuviera allí, colocara dispositivos de escucha en los teléfonos y en el despacho exterior. Una misión bastante sencilla y, dada la ubicación actual de Reed y que vivía solo, contaría con un par de horas ininterrumpidas para llevarla a cabo.

Dobló la esquina, siguió corriendo hasta la manzana siguiente y pasó justo por delante de la vivienda de Reed. Era una casa con niveles escalonados, revestida de madera y pintada de blanco, con persianas de color carbón y la puerta principal de color nogal. Una densa mata de hierba cubría el jardín delantero bajo el dosel umbrío formado por las copas de los robles y los pinos, con arriates diseminados llenos de hiedra y flores estivales. No había automóviles en el camino de acceso, y la cancela de cedro que conducía a la parte posterior de la casa y al cobertizo para coches estaba cerrada. Pero De Florio le había dicho que eso no era extraño. Reed y la mayoría de sus visitas utilizaban la entrada trasera.

Continuó corriendo hasta la manzana siguiente y dobló al oeste, siguiendo la acera hasta encontrar el estrecho derecho de paso que se extendía hacia el sur entre las dos parcelas arboladas. De Florio le había explicado también que Reed había pavimentado aquel callejón cuando era alcalde, alegando la necesidad municipal de poder entrar por la parte de atrás a su propiedad.

Atravesó la callejuela a la sombra. Otra puerta de cedro aguardaba abierta al final del camino. Se detuvo y observó la parte

posterior de la casa. La camioneta de Reed no estaba y el coche que llevaba a la papelera estaba aparcado en el cobertizo. Solo se divisaba una parte de la casa, ya que el amplio cobertizo y la estructura contigua que contenía el despacho impedían ver la mayoría de las ventanas de la primera planta. Por detrás del garaje solo asomaba el cerramiento de la piscina con mosquitera. No se oía ningún ruido. La segunda planta también parecía estar en silencio. Sabía que no había cámaras exteriores.

Miró a su alrededor. No había nadie a la vista, aunque había oído y olido lo que parecía una fiesta de barbacoa a unos cuantos patios de distancia. Entró corriendo por la verja de atrás y se dirigió directamente al despacho exterior de Reed.

Se acercó a la puerta semiacristalada y sacó la ganzúa del bolsillo. Al cabo de quince segundos había logrado forzar la cerradura. Agarró el pomo protegiéndose la mano con la camiseta, abrió la puerta y se deslizó en el interior. De Florio le había indicado también que el despacho no contaba con alarma antirrobo.

Era un espacio tranquilo, olía a cloro y a café. Una encimera de formica improvisada ocupaba una pared a todo lo largo. En otra había dos archivadores. Sobre el linóleo había cajas de cartón abiertas rebosantes de revistas. Y papeles por todas partes. Algunos sujetos en portapapeles, otros metidos en carpetas y la mayoría sueltos.

Iba a necesitar un buen rato.

Un timbrazo estridente perforó el silencio.

Sus ojos se posaron en el teléfono que había en la encimera. Se quedó quieto, esperando. Tras otros dos timbrazos, dejó de sonar. Qué raro. De repente se abrió una puerta del cerramiento de la piscina.

¿Qué?

Se suponía que la casa estaba vacía.

Se oyeron pasos acercándose por la tarima de hormigón de la piscina. Recordó lo que De Florio había dicho acerca de la disposición de la casa y supo que la persona solo podía dirigirse en su dirección. De Florio también había dejado claro que bajo ningún concepto se consideraría aceptable que lo detectaran. Tenía que salir

del despacho rápido. Fue corriendo hacia la puerta por la que acababa de entrar, y comprobó a través de las lamas entreabiertas de la parte acristalada que el camino de acceso y el callejón estaban despejados. Estaba a punto de salir cuando un Chevy rojo atravesó la verja trasera.

«Por ahí no tengo salida».

Volvió la vista y se quedó mirando la puerta en el extremo opuesto de aquel pequeño despacho. También era de vidrio hasta la mitad, y a través de él se veía el azul de la piscina.

En el interior, directamente junto a la puerta exterior, había un diminuto cuarto de baño. Fue hacia allí disparado y cerró casi del todo la puerta de madera justo en el momento en el que la puerta exterior se abrió y alguien entró en el despacho.

Se asomó por la rendija.

La visitante era una mujer. De unos treinta y tantos, rubia, bonita. Recordó lo que De Florio le había contado sobre Reed y dio por sentado que se trataba de su hija. ¿Qué hacía allí? La mujer rebuscó entre los papeles de la encimera y luego descolgó el auricular del teléfono.

–Señor, de acuerdo con la cantidad fijada por el tribunal, esa fianza será de trescientos ochenta y cinco dólares. La persona que la avala no está aquí en este momento, pero puedo ponerme en contacto con él y pedirle que pase por la cárcel esta misma noche.

Reed tenía un negocio en paralelo como agente de fianzas local. De Florio también le había puesto al corriente sobre eso. La mujer guardó silencio, a la escucha, mientras su interlocutor hablaba. Luego, dijo:

–De acuerdo. Se pondrá en contacto con usted.

Colgó y al momento abrió la puerta exterior que daba al camino de acceso. Se abrieron dos portezuelas del coche y se cerraron.

–Estoy aquí –anunció–. ¿Se ha metido Lori Anne en problemas?

–Para nada. Shelby y ella se lo han pasado bomba –dijo otra mujer.

–¿El abuelo está? –preguntó una niñita.

–Ahora mismo no. Pero volverá pronto.

Las dos mujeres se alejaron de la entrada hablando, pero el motor del coche en punto muerto impedía escuchar su conversación. Aun así, sí que oyó a la niñita anunciar:

–Voy al lavabo.

Un segundo después, unas chanclas entraron en el despacho.

Se tensó. No podía permitir que la niña lo viera. Si entraba en el cuarto de baño, no le quedaría más remedio que romperle el cuello y salir a hurtadillas por la puerta de la piscina antes de que las mujeres decidieran ir a comprobar qué le había pasado. Podría escapar por la parte delantera de la casa y retomar su *jogging*.

Los pasos se acercaron.

No había tiempo de ponerse los guantes de látex. Debía tener cuidado con lo que tocaba.

La puerta se abrió unos centímetros hacia dentro.

–Lori Anne.

La niña se quedó fuera, solo los separaban unos centímetros de pino blanco. La hija de Reed seguía fuera, en la cancela abierta del camino de acceso. Esperaba que no entrara también ella en el despacho. De otro modo, la situación podía descontrolarse.

–Aquí no –dijo la mujer–. Ese es el aseo del abuelo.

–Pero tengo que usarlo.

–Ve al de dentro de casa. Y luego te pones el bañador.

La niña empujó un poco más la puerta.

Se preparó para agarrarla en cuanto entrara, para taparle la boca con una mano mientras con la otra le rompía el cuello antes de que tuviera tiempo de hacer ningún ruido.

–Lori Anne, te he dicho que ahí no.

–Pero...

–No pienso repetírtelo.

–Vale, vale.

Las chanclas retrocedieron.

La puerta que daba al camino de acceso se cerró con un repiqueteo de las lamas de las persianas. Unos segundos después oyó el coche salir por la puerta de atrás y la puerta de la casa se abrió y se cerró.

Escuchó atentamente.

No parecía haber nadie en el despacho.

Abrió la puerta despacio, centímetro a centímetro. La habitación estaba vacía. Era consciente de que la zona de la piscina estaba a punto de tener ocupantes y ya había corrido riesgos suficientes.

Así que se marchó.

18:50 h

Hamilton Lee lo esperaba fuera, observándolo llegar en su camioneta y aparcarla delante de su casa. Sabía cómo la llamaban el personal y sus empleados. El Palacio de Drácula. Una referencia tanto a su dura arquitectura como a su abrasiva personalidad. Pero a Lee no le importaba. Que quienes trabajaban para uno lo temieran un poco no era nada malo.

–Me alegro de verte, Hank –dijo, al ver bajar a Reed–. Parece que solo hablamos en época de negociaciones.

–¿Me estabas esperando?

–La verdad es que había salido a comprobar si los ciervos han dejado algún brote. Son un fastidio. Se lo comen todo. Mi mujer tiene previsto venir la semana que viene y le encantan las flores. Entremos. –Condujo a Reed al interior de la casa, hacia el espacioso estudio que había en la parte de atrás–. ¿Te apetece beber algo?

–No, gracias. Tengo una cena en breve.

–Estamos solos. Solo queda un empleado y está en la cocina. Bozin ha ido a pasar el fin de semana a Atlanta, según me han dicho.

–Te agradezco que hayas venido.

–Las negociaciones empiezan el lunes y me preguntaba cuándo tendríamos ocasión de hablar. Es uno de nuestros rituales, y lo espero con ganas cada pocos años. Por suerte, el avión de la empresa estaba disponible cuando me telefoneaste.

–Debería haberte llamado antes, pero he estado bastante ocupado preparándolo todo y no he tenido tiempo hasta ahora.

Lee dudaba que eso fuera verdad. Era más probable que Reed hubiera esperado hasta el último momento a propósito, pensando

que podía utilizar su actitud distante como moneda de cambio. Sobre todo después de leer las notas internas que habían colocado para él.

Ambos tomaron asiento.

–Supongo que volveréis a pedir cinco años –dijo Reed.

Nunca se andaban por las ramas ni se entretenían con conversaciones banales. Probablemente porque, en realidad, no eran amigos. Más bien eran conocidos por necesidad. Pero Lee decidió mantener la ficción un poco más.

–Así es. Como la última vez. Necesitamos esos dos años adicionales para estabilizar la situación.

–Me lo temía. ¿Y qué tenéis pensado darnos? –quiso saber Reed.

Anzuelo echado.

–La pregunta esencial aquí es: ¿puedes ofrecernos cinco años?

–He hablado con los secretarios generales de los otros dos sindicatos. Y puedo conseguiros los cinco años, pero a un coste.

–¿Y qué pasa si no estamos interesados en pagar ese coste durante cinco años?

–Quizá pueda hacer que os interese.

Lee meneó la cabeza.

–Nunca dejas de sorprenderme, Hank. La última vez casi os tuvimos que sacar esos dos años de contrato con sacacorchos. Tuve que subir los salarios y ayudar a construir esa sede sindical tuya. ¿Y ahora me dices que me los puedes ofrecer?

–Sabes que no puedo coger a mi gente y convocar manifestaciones. Una huelga no serviría de nada. Y tú estarías encantado de conseguir ese par de años extra. Lo que pasa es que no quieres pagar un dineral por ellos. Podría conseguírtelos... baratos.

El plan estaba funcionando. Reed no solo había encontrado aquella nota interna, sino que se la había creído a pies juntillas. Pero decidió mantener el *impasse* un poco más.

–¿Por qué no has negociado esto con Chris Bozin? Él es el que ha venido a negociar esta vez.

Reed se encogió de hombros.

–Prefiero tratar contigo.

Lee hizo una pausa y empezó a enrollar el carrete.

–¿Y qué nos costarán esos dos años adicionales, suponiendo que me interese contar con ellos?

–Ningún retroceso en lo que ya hemos conseguido. Algunos ajustes en los gastos médicos deducibles, en concreto para los jubilados. Y, al menos, una garantía razonable sobre las horas extras.

–¿Qué consideras tú razonable?

–Suficiente para que pueda decirles a los afiliados que hemos ganado en ese punto. Si quieres que dentro de un año caiga en el olvido, no te haré ningún reproche.

Todas las notas internas que había leído últimamente advertían en contra de garantizar horas extras. Así que esa concesión le satisfizo.

–Creo que podría funcionar. Y ahora, vayamos al meollo de la cuestión: ¿qué hay de los aumentos salariales?

–Un cuatro por ciento repartido en cinco años.

–Dos por ciento si me aseguras que los otros sindicatos darán su visto bueno.

–Tres por ciento por adelantado y te conseguiré la aprobación de los otros dos sindicatos.

–Trato hecho. –Pero quería saber algo–: ¿Cómo vas a explicarles lo del contrato de cinco años a los otros sindicatos? Ninguno estaba especialmente contento la última vez.

–No será necesario que lo haga –dijo Reed–. En cuanto tu gente vea nuestra primera oferta, la reducirá automáticamente a tres años. Probablemente alegará que comporta muchos gastos, que los sindicatos piden demasiado o lo que sea para inculparnos. Y cuando eso ocurra, nos habremos quedado sin armas. Todo el mundo sabe que no vamos a ir a la huelga. ¿Con qué podríamos negociar? Esos dos años adicionales son nuestra única moneda de cambio y lo saben.

–¿Qué te hace pensar que vamos a revisar nuestra oferta a la baja? Nunca antes lo hemos hecho. Nos van bien los cinco años.

–Cambiar de cinco a tres años ha sido vuestro plan desde el principio.

Decidió seguirle el juego. Ya tenía el pez fuera del agua y en la barca, con el anzuelo firmemente mordido. Dejaría que aquel insensato pensara que había ganado.

–¿Y cómo lo has sabido?

–Tengo mis fuentes.

–¿Te importa decirme de quién se trata?

Reed se limitó a sonreír.

–No, ya suponía que no –dijo Lee, sacudiendo la cabeza, y remató su actuación–: No está mal, Hank. Buen trabajo, como siempre. No es fácil engañarte.

21:00 h

Chris fue en coche al centro de la ciudad, aparcó en el garaje subterráneo y empezó su lento ascenso por la Torre Azul. Había regresado a Atlanta desde Concord la tarde anterior y había pasado el día en casa, tranquilo, disfrutando sobre todo del esplendor de su jardín en verano mientras esperaba a que oscureciera.

En la entreplanta del edificio reinaba un silencio fantasmagórico. La única persona a la vista era un solitario guardia de seguridad sentado ante el mostrador de recepción de la planta baja. Durante el fin de semana, todos los visitantes tenían que registrar su entrada y salida. Pero esa regla no se aplicaba a los dueños. De manera que se saltó al guardia y continuó con paso lento pero decidido hasta los ascensores, con un dolor cada vez más punzante en el abdomen.

Una vez en la planta veintinueve, se dirigió directamente a su despacho. No encendió ninguna luz, porque prefería no anunciar su presencia. Aunque ya disponía de alguna información, había tenido nuevas ideas los últimos días. Tardó media hora en extraer el resto de los datos de su ordenador y entender qué sentido tenían en el relato general. Finalmente, los transfirió todos a la misma memoria USB que había usado unos días antes.

Apagó el terminal y se dirigió hacia la puerta.

No se preocupó de comprobar si tenía algún mensaje de correo electrónico o en el contestador.

Ya nada de eso le importaba.

El dolor se estaba volviendo insoportable y agradeció la soledad.

Miró al fondo de la habitación a oscuras, a su mesa de roble y con tablero forrado de piel italiana importada de Londres. El surtido de sillas victorianas, un pequeño sofá Chesterfield, las estanterías de libros y la mesa de biblioteca de caoba remataban la decoración inglesa. Había progresado mucho desde sus inicios cerrando préstamos y agonizando por conseguir pactos de mil dólares. Sus logros eran legendarios. Sus empresas, rentables. Y tenía reputación de ser un hombre de negocios avezado, el Zorro Plateado, que supuestamente se había forjado una fortuna gracias a su inteligencia y al trabajo duro. Pero no podía seguir ignorando más a los fantasmas de quienes había sacrificado por el camino. Sus voces le gritaban por la noche. Y solo en el ocaso de su vida había lamentado lo que había hecho. Su alma no podía salvarse ya, su destino eterno estaba sellado. Sin embargo, sí que había otras personas a quienes podía salvar. Personas que envejecerían y morirían por causas naturales. Prioridades que no llegarían a aparecer en futuras listas. Y, al mismo tiempo, podía negarles a Hamilton Lee y Larry Hughes toda satisfacción.

Disfrutó de aquella última mirada a su despacho.

Sabía que no volvería a verlo.

DÍA 14
LUNES, 19 DE JUNIO

10:00 h

Brent entró en el Comfort Inn. Era la primera vez que visitaba el hotel local en años. La estructura de dos plantas ocupaba una parcela muy visible al este de la autopista 16-A, en la carretera comarcal 26, justo en el desvío hacia Concord, y era el mayor de los tres moteles del condado.

Catorce años atrás se había encargado del divorcio que había obligado al marido, un franquiciado de Howard Johnson, a cerrar sus puertas. Un año después, otro franquiciado adquirió el edificio, le cambió el nombre y lo renovó. Ahora tenía cuarenta habitaciones, una piscina, un montón de palmas de abanico, un restaurante elegante y dos amplias salas de reuniones que el Concord Kiwanis Club y el Woods County Lions Club utilizaban con frecuencia, tal como anunciaba un rótulo en la fachada.

Desde hacía años se había establecido la norma de llevar a cabo las negociaciones colectivas en localizaciones externas a la fábrica. Un lugar alejado de la papelera disipaba cualquier acusación de extralimitación y permitía a las partes sentarse cómodamente a la mesa en igualdad de condiciones. Le habían explicado que el Comfort Inn había acogido las dos últimas sesiones de negociación, proporcionando la sala de reuniones de manera gratuita con la esperanza de que la mayoría de los participantes comieran en su restaurante.

Entró en la sala de reuniones justo cuando Christopher Bozin daba un paso al frente y anunciaba:

–Caballeros, ¿les parece que empecemos?

Era un saludo atinado, ya que un rápido vistazo a la estancia le reveló que no había ninguna mujer presente. Bozin concedió a los asistentes tiempo para guardar silencio. Brent encontró una silla vacía justo junto a la puerta, al fondo de la sala.

–Permítanme darles la bienvenida a la novena sesión de negociaciones entre la Southern Republic Pulp and Paper Company y sus tres sindicatos autorizados oficialmente. La empresa hace acto de presencia. Estamos listos para negociar un acuerdo y esperamos poder hacerlo en tiempo récord.

Siguió un leve aplauso.

Bozin dibujó una sonrisa amplia y afable.

Aunque era la primera vez que Brent asistía a unas negociaciones, tenía la sensación de haberlo hecho antes gracias a las gráficas descripciones diarias de Hank. Había unos veinticinco hombres presentes; cada sindicato enviaba una comisión negociadora de entre tres y cinco integrantes, además de un representante de sus internacionales respectivas. Y la empresa había asignado a dos equipos de dos hombres para negociar con cada delegación local, todos ellos del Departamento de Relaciones Laborales. Brent y su jefe irían desplazándose entre los tres grupos negociadores, ofreciendo asistencia jurídica si era preciso.

Los obreros asalariados no parecían estar acostumbrados a sentirse constreñidos por camisas, corbatas y americanas. El conjunto más habitual era una camisa de manga corta blanca lisa o a rayas con una corbata de poliéster y sin chaqueta, aunque algunos lucían lo que parecía su traje de los domingos. Como de costumbre, Hank destacaba entre la multitud con su camisa blanca con gemelos, corbata de seda y unos pantalones azul marino de pinzas sujetados por su característico cinturón de cordobán. Era evidente que los gemelos y la corbata se los proporcionaba el sindicato, ya que, incluso desde la distancia, se apreciaban claramente los colores y la forma del emblema internacional de la HITSE. Todo estaba lustrado, planchado y combinado con gusto. Tanto que sería fácil confundirlo

con uno de los dueños de la empresa, en lugar de con un electricista del turno diurno que cobraba por horas. Bozin concluyó su introducción y todo el mundo empezó a reunirse en sus respectivos grupos. Brent se acercó a Hank, sabiendo que, como diría Ricky Ricardo, «le debía una explicación».

–Para ser un tipo que se mantiene al margen te veo en pleno meollo –comentó su viejo amigo.

–El hecho de estar aquí es una sorpresa para mí tanto como para ti.

–¿A qué se debe?

Señaló a Bozin.

–Recibí una invitación especial de él.

–Supongo que piensan que no podrás ayudarme a menos que veas el espectáculo con tus propios ojos.

–¿Te suena de algo?

Hank sonrió.

–Debe de ser duro ser agente doble, ¿no?

–No me gusta.

Esperaba que Hank captara el mensaje.

–¿Estarás presente durante todo el proceso? –le preguntó Hank.

Brent afirmó con la cabeza.

–Fantástico.

Brent negó con la cabeza.

–No has oído ni una palabra de lo que te he dicho, ¿verdad?

–Lo intento.

No tenía sentido discutir. Así que le susurró:

–¿Has tenido ya tu charla previa de costumbre con Hamilton Lee?

–El sábado por la noche.

Sabía cómo funcionaban esas cosas.

–Así que esto no es más que una puesta en escena.

Hank asintió con la cabeza.

–El trato está cerrado. Solo que estos tipos aún no lo saben.

10:20 h

Jon entró tranquilamente en la atestada sala de negociaciones vestido con su traje de negocios habitual. Rara vez hacía apariciones públicas en las funciones de la empresa, pero necesitaba supervisar la situación y hablar con Bozin.

Su jefe notó enseguida su presencia, se dirigió hacia él y le preguntó en voz baja:

–¿Algo de lo que informar?

Jon se le acercó más y susurró:

–El sábado se hizo un intento frustrado de acceso a la casa de Reed. En breve se volverá a intentar.

–Mantenme informado.

–Lo haré. También quería hacerle saber que tengo un guardia apostado fuera por si precisa ayuda.

–Muy considerado de tu parte. Lo pondré en conocimiento de los sindicatos.

Jon se excusó y se marchó.

Fuera, Victor Jacks estaba junto a la doble puerta, vestido con el uniforme de guardia de seguridad de la Southern Republic. Nadie, ni siquiera Bozin, conocía su verdadera identidad. Jon pasó por su lado e intercambió una mirada cómplice con su colaborador.

Una mirada que decía: «Mantén los ojos y los oídos bien abiertos».

12:00 h

La pausa para el almuerzo se produjo a las doce en punto y todo el mundo se dirigió al restaurante del Comfort Inn, donde se había dispuesto un bufé de mediodía a base de pastel de carne, bistec empanado, tirabeques, quingombó, maíz, puré de patata, galletas y tarta de manzana. Chris observó mientras todo el mundo se llenaba los platos hasta los topes. Luego, pidió una frugal ensalada de la carta con té frío. Los altos cargos y Brent Walker se sentaron con él en una mesa junto a la pared.

–¿Cómo va con Reed? –le preguntó a su director de relaciones laborales.

Los representantes corporativos de los otros dos sindicatos ya le habían informado de que las conversaciones fluían con los trabajadores del papel y los maquinistas.

–Tan puñetero como siempre. Ya ha puesto el grito en el cielo por lo de los cinco años. Quiere que los rebajemos a tres hoy mismo.

–Su deseo se hará realidad en un par de días –dijo Chris, con una sonrisita cómplice que todo el mundo entendió.

Hamilton Lee le había telefoneado la noche anterior regodeándose de su reunión con Reed del sábado. Sabía que los dos hablarían. Había sido así en todas las negociaciones desde los años noventa. Se forjaría un contrato en privado, con el acuerdo de que Reed convenciera subrepticiamente a los otros dos sindicatos y a sus propios afiliados de aceptarlo. No era una práctica que la legislación laboral federal contemplara necesariamente, pero funcionaba. La empresa se beneficiaba. Los empleados se beneficiaban. Y Reed se beneficiaba.

Se volvió hacia Brent Walker, dando por sentado que era la única persona en la mesa que también estaba al corriente de la reunión secreta de Reed con Lee.

–Debes recordar algo, Brent: las negociaciones sindicales no siempre son lo que parecen. Tienen más de ilusión que de realidad.

Brent sonrió.

–Lo tendré presente.

El almuerzo concluyó a las 13:00 horas y todos fueron regresando poco a poco a la sala para la sesión de la tarde. En el camino de regreso, Chris vio a Brent entrar en el aseo de caballeros.

Le siguió.

Brent se estaba secando la cara y las manos con una toalla de papel cuando Chris entró y fue directo al urinario. Estaban solos.

–Hablaba en serio el otro día. Me interesa de verdad conocer tu opinión sobre todo este proceso.

–No estoy seguro de qué puedo ofrecer, más allá de ayudar a la empresa en lo que me necesite.

Le costaba orinar, porque le dolía, pero ocultó su dolor. Vació la cisterna y se acercó a Brent para lavarse las manos.

–Creo que me estás dando evasivas. Todos sabemos que, de un modo u otro, has participado en negociaciones en el pasado. Hank confiaba mucho en tus consejos. Entiendes este proceso. Estoy seguro de que sabes que Hank se reunió con Hamilton Lee el sábado por la noche, tal como hacen siempre antes de las negociaciones. Tú y yo somos las dos otras únicas personas aquí que estamos al corriente. Así que supongo que sabes que ya se ha cerrado un acuerdo, al menos en principio, y que solo necesitamos convencer a todo el mundo de sus bondades. ¿Me equivoco?

Brent guardó silencio. Lo que era una admisión tácita.

Cogió más papel del dispensador.

–Necesito que colabores. Tu ayuda para convencer a todo el mundo. No te pido que traiciones a tu amigo, solo que ayudes a la empresa para la que trabajas. –Hizo una bola con el papel y lo arrojó a la papelera–. De hecho, incluso creo que Hank agradecería tu ayuda. Cada vez se está poniendo más duro cerrar estos pactos.

Se ajustó la corbata y miró a la cara a su empleado más reciente.

–También me gustaría hablar un poco más contigo. En privado. ¿Crees que podrías cenar conmigo?

–Por supuesto –dijo Brent.

¿Qué otra cosa podía decir?

–¿Alguna vez has estado en Hickory Row?

–Me temo que nunca he formado parte de la lista de invitados.

–Pues ahora sí. Ven mañana por la tarde. A las siete. Viste cómodo. Avisaré en la verja de entrada de que te espero.

14:40 h

Ashley estaba vaciando la furgoneta tras la ronda del día. La única oficina postal de Concord estaba en Highland Drive, en el norte del distrito de negocios central. Era un rectángulo gubernamental gris de granito tosco al que proporcionaban sombra altos robles. Tras él se extendía un aparcamiento de asfalto vallado, cuyo acceso estaba abierto. Vio un vehículo conocido entrar en él y detenerse.

De él salió Catherine Walker.

Ashley se sorprendió.

–Me alegro de verla. Hacía tiempo que no nos veíamos. ¿Qué la trae por aquí? –preguntó, intentando ocultar la aprensión en su voz.

–Algo que tiene que resolverse –dijo la mujer mayor mientras se acercaba a ella–. El otro día, Brent y yo tuvimos una conversación. Le dije que la vida seguía. He pensado en ello desde entonces y he decidido seguir mi propio consejo. –Catherine hizo una pausa–. Tengo alzhéimer.

¿Había oído bien? No podía ser.

–Está en un estadio inicial, pero estoy enferma.

Ashley no sabía qué decir.

–Ya veo que Brent no te lo había contado.

Negó con la cabeza.

–Ni una palabra –respondió.

–Ay, es ese abogado que lleva dentro. Dios sabe bien que su padre y él eran expertos guardando secretos. Bueno, no pongas esa cara tristona. Aún es pronto, hay tratamientos, y me quedan unos cuantos años buenos. Ese es uno de los motivos por los que he venido. Para decírtelo. El otro es que tu padre vino a verme.

Otra sorpresa, pero previsible.

–¿Y qué le dijo?

–Le preocupáis Brent y tú. Y a mí también.

–Me prometió que no se metería en esto.

–Quiere a su hija y está preocupado. Yo quiero a mi hijo, y también estoy preocupada.

–Todo esto es un lío y nadie sabe bien cómo resolverlo. –Hizo una pausa–. Brent y yo nos amamos, Catherine. Creo que hace mucho que nos queremos. Deberíamos haberlo solucionado antes de que otra gente resultara herida.

–¿Como tus exmaridos, Paula?

Se le tensó el rostro.

–Eso no es justo.

–Nada de esto es justo. No me malinterpretes. No estoy defendiendo a Paula. Tenía sus defectos y es evidente que era una mujer con problemas. Pero Paula se ha ido.

–Para Brent, no. Sigue sintiéndose culpable.

–Quiero que me digas por qué.

Ashley dudó.

–Creo que eso tiene que preguntárselo a él. No es asunto mío.

–Claro que lo es. Tú eres el motivo por el que se siente culpable. Mira, yo no estaba ciega, veía los problemas que tenía su matrimonio. Brent no era feliz. Siempre parecía haber malestar. Pero no me había dado cuenta, hasta hace poco, del grado de implicación entre mi hijo y tú.

–Brent nunca engañó a su mujer conmigo.

–No esperaba menos de él. Pero tú seguías estando ahí. Una presencia. Un obstáculo. Una competidora para ella. En cierto sentido, eso era peor que un amorío. Tenías su corazón.

–Paula estaba decidida a no soltar a Brent. Creo que sabía desde el principio que él no la amaba de verdad... como un marido ama a su mujer. Brent intentó cancelar la boda, pero ella no estaba dispuesta a permitirlo.

–Pero, si lo amabas, ¿por qué lo dejaste casarse con Paula?

Una pregunta pertinente que ella misma se había formulado en todos los años transcurridos desde entonces.

–Entonces yo estaba hecha un lío. No sabía lo que quería. Era incapaz de centrarme en nada. Brent era el único hombre al que alguna vez me había sentido unida de verdad. Confiaba en él, aunque entonces no era consciente de ello. He tenido que madurar para ver los errores que cometí. Tiene razón, debería haberle dicho lo que sentía. Lo tenía muy desconcertado. Intentó acorralarme para que me definiera, pero no se lo consentí. En cambio, a Paula hay que concederle que nunca tiró la toalla. Se quedó con él y se llevó el anillo y la boda.

–Pero necesitó un embarazo para que eso ocurriera.

–De otro modo, nunca habría pasado.

–Y todo esto lleva enconado... ¿cuánto tiempo?

–¿Para mí? Quince años. Arruinó mis tres matrimonios. Y el de Brent. –Observó atentamente a la mujer mayor, calibrando su reacción–. Le insisto en que no es que nos viéramos a escondidas todo ese tiempo. Nuestra relación no era en absoluto tan física.

Cuando se marchó a Atlanta, pensé que finalmente podría superarlo...

–Pero no fue así.

Ashley negó con la cabeza.

–La cosa solo empeoró. Mi tercer matrimonio fue un desastre desde el principio. Pero yo no quería que Paula muriera, Catherine. Quiero que eso le quede claro. Nadie quería que Paula muriera. Y lo último en lo que nadie pensó fue en que fuera a suicidarse. Y menos que nadie, Brent. No tenía ni idea de que estaba tan inestable.

–Paula era muy reservada. Y esa fue su perdición. Pero ¿qué hay de ti, Ashley? ¿Cuándo planeas tú decirle todo a Brent?

Se quedó mirando fijamente a Catherine Walker.

Y lo vio en sus ojos.

–Tu padre sentía que yo debía saber la verdad. Por supuesto, él no sabe nada de mi alzhéimer. Solo hizo lo que los padres hacen por sus hijas. Ayudarlas. Y me alegro de que así fuera. No he pensado en casi nada más desde que vino a verme. Tengo una nieta que ni siquiera sabía que existía.

El silencio se cernió sobre ellas.

Ambas asimilaron la magnitud de la situación.

Las lágrimas anegaron los ojos de Ashley.

–Brent tiene que saberlo –dijo Catherine–. Tal vez eso os una más.

–También podría hacer que se alejara de mí –replicó Ashley.

–Sí, el engaño puede tener ese efecto, pero es un riesgo que tendrás que asumir. En algún momento, las mentiras tienen que acabar.

A Catherine Walker se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Casi me ha parecido que estaba de mi parte –dijo Ashley.

–Yo estoy de parte de Brent. Si lo haces feliz, y creo que así es, entonces tendrás mi apoyo al cien por cien. No quiero veros sufrir más a ninguno de los dos, ni a él ni a ti.

–Paula se lo puso muy difícil. Él quería poner fin a su relación. De verdad. Pero ella no jugó limpio.

–Cierto. Incluso con su suicidio. Entiendo los remordimientos de Brent. De verdad. Pero ¿qué habría hecho si hubiera sabido que Lori Anne era su hija?

–Me lo he preguntado un millón de veces. Pasó justo antes de que me casara con Manley Simmons. Supe inmediatamente que el bebé era de Brent. Pero le dije a todo el mundo que era de Manley.

–¿Por qué no se lo dijiste antes de que se casara con Paula?

–No lo sé. Me pareció más fácil no decir nada. Seguir adelante.

–Se habría casado contigo.

–Sí, ahora lo sé. Pero entonces no estaba segura.

–¿Y Brent nunca te preguntó sobre Lori Anne?

–Una vez, hace años. Pero le mentí. Manley sospecha, pero, gracias a Dios, nunca ha dicho nada. Y Lori Anne lo adora. Contar ahora la verdad sería devastador para ella.

–Pero mentir siempre es peor.

Amén.

–En el acuerdo de divorcio, Manley accedió a pagar una pensión de manutención por su hija. Y yo la acepté solo para mantener la ficción. Pero he metido hasta el último centavo en una cuenta especial. Supuse que algún día se lo devolvería todo. –Tenía que decirlo–: Amo a Brent, Catherine. Y esta vez no voy a dejarlo ir.

–He venido a decirte que estoy enferma y me estoy haciendo mayor. Necesito saber que mi hijo estará bien. Me temo que Brent duda, porque piensa que no aprobaré nada de esto. Pero no me corresponde a mí tomar las decisiones aquí. Os corresponde a ti y a él, por no mencionar a Lori Anne. Resuélvelo, Ashley. Soluciona esto mientras puedas.

Nunca habría podido mantener esa conversación con su propia madre. Por desgracia, era una mujer egoísta y estrecha de miras que vivía en la otra punta del estado. Tenían una relación cordial, con llamadas en las vacaciones, los cumpleaños y el Día de la Madre. Pero ahí acababa todo. No existía vínculo entre ellas. Lori Anne apenas la conocía. Se sentía mucho más unida a su padre, aunque a veces anhelaba tener una madre.

–Me encantaría tener una nieta –dijo Catherine–, mientras aún pueda disfrutar de ella.

Saltaron las lágrimas.

–Creo que ella también estaría encantada.

16:45 h

Hank se marchó inmediatamente en cuanto concluyó la primera jornada de negociaciones, descartando la oferta de su comisión negociadora de ir a tomar una cerveza en el VFW. Durante la semana siguiente, ninguna de las delegaciones sindicales iría a trabajar a la papelera. Sería en el Comfort Inn donde ficharían desde las 8:00 hasta las 16:30 horas hasta que llegaran a un acuerdo.

En términos generales, el primer día había ido bien. Tras presentar la oferta inicial de la HITSE, Hank se pasó la tarde predicando acerca de las necesidades acuciantes de sus afiliados, entre las cuales se incluían las horas extras garantizadas, nuevos procedimientos para notificar la ausencia del trabajo por enfermedad, indemnizaciones sanitarias y acuerdos salariales. Todas ellas se debatieron agónicamente, hasta el último detalle. La empresa replicó con su oferta inicial y, tal como se esperaba, pidió un contrato de cinco años de duración. Hank fingió sorpresa y puso el grito en el cielo, destacando los inconvenientes de los contratos largos, todo ello en beneficio de su comisión negociadora y para recalcar la percepción de lo duro e implacable que podía ser. Necesitaría una reputación sólida a medida que progresara la semana, cuando finalmente llegara el momento de convencer a las otras dos delegaciones locales, y a sus propios afiliados, de firmar un pacto de cinco años.

«Eso y un poco de suerte», pensó mientras aparcaba su furgoneta en el cobertizo.

Entró en casa, se quitó la camisa y la corbata, y se puso el bañador. No tenía hambre, rara vez cenaba antes de las siete, de manera que salió a la piscina. El sol ya había hecho su tránsito diario sobre el jardín posterior, dejando en su estela una tarde húmeda y cálida. Se zambulló en el agua templada y empezó a relajarse. Unos cuantos largos era todo lo que incluía su programa de ejercicio físico. Estaba en buena forma. No tenía problemas de salud apreciables y preveía vivir una década o dos tranquilamente, como jubilado, viviendo de sus ahorros y de la pensión mensual que la Southern Republic le enviaría para complementar la de la Seguridad Social.

Disfrutó del agua unos minutos más, luego se secó y entró en su despacho. Necesitaba hacer unas cuantas llamadas para recordar a unos cuantos cabezas de chorlito que tenían que comparecer ante los tribunales la semana próxima. El negocio como pagador de fianzas le proporcionaba unos buenos ingresos adicionales, con los que también contaba cuando se jubilase.

Sonó el teléfono.

Pasaba a todas horas, día y noche. Su interlocutor era alguien que necesitaba dinero para pagar una fianza.

–¿Cuál es la comisión? –le preguntó–. Me han detenido por hurto.

–¿De cuánto es la fianza?

–Diez mil.

Y ahora la pregunta del millón:

–¿Algo con lo que avalar? Terrenos, coche, joyas... Algo que me garantice que me devolverás el dinero.

–Pensaba que para eso estaba la fianza.

Todos decían lo mismo.

–La fianza es para la justicia. No pienso desembolsar diez mil dólares míos para que luego decidas no aparecer. Necesito alguna garantía para saber que eres una persona seria.

El interlocutor suspiró.

–Ya volveré a llamarle.

–Dime tu nombre.

Lo hizo.

–¿Tienes algún terreno en el condado?

Lo tenía, le dijo dónde.

–Además, debes sumar los dos mil dólares de mi comisión. El diez por ciento, lo que permite la ley.

–Eso tampoco lo sabía.

–¿Y qué pensabas? ¿Que iba a dar la cara por ti solo porque eres un gran tipo?

–Ya le llamaré.

–Aquí estaré.

Anticipando una posible segunda llamada, cogió el libro de registro tributario de contribuyentes del condado. Compraba un ejemplar cada enero en la Oficina del Comisionado Fiscal del Condado de

Woods. Esos datos posibilitaban comprobar al instante qué tierras eran propiedad de un posible afianzado o su familia y en qué medida estaban gravadas. Confirmó lo que su interlocutor le había dicho. Tenía una parcela de dos mil metros cuadrados cerca de la papelera valorada en ocho mil dólares, con una primera hipoteca de cuatro mil con el Banco Estatal del Condado de Woods. Ahora, si el hombre volvía a llamar, no debería confiar a ciegas en lo que le dijera. Lo había contrastado. Y le gustaba conocer las respuestas antes de que le hicieran las preguntas.

Volvió a depositar el libro de registros en el estante de madera.

Al bajar la vista, vio el portapapeles con la lista de números que había dejado sobre la encimera. Hacía unos días que no pensaba en ellos, porque tenía la cabeza llena con las negociaciones del convenio.

¿Qué serían aquellos números?

Llevaba años metiendo las narices en los archivos de la empresa. En el pasado, echaba un vistazo de vez en cuando a los expedientes en papel. Las fotocopiadoras permitieron a los espías facilitarle información. Y los ordenadores hicieron las cosas a un tiempo más fáciles y más difíciles, con sus contraseñas y cortafuegos. Aun así, pocas cosas en la red de la empresa se libraban de su escrutinio.

Salvo esos números.

Sonó un pitido en el ordenador que indicaba la recepción de un nuevo correo electrónico.

Tenía unos conocimientos informáticos moderados. Ashley le había enseñado muchas cosas. Y él apreciaba la tecnología, porque entendía que podía ser útil para muchos fines. Se sentó frente al monitor y vio que el *e-mail* lo enviaba el miembro sindicado al que le había asignado el trato con la familia de Paul Zimmerman. Cuando un afiliado moría, el sindicato hacía todo lo posible por aliviarle a la familia el dolor y la carga. Y aquella muerte era especialmente desoladora, tanto por lo repentina que había sido como por los niños. A la viuda le aterraba pensar en cómo pagaría las facturas y alimentaría a sus hijos. Hank le había dicho a su hombre que le asegurara que no tendría problemas con ninguna de las dos cosas.

Aquel correo lo ponía al corriente de la situación.

Lo leyó con mucho interés. Se preocupaba por todos sus afiliados, se llevara bien o mal con ellos. Él era su líder y un líder lideraba.

Su hombre le indicó que ya habían rellenado el formulario para la indemnización por deceso y le instó a procesarlo rápidamente. Hizo clic en el archivo adjunto y lo abrió para asegurarse de que todo estuviera en orden. Parecía estarlo. Procesaría el formulario el día siguiente a través de Relaciones Laborales y se aseguraría de que esos cincuenta mil dólares del seguro de vida se pagaran enseguida. Eso ayudaría a aliviar los temores de la viuda.

Pero entonces vio algo.

El número de la Seguridad Social de Paul Zimmerman.

Manuscrito en el espacio reservado para esa información. Dado que era el único número de la Seguridad Social que poseía de sus afiliados, decidió echar un vistazo rápido. Agarró el portapapeles donde tenía la lista.

034156901
456913276
343016692
295617833
178932515
236987521
492016755
516332578

Y encontró una coincidencia en la séptima línea: 492-01-6755. El número de la Seguridad Social de Paul Zimmerman.

Allí.

Parte de la lista.

¿Coincidencia? Ni de coña.

Se recostó en la silla, que chirrió con su peso, y se quedó mirando fijamente el portapapeles.

Estaba más intrigado que nunca.

DÍA 15
MARTES, 20 DE JUNIO

9:34 h

Hamilton Lee estaba inquieto tras su escritorio en la Torre Azul mientras observaba a De Florio sentarse tranquilamente al otro lado. Notó que su subordinado experimentaba una punzada de placer al verlo angustiado.

–¿Qué pasó después de que a tu hombre casi lo pillaran en casa de Reed el sábado? –preguntó.

–Le he ordenado regresar esta mañana.

–¿Y por qué no esperar a que oscurezca?

–Porque Reed está en el trabajo. Y la mujer de la limpieza no va hasta mañana. La luz del día presenta una oportunidad sin riesgos innecesarios.

–¿Qué pasó el sábado?

–Que la hija de Reed estaba en su casa, pero no había ningún vehículo fuera. Por suerte, la cosa se resolvió y mi hombre pudo entrar y salir sin que lo detectaran.

–¿Y hoy qué ha encontrado?

–La lista en el despacho de Reed. Pero nada que indique que sea consciente de su significado. Hemos puesto micrófonos en el teléfono y en el despacho para hacer un seguimiento.

No daba crédito. En los más de veinte años que hacía que el Programa Prioridad estaba en marcha aquella era su primera brecha en la seguridad. Siempre habían sido extremadamente cautelosos. Solo contrataban a los mejores y exigían una perfección absoluta.

Cualquier error se gestionaba con severidad. ¿Y un puñetero relámpago podía hacer que todo saltara por los aires?

–Hay algo más –dijo De Florio–. El jueves pasado el señor Bozin se reunió en privado con Brent Walker. El encuentro duró unos quince minutos en la sala de reuniones principal, después de que el señor Bozin incluyera específicamente a Walker en una reunión de personal. Y ayer Bozin comió con Walker y otra gente de la empresa durante la pausa de las negociaciones. A eso no le doy especial importancia. Sin embargo, después ambos estuvieron a solas unos minutos en el lavabo. El hombre que infiltré en las negociaciones no pudo averiguar si llegaron a hablar o no.

–Pero ¿estaban solos en el aseo?

De Florio asintió con la cabeza.

–Mi hombre entró justo después para asegurarse.

Enseguida recordó que Bozin había insistido la semana anterior en incluir a Brent Walker en las negociaciones. Entonces le pareció claro que era un movimiento inteligente. Al fin y al cabo, ese era el motivo principal por el que habían contratado a Walker. Pero ¿a qué venía que estuvieran manteniendo conversaciones privadas ahora? Conversaciones a las que Bozin no había hecho alusión.

–¿Por qué le parece necesario vigilar de cerca a su socio? –quiso saber De Florio.

–Últimamente, el señor Bozin ha exhibido un comportamiento que al señor Hughes y a mí nos desconcierta.

–¿Dudan de su compromiso con la empresa?

–No estoy seguro. Como bien sabes, Chris es un hombre parco en palabras, lo cual hace que sea difícil saber en qué está pensando.

–El señor Bozin siempre ha mostrado una gran dedicación.

–Pero se está haciendo viejo y no tiene buen aspecto últimamente.

–Sí, yo también he notado cierto deterioro. ¿Hay algo que le preocupe de la relación entre Brent Walker y el señor Bozin?

–No estoy seguro. Solo me resulta curioso que Chris quiera hablar con Walker.

–Podría tener que ver únicamente con las negociaciones o, quizá, con la asociación de Walker con Reed.

–Brent Walker es un recién llegado a este sector. Más allá de ayudar a Reed, poca cosa podría ofrecerle a Chris. Sin embargo, es la asociación de Walker con Reed lo que me preocupa. Reed podría hablarle de la lista. En su día estuvieron muy unidos. Probablemente aún lo estén.

–Pues eso sin duda ampliaría nuestro problema de contención, ya de por sí difícil.

–Caray, Jon, no podemos ir por ahí matando a todo el mundo. La idea era ahorrar dinero, no ayudar con la sobrepoblación.

–Tal vez ahora sea solo un asunto de supervivencia.

Miró de hito en hito a De Florio.

–Y no solo de la nuestra, ¿no?

–Yo desde luego me juego mucho.

–¿De verdad? Supongo que tú puedes volar como un pajarillo. Todo el dinero que te hemos pagado probablemente esté en Europa o en el Caribe, oculto a buen recaudo tras una pantalla legal protectora. No estás casado. No tienes familia. Te proporcionamos todo lo que necesitas. Podrías desaparecer en un pestañeo.

–Quizá. Pero no tengo ningún deseo de pasarme el resto de mi vida en la cárcel, ni de ser un forajido de la justicia.

–Yo tampoco. No obstante, a diferencia de ti, no puedo huir a ningún sitio. Todas mis raíces están aquí.

–Lo entiendo. –Fue todo lo que De Florio parecía dispuesto a conceder.

Lee volvió a los negocios.

–¿Qué recomiendas?

–Seguir vigilando a Reed y averiguar qué hace en cuanto ocurra. Sobre todo, no nos interesa reaccionar con desmesura. Podría no tener ningún interés en esa lista.

–Estoy de acuerdo. Y aún nos falta recuperarla.

–Con eso solo conseguiríamos llamar la atención. Pero he borrado todo rastro de ella de nuestro sistema. Ya no existe.

–Me alegra saberlo.

–Convendría pinchar los teléfonos de la casa de Brent Walker –dijo De Florio.

–Hazlo.

–Y también recomiendo intervenir el teléfono del despacho que Reed tiene en la papelera. Creo que llama a ese lugar el Corral.

–Hazlo.

–Y dependiendo de cuánto se amplíe esto, podría necesitar ayuda externa por un tiempo limitado.

–Contrátala.

–También recomendaría mantener vigilados al señor Bozin y a Brent Walker. Aunque eso debería ser fácil, porque los dos asistirán a las negociaciones. Y ya tengo un hombre infiltrado ahí.

–¿Y qué hay de las noches?

–Tengo una persona de confianza dentro de la casa de Bozin en Hickory Row.

Lee se mostró intrigado.

–No sabía que tenías a gente infiltrada en nuestros hogares privados.

–No las tengo. Capté a esta fuente la semana pasada cuando me dio instrucciones de supervisar al señor Bozin.

Pero Lee tenía sus dudas. Aun así, esa inquietud tendría que aguardar a otro momento.

–¿Necesitamos supervisar electrónicamente la vivienda de Bozin? –quiso saber.

–No lo creo. Mi fuente me mantendrá debidamente informado.

–Para guardar las apariencias, quiero que informes a Bozin de todo lo que has averiguado hasta ahora. Tal como él mismo pidió. Oculta el hecho de que hemos mantenido esta conversación.

De Florio asintió con la cabeza.

–Pero yo sigo queriendo que me tengas informado al instante. Si es necesario, activaremos órdenes de Prioridades de un momento a otro. Será mejor que estés preparado.

–Ya he recopilado información sobre Reed y Walker.

–Bien. Tal como está la cosa, probablemente la necesites.

15:20 h

Habían tenido a Brent acorralado en el Comfort Inn todo el día. Hank lo encontró justo después de la pausa para el almuerzo y volvió a preguntarle por la lista de números. «De verdad, necesito que lo compruebes». Pero no le había proporcionado más información. Habría preferido darle una patada a esa lata y mandarla lo más lejos posible. Sin embargo, al ver que la jornada acababa temprano, se dirigió a su despacho. La lista y sus notas seguían guardadas en el cajón de su escritorio. Las sacó, hizo una nueva búsqueda por el tercer número y localizó un nuevo nombre. La cuarta coincidencia le sonaba de algo. Brandon Pabon. El trabajador indemnizado que había fallecido de sobredosis.

Siguió buscando hasta dar con un nombre correspondiente a cada número.

034156901 William Mesnan, 23 de mayo, infarto
456913276 Patrick Brown, 21 de mayo, fallo renal
343016692 J. J. Jordon
295617833 Brandon Pabon, 6 de junio, sobredosis
178932515 Tim Featherston
236987521 Melvin Bennett
492016755 Paul Zimmerman, 13 de junio, accidente de caza
516332578 Michael Ottman

¿Qué era aquello? ¿Una lista de empleados fallecidos recientemente?

No podía ser.

Hank se la había dado el sábado anterior, el 10 de junio. Tal vez el hecho de que todos los incluidos en la lista estuvieran muertos fuera irrelevante... y el hecho de que Zimmerman figurara en ella, una mera coincidencia. Pero quizá no.

Tenía que indagar un poco más.

Así que seleccionó un número de la lista, Tim Featherston, y buscó sus expedientes de empleo, donde averiguó que había trabajado como electricista hasta que se había jubilado, seis años atrás. Actualmente residía en Reeling, Georgia. El prefijo, el 912, indicaba que la población se hallaba en algún punto en el centro o sur de Georgia.

Descolgó el teléfono y marcó su número. Dos timbrazos después sonó la típica locución con el irritante anuncio: «El número que ha marcado está fuera de servicio». Volvió a marcarlo, solo para asegurarse de no haberse equivocado, pero obtuvo la misma respuesta. Comprobó otra vez el expediente y vio que la beneficiaria de Featherston, en caso de fallecimiento, era su hija. Vivía en el confín norte del condado de Woods. En el expediente figuraban sus datos de contacto. Marcó su teléfono. Contestó una mujer y Brent se presentó:

–Trabajo en el despacho del director jurídico de la fábrica de papel. Estoy intentando ponerme en contacto con su padre, pero el número que tenemos en el expediente ya no está operativo.

–Lo siento, mi padre falleció hace dos semanas.

Se sorprendió.

–La acompaño en el sentimiento. –Tenía que preguntarlo–: ¿Cómo fue?

–Una estúpida picadura de avispa. Tenía una alergia terrible a las avispas y una se coló en su caravana durante la noche.

Enseguida le vino una pregunta a la mente.

–¿Le importa que le pregunte qué día murió?

–A primera hora del día 7.

–Discúlpeme si le he causado alguna molestia. Nuevamente, mi más sincero pésame.

Se despidió y colgó. Cinco de ocho estaban muertos.

Eso no era ninguna coincidencia. Eso era un patrón. Pero necesitaba saber otro dato imprescindible.

Irrelevante.

Hasta ahora.

¿Qué día exactamente había obtenido Hank la lista?

17:40 h

A Brent le impresionó Hickory Row. Prados de color esmeralda rodeados por blancos cercados en los que pastaban purasangres. Gamos y ciervos que corrían a su antojo, sin temor al peligro. Pavos

salvajes, patos de colores y gansos pululando bajo un denso dosel de árboles envolventes.

En un principio, Ashley y él tenían previsto salir a una pizzería. Pero ella entendía la importancia de la invitación de Bozin y decidieron hacer otra cosa durante el fin de semana. La había notado nerviosa los dos últimos días. La noche anterior le había dado la sensación de que quería hablar con él de algo, pero cambiaron de tema y luego ya no lo retomaron. A veces Ashley era así. Hermética, callada, retraída. Era curioso en alguien con una personalidad tan extrovertida. Había intentado varias veces localizar a Hank, pero no le había respondido a las llamadas ni a los mensajes.

El guardia de seguridad de la puerta principal le entregó un mapa impreso con indicaciones para llegar a la cabaña de Bozin y le informó de que se encontraba al final de un callejón pavimentado con el nombre de su propietario. Antes de encaminarse hacia allí, Brent aprovechó la ocasión y recorrió todo el complejo al volante, admirando la opulencia rústica. Finalmente, justo antes de las siete, encontró la casa.

Los árboles de los alrededores proyectaban largas sombras sobre un césped segado salpicado de paja. Dos pavos reales pasaron caminando con la cola desplegada. El exterior era una mezcla de ladrillo, piedra caliza y mortero. En un extremo, una chimenea de piedra revestida por una densa hiedra se elevaba dibujando un arco. Parecía una casa solariega francesa que hubiera sido transportada al otro lado del Atlántico y depositada en los bosques de Georgia. Aparcó en la entrada, junto a una furgoneta de color rojo que conocía bien. Hacía años que llevaba la misma pegatina en el parachoques: «NO LE GUARDO RENCOR A NADIE». La ranchera de Hank Reed. Ahora sabía por qué no le había contestado. Su amigo andaba a la caza de algo mejor.

El timbre anunció su presencia con el suave tañido de unas campanas de iglesia. Al cabo de un momento se abrió la puerta.

–Pasa, por favor –dijo Bozin–. ¿Lo has encontrado bien?

–Sin problemas. –Entró en el elegante vestíbulo, una estancia con bello mobiliario de nogal–. ¿Hank está aquí?

–Nos espera en el salón.

Bozin hizo un gesto hacia un pequeño vestíbulo que desembocaba en una espaciosa sala de estar con techos altos y abovedados propios de una catedral. Posó la mirada en la pared del fondo, ocupada casi por entero por un ventanal. Al otro lado había un patio interior bordeado por luminosas caléndulas. Más allá se alzaban altos pinos y, en la distancia, el destello de un lago. Daba la sensación de que estuvieran al aire libre.

–No sabía que estabas en la lista de invitados de esta noche –dijo Hank, de pie junto a un mueble bar.

Bozin se dirigió hacia el sofá.

–Debo confesar que convoqué esta cena y no os dije a ninguno de los dos que planeaba invitar al otro. Espero que no os importe.

Ni Hank ni él dijeron nada. ¿Qué podían decir? Bozin era el jefe. Pero Brent se preguntó qué se traía entre manos.

–Sentaos. Servirán la cena en breve. ¿Alguno de los dos quiere beber algo?

Hank y él declinaron la oferta, alegando que preferían esperar a la cena.

–Es una casa preciosa –dijo Brent.

–Mi hogar en Atlanta es de corte italiano. Mi despacho, inglés. Así que decidí que este lugar tuviera un aire marcadamente francés.

Charlaron sobre trivialidades unos minutos. Después, Bozin le preguntó a Hank:

–¿Cómo crees que están yendo las negociaciones?

–Hasta ahora bien.

–¿Y pasado mañana? Vamos a cambiar nuestra oferta de tres a cinco años por la mañana. ¿Los sindicatos están listos?

–No les gusta, pero prevén el cambio. Ya tengo mi contraoferta lista. Y las otras delegaciones locales también. No ha sido fácil. Todo el mundo aspira a la luna, pero por ahora todo va según lo acordado.

Bozin sonrió.

–Tan eficiente como siempre, Hank. Sabía que lo lograrías. Aun así, es un buen trato para los empleados. Un tres por ciento de aumento salarial es una cifra generosa, teniendo en cuenta todos los

extras que proporcionamos. Nuestros trabajadores tienen el mejor seguro de salud y el mejor plan de pensiones de por aquí. Dime una papelera que ofrezca algo mejor.

–A mí no tiene que convencerme –dijo Hank–. Yo no tengo quejas.

–Hicimos lo correcto, años atrás, al optar por un seguro propio de la empresa. Nos ha permitido una gran flexibilidad para adaptarnos a los cambios del mercado. No me importa confesaros que al principio me aterraba, pero interiorizar las pensiones y los seguros sanitarios ha demostrado ser un movimiento sólido. Y realmente mereció la pena cuando se aprobó la Ley de Atención Sanitaria Asequible. No tuvimos que hacer demasiados ajustes para amoldar nuestro plan a sus mandatos. Somos una de las pocas empresas que los cumple –continuó Bozin señalando con un dedo– sin que nos cueste una fortuna. Espero que podamos mantenernos. La cosa se está poniendo difícil.

A Brent le pareció un comentario raro y preguntó:

–¿A qué se refiere?

–El sector nacional de las papeleras no atraviesa uno de sus mejores ciclos. La competencia extranjera nos está obligando a bajar los precios por debajo de los costes de producción. La mayoría de las empresas se están expandiendo en el extranjero, aprovechando la mano de obra barata, pero nosotros no lo hemos hecho. La Southern Republic tiene el compromiso de ser cien por cien estadounidense. Quizá sea una decisión insensata, pero seguramente nuestros empleados lo aprecien.

Brent no pudo evitar preguntarse si esa información era cierta u otra estratagema negociadora, quizá como la propia invitación a aquella cena.

–Por suerte, contamos con una buena diversificación en productos de madera y construcción. Aunque el precio del papel se desplome, la venta de productos de construcción puede mantenernos a flote, como lleva haciendo varios años.

Parecía sentirse satisfecho con sus palabras.

–Más vale prevenir que curar –dijo Bozin–. Hank, el trato al que llegasteis Hamilton y tú es bueno. Nos permitirá seguir avanzando. Estamos planteándonos construir una nueva fábrica gigantesca para

tratar papel reciclado, una inversión de cien millones de dólares que probablemente se ubicará en el condado de Woods o sus alrededores. Pensad en la cantidad de empleos que generará.

Apareció un mayordomo en la puerta para indicarles que la cena estaba servida.

–Caballeros... –dijo Bozin, dirigiéndolos con un gesto.

18:00 h

Brent se sentó a la mesa.

La cena estaba servida en un comedor formal y opulento, con suelos de mármol negro pulido y una enorme mesa de alas abatibles rodeada por ocho sillas tapizadas de respaldo alto. Una cajonera tallada hacía las veces de mesa camarera y sobre ella había colgada una pintura al óleo del siglo XVII que Bozin llamó *Retrato de una muchacha*. El plato principal era un filete de lubina pescada, según les explicó su anfitrión, en el lago que había tras la casa. Patatas al horno, suflé de maíz y una ensalada cítrica completaban la comida. Todo se sirvió en porcelana fina con el emblema de Hickory Row repujado en dorado. Les ofrecieron vino, pero tanto Hank como Brent lo declinaron y optaron por tomar té frío.

–Hank, ¿cuánto hace exactamente que trabajas en la papelera? –preguntó Bozin mientras cenaban.

–Este octubre hará treinta y siete años.

–¿Y estás satisfecho?

–La Southern Republic proporciona una vida excelente.

–Brent, tu padre también trabajó en la papelera, ¿no es cierto?

–Más de cuarenta años. Empezó cuando aún era la Republic Board. Ayudó a construir la fábrica y luego lo contrataron como maquinista.

–Yo no lo conocí, pero muchos hombres como tu padre han trabajado para nosotros a lo largo de los años. Nos han ido muy bien.

«Ya puede decirlo», pensó Brent, mientras volvía a echar un vistazo a aquella sala.

–Concord sobrevivió gracias a la Southern Republic –dijo Hank.

–¿Para mejor? –preguntó Bozin.

–Yo diría que sí. Carreteras pavimentadas. Nuevas escuelas. Canalización de las aguas y el alcantarillado. El hospital. El sanatorio. No podríamos habernos costeado ninguna de esas mejoras de no ser por la Southern Republic. La Republic Board cambió algunas cosas, pero no invirtió en la región como han hecho ustedes.

Brent pensó en la época en la que la Southern Republic llegó al condado. Él aún estaba con los *boy scouts,* pero Hank tenía razón, los cambios habían sido profundos incluso durante su vida. Abrieron concesionarios, brotaron bancos como setas, los negocios prosperaron y se construyeron dos centros comerciales. Llegaron las cadenas de restaurantes. Y la televisión por cable. La red de gas natural se expandió hasta ellos. Y con una sustitución mínima pero práctica, las rutas rurales se abolieron y se asignaron direcciones que permitían las entregas del correo a domicilio. En el transcurso de unas pocas décadas, las cosas cambiaron para siempre. En muchos sentidos, lo mismo había pasado con su propia vida, que durante las últimas semanas también había cambiado de manera irrevocable.

–Recuerdo cuando vine aquí, justo antes de adquirir la empresa –dijo Bozin–. La papelera estaba en las últimas, a punto de cerrar. La Republic Board estaba al borde de la bancarrota. Concord era una pequeña comunidad agrícola, un mundo aislado. Supe que iba a requerir mucho trabajo y mucho dinero que las cosas prosperaran. Y así fue. Pero ahora veo que tenemos una población y un condado donde es agradable vivir. Y en nuestro favor diré que hemos sido un buen ciudadano corporativo. Siempre hemos pagado nuestros impuestos, según lo estipulado, y a tiempo.

Pero Brent sabía cómo funcionaban esas cosas. Empleados de la empresa ocupaban de manera permanente escaños en la junta de asesores fiscales, en el ayuntamiento y en la comisión del condado. Por no mencionar el largo mandato de Hank como alcalde. Nunca estaba de más tener amigos en puestos elevados cuando llegaba el momento de tomar decisiones.

Bozin miró a Hank.

–¿Dirías que Concord es una ciudad corporativa?

–Antes lo oía mucho. Los periodistas forasteros querían saber si la Southern Republic lo controlaba todo. Y yo les decía que, hasta donde yo sé, no hay un economato de la empresa donde los empleados gasten toda su nómina para mantener sus cuentas corrientes. La empresa no dicta las políticas de nuestra ciudad ni de nuestro condado. Tenemos franquicias y pequeños negocios que son propiedad y están regentados por personas que no tienen nada que ver con la Southern Republic.

Mientras escuchaba la descripción de Hank, Brent pensó en lo que él siempre había considerado una ciudad corporativa. ¿Seguían existiendo? Lo dudaba. Bastaba con contemplar el declive del sector del acero en los Estados Unidos, los problemas de los fabricantes automovilísticos del país y, tal como había dicho Bozin, la competencia extranjera, que estaba rebajando los precios de todo a mínimos históricos. Costaba incluso sobrevivir. Pero ¿sobrevivir y controlarlo todo?

Eso era casi imposible.

–La verdad es que me sentía insultado cuando la gente pensaba que la empresa mandaba en todo aquí –dijo Hank–. Yo siempre pensé que quien mandaba era yo.

Brent sonrió.

–¿Y no era así?

Lo dijo con evidente tono sarcástico.

–Lo creas o no, era una democracia.

–Hasta que el consejo, o cualquier otra persona, discrepaba contigo.

Bozin soltó una carcajada.

–Te tiene calado, Hank.

Les sirvieron el postre en el salón, una deliciosa tarta de lima coronada con nata montada casera. A Brent no le habría importado comerse otra porción, pero no les ofrecieron repetir.

–¿Cuándo crees que finalizarán las negociaciones? –le preguntó Bozin a Hank.

–Calculo que el lunes o el martes de la semana que viene.

–¿Alguna posibilidad de que sea antes?

–Lo dudo. Los afiliados van a tener que digerir los cambios y hacerse otra vez a la idea de los cinco años. Se tarda un poco en asimilarlo.

–Ese es el punto más peliagudo –dijo Bozin–. Siempre me preocupan los otros sindicatos. Ver si conseguiremos meterlos en cintura. Hank, ¿alguna vez has tenido alguna reserva acerca de nuestra manera de proceder?

–Nunca. Es la única manera de negociar. La privacidad permite llegar a un pacto razonable entre hombres razonables.

El viejo suspiró.

–Me acuerdo del principio, cuando lo negociábamos todo al descubierto. Eran unas sesiones de negociación largas y duras. Robbie Shuman no ponía la cosas fáciles, ¿lo recuerdas?

–Desde luego.

–Brent, ¿tú llegaste a conocer a Shuman? –le preguntó Bozin.

–No, señor. Pero fui al instituto con su hijo. Lo mataron a tiros, si no recuerdo mal. Una atrocidad.

–Robbie era un tipo duro de pelar –dijo Hank–. Pero también era un cabeza hueca.

–Tengo curiosidad, Hank, ¿cuándo fue la primera vez que Hamilton te sugirió mantener sesiones de negociación más privadas?

–Hace mucho tiempo. Me convocó en el despacho de dirección un día y tuvimos una charla. Fue la primera vez que nos sentamos a puerta cerrada.

–Tal vez no lo sepas, pero a Robbie también se le ofreció ese trato. Se negó. La verdad es que era difícil trabajar con él.

–No me sorprende. Robbie era un buen secretario general sindical, miraba por su gente, pero hay muchas maneras de conseguir lo que se quiere. Hay que ser duro. Eso es innegable. Pero lo que no hay que ser es idiota.

–Sin embargo, en su momento, a ti debió emocionarte. Era una oferta para actuar como el negociador por antonomasia entre los sindicatos y la dirección.

–Desde entonces, todas las negociaciones han sido mil veces más tranquilas.

Bozin asintió con la cabeza.

–¿Cómo consigues que los otros dos sindicatos den su visto bueno? No tiene que ser fácil.

–Pues en eso he sido afortunado. Los presidentes de la AIM y la IUTP son amigos míos de toda la vida. Y me escuchan.

–Los pactos que has forjado han sido beneficiosos para todo el mundo. Entiendes la situación, Hank. Y nunca pierdes de vista tu objetivo último. Mantener la fábrica en funcionamiento. Que la gente conserve sus empleos. Eso es lo importante.

–Yo considero que una nómina regular es mucho mejor que un fuerte aumento único, o un beneficio muy generoso, pero que acabará acarreando la pérdida de puestos de trabajo.

Conversaron durante media hora más.

Hablaron de las negociaciones, de la empresa y de Concord.

Bozin parecía disfrutar de verdad gastándole bromas a Hank, y Brent se entretuvo viendo en acción a aquellos dos guerreros. Eran las 20:30 horas cuando se despedían en el vestíbulo.

Sonó el timbre.

Bozin abrió la puerta de paneles tallados.

Fuera había un hombre.

Era alto, con un físico nervudo, duro, atlético. Cuarenta y pocos años, cabello castaño con un brillo apagado por las canas. La expresión de su rostro cincelado era de gravedad, una expresión con una mirada vacía reminiscente de la de un director de funeral. Brent recordaba vagamente haber visto aquella cara antes, en el inicio de las negociaciones del día anterior. El hombre había hablado brevemente con Bozin.

–Jon, no sé si conoces a estos caballeros o no.

–No, señor, me parece que no.

Lo dijo en voz baja, suave, sin imprimir una inflexión clara a ninguna sílaba. Fue presentado como Jon de Florio, jefe de seguridad de la empresa.

–Había oído tu nombre, pero creo que es la primera vez que nos vemos en persona –dijo Hank.

–Yo también lo creo –respondió De Florio–. Puedo volver más tarde.

Bozin le indicó que no hacía falta con la mano.

–No es necesario. Brent y Hank ya se iban.

Bozin los acompañó hasta el porche delantero.

–Me alegro de que hayáis venido. He disfrutado de nuestra conversación. Espero que haya sido iluminadora. Tal vez podamos reunirnos otra vez antes de mi regreso a Atlanta.

Brent y Hank se dirigieron a sus vehículos.

–Tenemos que hablar –le susurró Brent a Hank, sin apartar la vista de delante.

–He visto que me llamabas varias veces. ¿De qué querías hablar?

–De esos números. He encontrado algo.

–¿Debo entender por lo que me estás diciendo que esa lista sí que es algo?

–¿Qué día la conseguiste?

–La noche que regresaste a la ciudad.

El 6 de junio.

Ató cabos.

–Desde luego que es algo.

Luego, volvió la vista atrás.

Bozin se despidió de ellos con la mano y Brent le devolvió el saludo con una sonrisa.

Luego, subió a su coche y encendió el motor, pero se tomó un momento para mirar, a espaldas de Bozin, a Jon de Florio, quien, a través de la puerta abierta de la casa, lo observaba todo.

20:45 h

Chris estaba sentado en el salón escuchando cómo De Florio le informaba de lo que había averiguado hasta el momento sobre Reed y la lista. Asimiló los detalles necesarios para lo que tenía en mente, sin revelar nada con su expresión y mintiendo con sus palabras.

–Al no tener noticias tuyas –dijo–, decidí invitar a Reed para comprobar si yo era capaz de averiguar algo. Hank y yo siempre hemos tenido un trato cordial.

–¿Y ha descubierto algo?

Negó con la cabeza.

–No ha mencionado nada ni remotamente conectado con la lista. –Fingió decepción, pero en realidad se alegraba. Las preguntas se arremolinaban en la mente inquisitiva de De Florio. En especial, una. ¿Qué hacía el novato también allí? De manera intencionada, Chris había optado por no aportar nada sobre ese tema. En lugar de ello, le preguntó–: ¿Qué vas a hacer ahora?

–Mantener la vigilancia. Quizá aumentarla un grado. Hasta que sepamos el alcance de esto, hemos de vigilar de cerca a Reed.

–Estoy de acuerdo. –Esperaba que De Florio invirtiera todos sus recursos en eso. Necesitaba cierta libertad para concluir lo que había empezado–. ¿Están informados ya Hamilton y Larry?

–Eso se lo dejo a usted.

No era tan ingenuo como para pensar que De Florio no había hablado antes con Lee, pero le siguió el juego.

–Me ocuparé de hacerlo por la mañana.

De Florio se puso en pie.

–¿Necesita algo más de mí esta noche?

Él también se puso en pie. Pero se dobló de dolor. Agarrándose el abdomen, intentó recuperar la respiración.

De Florio alargó la mano para ayudarlo.

–¿Se encuentra bien?

Un par de respiraciones profundas y recobró la compostura.

–Estoy bien. De verdad. –Recuperó el equilibrio y se enderezó–. No es nada. Es solo un pequeño problema médico con el que he tenido que lidiar últimamente. Nada serio. Eso será todo. Gracias.

–¿Quiere que llame a un médico?

–No hace falta. –Tomó unas cuantas respiraciones profundas más–. ¿Te alojas en la casa del guarda o en una de las casas de invitados?

–Me han dejado una de las casas de invitados.

–Entonces sé dónde encontrarte.

De Florio se excusó y salió por la puerta principal.

Chris había tenido un día bastante bueno en lo tocante al dolor. Hasta hacía más o menos una hora. Aun así, podría haber disimulado fácilmente sus molestias (Dios sabía que tenía práctica en

ello), pero había decidido no hacerlo a propósito. Con suerte, al mensajero no se le habría pasado por alto el mensaje.

Subió lentamente las escaleras, de peldaño en peldaño. El carillón que había en el vestíbulo anunció que eran las nueve de la noche. Oyó al personal recogiendo la cocina y el salón, y supo que apagarían las luces que aún quedaban encendidas y cerrarían la puerta al finalizar.

Una vez arriba, se desnudó con cuidado y se puso el pijama y el batín. Se cepilló los dientes y, como aún no tenía sueño, salió al balcón a disfrutar de la cálida noche. La tarima de cedro estaba húmeda a causa de un chaparrón que había caído algo antes.

Los grillos y las ranas entonaban una serenata bajo el manto de oscuridad. Su casa estaba en la punta oeste de la propiedad, lejos del río y de casi todas las demás instalaciones. Le gustaba la soledad. Y también le gustaba que sus socios no estuvieran cerca.

La aparición de De Florio había sido fortuita. Daba por sentado que Lee lo estaba vigilando. Y también que De Florio habría reclutado a algún miembro de su personal doméstico como cómplice, motivo por el cual había organizado la cena precisamente allí. Pero el hecho de que De Florio se hubiera presentado en su casa y hubiera sido testigo de primera mano era si cabía más perfecto. Era evidente que Lee y Hughes aún no habían encontrado lo que les había dejado. Antes de aquella noche, no había ninguna necesidad de consultarlo. Cuando lo hicieran, sabía que los acontecimientos se precipitarían. A partir de ese momento, tendría poco tiempo. Necesitaba estar preparado para avanzar de inmediato y rematar lo que había empezado.

Reclinó la cabeza para contemplar el cielo. La luna creciente brillaba en el norte, con una fina capa de nubes que dibujaban esbeltos dedos que velaban y revelaban las estrellas.

¿Cuándo llegaría por fin el alivio?

¿El fin de semana?

¿La semana siguiente?

Con suerte, antes.

21:40 h

Brent le enseñó a Hank lo que había descifrado hasta el momento.

034156901 William Mesnan, 23 de mayo, infarto
456913276 Patrick Brown, 21 de mayo, fallo renal
343016692 J. J. Jordon
295617833 Brandon Pabon, 6 de junio, sobredosis
178932515 Tim Featherston, 7 de junio, picadura de avispa
236987521 Melvin Bennett
492016755 Paul Zimmerman, 13 de junio, accidente de caza
516332578 Michael Ottman

–Tú conseguiste esta lista el 6 de junio –le dijo a Hank–. Pabon murió ese mismo día. Featherston, el 7. Zimmerman, una semana después. Aquí hay gato encerrado. Si esto fuera una lista de los empleados fallecidos, ¿cómo iban a figurar en ella Featherston y Zimmerman?

–Muy buena pregunta.

Lo era.

–Jordon, Bennett y Ottman llevan jubilados mucho tiempo –dijo Hank–. Veamos qué puedo averiguar sobre ellos.

Estaban estacionados en el aparcamiento de césped del centro recreativo principal del condado, donde se encontraban los dos campos de béisbol y el de fútbol, a escasa distancia de Concord. No había nadie más por allí. Eso y la oscuridad les proporcionaba una gran privacidad. Habían conducido hasta allí directamente desde Hickory Row. Hank estuvo al teléfono móvil durante veinte minutos, haciendo llamadas hasta averiguar que los otros tres hombres también habían fallecido, y las fechas de sus muertes.

034156901 William Mesnan, 23 de mayo, infarto
456913276 Patrick Brown, 21 de mayo, fallo renal
343016692 J. J. Jordon, 6 de junio, fallo cardíaco
295617833 Brandon Pabon, 6 de junio, sobredosis
178932515 Tim Featherston, 7 de junio, picadura de avispa
236987521 Melvin Bennett, 8 de junio, *shock* anafiláctico
492016755 Paul Zimmerman, 13 de junio, accidente de caza
516332578 Michael Ottman, 9 de junio, infarto

–Pleno –dijo Brent–. Dos murieron el día 6, el mismo día que tú obtuviste la lista. Y cuatro, después.

–¿Y qué hay de Mesnan y Brown? Estaban ahí incluso antes.

–No sabemos cuánto tiempo llevaba esta lista en los ordenadores de la empresa. Pudo haberse creado incluso antes de esas dos muertes, lo cual significaría que esto es una lista de «gente que va a morir».

Vio que Hank estaba de acuerdo con él.

–No sé demasiado sobre el resto de ellos –dijo Brent–, pero sí sé que Brandon Pabon preparaba una demanda de indemnización que a la empresa iba a costarle varios centenares de miles de dólares. Y su sobredosis le puso fin.

–De acuerdo, Pabon tenía una baja por accidente laboral, pero la mayoría de los demás eran jubilados. Algunos de ellos hacía años que habían dejado la fábrica. El único que seguía en nómina era Zimmerman.

–Los jubilados cobran una pensión –dijo Brent–. Y también presentan muchas solicitudes de reembolso por gastos médicos. Vi en los registros de la empresa que Melvin Bennett tenía un cáncer terminal. Y Ottman, problemas de corazón.

–¿Y qué hay de Zimmerman?

–Él no tenía nada. Pero sus hijos sí tienen algunos problemas médicos caros.

–Es cierto. Fui a su casa el fin de semana pasado, antes del funeral. Su mujer estaba histérica pensando en cómo iba a pagar todas las facturas médicas sin el seguro de salud de la empresa.

–Todo el mundo de esta lista le estaba costando dinero a la empresa. Parece un motivo contundente para que una compañía autoasegurada como la Southern Republic se deshaga de alguien, ¿no opinas así?

Hank negó con la cabeza.

–Has sido fiscal durante demasiado tiempo. La Southern Republic abona solicitudes de indemnizaciones laborales cada año. Han financiado ese sistema con millones de dólares en reserva. Es un sistema robusto y solvente. Y lo mismo pasa con el seguro de salud. Los empleados aportan millones de dólares cada año. No hay

necesidad de matar a nadie. Basta con litigar hasta que uno se cansa.

–¿Alguna vez has oído hablar de la avaricia?

Hank guardó silencio.

–Hace unos días leí algo en una publicación de indemnizaciones laborales que recoge casos de todo el país –explicó Brent–. La viuda de un empleado denunció a una empresa maderera del estado de Washington. Alegaba que la empresa había retenido intencionadamente prestaciones por enfermedad laboral y había bloqueado que su marido pudiera recibir tratamiento médico, todo lo cual, añadía, había comportado su muerte prematura. El estatuto de indemnizaciones laborales del estado contemplaba un único pago de cincuenta mil dólares por defunción del empleado, pero, si el hombre vivía, los gastos se habrían situado en la franja del medio millón de dólares. De manera que la empresa tenía un incentivo para acelerar la muerte de su marido.

–¿Y ganó?

–El jurado la indemnizó con medio millón de dólares y añadió otros dos millones y medio por daños punitivos.

–¿Y esa legislación también se aplica en Georgia?

–Por supuesto. Para una aseguradora, o una empresa autoasegurada como la Southern Republic, es mucho más barato que un trabajador muera a que tenga una enfermedad o una lesión. Los cadáveres no van al médico.

Conocía el procedimiento. Las compensaciones por accidente laboral no tenían nada que ver con la culpa. Ese concepto había sido sustituido por la certeza. Cualquier trabajador que tuviera un accidente en el trabajo recibía una indemnización. Punto. Lo único que se discutía era cuánto y por cuánto tiempo.

–Cosas como el dolor y el sufrimiento, los daños punitivos y los daños no cuantificables no se contemplan –dijo–. La idea es pagarle al trabajador, que se recupere, volverlo a formar si es preciso y que se reincorpore al trabajo.

–¿Crees que la Southern Republic tuvo algo que ver con la muerte de Brandon Pabon?

Se encogió de hombros.

–Es imposible decirlo. Leí su expediente. Era drogadicto desde hacía tiempo. El informe forense indicaba que se había puesto hasta las cejas de heroína. Es posible que fuera una sobredosis. Un accidente afortunado para la empresa. Y también es posible que los otros integrantes de esta lista murieran sin más. Pero piensa en el dinero que la empresa se ha ahorrado con esas muertes.

–Creo que estás leyendo demasiado entre líneas. No es tan fácil matar. Siempre te pillan. Y cada día mueren jubilados.

–Pero no antes de cobrar una pensión que a la empresa le cuesta dinero.

–Nuestras pensiones se financian durante mucho tiempo con fondos invertidos y reservados específicamente para eso. Peleamos por ese dinero cada vez que negociamos un nuevo convenio.

–¿No hace la empresa aportaciones paralelas para los empleados?

–Eso es precisamente por lo que luchamos. Con cada nuevo contrato, esas aportaciones parecen menguar.

–De manera que, si la empresa recorta los costes que debe desembolsar al final, dispondrá de más dinero para negociar al principio, ¿no? ¿Por qué utilizar capital de la empresa cuando puedes usar el dinero de los empleados? Y, ya puestos, eliminas algunas jubilaciones costosas y algunas indemnizaciones laborales especialmente caras. Todo eso genera ahorros que pueden invertirse en otras cosas, como materias primas, sobrecostos, aumentos de precios..., cosas por el estilo.

Brent llevaba pensando en ello toda la tarde, e incluso le había hecho a su jefe algunas preguntas sin trascendencia sobre la industria papelera. Los costes de la madera, del agua, de la electricidad, del carbón, del petróleo, de los productos químicos y del resto de las cosas necesarias para fabricar papel eran prácticamente idénticos en todas las fábricas de papel. La verdadera diferencia entre ellas era el artículo de alto valor: la mano de obra. El coste número uno de cualquier fábrica. Cada papelera tenía sus propios sindicatos, que cerraban sus propios convenios a nivel local. No había dos iguales. Pero era razonable pensar que cualquier empresa que pudiera controlar sus costos de la mano de obra, e

incluso predecirlos con cierta certeza, definitivamente jugaría con ventaja.

Señaló la lista.

–Dime, Hank, si esto es algo inofensivo, ¿cómo es posible que figuren en ella los últimos cuatro nombres?

–No tengo ni idea.

–Tenemos que averiguarlo.

DÍA 16
MIÉRCOLES, 21 DE JUNIO

9:03 h

Lee y Hughes se reunieron en la sala de juntas. Lee había optado por la privacidad garantizada que ofrecía después de que De Florio lo telefoneara la noche anterior y le expresara la necesidad urgente de hablar. Sobre la mesa de reuniones había un teléfono de manos libres.

–Jon, ¿nos oyes? –le preguntó Lee a la caja beis–. ¿Dónde estás?

–En una de las casas de invitados de Hickory Row.

–Cuéntale a Larry lo que me explicaste anoche.

De Florio describió lo que había presenciado en casa de Bozin y su conversación posterior.

–¿Y tu valoración? –quiso saber Lee.

–Decididamente, hay que vigilar al señor Bozin.

–Menudo cambio de actitud con respecto al otro día.

–No veo motivo para que el señor Bozin convocara en su casa a Reed y a Walker.

–Quizá sea solo lo que Chris explicó –dijo Hughes–, que intentaba averiguar algo.

Lee no estaba convencido.

–Pero ¿qué podía averiguar él? Chris sabía que el trato estaba cerrado. No había necesidad de tener ninguna conversación más con Reed ni con Walker. Y dudo mucho que Reed fuera a pedirle a Chris su opinión sobre qué puede ser esa lista.

–Estoy de acuerdo –convino De Florio–. Y observé algo más. El señor Bozin no se encontraba bien. Era evidente que sentía dolor.

–¿Algo en concreto? –preguntó Lee.

–Cuando se levantó de la silla, notó un dolor intenso en el abdomen y estuvo a punto de perder el equilibrio.

–Me he dado cuenta de que Chris parece haber adelgazado últimamente –dijo Hughes–. Lo había atribuido al ejercicio físico o a que hiciera dieta. Siempre ha sido muy meticuloso con eso.

–El señor Bozin indicó que se debía a un problema médico sin importancia. Nada serio.

–Quizá deberíamos indagar un poco más –propuso Lee–. Nos pondremos en contacto contigo, Jon. Mantennos informados de cualquier cambio. –Colgó el teléfono–. ¿Puedes acceder a los registros del seguro médico desde aquí?

–¿Qué buscamos?

–Cualquier solicitud de cobertura a nombre de Christopher Bozin.

Hughes se giró hacia el ordenador y tecleó. Un minuto después anunció:

–En el expediente de Bozin figura un cargo hecho hace dos días por un tal doctor Darrin Edwards por pruebas diagnósticas y una visita a la consulta.

–¿A cuánto asciende?

–A mil ochocientos cuarenta y dos dólares, incluidos análisis de laboratorio hechos internamente.

–¿Cómo podemos ampliar la información?

–Puedo solicitarle al controlador de siniestros que verifique el tratamiento.

Aunque la empresa estaba autoasegurada, procesar las reclamaciones internamente resultaba demasiado caro, así que habían subcontratado para esa parte del proceso a una empresa externa. Aun así, todos los pagos debían estar aprobados por el Departamento de Contabilidad antes de efectuarse.

–¿Cuánto tardarán en comprobarlo? –preguntó.

–Ni idea. Es la primera vez que hago esto.

12:00 h

Hank se saltó el almuerzo en el Comfort Inn, salió por una puerta lateral y condujo rápidamente tres kilómetros al este, hacia Concord. Llegó al despacho de S. Lou Greene justo cuando el abogado estaba saliendo por la puerta trasera y se dirigía a su Jaguar rojo.

–Vaya, salía a comer justo ahora. ¿Por qué no me acompañas? –le propuso Greene.

Nunca se había dejado ver en público con Greene y no tenía intención de empezar a hacerlo ahora.

–Mejor que no, Lou. ¿Puedes pedir que te traigan la comida? Tenemos que hablar.

–Me apetecía comida china.

–El Domino's reparte a domicilio.

Volvieron a entrar, subieron al despacho de Greene y se sentaron.

–Échale un vistazo a esto –dijo, desplegando el papel y entregándoselo.

034156901 William Mesnan, 23 de mayo, infarto
456913276 Patrick Brown, 21 de mayo, fallo renal
343016692 J. J. Jordon, 6 de junio, fallo cardíaco
295617833 Brandon Pabon, 6 de junio, sobredosis
178932515 Tim Featherston, 7 de junio, picadura de avispa
236987521 Melvin Bennett, 8 de junio, *shock* anafiláctico
492016755 Paul Zimmerman, 13 de junio, accidente de caza
516332578 Michael Ottman, 9 de junio, infarto

–Cuando llegó a mis manos la nota interna de Lee, encontré esta lista. Estaba en un archivo protegido que la oficina central guarda en el sistema. Bloqueado por un cortafuegos y una contraseña de máxima seguridad.

–¿Y cómo diablos conseguiste saltártelos?

–De pura chiripa. Un relámpago dañó el sistema. No sé cómo pasó. Lo que sé es que pasó.

–¿Y estaba tal cual?

Hank negó con la cabeza.

–Brent averiguó que eran números de la Seguridad Social. Comprobó los nombres correspondientes y vio que había algo raro y lo puso en mi conocimiento. Anoche estuvimos trabajando en ello y rellenamos los espacios en blanco.

Greene estudió la lista.

–Este tipo de aquí, Brandon Pabon, era mi cliente. Murió hace un par de semanas. Se me rompió el alma. Era un caso fantástico.

–Sí, es lo que me ha dicho Brent.

–Trabajaba en la planta de bolsas y tuvo un accidente laboral. La Southern Republic intentó llegar a un acuerdo rápido, pero este tipo sabía lo que se hacía. Vino a verme, fue a los médicos adecuados y dijo lo que tenía que decir. Tenía el caso listo para ordeñarles más de doscientos mil dólares cuando un día se tomó demasiados Valiums. Y heroína también, si no recuerdo mal.

Hank necesitaba saberlo:

–¿La empresa ponía pegas a pagar la indemnización?

–Como de costumbre. Pero Pabon sabía jugar bien sus cartas. Hizo lo que le dije. –Greene meneó la cabeza a ambos lados–. Perdí unos buenos honorarios.

Hank le explicó lo que Brent pensaba sobre aquella lista.

–Brent tiene razón acerca de las indemnizaciones laborales –convino Greene–. A la empresa le sale mucho más barato que un empleado muera a que se lesione o enferme. Ese hombre tuyo, Walker, tiene buena vista.

–Ya te dije que era listo.

–¿Y qué piensa hacer al respecto?

–Nada..., hasta que yo le diga algo. Le dije que quería seguir investigándolo y comentarlo contigo. ¿Qué harías tú?

Greene estudió la lista.

–Debo confesar que es muy sospechosa. Hay un montón de preguntas sin responder. Y la Southern Republic es la única que puede ofrecernos respuestas. Tal vez sea necesario encararse a ellos. De frente.

–Pero no antes de tener los contratos bien atados. Lo mismo le he dicho a Brent. Primero tengo que conseguir blindar esos pactos. La

gente de esta lista está muerta. Esperar unos pocos días para llegar al fondo de esta cuestión ya no les va a suponer ninguna diferencia.

–Es un poco frío pensar así, ¿no te parece?

–Sí. Pero ahora mismo tengo que lidiar con personas vivas que necesitan sus nóminas y sus pagas. –Miró la hora en su reloj–. Y hablando de eso, debo volver a la mesa de negociación. Está a punto de desencadenarse un infierno. La empresa va a cambiar la oferta inicial y la duración del contrato va a pasar de tres a cinco años. A los otros sindicatos no les va a gustar. Va a ser una tarde larga.

Greene parecía perdido en sus pensamientos.

–Déjame hacer una fotocopia de esto antes de irte. Quiero darle algunas vueltas más también.

12:45 h

–No te amo –le dijo Brent a Paula–. Eso es lo que pasa.

–Es por ella otra vez, ¿no?

–No. Es por ti. Hace mucho tiempo que es por ti.

–Brent, ya hemos pasado por esto antes.

Su voz no transmitía preocupación. Era como tener una desavenencia sobre si salir a comer a un restaurante o cenar en casa. No sobre el hecho de que su marido quisiera divorciarse.

–Paula, te lo repito, no hemos pasado por esto. Ahí está precisamente el problema.

–¿En serio quieres divorciarte de mí? ¿Qué hay de nuestros padres?

–Ellos no tienen nada que ver en esto, pero lo entenderán.

–¿Y si no es así?

Paula siempre utilizaba a los demás como su última arma.

–Millones de personas se divorcian cada día y se llevan bien. No hay motivo para que nosotros no podamos ser una de esas parejas.

–¿Tienes previsto quedarte a vivir en Concord?

–Por supuesto. Aquí está mi hogar. Y mi despacho.

–¿De verdad te estás planteando casarte con esa criaja?

A Brent le parecía poder oír los pensamientos que se arremolinaban en la enrevesada mente de Paula. ¿Qué pensaría su grupo de bridge*? ¿Cómo lo explicaría en la reunión del club femenino de los jueves? ¿Y del club de lectura?*

Siempre le había importado el qué dirán.

–¿Te imaginas a Ashley Reed en la gala del Colegio de Abogados del estado de Georgia?

De hecho, a Brent le pareció que Ashley se desenvolvería perfectamente y él no tendría que soportar las actuaciones propias de los Óscar a las que Paula lo había sometido muchas veces. Paula se pasaba la velada conversando sobre temas triviales solo para decirle, de camino a casa, cuánto despreciaba a casi todo el mundo y contarle cotilleos que él no tenía ningunas ganas de saber.

–¿Podemos hacerlo de manera amistosa o habrá guerra? –le preguntó él.

–¿Qué propones?

–Tú te quedas con esta casa y con tu coche. Yo te ayudaré durante un tiempo a pagar la hipoteca y las letras del coche. Pero tendrás que trabajar. Estoy seguro de que la junta de educación estará encantada de tenerte de vuelta. No tenemos muchas deudas, pero yo me encargaré de saldar lo poco que tengamos. Y dividiremos el dinero en efectivo que tenemos en el banco.

–¿Y qué hay de tu bufete?

–Eso no está sobre la mesa.

–¿Qué pasa si yo quiero que lo esté?

–No lo hagas –le dijo, y ella pareció entender que habría trazado las líneas de la batalla al leer en la mirada de Brent un «¿De verdad quieres librar esa guerra?»–. Paula, se ha acabado. Para mí ya hace tiempo. Tengamos un final tranquilo.

–No soy boba, Brent. Sé que ella está implicada en esto.

–Pues entonces sí que eres boba, porque ella no está implicada en nada. Sí, Ashley me importa, y lo sabías antes de meterte en esta relación, pero nunca te he sido infiel. Confieso que, en mi mente y en mi corazón, sí quería a otra persona. Pero nunca he hecho nada al respecto. Llevo tres años intentando que esto funcione...

–No te entiendo, Brent.

–Ese es precisamente el problema. Que nunca me has entendido.

–Lo que entiendo es que ella es el problema y lo ha sido desde el primer día.

–Si lo recuerdas, vine a decirte que no quería casarme contigo.

–Pero estaba el asunto de nuestro hijo.

–Siempre había algo que parecía facilitar posponer lo inevitable. Esta vez no hay nada.

–Podría contratar al abogado de divorcios más malvado que haya en la ciudad y ponértelo muy difícil.

–Podrías. Pero no lo harás.

La contención era sin duda la mayor preocupación para ella. Y necesitaba tiempo para idear la coartada perfecta para explicar convenientemente su ruptura. El estrés del trabajo. El hecho de que él trabajara tanto. Que no tuviera tiempo para ella. Quizá, si era preciso para generar la máxima compasión, dejar caer el rumor de que había otra mujer. Aunque con eso tenía que andarse con cuidado, porque podía interpretarse como que ella había fallado en cierto sentido.

La observó asimilar la gravedad de la situación. Por primera vez en muchísimo tiempo parecía verdaderamente preocupada, quizá consciente de que aquello estaba pasando de verdad.

–La amas, ¿verdad? –preguntó Paula.

Era la pregunta que más había temido que le hiciera, pero decidió ser sincero.

–Sí.

–Maldito desgraciado.

–Diez minutos después salió de casa hecha una furia. Una hora más tarde estaba muerta –le explicó Brent a su madre.

–Tú no la mataste –dijo ella.

–Como si lo hubiera hecho.

–No puedes seguir haciéndote esto.

Estaban sentados a la mesa de la cocina. Brent había ido a comer, tras decidir que ya era hora de que su madre supiera la verdad. Oyó a Grant y a James, los nietos de su vecina, jugando fuera. Era la

segunda vez en la vida que le explicaba a alguien lo que había ocurrido aquel último día.

–Hijo, entiendo que Paula no era la persona más fácil del mundo.

–Aprendí a convivir con ello.

–¿Qué quieres decir?

–Que hubo tiempos en los que realmente la quise, sobre todo al principio. Pero otras veces tenía que esforzarme mucho para no odiarla. Y cuanto más mayores nos hacíamos, más se deterioraba la situación.

–Lo que le pasaba a Paula es que quería ser algo que no era.

–Nunca le fui infiel. –Sintió que necesitaba repetírselo.

–Eso ya lo sé. Iría en contra de tu naturaleza.

–Pero tampoco podía negarle que quería a Ashley.

–¿Y Ashley te ama?

Brent asintió con la cabeza.

–Es una buena mujer. Un poco coqueta, pero la última vez que lo comprobé eso no era delito.

Brent sonrió.

–No, por suerte no.

–Todo el mundo en esta ciudad te diría que es una madre excelente. Trabaja, paga sus facturas. Nunca he oído a nadie hablar mal de ella.

–Cometí un error hace años. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Paula y yo fuimos novios durante dos años antes de casarnos. Pero entonces yo no creía que pudiera construir una vida con Ashley. Le costaba comprometerse. Así que me quedé con el premio de consolación. Y no estuvo bien.

–Sin embargo, fue Paula quien tomó la decisión al subirse a ese coche. Tú no tenías ni idea de lo que iba a hacer.

Así era.

–Llevaba deprimida un tiempo, pero eso no era algo inusual en ella. Tenía altibajos. Supongo que pensó que morir era mejor que divorciarse. ¿Quién sabe?

–Tienes que dejar atrás el pasado. No puedes sentirte culpable toda la vida.

–No dejo de pensar en aquel día y en lo triste que debía sentirse cuando murió. Había intentado convencerme a mí mismo de que no estaría soltera mucho tiempo. Muchos hombres querrían una mujer como ella.

Era parecido, pensó, a escoger entre mobiliario de madera noble o de contrachapado.

–Ese día le dijiste a Paula que creías amar a Ashley. ¿Y ahora? Han pasado muchos años.

No lo dudó.

–Sigo amándola.

–Entonces, hijo, creo que ya es hora de que los dos hagáis algo al respecto.

18:05 h

Lee alzó la vista cuando Hughes entró airadamente en el despacho y cerró la puerta.

–Darrin Edwards es oncólogo. Chris es paciente suyo desde hace un tiempo. Se está muriendo, Hamilton. Cáncer de próstata. Se le ha extendido por todo el cuerpo. No hay nada que puedan hacer.

–Lo sabía –dijo–. He tenido ese presentimiento todo el día. Finalmente todo empieza a cobrar sentido. Ese viejo zorro trama algo.

–Pero ¿por qué? Solo se implicaría a él mismo.

–Porque calcula que estará muerto cuando todo eso ocurra.

–Aun así, su patrimonio estaría en riesgo.

Lee se levantó, se dirigió al ventanal y contempló el centro de Atlanta enmarcado ante él.

–Chris no tiene familia directa y el dinero ha dejado de importarle. Lo que quiere es cobrarse nuestras cabezas. Sabe que hace tiempo que le hemos bloqueado de tener voz y voto real en las decisiones de la empresa. Siempre me ha dado la murga con que no trabajo. Ya lo oíste en la reunión de la junta. Cree que no muevo un dedo.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta del despacho.

–¿Adónde vas?

–A averiguar qué se propone ese cabrón.

Hacía una hora que había acabado la jornada laboral y en la planta reinaba el silencio. Solo se oía el leve susurro del aire acondicionado y algún crujido esporádico de los muros exteriores debido a la contracción y la expansión del vidrio tintado por efecto del sol vespertino.

Entraron en la zona del despacho de Bozin por las altas puertas acristaladas. Una puerta de caoba comunicaba el antedespacho de la secretaria con el despacho principal.

La cerradura estaba abierta.

–Parece que Chris nos estaba esperando –dijo Lee cuando entraron.

–Que yo sepa, siempre cierra con llave –dijo Hughes.

–Quizá Nancy se olvidara de hacerlo.

–Tú sabes tan bien como yo que esa mujer no hace nada sin consultárselo a él, y que nunca se le olvida nada. Si está abierta es porque Chris le dijo que la dejara así.

La forma angulosa del edificio configuraba una multitud de espacios esquineros y cada uno de los propietarios poseía un despacho de forma pentagonal lo bastante grande para contar con dos ventanales exteriores. El de Bozin, enmoquetado, reflejaba su orden y pulcritud característicos. Sobre el escritorio, resplandeciente y sin una mota de polvo, no había ni un papel. Había unas cuantas carpetas en una cesta de cuero azul a un lado y las notas de los mensajes telefónicos y el correo perfectamente apiladas sobre un cartapacio, a la espera de revisión. Había un portalápices de cuero con bolígrafos y lápices afilados. En el centro había una lámpara de escritorio de latón. Y, a través de las cortinas abiertas de los dos ventanales, el sol de la tarde bañaba el espacio.

–Da la sensación de que aquí no trabaja nadie... –comentó Lee.

Hughes señaló el ordenador.

–Chris hace casi todo su trabajo electrónicamente.

–¿Comprobamos el escritorio?

Hughes se dirigió tras él a los cajones, que se abrieron con facilidad.

A Lee no le sorprendió.

Observó mientras Hughes los registraba. Había algunos artículos de papelería, una agenda telefónica, bolígrafos, clips de papel, una grapadora y una calculadora. Todo en su sitio. Sobre un aparador que había tras el escritorio se ubicaban dos archivadores. Los hojeó por encima. Nada de interés.

–¿Qué buscamos exactamente? –preguntó Hughes.

Lee señaló el monitor.

–Enciende ese trasto.

Hughes se acercó en la silla con ruedas y encendió el terminal, que se abrió por el menú principal.

–¿Algún archivo personal?

–Dudo que podamos acceder a ellos sin saber la contraseña de Chris.

–No creo que eso vaya a ser ningún problema.

Hughes abrió el directorio, que no estaba protegido.

–¿Cómo sabías que podríamos entrar?

–Porque quiere que miremos.

Escanearon el índice. Sobre todo eran datos económicos de la empresa. Lee reconocía la mayoría de ellos. De vez en cuando aparecía algún que otro archivo personal que podía merecer la pena investigar.

Hacia la parte inferior sus ojos se posaron en:

PARA HAMILTON Y LARRY

–¿Qué es eso? –preguntó Hughes, sin poder apartar los ojos de la pantalla.

–Es lo que se supone que debemos encontrar. Ábrelo.

Hughes lo abrió y leyeron el archivo de arriba abajo. Dos veces.

–Tenemos un gran problema –dijo Hughes–. ¿Qué le ha dado a Chris?

–Venganza –farfulló Lee–. ¿Ese archivo está en el sistema principal?

Hughes negó con la cabeza.

–Solo está almacenado aquí, en este ordenador.

–Bórralo. Aunque estoy seguro de que habrá más de una copia.

Hughes aporreó el teclado.

–¿Qué vamos a hacer, Hamilton?

Comprobó la hora en su reloj. Eran las 18:23.

–Esta tarde ya nada. Pero mañana a primera hora vamos a llevar nuestro trasero hasta Concord.

DÍA 17
JUEVES, 22 DE JUNIO

11:16 h

Finalmente, Chris se presentó en la sesión matutina de las negociaciones contractuales. Lo habían retenido en la fábrica, donde se había pasado casi una hora revisando por última vez la memoria USB. Llegó al Comfort Inn justo en el momento en el que la IUTP finalizaba sus negociaciones del contrato. Asombrosamente, se había llegado a un consenso en todos los puntos con los trabajadores del papel y el director de la delegación de la empresa le informó con orgullo de que se había iniciado la redacción de un acuerdo preliminar. La rapidez le sorprendió, sobre todo teniendo en cuenta la predicción de Reed de la noche anterior, pero un guiño de este durante la pausa le indicó que la jugada había salido mejor de lo que anticipaba.

–Uno cerrado, faltan dos –le dijo Chris al director ejecutivo desde su móvil en el vestíbulo.

Ambos se alegraban de que un tercio del trabajo ya estuviera hecho.

Colgó y, cuando se dirigía de nuevo a la sala de reuniones, un guardia de seguridad que llevaba apostado fuera toda la semana se le acercó. Había albergado dudas acerca de aquel hombre, se preguntaba si trabajaba para De Florio. Como mínimo, tenía claro que le informaba de lo ocurrido.

–El señor De Florio ha pasado por aquí antes –le dijo el guardia–. Como usted no estaba, le ha dejado esta nota.

El hombre le entregó un papel. Mientras el guardia se alejaba, lo abrió y lo leyó:

TE ESPERAMOS,
YA SABES DÓNDE

Sonrió.

Por supuesto que lo sabía. Parecía que por fin sus socios habían recibido el mensaje. Perdió deliberadamente el tiempo durante otra media hora antes de salir del Comfort Inn. Luego, en uno de los coches blancos de Hickory Row, él mismo condujo directamente hasta el Palacio de Drácula. Su personal le había dicho cómo apodaban a aquel lugar y le pareció que era un apodo muy acertado. No solo como referencia a su peculiar arquitectura, sino como una descripción pertinente de su ocupante. Un sirviente le abrió la puerta y lo condujo hasta el estudio privado de Lee.

Al entrar, cerraron la puerta a su espalda.

Lee estaba sentado a un pequeño escritorio. Hughes estaba delante de él. Sus rostros revelaban que ninguno de los dos estaba de buen humor.

–¡Caramba! ¿Qué os trae a los dos por estos bosques de Georgia?

–Sabes perfectamente por qué estamos aquí –le espetó Lee.

Se acomodó en una butaca y decidió hacerse el despistado.

–Por favor, iluminadme.

–Sabemos que tienes problemas de salud –le dijo Hughes–. Y hemos leído la confesión que había en tu ordenador. ¿Qué pretendes demostrar, Chris?

Fulminó con la mirada a Hughes.

–No pretendo demostrar nada. Al contrario, lo que pretendo es refutar cosas.

–¿Qué quieres decir?

–¿Qué eras tú hace treinta años, Larry? Un comercial papanatas que dejaba en depósito bolsas de papel de estraza en cadenas de tiendas preocupado por cuánta comisión acabaría cobrando el mes siguiente. Vivías en una caja de cerillas de tres dormitorios y probablemente cada verano agonizabas por si habías ahorrado lo

suficiente para tomarte dos asquerosas semanas de vacaciones. ¿Y qué conducías? ¿Un cacharro con ciento sesenta mil kilómetros? Y mírate hoy. Ese traje que llevas puesto debe costar unos mil dólares. Y esos gemelos mucho más. Y ese reloj de diamantes debe de valer al menos veinte de los grandes. ¿Y qué tienes, dos amantes? ¿Y cómo has venido hasta aquí? ¿En el *jet* privado? Has prosperado mucho.

–Desde luego.

Se volvió hacia Lee.

–¿Y qué hay de ti, Hamilton? Un ayudante de director de producción en una fábrica de papel. Un hombre asalariado que cobraba por cuarenta horas y trabajaba sesenta. Sujeto a que la dirección lo despidiera por capricho sin motivo. Más o menos como los centenares de empleados que ahora trabajan para ti. La pertenencia a varios clubes de campo, las cenas en la mansión del gobernador y las comidas con el alcalde actuales no encajan demasiado con este tipo de empleo, ¿no es cierto?

–¿Adónde quieres llegar, Chris?

–Lo sabéis perfectamente. Hace años que los dos lo sabéis. Desde que decidisteis excluirme. Supongo que olvidasteis quién consiguió el dinero que hizo todo esto posible, y quién lo administró. De haber sido por vosotros, hace veinte años que nos habríamos ido a pique. Prosperamos gracias a una gestión cuidadosa, no codeándonos con burócratas y llenando los bolsillos de políticos.

–Nadie ha dicho que no apreciáramos tus aportaciones –intervino Lee.

–Pero tampoco nadie me dio las gracias.

–Así que ¿de eso se trata? ¿Estás enfadado por perder las votaciones?

–Sabéis bien lo que tiene que parar.

Lee se recostó en la silla y pareció analizar sus palabras.

–Si no recuerdo mal, la idea de las Prioridades fue tuya.

–Y no lo niego. Era joven y avaricioso. Pero no necesitamos seguir priorizando nada.

–Un poco tarde para arrepentimientos, ¿no crees?

–¿De verdad no te preocupa, Hamilton? ¿Alguna vez piensas en las familias que quedan atrás?

Lee se encogió de hombros.

–Gracias al programa, hemos conseguido proporcionarle una vida sólida a mucha gente durante mucho tiempo.

–Afrontémoslo, Chris –dijo Hughes–. Sin el Programa Prioridad, nos habríamos hundido o, como mínimo, habríamos tenido que desescalar. Ha resultado ser una manera fantástica de mantener los costes bajo control.

Lo repitió:

–Ya no lo necesitamos.

–No digas tonterías –le espetó Lee–. ¿Cuántas empresas papeleras han plegado velas en los diez últimos años? Tenemos competencia de Japón, de Canadá, de México y de Brasil, de lugares que ni siquiera imaginábamos hace treinta años. Puedo nombrarte a una docena de empresas del sudeste de Estados Unidos que no lograron mantenerse a flote. Piensa en todos los puestos de trabajo que se han perdido en esas comunidades. Concord en ningún momento ha sufrido nada parecido. De hecho, mientras todo ese desastre tenía lugar, nosotros seguimos expandiéndonos y contratamos a más personas.

–Una prosperidad construida con sangre.

–¿Y qué? –preguntó Lee–. ¿Quién lo sabe? Además, nadie tendría manera de enterarse nunca. Lo único que saben nuestros empleados es que reciben una nómina cada primer y cada tercer jueves de mes. Y que cuando van al médico les pagamos las facturas. Y que cuando se jubilen, tendrán una pensión cada mes que complementará la Seguridad Social. Tienen una buena vida. Estable y segura.

–Hasta que enviamos a De Florio o a uno de sus colaboradores a visitarlos.

Lee replicó con indiferencia:

–¿Por qué te pones tan filosófico? ¿Es porque te estás muriendo?

–Porque solo puedo pensar que los dos seguiréis adelante... una vez que yo no esté.

–Hemos borrado lo que había en tu ordenador –dijo Hughes.

–Tengo montones de copias.

–¿Y qué pretendes hacer con ellas? –preguntó Lee.

–Aún no lo he decidido.

Lee suspiró.

–Supongo que te das cuenta de que no nos dejas alternativa.

–Siempre hay alternativas, Hamilton.

–¿Por qué has estado hablando con Brent Walker y Hank Reed? –preguntó Lee–. ¿Por qué los invitaste a tu casa? ¿Por qué implicar a otros, Chris? Sabes perfectamente lo que tendremos que hacer. ¿No tiene madre Walker? ¿Y Reed una hija y una nieta? Haremos lo que haga falta. No pienso poner en peligro el futuro de esta empresa ni de las personas que dependen de nosotros. ¿Por qué no ahorrarles ese dolor?

–Ciertamente, será interesante, Hamilton. Eso te lo prometo.

Lee se encogió de hombros.

–Haz lo que te parezca.

Se puso en pie.

–Supongo que esta será nuestra última reunión. Os desearía suerte, pero mentiría. Prefiero despedirme diciendo: «Nos vemos en el infierno».

Se marchó sin darles tiempo a responder.

Una vez fuera, entró en su coche y condujo directo hasta el extremo opuesto de Hickory Row. Al salir del camino de acceso a la casa de Lee se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó la micrograbadora que llevaba encima.

Un poco antigua, pero efectiva.

Deslizó el botón de reproducción/grabación para apagarla y sonrió, contemplando la última prueba que necesitaba.

13:20 h

Lee permaneció sentado en silencio.

–Ese viejo asqueroso nos va a hundir –dijo Hughes.

–No si yo puedo impedirlo.

–No tenemos ni idea de lo que se propone.

–Lo que sea que tenga previsto lo habrá planificado con meticulosidad. Y ahora mismo, nos lleva ventaja.

–De Florio debería gestionar este asunto.

Estaba de acuerdo.

–Pero hay que hacerlo bien.

Alguien llamó a la puerta del estudio. Uno de los sirvientes entró y anunció:

–La comida está lista.

–Iremos en unos minutos.

El empleado se marchó.

–Habla bajo –dijo Lee–, no estamos en la sala de juntas. –Reflexionó unos instantes y añadió–: Chris se está muriendo de cáncer; no debería ser difícil inducir una muerte coherente con ese hecho.

–¿Y la autopsia?

Lee sonrió con complicidad.

–Como sus socios más cercanos, Chris dejó instrucciones específicas de que lo incineraran. Por supuesto, honramos tal petición y eliminamos inmediatamente su cadáver. No hay familia a la que interrogar y, para cuando alguien se dé cuenta, solo quedarán cenizas. Además, una vez que todo el mundo sepa que se estaba muriendo de cáncer, no habrá preguntas.

–Supongo que nos aseguraremos de dar a conocer esa información.

–Publicaremos una nota de prensa. Chris era un hombre muy conocido y querido. Se esperará de la empresa que haga una declaración pública.

–¿Y qué hay de Walker y Reed?

–Sabemos que Reed tiene la lista. La implicación podría ser una trampa que Chris nos está tendiendo. Pero, por seguridad, haremos que De Florio los vigile a ambos muy de cerca.

–El destino de Chris podría enviarles un mensaje.

–Esperemos que así sea –sentenció Lee.

13:40 h

Chris tardó solo unos minutos en atravesar la propiedad hasta su casa y subir a la planta de arriba. Con la puerta de su dormitorio cerrada con llave, escuchó toda la conversación grabada. El dispositivo había funcionado a la perfección, todo estaba memorizado. Al final accionó el botón de grabación y añadió:

–Conversación entre Larry Hughes, Hamilton Lee y yo mismo fechada el 22 de junio. Grabada en el estudio de la casa de Hamilton Lee en Hickory Row en torno al mediodía.

Rebobinó la cinta y sacó un sobre marrón grande de uno de los cajones de su escritorio. Le gustaban de esa marca porque el fabricante usaba papel de estraza producido por la Southern Republic. Extrajo de su chaqueta la memoria USB y la metió dentro. En un par de hojas con membrete escribió sendas notas, las cerró con cinta adhesiva y las metió también en el sobre. Luego, deslizó la micrograbadora con la cinta dentro, lamió la solapa, la cerró y le adhirió un trozo de cinta adhesiva por fuera para mayor seguridad.

Vivía en tiempo prestado.

No albergaba demasiadas dudas acerca de lo que Lee y Hughes harían. Probablemente tuviera hasta el anochecer.

Pero no más.

Se dirigió poco a poco al cuarto de baño, se lavó la cara con agua e intentó recomponerse. Notaba un dolor cada vez más fuerte en el abdomen. Tenía que regresar a las negociaciones y era importante simular calma.

Completaría más tarde el último paso de su plan.

13:50 h

Lee se subió a un carrito de golf y condujo hasta el extremo nordeste de Hickory Row. La línea del condado dividía la propiedad casi por la mitad, de tal manera que una serie de casas para invitados quedaban a una distancia del río Savannah y los tres campos de caza de codornices practicable a pie.

Una carretera pavimentada conocida con el pertinente nombre de la calle de los Árboles de Sombra serpenteaba hacia el norte entre

nogales americanos. El sofocante aire de la tarde envolvía las cosas como un jarabe templado. Una mezcla de hierbas y paja apelmazada salpicada por enormes piñas hacía las veces de patio delantero de una de las casas de invitados más pequeñas. Las ardillas se escabulleron para ponerse a cubierto cuando el silbido eléctrico del carrito anunció su presencia. Aparcó detrás de la ranchera blanca que ya estaba allí y llamó con los nudillos a la puerta.

De Florio le abrió.

Entró al interior refrescado por el aire acondicionado y se sentaron.

–El señor Hughes y yo hemos decidido que hay que procesar a Bozin de inmediato. Al parecer, pretende que todos nosotros, tú incluido, acabemos en prisión.

–¿Algún condicionante?

–Chris tiene cáncer de próstata terminal. Haz que parezca coherente con eso.

De Florio asintió con la cabeza.

–Es muy probable que Bozin te esté esperando. No lo decepcionemos. Procede de inmediato. Pero no hasta esta noche. Eso nos dará al señor Hughes y a mí tiempo para regresar a Atlanta. Y una vez que se descubra su muerte, quiero que incineren su cuerpo enseguida. Era su deseo expreso. Chris me lo había dicho muchas veces.

–Me encargaré de ello.

Le encantaba que De Florio apenas formulara preguntas y se limitara a actuar.

–Estaba seguro de que podía confiar en ti.

16:40 h

–Quiero saberlo –volvió a decir Brent–: ¿Lori Anne es mi hija?

Su voz había ido en aumento con cada una de las negaciones de Ashley.

–No. Y no te hagas ilusiones.

–No me las hago. Pero quiero saber la verdad.

–Cuando la concebí, tenía marido.

–Nació ocho meses después de que os casarais.

–Sé que estás familiarizado con el sexo premarital.

–Que tanto tú como yo practicamos al mismo tiempo.

–Brent, Lori Anne es hija de Manley.

–Te creí –le dijo Brent, recordando la conversación de hacía diez años.

–Es la única vez que te he mentido –replicó Ashley, con el rostro compungido y los ojos llorosos–. Tenía planeado decírtelo, pero, cuando me dijiste que ibas a casarte con Paula, pensé que era mejor dejarlo pasar. No me pareció que necesitaras saberlo.

–Deberías habérmelo dicho.

–¿Y qué habrías hecho? ¿Dejarla para casarte conmigo? Te dijo que estaba embarazada, ¿recuerdas? Por eso, te casaste con ella.

–Me habría casado contigo.

–Entonces, ¿habrías escogido a una hija que ya había nacido antes que al bebé que estaba de camino? Venga ya, Brent. No tienes ni idea de lo que habrías hecho.

–Pero ¿cómo es posible? Creía que tomabas precauciones.

–La píldora no es eficaz al cien por cien.

–¿Alguna vez dudaste de quién era el padre?

Ella negó con la cabeza.

–Cuando concebimos a Lori Anne, tú eras el único hombre con quien había estado. Por supuesto que Manley y yo dormíamos juntos. Pero no cuando ella fue concebida. Y quiero que sepas que ni entonces ni nunca he ido de cama en cama. Solo ha habido cuatro hombres en mi vida. Tres maridos, pero sabe Dios que con ellos no ejercía mucho de esposa, y tú. Nadie más.

–¿Lo sabe Manley?

–No con seguridad. Pero lo sospecha. En su favor debo decir que nunca ha dicho nada y que siempre ha sido bueno con Lori Anne. Es el único padre que ella conoce.

–¿Cómo reaccionará a esto?

–Buena pregunta. Y precisamente es el motivo por el que he guardado silencio.

–¿Y por qué me cuentas la verdad ahora?

–No podemos construir algo sobre mentiras. Además, tu madre vino a verme.

Brent se sorprendió.

–Me contó lo de su enfermedad. Merece pasar tiempo de calidad con su nieta. No podemos seguir cometiendo los mismos errores una y otra vez. Estamos haciendo daño a otras personas con nuestra insensatez.

Tenía razón. El uno por el otro, habían montado un buen lío.

–Lo siento muchísimo, Brent. Por todo.

–Creo que soy yo quien debería disculparse. Los dos hemos desperdiciado un montón de años.

–Yo no diría eso.

Brent sabía a qué se refería.

–Tenemos a Lori Anne.

Media hora más tarde, se marchó de casa de Ashley y condujo hasta la suya. Debería estar enfadado por los años en los que le había privado de su hija. Pero llevaba demasiado tiempo enfadado. Y era padre. Increíble. Quizá Ashley y él finalmente pudieran empezar a construir algo bueno. Había sentido cierta aprensión acerca de regresar a Concord, estaba convencido de que la distancia física bastaba para mantener el pasado a raya. Pero ahora se alegraba del cambio. Él nunca quiso que Paula muriera. Fue ella quien tomó esa decisión. Y quizá esa fuera su intención al hacerlo. Causarle tales remordimientos que nunca más pudiera ser feliz. Quién lo sabía. Sin embargo, de lo que no había duda era de que esa había sido su vida en los últimos años.

Pero eso se había acabado.

Era hora de empezar de nuevo.

Dobló por Live Oak Lane y aminoró la marcha al acercarse a la casa de sus padres.

Aparcado junto al bordillo había un vehículo blanco de Hickory Row. Aparcó y se dirigió rápidamente a su casa. Su madre lo recibió en la puerta.

–Ha venido alguien a verte.

Miró a su derecha y vio a Christopher Bozin sentado cómodamente en el salón.

Su jefe se puso en pie.

–Debería haber telefoneado, pero necesitaba verte con urgencia antes de regresar a mi casa esta noche.

–Lamento haberle hecho esperar.

Bozin hizo un gesto de disculpa con la mano.

–Tu madre y yo hemos tenido una charla maravillosa.

–Os dejo para que podáis hablar –dijo su madre–. Me alegro de haberle conocido al fin.

Bozin le hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza y le sonrió.

Se sentaron. Se dio cuenta de que Bozin llevaba el mismo traje y la misma corbata que durante las negociaciones.

–Bonita casa.

–Mis padres la compraron cuando yo era pequeño y la fueron arreglando a lo largo de los años.

Bozin señaló una de las fotografías que había sobre la mesa que tenía al lado.

–¿Es tu padre?

Un marco victoriano deslustrado rodeaba a un hombre y a una mujer de mediana edad.

Brent hizo un gesto afirmativo.

–¿Estabais unidos?

–Era hijo único, era difícil no estarlo.

–Parece haberos procurado una buena vida a tu madre y a ti.

–Así es. Pero parte de ese crédito se lo debemos a la Southern Republic. La papelera se aseguró de que tuviéramos las prestaciones que necesitábamos, además de un buen salario.

Bozin asintió.

–Sí, anoche ya hablamos de eso. ¿Crees de verdad que hicimos algo bueno aquí, en Concord?

–Sin duda.

Bozin hizo una pausa momentánea, mientras parecía tomar aire. Luego, dijo:

–Estoy seguro de que te estarás preguntando por qué uno de los propietarios de la empresa se ha dejado caer por tu casa sin previo

aviso.

–Se me ha pasado por la cabeza, sí.

–Primero, dime qué ha ocurrido en las negociaciones. No he podido regresar para estar presente.

–La AIM y la HITSE han estado discutiendo toda la tarde. Uno de los miembros de la comisión negociadora de Reed se ha vuelto contra él, en rebelión abierta, por el contrato de cinco años. Se han dicho palabras duras en la mesa.

Bozin rio.

–Apuesto a que Hank se habrá puesto hecho una furia. Eso es lo que intenta evitar a toda costa. No dejarle nunca a la otra parte ver el conflicto. La oportunidad es demasiado buena para dejarnos dividir y ganar.

–Ha convocado una reunión de los miembros de la HITSE para esta noche. Me ha asegurado que mañana por la mañana habrá aplastado toda oposición.

Su jefe sonrió.

–No me cabe la menor duda.

Tenía curiosidad:

–¿En qué puedo ayudarle?

–Tengo algo que quiero que guardes. –Bozin alargó la mano tras él y cogió un sobre marrón–. Para mí es importante saber que alguien en la empresa tiene esta información. Me gustaría que lo guardaras en un lugar seguro. Si por algún motivo quedo incapacitado, o muero, por favor, haz exactamente lo que indica dentro.

¿Qué estaba pasando? En el despacho del fiscal del distrito habían transcurrido meses antes de que hubiera hablado siquiera con su jefe. En cambio, aquí ya habían mantenido conversaciones privadas, una cena en Hickory Row y ahora uno de los dueños estaba sentado en su salón pidiéndole un favor personal. Era un recién llegado a la industria del papel, poco más que un desconocido para Bozin. Y, sin embargo, aquel hombre quería establecer relación con él.

¿Por qué?

Además, seguía perturbándole la lista con los números de la Seguridad Social y las muertes asociadas con cada uno de ellos. Le

habría gustado hacer algunas investigaciones oficiales con la dirección. Pero Hank le había pedido que no dijera nada hasta que las negociaciones hubieran concluido. Sin ningún género de duda, le cuestionarían acerca de cómo había obtenido esa lista y Hank no quería verse obligado a responder hasta tener los contratos firmados y sellados. Sospechaba que Hank también intentaba proteger a la fuente que había andado fisgoneando en el sistema. Habría repercusiones severas. Brent se debatía sobre si sacar el tema a colación en ese momento, pero decidió respetar los deseos de Hank y se limitó a preguntar:

–¿No tiene usted un abogado personal que se encargue de esto?

–Varios, a decir verdad. Pero están en Atlanta y tú estás aquí, en Concord. Además, tiene relación con la empresa.

–¿Y qué hay del director jurídico? ¿No debería ser él quien lo guardara?

–Prefiero que lo hagas tú. Considéralo una petición específica de jefe a empleado, si quieres.

Ahora tiraba de galones.

–Señor Bozin, tengo mis reservas. Me refiero a que mi jefe podría tomarse esto de la forma equivocada. Concord es una ciudad pequeña. Aquí las noticias corren como un reguero de pólvora. Válgame Dios, si hay un coche de la empresa aparcado delante de mi casa... No quiero que nadie piense que llevo menos de un mes en el trabajo y ya intento arrebatarle el puesto a mi jefe.

–Te aseguro que nadie sabrá lo que estamos haciendo. Esto es exclusivamente entre tú y yo.

Seguía dudando y Bozin pareció percibir sus reservas.

–Soy consciente de que podría haberle pedido al director jurídico que se ocupara de este asunto. Pero, si te lo pido a ti, es precisamente porque llevas menos de un mes en el trabajo. Entiendo que eres nuevo en la empresa y en el sector. Yo, en cambio, soy todo lo contrario. Por eso, te pido que confíes en mí, de jefe a empleado, y me hagas este favor.

–Veo que no aceptará un no por respuesta, ¿no?

–¿A ti qué te parece? –Bozin le entregó el sobre y sonrió–. Te lo agradezco mucho, Brent. Esta noche dormiré más tranquilo sabiendo

que ya he resuelto este asunto.

Una vez fuera, Chris permaneció en pie unos minutos, admirando los parterres de flores llenos de alegrías blancas y poblados arbustos verdes, mientras se despedía con alegría de Catherine y Brent Walker. Finalmente, entró en su camioneta Ford blanca y se marchó. Había varios vehículos en la calle. Entre ellos, un Buick azul oscuro aparcado y aparentemente vacío.

Pero, en cuanto pasó por su lado y dobló la esquina, lo divisó por el retrovisor...

... siguiéndolo.

18:30 h

El carillón daba la media hora cuando Chris abrió la puerta y entró en su casa en Hickory Row. Declinó la cena y subió directamente a su habitación. Una ducha caliente lo relajó. Con el pijama y el batín puesto, se acomodó en un diván francés tapizado dispuesto en diagonal en un rincón de su dormitorio.

Cuando él ya no estuviera, estaba convencido de que Lee y Hughes escalarían drásticamente el Programa Prioridad. Hacía tiempo que daban señas de ello. Tres meses atrás, Lee había intentado utilizarlo para reducir la competencia de la empresa en una licitación gubernamental. Pero Chris había bloqueado su intento gracias a un Larry Hughes, que, nervioso y temeroso, se puso de su parte. Habían hablado en repetidas ocasiones de eliminar a algunos de los comerciales más agresivos y eficientes de sus competidores. Y a ello se sumaba el uso completamente desautorizado del verano pasado, cuando, para cerrar un trato, Hughes le había ordenado a De Florio chantajear al agente de compras de una cadena de supermercados que tenía la desgracia de no tener una, sino dos novias, además de esposa. Ninguno de esos supuestos se había contemplado en los inicios del programa. Y ese era uno de los

motivos para hacer lo que había hecho. El otro, y quizá el más importante, era su odio hacia los dos hombres que pronto heredarían el control absoluto del imperio que él había construido.

Pero Chris no era ningún ingenuo.

Lee y Hughes no se detendrían ante nada para taponar la filtración que había dejado en su estela. Lo habían seguido desde Concord, de manera que probablemente ya estuvieran al corriente de su visita a la casa de los Walker. Además, había entrado con el sobre marrón a la vista y había salido sin él. Antes, Lee ya había mencionado a la madre de Brent. ¿Hacía bien implicando al joven abogado? ¿Poniéndolos a él y a su familia en un peligro evidente? ¿Y qué había de la hija y la nieta de Hank Reed? Ahora también estaban en el punto de mira. No le cabía duda de que enviarían a De Florio, tras consultar sus expedientes, y de que este daría indicaciones a sus colaboradores sobre cómo proceder exactamente. Había sido eficiente y despiadado. «Son solo negocios». Él mismo lo había dicho en más de una ocasión. Quizá lo que había preparado proporcionara a Reed y a Walker al menos una posibilidad de éxito.

Esa era su esperanza.

Aun así, había algo cierto.

Brent Walker y Hank Reed tendrían más ventaja táctica que cualquier otra Prioridad anterior, salvo, por supuesto, él mismo.

23:59 h

Jon giró el pomo de latón de la puerta del patio interior.

Estaba abierta.

Sonrió.

Empujó la puerta hacia dentro y entró sin hacer ni un ruido.

El reloj del vestíbulo anunció la medianoche. Subió despacio las escaleras, de una en una, con la alfombra protectora amortiguando sus pasos y la moqueta del descansillo enmascarando cualquier ruido.

Una vez ante el dormitorio, abrió la puerta hacia dentro.

–Buenas noches –dijo Chris en medio de la oscuridad.

Seguía recostado en su diván, hacía unas horas que dormitaba, mientras aguardaba pacientemente.

De Florio cerró la puerta.

–Buenas noches, señor Bozin. El señor Lee me advirtió que probablemente me estaría esperando.

–Supongo que soy una Prioridad.

–Por desgracia, sí.

–Qué ironía, ¿no? Un programa que yo mismo concebí y que ahora se utiliza para eliminar a su creador.

De Florio no dijo nada.

–¿Es así como se hace? –preguntó–. ¿Apareces sin más?

–La sorpresa es un elemento que usamos en nuestra ventaja. Por supuesto, en este caso no la ha habido.

–¿Cuántos han sido, Jon? ¿Cuántas visitas en plena noche?

–No llevo la cuenta. Me limito a hacer mi trabajo. El que usted y sus socios me encargan.

Chris se puso en pie, se dirigió a la cama y se sentó en el borde.

De Florio se le acercó, hasta quedar justo delante de él.

–¿Hay un expediente sobre mí, Jon?

–No, señor. No había ni tiempo ni necesidad. Dejó usted un rastro evidente hasta su médico, que respondió a todas las preguntas.

–¿Cómo me vas a procesar?

–En realidad, he pensado en darle alternativas. He traído sustancias químicas para inducir un fallo cardíaco o uno renal.

–¡Qué considerado! Todo coherente con mi cáncer, supongo.

–Por supuesto.

–¿Y qué hay de la autopsia? ¿No es una posibilidad? A fin de cuentas, mi enfermedad no supone una amenaza para mi vida en este momento. Aún me queda algo de tiempo.

–El señor Lee ha dejado instrucciones para que lo incineren por la mañana.

Asintió con la cabeza.

–Una vez que le digan a todo el mundo que me estaba muriendo, nadie cuestionará nada. Mi médico confirmará el cáncer y mi muerte se dará por buena.

–También ayuda que el forense local trabaje en la papelera. Colaborará de buen grado. Estoy seguro.

–No lo dudo. ¿Y tú lamentarás mi muerte, Jon?

–Ha sido usted un jefe excelente. Lo echaré de menos, como mucha otra gente.

–De eso no estoy tan seguro. Una vez que el mundo descubra lo que hicimos, dudo que nadie me añore.

–¿Y cómo lo descubrirán?

Una risa ahogada. Brevedad frente a la muerte.

–Muy listo, Jon. Estoy seguro de que Hamilton te ha pedido que averigües todo lo que puedas.

–Solo hago mi trabajo, señor.

–Y lo haces de maravilla. –Su sarcasmo era evidente–. Esas dos opciones que has tenido la amabilidad de darme ¿me provocarán una muerte instantánea?

–Así es. Siempre trabajamos así.

–¿Algún dolor asociado?

–Ninguno, he sido muy cuidadoso escogiendo sustancias indoloras.

–Nuevamente, muy considerado por tu parte.

–Como ya he dicho, ha sido un placer trabajar para usted. –De Florio se le acercó–. Señor Bozin, ¿puedo preguntarle, a nivel personal, por qué hace esto?

Miró a través de la oscuridad la sombra de la muerte. Había aparecido con la misma certeza que si se hubiera estado quitando él mismo la vida, lo que, en cierto sentido, estaba haciendo.

–El cáncer es una manera lenta y dolorosa de morir. Créeme, lo que estás a punto de hacer es un alivio.

–Pero ¿por qué destruir la empresa, su reputación, a sus socios?

–«Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?», Marcos 8, 36. Yo arruiné la mía hace mucho tiempo.

Se puso en pie y, como cada noche, se quitó el batín de seda y lo colocó con cuidado a lo ancho de los pies de la cama. Se tumbó entre las sábanas y se levantó la manga del pijama, exponiendo su brazo.

–Supongo que, como no habrá cuerpo para examinar, no tiene sentido ocultar el punto de inyección.

–No parece necesario.

–Fallo cardíaco. Prefiero esa opción.

De Florio se llevó la mano al bolsillo derecho de su abrigo y extrajo una jeringuilla.

–¿Cómo las distingues?

–Les enrollo gomas alrededor. Una o dos. El tacto es un sentido importante que mucha gente acostumbra a pasar por alto.

Sonrió.

De Florio se sacó una linterna de bolsillo del pantalón, la encendió y la sujetó entre los labios.

–¿Quieres que la sostenga yo? –preguntó Chris.

De Florio se sacó la linterna de la boca.

–Si lo prefiere.

Sostuvo la luz por encima de su brazo izquierdo. De Florio le insertó con delicadeza la aguja y vació el tambor de la jeringuilla. Chris le devolvió la linterna y se acomodó en la almohada.

–Buena suerte, Jon.

–Lo mismo digo, señor Bozin.

Se le paró el corazón.

Fue rápido.

Era raro no notar el latido.

Se quedó mirando hacia delante, a la oscuridad, mientras su cerebro consumía las últimas moléculas de oxígeno disponibles. Su último pensamiento consciente fue para Brent Walker y Hank Reed.

Les deseó buena suerte también.

DÍA 18
VIERNES, 23 DE JUNIO

11:50 h

Brent se pasó toda la mañana yendo de un lado para otro, de las sesiones de negociaciones de la AIM a las de la HITSE, ayudando a los representantes de la empresa con los detalles para cerrar un pacto definitivo. A media mañana, la AIM alcanzó de manera súbita un principio de acuerdo, su comisión negociadora estaba ya cansada de discutir y expresó su satisfacción con los aumentos salariales y los extras de la oferta final de la empresa. Los cinco años se antojaban un trago amargo, pero los maquinistas eran lo bastante inteligentes para reconocer que tenían poco margen de negociación, más allá de esos dos años adicionales.

–¿Cómo fue anoche en la reunión sindical? –le preguntó a Hank durante la pausa.

–No creo que mi comisión ponga más pegas.

–¿Has conseguido encauzar la situación?

–Totalmente. Malditos idiotas. No tienen ni dos dedos de frente. Se creen que basta con chasquear los dedos y la compañía saltará como un conejo. Acabé diciéndoles que convocaran una huelga. Que eso es lo que tenían que hacer. Dejar de trabajar hasta que la empresa dé su brazo a torcer a los tres años. Luchar.

–Estoy seguro de que eso les hizo reaccionar.

–Descubrimos que son todos unos blandengues. A partir de ahora, harán lo que yo diga.

–La aceptación del acuerdo por parte de la AIM me ha parecido repentina.

–Anoche, después de la reunión de la HITSE, me dejé los cuernos con su comisión negociadora.

–Pues parece que volvéis a ser los últimos sentados a la mesa.

Hank sonrió.

–Es una tradición que me gusta mantener.

–El lunes vamos a tener que ocuparnos de esa lista de números –dijo Brent–. Tenemos que averiguar qué son.

–Ya lo sé. Y agradezco que estés colaborando conmigo y esperando a que los pactos estén sellados. No puedo poner esto en peligro.

–Lo entiendo –respondió–. Pero el lunes sin falta nos ponemos. Me pregunto dónde andará el señor Bozin esta mañana...

–No podemos formalizar el acuerdo con la AIM hasta que aparezca –dijo Hank–. Me gustaría ponerle el broche a ese asunto antes de que los maquinistas cambien de opinión.

Brent comprobó la hora en el reloj.

–Pues parece que tendrá que esperar a después de la comida. Me voy a casa.

Hank sonrió.

–¿Qué pasa? ¿Ya te has hartado de tanta barbacoa grasienta y pollo frito del bufé?

–La sopa de verduras que mi madre preparó anoche le sentará mucho mejor a mi estómago y a mi cintura. ¿Te apetece venir a comer?

Hank negó con la cabeza.

–Tengo que quedarme por aquí. Con estos memos, uno nunca sabe lo que puede pasar.

Brent conducía satisfecho de camino a casa.

Solo sus preocupaciones por esa lista de números empañaban su buen humor.

La víspera, después de que Bozin se marchara, su madre y él habían estado hablando casi dos horas. Por una vez, todo el mundo parecía estar de acuerdo y le congratulaba que las dos mujeres de

su vida, aparentemente, fueran a llevarse bien. Su madre se disculpó por haber ido a ver a Ashley sin decirle nada, pero en realidad Brent le agradecía que lo hubiera hecho. Aun así, le preocupaba Lori Anne. Ashley le aseguró que hablaría con ella y se lo explicaría todo. Para empezar de cero habían decidido hacer algo juntos el fin de semana, algo divertido de lo que los tres pudieran disfrutar.

Al llegar a casa, encontró a su madre en la cocina preparando unos bocadillos de jamón para los nietos de la vecina. Grace Tanner había ido a comprar y su madre se había quedado al cargo de ellos.

–¿No van a tomar sopa? –preguntó Brent.

–Han pedido bocadillos y Doritos.

–¿Dónde están?

–La última vez que los he visto iban por la calle con una pandilla de críos de la otra manzana. Les he dicho que volvieran antes de las doce y media.

Cogió una rebanada de pan de trigo.

–Ya solo falta uno. La AIM ha llegado a un acuerdo esta mañana.

–¿Hank quiere su final triunfal?

–Como siempre. Parece que estas cosas le dan vida.

Sonó el teléfono fijo. Se dirigió hasta él y contestó.

Era Hank.

–Chris Bozin está muerto.

–¿Muerto? Pero si anoche estuvo aquí en mi casa...

Para entregarle un sobre.

–Pues ahora está muerto. Cáncer de próstata.

Se obligó a mantener la voz serena.

–Nadie lo habría dicho. Qué bien disimulaba.

–Al parecer lo mantuvo en secreto. No se lo dijo a nadie.

–Vaya, qué pena. Parecía un buen hombre. ¿Qué hay de las negociaciones?

–Esta tarde se han suspendido por consideración. Brent, ¿para qué fue a tu casa Bozin anoche?

–Buena pregunta. Cuando lo averigüe, te lo haré saber.

Colgó y le contó a su madre lo ocurrido.

–Pobre hombre –dijo.

–Me salto la comida. Tengo que volver a la fábrica.

No obstante, antes de hacerlo, salió de la cocina y subió a la planta de arriba, con las palabras de Bozin resonándole en los oídos.

«Para mí es importante saber que alguien en la empresa tiene esta información. Me gustaría que lo guardaras en un lugar seguro. Si por algún motivo quedo incapacitado, o muero, por favor, haz exactamente lo que indica dentro». Había respetado su petición y no le había hablado a nadie del sobre, ni siquiera a su madre. Todo aquello era muy extraño, aunque ahora que sabía lo de la enfermedad secreta de Bozin y su muerte repentina parecía un poco más claro. Sacó el sobre de la parte superior de su armario, rompió el precinto y esparció el contenido sobre la cama.

Cuatro objetos.

Dos hojas de papel dobladas en tres partes y pegadas con cinta adhesiva. Una memoria USB. Y una micrograbadora con una cinta insertada. En una de las hojas, por fuera, había escrito:

LEE ESTO PRIMERO

En la otra:

LEE ESTO AL FINAL

Siguiendo las instrucciones de Bozin, rompió la cinta adhesiva que mantenía cerrada la hoja. Dentro había una nota manuscrita.

Te agradezco que hayas seguido mis indicaciones. Es importante hacerlo. He preparado un relato en la memoria USB adjunta. Por favor, léelo en privado y luego abre la última hoja, la que has de leer al final. Una vez que hayas visto lo que hay en la memoria y hayas escuchado la grabación, te quedará todo claro. Gracias por tu servicio y por tu paciencia.

Christopher Bozin

Lo primero que pensó fue en saltarse las indicaciones y leer la otra nota de inmediato. Pero el abogado que llevaba dentro le asesoró en sentido contrario. Bozin le había confiado algo importante y era evidente que había dedicado tiempo a organizarlo todo. Lo mínimo que podía hacer era seguir sus deseos estrictamente.

Y no allí.

Ir al despacho. Aquello eran negocios.

De manera que volvió a meterlo todo en el sobre, bajó corriendo las escaleras y se despidió de su madre. Fuera, se subió al *jeep* y se marchó. Cuando había recorrido unos cuatrocientos metros se cruzó con James y Grant, que iban pedaleando en sus bicicletas, camino a casa de los padres de Brent.

Los saludó con el claxon. Ellos le devolvieron el saludo con la mano.

Al dejar atrás a los niños, miró por el retrovisor para verlos, pero lo que vio fue un Buick azul oscuro que acababa de doblar la esquina tras él.

13:00 h

Lee esperó pacientemente toda la mañana.

Recibió la primera llamada en la Torre Azul en torno al mediodía. Un tercio de la Southern Republic Pulp and Paper Company estaba muerto. La planta veintinueve se vistió de luto. Nancy Fringe se desmayó de la conmoción y hubo que llevarla a urgencias. Él y Hughes mostraron su consternación por la prematura desaparición de su socio retirándose a sus despachos privados con el pretexto de querer estar solos. Ninguno de los dos estaba dolido.

Lo que hicieron fue aguardar a la siguiente llamada.

–Me estaba esperando –dijo De Florio–. Fue muy colaborador. Han encontrado su cuerpo sin vida esta mañana en torno a las diez. Han acudido un médico y el forense. Se ha verificado la muerte, coherente con el procesamiento. El cadáver se ha trasladado inmediatamente a Savannah y en estos momentos está siendo incinerado.

–¿Dijo algo?

–Me deseó suerte.

–¿Para qué?

–No me lo dijo.

–¿Mencionó algo más?

–Nada de interés.

–De acuerdo. Ese problema ya es historia. ¿Qué hay de Reed y de Walker?

–Antes de regresar a casa ayer por la tarde, Bozin visitó la residencia de los Walker. Entró con un sobre marrón y estuvo allí unos treinta minutos. Salió sin nada en las manos.

No sonaba bien.

–¿Y qué hay de Walker?

–Ha asistido a las negociaciones durante toda la mañana y luego se ha ido a casa a comer. Al cabo de unos minutos, ha vuelto a la fábrica. Y llevaba un sobre marrón.

No sonaba nada bien.

–¿Y Reed?

–Ha estado presente en las negociaciones toda la mañana. Cuando se ha anunciado la muerte de Bozin, ha salido de la sala inmediatamente para hacer una llamada. La última vez que me han informado Reed seguía en el Comfort Inn.

–Tenemos preparada una nota de prensa. Creo que es el momento de hacerla pública.

–¿Qué quiere que haga?

–No sabemos exactamente qué ha hecho Bozin, así que no podemos actuar hasta que todo esté algo más claro. Ese sobre marrón desde luego es preocupante. Pero, ahora mismo, nada indica que ni Reed ni Walker puedan o quieran hacernos daño. Bozin podría haber ido de farol con la esperanza de que cometiéramos un error y nosotros mismos nos delatáramos. Era un tipo listo y saltar a ciegas podría originarnos más problemas. Por ahora, mantened vigilados a esos dos. Con discreción.

13:25 h

Cuando Brent regresó al Edificio B supo que habían convocado a su jefe en Hickory Row. La información que empezaba a filtrarse con cuentagotas era que a Bozin lo habían hallado a media mañana, cuando el personal doméstico había empezado a preocuparse. Lo encontraron acurrucado bajo la manta, aparentemente dormido.

Había muerto en algún momento de la noche. Mandaron llamar al forense, pero, como no era médico, sino un mero supervisor de la cadena de montaje de la fábrica elegido para ocupar aquel puesto, también se hizo venir a un médico. La causa oficial de la muerte fue fallo cardíaco provocado por el estrés causado por un cáncer de próstata. En la casa se halló un frasco de medicamentos recetados a Bozin por un doctor de Atlanta, quien verificó el cáncer y su gravedad. Era un momento triste y una sensación de solemnidad dominaba el edificio.

Era evidente que se le echaría de menos.

Brent permaneció un rato con las secretarias antes de entrar en su despacho. La última semana no había andado mucho por allí y vio una serie de expedientes nuevos apilados a un lado. Requerían atención. Con suerte, las negociaciones habrían concluido el lunes o el martes, y podría reincorporarse al trabajo.

Sacó la memoria USB del sobre y la insertó en su ordenador de sobremesa. Haciendo caso de la instrucción de Bozin de ver el material en privado, cerró la puerta del despacho con llave. Escribió con el teclado y el monitor mostró el índice de los archivos contenidos en aquella unidad. Solo había uno, titulado CONFESIÓN.

Lo abrió en la pantalla.

Era un texto dirigido específicamente a él y con fecha del día anterior. Resistió la tentación de desplazarse hasta el final del contenido.

En lugar de ello, empezó a leer.

> Siempre he sido aficionado a la historia. Hace años leí el relato de Qin Shi, un gobernante del siglo II a. C. que consolidó en una única entidad política lo que con el tiempo se llamaría China. Sin embargo, Qin Shi tenía enemigos. A montones. Diseminados por todas partes, protegidos por montañas, ríos, bosques, murallas y, en ocasiones, por el mero anonimato. Con vistas a mantener su imperio debía hallar una manera de controlar a esos enemigos. Pero ¿cómo? Sus asesores estuvieron dándole vueltas al problema durante años. Pensaron en el uso de la fuerza, la ejecución, el encarcelamiento y el destierro. Pero todo ello tenía un precio en términos de tiempo, energía y represalias. También se plantearon no hacer nada. Pero el mensaje que enviaba la indiferencia los precavió en sentido contrario. Finalmente, fue el propio emperador quien ideó el método que resultó ser más eficaz.

Ordenó construir una ciudad repleta de magníficos palacios y espléndidas heredades, cada uno de ellos perfectamente acondicionado a las necesidades de la aristocracia que al poco los ocuparía. Dotó la ciudad de centenares de sirvientes encargados de proporcionar toda la mano de obra que los habitantes necesitarían. Convirtió la ciudad en un lugar opulento. Un lugar digno de envidia. Un lugar donde la gente ansiaba vivir. Y luego ordenó a todos sus enemigos vivir allí.

Muchos refunfuñaron al principio. Pero una vez instalados y acostumbrados a los lujos que se les proveían gratuitamente, les resultó difícil abandonar aquel lugar. Ninguno de ellos lo hizo. Esa era, en realidad, la idea. Que los habitantes tuvieran una buena vida. Porque eso daba a Qin Shi la ventaja de retener a todos sus enemigos en un único lugar. La rebelión pasó a ser casi inconcebible. La sedición desapareció. Qin Shi descansaba más tranquilo cada noche sabiendo que sus enemigos estaban vigilados en todo momento por sirvientes absolutamente leales a él, y sus descendientes gobernaron China sin oposición durante otros doscientos años.

La metodología de la Southern Republic Pulp and Paper entronca con la de los tiempos de Qin Shi. Nosotros también construimos una ciudad y hemos reinado en los confines de Concord. Pero, tal como ocurrió con los enemigos de Qin Shi, quienes durante más de dos mil años se deleitaron ajenos a sus planes en los lujos de su entorno, ningún habitante del condado de Woods ha sido nunca consciente del alcance de nuestra presencia.

Durante los primeros años de nuestra existencia, obtuvimos el capital operativo mediante préstamos y contrajimos fuertes deudas. Ubicamos la empresa fuera de Atlanta, en espacios alquilados en distintos edificios de oficinas del centro de la ciudad. Hubo que aguardar a que la empresa tuviera ya varios años para construir por fin la Torre Azul.

Retener personal formado y estable es fundamental para el éxito de una empresa a largo plazo. Por eso, inmediatamente implementamos un programa de desarrollo para mejorar las infraestructuras de Concord y el condado de Woods. Nuestro primer proyecto fue el Banco Estatal del Condado de Woods, que ofrecía un abanico de servicios por entonces no disponibles a escala local. La institución no tardó en prosperar y ser complementada con la Unión de Crédito de la Southern Republic, también controlada por la empresa.

Con el tiempo, nos diversificamos en inversiones menos transparentes, sin un vínculo tan evidente con la empresa ni con una persona en concreto. La decisión de ocultar nuestra condición de propietarios se concibió más como una táctica de relaciones públicas que como otra cosa (no quisimos ser nunca

una ciudad corporativa) y se invirtieron grandes sumas de dinero en adquirir negocios variados.

He aquí algunos ejemplos: Hamilton Lee es el propietario del Hardee's, el Burger King, Ace Hardware, el centro de materiales para la construcción, el concesionario de la Ford, la tienda NAPA y, junto con otros socios, del centro comercial Oak Trail.

Larry Hughes invirtió en colmados, comprando parcelas comerciales en todo el condado. Hughes posee también contratos de abastecimiento de gasolina en exclusiva con varios proveedores al por mayor. La construcción inmobiliaria fue otro de los ámbitos en los que se centró. Más del cincuenta por ciento de las casas erigidas en Concord en los últimos treinta años las construyeron sus empresas. Hughes es asimismo propietario del concesionario de General Motors, del mercado de productos agrícolas, de la funeraria, del mercado de segunda mano del norte del condado, de varios espacios de oficinas comerciales y del centro comercial Bull Creek.

Yo me mantuve en la banca, donde abrí el Banco de Ahorros del Sur de Georgia Central de la competencia. Partimos de la base de que había negocio suficiente al menos para otra institución financiera, de manera que, antes de que otra persona diera el paso, acordamos que la abriera yo. También soy accionista mayoritario del concesionario de Toyota, de los hoteles Econo Lodge y Eagle Lake Lodge, del McDonald's, del área de servicio para camiones de la autopista 16-A, de la cadena de televisión por cable y, como Hughes, de diversos edificios comerciales en todo el condado.

Todas estas propiedades están enumeradas al final de esta confesión, en el Apéndice A. El Apéndice B recoge una lista de parcelas sin urbanizar también de nuestra propiedad. Somos grandes terratenientes. Desde un buen principio fuimos conscientes de qué podría ocurrir si nuestra inversión daba fruto, de manera que decidimos adquirir el máximo número de parcelas posible.

Conviene que sepas que todos estos negocios y parcelas de terreno están controlados mediante sociedades gestoras, a su vez propiedad de sociedades de cartera, que a su vez pertenecen a corporaciones controladas por uno de nosotros, por dos o por los tres. Los nombres de todas estas sociedades de responsabilidad limitada y partenariados se recogen en el Apéndice C.

Ninguno de estos negocios fue excepcionalmente rentable; de hecho, algunos perdieron dinero. Y, a diferencia de Qin Shi, nosotros no poseemos ni lo controlamos todo en la ciudad. Pero sí lo suficiente para proporcionar los medios por los que una cantidad sustancial de los salarios de la empresa podían reciclarse para llenar nuestros bolsillos. Alguien, o alguna entidad, iba

a beneficiarse de manera secundaria de nuestra inversión. De manera que consideramos que preferíamos ser nosotros quienes nos lleváramos el grueso de ese dinero. Incluso acuñamos un nombre, «nómina reciclada», para los dólares generados a través de estos negocios secundarios.

Esta diversificación acabó proporcionándonos otra ventaja que en un principio no supimos ver, pero que ahora consideramos de un valor incalculable. Acceso a una enorme cantidad de información personal. Registros bancarios, datos fiscales, información crediticia, historiales de compras, adquisiciones de automóviles nuevos y de segunda mano y cosas por el estilo.

Nuestro plan original consistía en diez años de inversión seguidos de varias décadas de beneficios. Sin embargo, baches inesperados en la economía, dos recesiones (una de ellas bastante profunda) y la competencia extranjera hicieron que el precio del papel se desplomase. En paralelo, nuestros tres sindicatos exigían de manera implacable aumentos salariales y nuevas prestaciones. Entramos en una espiral peligrosa que fácilmente podría habernos obligado a reducir la mano de obra o incluso a cerrar las puertas. Pero eso no ocurrió y para entender por qué hay que explicar una serie de aspectos adicionales relativos a la Southern Republic.

En un inicio, como la mayoría de las empresas, ofrecíamos el seguro sanitario a través de diversas aseguradoras externas. Y lo mismo ocurría con la cobertura de las indemnizaciones de nuestros empleados y los programas de pensiones de jubilación. A medida que pasaron los años, los costes asociados con estos proveedores terceros se dispararon y las continuas demandas de más prestaciones por parte de los sindicatos agravaron una situación ya de por sí difícil. Entonces, con la entrada en vigor de la Ley de Atención Sanitaria Asequible, nuestras coberturas se vieron sometidas a nuevas presiones financieras. Imagina que pudiéramos dar con una fórmula que permitiera controlar todos estos gastos. Quizá incluso predecirlos con una certeza razonable. Una empresa con esa capacidad tendría una ventaja indudable.

Y nosotros la encontramos.

El asesinato.

Robbie Shuman fue el primero. Hablamos de él la otra noche en mi casa. Baste con decir que Shuman no fue víctima de un acto violento aleatorio, tal como dieron por sentado tanto la policía como todo el mundo. Fue asesinado por un matón a sueldo, y se reveló de manera póstuma que era un ladrón para destruir su credibilidad.

La segunda vez fue un accidente afortunado. Corey Horne era un trabajador del papel jubilado que, por desgracia, necesitaba un trasplante de corazón. Nuestra aseguradora de salud en aquel entonces temblaba solo de pensar en la previsión de gastos. Por suerte para ella, y para nosotros, Horne murió por causas naturales antes de incurrir en ellos. La muerte de Horne, combinada con la facilidad con la que se había eliminado el problema de Robbie Shuman, me estimuló el pensamiento. Con el tiempo, fui yo quien concibió toda la estrategia.

Siete años después de adquirir la empresa, cancelamos el seguro de salud y la cobertura de indemnizaciones laborales con nuestros proveedores externos respectivos y pedimos prestado dinero suficiente para autoasegurarnos. Creamos un fondo para financiar la cobertura médica y una reserva para proporcionar las prestaciones de jubilación y pensiones (que se internalizaron de manera simultánea). Las aportaciones de los empleados multiplicaron ese fondo y nos permitieron efectuar lucrativas inversiones en bolsa, que acabaron comportando generosos dividendos. En general, nuestro fondo autoasegurado tiene actualmente una solvencia de centenares de millones. Pero, para asegurar una vitalidad continua, sabíamos que había que controlar los costes por detrás.

Así que creamos el Programa Prioridad.

Al primer asesino a sueldo (a quien por entonces nos referíamos como «empleado» y ahora como «colaborador») lo encontramos a través de las mismas personas que me pusieron en contacto con el asesino de Robbie Shuman. En un principio, nos concentramos exclusivamente en jubilados, en eliminar a personas con prestaciones costosas ya devengadas. Casi de manera inmediata contamos con grandes sumas que podían reciclarse para financiar las ampliaciones de las prestaciones sanitarias que nos exigían los sindicatos.

A medida que fuimos perfeccionando nuestra estrategia, ampliamos el programa no solo a personas con prestaciones por jubilación, sino también a aquellas con riesgos de salud excesivos, lo que considerábamos demandas de indemnización laboral poco razonables y algunos litigios interpuestos por terceras partes contra la empresa que habrían tenido consecuencias desastrosas.

Mediante una serie de sesiones de negociación colectiva (y con la ayuda involuntaria de Hank Reed, que cerró repetidamente los pactos), conseguimos afinar nuestra cobertura. Al final, el Programa Prioridad no solo se autofinanció, sino que nos sirvió para pagar el préstamo original que nos permitió autoasegurarnos y generó un enorme excedente de capital. Parte de

ese capital se reinvirtió en el fondo, mientras que el resto se utilizó para ampliar las instalaciones de las fábricas y para sufragar gastos operativos generales.

¿Cómo funciona el programa? Al principio, lo hacía de manera informal. Revisábamos los expedientes del personal e identificábamos a candidatos potenciales. Se elaboraba una lista ordenada en un orden preciso, de ahí el término «Prioridad». Luego, una a una, eliminábamos a nuestras Prioridades. Más adelante, cuando los registros se informatizaron, la lista se digitalizó. Fue entonces cuando el flujo constante de información que nos proporcionaban nuestros negocios secundarios cobró especial relevancia. Al ser una empresa autoasegurada, teníamos acceso directo al historial médico de todos nuestros empleados (tanto del pasado como del presente). El Centro Médico Regional del Condado de Woods se construyó (en parte financiado por nosotros) con el pretexto público de proporcionar una asistencia médica conveniente y de calidad. Y lo que es más importante, esa instalación nos proporcionaba acceso directo a información médica vital (y a los propios pacientes), lo cual fue de enorme ayuda para la implementación subsiguiente del Programa Prioridad. Y lo mismo con respecto al sanatorio local.

Con el tiempo, la digitalización facilitó la priorización, sobre todo una vez que creamos un programa capaz de escanear rápidamente a todos nuestros empleados en nómina e identificar a candidatos teniendo en cuenta factores como la edad, la salud, el historial médico, el historial de reclamaciones (tanto indemnizaciones médicas como laborales), el número de personas dependientes, el expediente médico de esas personas dependientes, etc.

Todas las Prioridades se procesan aplicando un reglamento preciso diseñado para reducir la posibilidad de ser descubiertos. Se exige a los colaboradores que sigan el reglamento estrictamente. No se toleran los errores.

¿Cómo podíamos hacerlo? Mentiría si dijera que es una pregunta que no me he formulado muchas veces en los últimos años. La primera vez fue fácil. Robbie Shuman era un fanfarrón detestable que solo nos daba problemas a nosotros y a nuestros empleados. No siento remordimientos por haber ordenado su ejecución, porque la empresa funcionó un cien por cien mejor tras su muerte. Quizá la ausencia de remordimientos con respecto a Shuman hizo posible el resto. Desde luego, no me dolió. Recientemente, Larry Hughes hizo un cálculo aproximado y estimó que, de media, cada Prioridad le ahorraba a la empresa 260 000 dólares. Aplicando una media de 1700 muertes (una cifra conservadora), eso representa que se han generado más de 440 000 000 de dólares. Es muy probable que la cifra real sea incluso superior.

El Programa Prioridad nos dio ventaja competitiva. La suficiente para permitir, en caso necesario, reducir un cinco por ciento el precio de nuestro papel (lo que en ocasiones bastaba para cerrar una venta), para garantizar un aumento porcentual en las negociaciones o para financiar las prestaciones adicionales que ayudaban a tener a nuestra mano de obra satisfecha y productiva. Fue una herramienta que, combinada con una gestión meticulosa, incluso ayudó a que los tres propietarios nos hiciéramos multimillonarios.

Pero no solo nosotros nos beneficiamos. Se generaron puestos de trabajo. Se pagaron miles de millones en nóminas. El condado de Woods prosperó. La vida cambió a mejor. Tú mismo me lo dijiste. Concord no vivió los despidos masivos ni los cierres habituales en el sector del papel en los últimos veinte años. De hecho, mientras otras empresas cerraban o reducían su actividad, nosotros nos expandíamos.

¿Sigue el programa en curso? Desde luego. Jon de Florio es quien lo supervisa. Hay dos colaboradores que trabajan a sus órdenes, si bien nadie salvo él sabe nada de ellos. Tampoco nadie en la empresa, excepto los tres dueños, De Florio y sus dos colaboradores, tiene conocimiento de la existencia de este programa. Para todos los empleados, esto es una fábrica de papel que se dirige como cualquier otra.

Brent, hay que poner fin a los asesinatos. Por eso, he decidido proporcionarte la información y los recursos necesarios para hacerlo. Da a conocer el programa. Acaba con esta demencia. La cobardía me ha privado de hacerlo yo mismo. Me he pasado años forjándome una reputación, intentando hacerme respetar. Aunque quizá sea un insensato, prefiero irme a la tumba pensando que mi vida ha sido un éxito. Pero, si te sirve de consuelo, quiero que sepas que el creador fue víctima de su propio mal. Mi muerte no la ha causado el cáncer terminal. Me habrán marcado como Prioridad y me habrán procesado. Supongo que el propio De Florio se habrá encargado de hacerlo. Tal vez con tu ayuda yo pueda ser la última Prioridad.

Necesitarás corroborar lo que te estoy diciendo. Lo que tal vez sepas, o tal vez no, es que Hank Reed tiene una de nuestras listas de Prioridades. La obtuvo de manera accidental al hacer que una de nuestras empleadas husmeara en nuestros archivos electrónicos. Estaba previsto que lo hiciera. De hecho, Hamilton Lee dejó intencionadamente una nota interna con información falsa concebida para que Hank encauzara mal las negociaciones. Pero, por un golpe de suerte, Reed obtuvo la lista de Prioridades que la junta aprobó para procesar en sus reuniones de mayo y junio.

Ten en cuenta que Lee y Hughes están al corriente de mis contactos contigo y con Hank. Y también saben que intento detenerlos. Incluso han leído una

versión anterior de esta confesión. No me cabe duda de que enviarán a De Florio a por vosotros. Es difícil determinar el momento exacto, pero aparecerá. De Florio tiene capacidad para mantener una vigilancia física y electrónica constante de vuestras actividades (teléfonos, despachos y hogares). Probablemente ya lo esté haciendo. Es muy bueno en su trabajo, pero tenéis una ventaja con la que nunca antes ha tenido que enfrentarse.

Sabéis que irá a por vosotros.

Recientemente ejecuté un codicilo a mi testamento que lega todo lo que tengo a un fideicomiso. Te he otorgado el control absoluto de dicho fideicomiso. Mi patrimonio asciende a entre 240 y 300 millones de dólares e incluye dinero en efectivo, acciones bursátiles, bonos, empresas y propiedades inmobiliarias. Lo que no incluye es mi parte en la Southern Republic. Según nuestro acuerdo como accionistas, en el momento de la muerte, esta se transfiere inmediatamente a Lee y a Hughes.

Mis instrucciones (detalladas en el testamento) son liquidar todo lo que tengo y distribuir el dinero entre tantas familias de Prioridades pasadas como sea posible localizar. Para hacerlo necesitarás conocer sus identidades. Por descontado, no todos los empleados que en el pasado interpusieron una demanda contra la empresa, llegaron a la edad de jubilarse o incurrieron en gastos médicos fueron asesinados. De hecho, solo un pequeño porcentaje de las decenas de miles de personas que trabajaron para la empresa se designaron Prioridades. ¿Quiénes son esas personas? Es imposible saberlo. No se guardaba un registro. En los últimos años empecé a llevar un recuento informal, pero incluso eso está incompleto. El Anexo D contiene una lista parcial de nombres que puede servir como un buen punto de partida.

Una última cosa. Si logras que juzguen a Lee y a Hughes, no permitas que el Gobierno se haga con la empresa o la cierre. Seguramente intentará hacerlo. Lucha por retener el control. Lucha por que pase a ser propiedad de los empleados y por dar una parte de las acciones a las familias de las Prioridades. Mantén la empresa operativa para que Concord pueda sobrevivir. Tal vez entonces pueda salir algo bueno de esta monstruosidad. He incluido una cláusula especial en el testamento que te otorga expresamente el poder para usar mi riqueza con tal fin.

No pasa nada si me odias. No te culpo. Si te sirve de consuelo (y si crees en Dios), seguramente esté ardiendo en el infierno, con el diablo como mi eterno compañero. Es lo menos que me merezco. Me he pasado la vida usando a otras personas para mi provecho. Incluso tu contratación fue un acto egoísta, concebido para proporcionarnos una línea directa a los pensamientos más íntimos de Reed y poderlos usar en nuestro beneficio si era necesario.

Nuevamente, me avergüenza confesar que eso también fue idea mía. Sin embargo, después de ir a verte, comprobé que eras un hombre a quien podía confiar lo que me queda. Tienes la oportunidad de enderezar todo el mal que se ha hecho. Convertir algo malo en algo bueno. Quizá ciertamente los caminos del Señor sean inescrutables.

Sobrevive, y cuenta lo ocurrido.

Brent cerró los ojos y respiró profundamente varias veces.

Luego, volvió a leer en diagonal aquella confesión.

Se le revolvió el estómago, notó náuseas en la garganta. Ahora sabía lo que significaba la lista que había encontrado Hank. La Southern Republic había utilizado el crimen organizado solo para mantener una empresa competitiva y asegurar que siguiera siendo rentable. Resultaba incomprensible. Inconcebible. Y, sin embargo, allí estaba, en la confesión en el lecho de muerte de uno de los fundadores, el hombre que supuestamente había concebido aquella idea perversa.

La sensación de mareo que lo invadió enseguida quedó templada por la rabia. Era evidente que lo habían utilizado. Solo lo habían contratado para tener a Hank vigilado. Un mero canal de información. Pero había algo más. Algo incluso más horrible. Casi no se atrevía a mirar. Pero tenía que hacerlo. Releyó por encima las últimas páginas y volvió a leer las palabras. «En los últimos años empecé a llevar un recuento informal, pero incluso eso está incompleto. El Anexo D contiene una lista parcial de nombres que puede servir como un buen punto de partida».

Algo en lo ocurrido hacía dos años siempre le había generado incertidumbre. Su padre había entrado y salido de la laguna de Brooks centenares de veces. ¿Cómo podía haber calculado mal el hueco que dejaban las ramas?, tal como había concluido la policía tan a la ligera. Las dudas persistentes nunca le habían permitido creer del todo que su muerte hubiera sido accidental. Sin embargo, había acabado descartándolas y aceptando la triste realidad. Al fin y al cabo, a veces lo inexplicable priva a los vivos de sus seres queridos. Como un accidente de coche, o de avión, o que te alcance un rayo. Y también ocurrían accidentes en barca.

¿O no?

Se desplazó hasta donde acababa aquel relato y pasó por alto los apéndices A, B y C, todos ellos largas listas de terrenos y empresas organizados en tres subdivisiones tituladas LEE, HUGHES y BOZIN. El Apéndice D tenía el agorero título de LISTA PARCIAL DE LAS PRIORIDADES DE LOS ÚLTIMOS CINCO AÑOS. Se deslizó por los nombres, listados cronológicamente por la fecha aproximada de su muerte y método. Conocía a muchos de ellos. Eran padres de amigos de la infancia. Vecinos. Conocidos. Clientes. No quería mirar. Pero, a medida que los nombres ascendían por la pantalla, apareció, con una fecha de agosto de hacía dos años...

WALKER, BRIAN – AHOGADO.

Dios Santo.

No.

13:30 h

Brent se quedó mirando su escritorio.

Había permanecido sentado en silencio unos minutos, con el estómago aún revuelto, como si hubiera subido tres veces seguidas a una montaña rusa. Recordó aquel día de verano, hacía casi dos años, cuando su madre lo llamó a casa, en Atlanta, y le dijo que su padre se había ahogado en la laguna de Brooks.

«Se ha dado un golpe en la cabeza y ha caído al agua esta mañana».

Había hablado con su padre el día anterior. Tenía previsto viajar a Concord al cabo de dos fines de semana y habían acordado ir a pescar el sábado. ¿Cómo podía estar muerto? Recordó preguntarse cómo era posible. Ahora lo sabía. Su padre había sido asesinado. Una víctima de una eliminación metódica y sistemática de personas seleccionadas simplemente para ganar más beneficios.

Una Prioridad. En un programa de Prioridades. Un nombre en una lista.

Clavó los ojos en la pantalla del ordenador. La entrada de su padre le devolvía una mirada funesta. Intentó recomponerse, agarró el sobre y sacó la hoja que debía leer al final.

Le quitó la cinta adhesiva que la mantenía cerrada.

> Seguramente ahora mismo te invadan emociones que vayan desde la conmoción al odio. ¿Quién podría culparte por ello? Como probablemente sepas ya, tu padre fue asesinado. Pensé que tenías derecho a esa información. Y también que podía motivarte. Para ayudarte en esa lucha, el microcasete adjunto contiene una conversación reciente que mantuve con Lee y Hughes. Es sumamente incriminadora y debería servirte ante las autoridades. Con respecto a mi testamento, el abogado que redactó el documento es Mark Durham. Su despacho está en Atlanta. Durham no sabe nada de todo esto. Solo sabe que cambié ciertas cláusulas de mi testamento y espera tu llamada. Él puede ayudarte a movilizar el fideicomiso, pero recuerda que solo tú conoces su verdadero cometido. Y una última cosa. Lo que acabo de echar a rodar es injusto para ti. Lo sé. Pero es necesario. Lee, Hughes y De Florio tomarán medidas. No les quedará más remedio. Cuando lo hagan, atrápalos. Tienes una clara ventaja, tal como he indicado en mi relato. Sabes que van a por ti. Utilízala con inteligencia.
>
> Christopher Bozin

«Contrólate. No pierdas la compostura».

No dejaba de repetirse esas palabras una y otra vez.

Aquello no podía estar sucediendo. ¿Se había convertido realmente en la diana de Jon de Florio y dos asesinos a sueldo? ¿Debía acudir a la policía? No. Evidentemente, lo que había ocurrido a lo largo de los años no había dejado huellas. Pero tenía aquella confesión. Eso corroboraba en cierta medida los hechos. Claro está que todo rastro de aquello haría ya mucho tiempo que habría desaparecido de los servidores de la empresa. Lo que implicaba que Lee y Hughes podían achacarlo todo al producto de la imaginación desbordante de un viejo, mantener un perfil bajo durante un tiempo y luego volver a empezar, con él, o peor aún, con su familia convertida en la próxima Prioridad.

No era un movimiento inteligente.

¿Y si acudía a la prensa? Era posible que publicaran la noticia, pero podían no hacerlo. Era lo bastante experimentado como para

saber que el *Concord Record* y otros diarios comunitarios de la zona no querrían tener nada que ver con aquel asunto, pues la Southern Republic mantenía con ellos una abultada cuenta de publicidad constante con la que se aseguraba tácitamente un trato favorable en cualquier noticia relacionada con la empresa. Otra cosa eran los periódicos de Atlanta y Savannah. Eran lo bastante grandes como para no ser susceptibles a presiones económicas, pero exigirían verificación para protegerse frente a una acusación de difamación.

Y ahora mismo, no poseía corroboración suficiente.

Necesitaba imprimir una copia de aquella confesión, de manera que pulsó las teclas adecuadas para hacerlo en la impresora láser que había fuera de su despacho. Luego, cerró el archivo y volvió a meterlo todo en el sobre. Salió deprisa y recogió las páginas de la impresora antes de que alguien les prestara atención. Por suerte, debido a la muerte de Bozin, solo había una mujer sentada en su escritorio y parecía absorta. Con las copias físicas en la mano, volvió a retirarse a su despacho, cerró la puerta y cogió el teléfono.

Había marcado tres de los siete dígitos cuando recordó la advertencia de Bozin. «De Florio tiene capacidad para mantener una vigilancia física y electrónica constante de vuestras actividades (teléfonos, despachos y hogares). Probablemente ya lo esté haciendo». Marcó a propósito los números restantes erróneos y la grabación, que en cualquier otro momento le habría resultado molesta, anunció: «Lo sentimos, el número marcado no existe».

Colgó, salió con calma de su despacho y se dirigió por el pasillo hasta la oficina de seguridad de la planta. Si De Florio tenía pinchados los teléfonos, seguramente su ámbito de actuación se limitara al área de la Dirección Jurídica. El tiempo que había pasado con el fiscal del distrito le había enseñado que la vigilancia electrónica no solo era engorrosa, sino que consumía mucho tiempo. Había, literalmente, centenares de teléfonos en la fábrica y, según lo que explicaba Bozin, De Florio solo tenía dos colaboradores. No les quedaba más remedio que limitar las extensiones que podían supervisar a un número razonable. Por eso, esperaba que los teléfonos de la oficina de seguridad no estuvieran pinchados.

Descolgó uno y telefoneó a casa de Hank, pero no obtuvo respuesta. Regresó a su despacho, con la mente aún aturdida.

Se acordó del microcasete.

Cerró la puerta y escuchó toda la conversación tres veces. Luego, apagó la grabadora y volvió a guardarlo todo en el sobre.

¿Dónde estaba Hank?

Decidió arriesgarse y comprobar si había ido al despacho de S. Lou Greene. Si tenían una relación parecida a la que Hank y él solían tener, seguramente Hank pasara allí mucho tiempo, sobre todo en época de negociaciones.

Se guardó el sobre doblado en el bolsillo interior de la chaqueta. Cogió un par de carpetas abultadas y salió del edificio, tras informar a la única secretaria que quedaba de que iba a reunirse con Greene para intentar cerrar un par de expedientes de indemnizaciones laborales pendientes. No sabía si volvería o a qué hora lo haría. Caminó despacio deliberadamente, advirtiéndose de mantener el control, de fingir que solo estaba desempeñando su trabajo y no hacer nada que, en caso de percibirse, pudiera suscitar sospechas. Pero guardar las apariencias era difícil cuando por dentro sentía un torbellino de rabia, indignación, pena y miedo.

Salió del Edificio B y se dirigió como si tal cosa al estacionamiento. En el trayecto saludó con la mano a un par de amigos e incluso se detuvo un instante para comentar con unas pocas personas la muerte de Bozin. Finalmente, se subió a su *jeep* y puso rumbo a la ciudad. Fue a un ritmo tranquilo, pero comprobó los retrovisores más de lo habitual. El Bulevar de la Southern Republic estaba lleno de coches, varios de los cuales circulaban tras él, lo que hacía difícil determinar si alguno lo seguía.

Cruzó las vías de tren de la Línea de la Southern Republic y entró en el centro urbano. Aparcó en la calle al este de la oficina con fachada de granito de Greene. Hank le había contado la anécdota de la bandera y, al salir del *jeep*, levantó la vista y vio el estandarte amarillo ondeando en la suave brisa de la tarde. Con las carpetas bajo el brazo, se cruzó en la acera con un par de conocidos. Finalmente, se excusó y entró con actitud despreocupada en el despacho a través de la puerta de vidrio. Una placa de bronce

pegada al granito anunciaba «BUFETE DE ABOGADOS DE S. LOU GREENE». Tuvo que esforzarse por resistir la tentación de volver la vista atrás y cruzó el vestíbulo donde una mujer sentada en una mesa aporreaba un procesador de textos.

–Soy Brent Walker. Vengo a ver al señor Greene.

–Está reunido en estos momentos.

Se la jugó.

–Ya lo sé. Con Hank Reed. Me están esperando.

La expresión de su cara le confirmó que sus suposiciones eran ciertas.

–Permítame que lo anuncie.

Descolgó el teléfono y anunció su presencia. El hecho de que la secretaria le indicara las escaleras le reveló que habían autorizado su entrada. Brent las subió de dos en dos y atravesó con paso ligero el vestíbulo de la segunda planta. Llegó a la puerta cerrada con el letrero de PRIVADO y entró.

–¿Qué te trae por aquí? –le preguntó Hank, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia él.

Aún llevaba puesta la camisa de vestir con gemelos en los puños y la corbata de la sesión de negociaciones de aquella mañana. Por el conjunto que vestía, una camisa azul celeste arrugada, unos pantalones oscuros y una corbata amarilla, parecía que Greene se hubiera quedado a dormir en el despacho la noche anterior.

–Tenemos que hablar, Hank. Es sobre la lista de nombres que me enseñaste.

Sabía que Hank había puesto al corriente a Greene.

–¿Qué pasa? –preguntó Hank–. ¿Has descubierto algo más?

–Podría decirse así.

Tiró las carpetas que llevaba al suelo. Ahora que se encontraba lejos de la papelera, dentro de una sala cerrada y no susceptible de ser observado, la compostura que había logrado mantener hasta entonces se desmoronó. Lo único que veía era el cadáver de su padre en el ataúd. Había permanecido horas sentado junto a él antes del funeral.

Hank se le acercó y lo agarró por el hombro, viendo que estaba afligido.

–¿Tan malo es? –le preguntó su viejo amigo.

Intentó dominar sus sentimientos.

–Horrible.

–Cuéntame todo lo que sabes –dijo Hank.

–Hank, no tienes ni idea de en lo que estás metido. Esos cabrones van muy en serio.

–A ver, serénate. Intenta relajarte. Siéntate. Explícame de qué va todo esto.

–Están asesinando a personas, Hank. Una a una. Sistemáticamente. Están matando a personas para tener más beneficios.

Había alzado la voz. Hank miró a Greene, que estaba sentado en su butaca. Brent se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó el sobre y le entregó la confesión de Bozin a Hank.

–Lee esto.

Greene se acercó y la leyó por encima del hombro de Hank.

–Dios mío –dijo Hank, cuando acabó de revisar el último apéndice–. Conozco a casi todos los nombres que aparecen aquí. –Hank lo miró–. Y tu padre fue uno de ellos.

–Nosotros somos los siguientes.

Hank no dijo nada, pero su expresión revelaba que estaba de acuerdo.

–No necesariamente –dijo Greene, acomodándose de nuevo en la butaca tras su escritorio–. No pueden estar seguros de lo que sabéis ni de lo que tenéis. No pueden arriesgarse a actuar sin pruebas. Necesitan asegurarse antes de hacerlo.

–Me parece que a estos tipos les importan un bledo las pruebas –espetó Brent.

–Desde luego. Si de verdad han hecho eso, como parece ser, por supuesto no querrán que los cojan.

–Si estamos muertos, no tendrán que preocuparse por eso.

–No necesariamente. Bozin se tomó muchas molestias para acercarse a ti. Deben de estar preguntándose por qué, como tú mismo.

–Nos están siguiendo.

–Si eso es cierto, entonces saben que los dos estáis aquí ahora –dijo Greene.

Brent señaló hacia las carpetas del suelo.

–Para eso he traído esos expedientes. Tienes varias demandas presentadas contra nosotros. He dicho en el despacho que venía a cerrar acuerdos. He caminado despacio y no he hecho nada sospechoso. De manera que, si alguien me seguía, no habrá visto nada raro.

–Y yo siempre ando por aquí –dijo Hank.

–Esperemos que aún estén lo bastante confusos para no saber cómo proceder.

Brent cogió el sobre y sacó la grabadora.

–Tenéis que oír esto.

Greene y Hank escucharon. Después leyeron las dos hojas restantes.

–Esos tipos son fascinantes –dijo Greene–. Han llevado el concepto de una ciudad corporativa a su extremo más lógico. Son propietarios o controlan la mayoría de los negocios locales más rentables, además de los bancos y la unión crediticia. Y siempre han metido mano en el hospital y el sanatorio. Les habrá resultado muy fácil saberlo todo sobre cualquiera.

–Se diría que lo que han hecho te causa admiración –opinó Brent.

–En absoluto. Pero el ingenio es innegable.

–Mataron a mi padre.

Greene levantó las manos.

–Lo sé. Soy consciente. Y lo lamento muchísimo. Pero, para detener esto, tenemos que entenderlo. Se han convertido en la autoaseguradora por excelencia. Un tipo trabaja durante treinta años, se retira y espera que le paguen una pensión y los gastos médicos. En lugar de ello, un matón lo aniquila en plena noche y los demás se limitan a pensar que había trabajado demasiado. Problemas de corazón. Fallos renales. Un trágico accidente.

–¿Tu padre estaba enfermo? –preguntó Hank.

–Que yo sepa, no. Pero era muy reservado.

–Confieso que a veces me he preguntado cómo podía ser que hombres con quienes había trabajado durante mucho tiempo se

jubilaran y al cabo de un par de años estuvieran muertos –dijo Hank–. Pero tienes razón, Lou, pensaba que tenía que ver con el entorno. La papelera es un entorno laboral duro. Se cobra un peaje en el cuerpo.

–La mayoría de ellos murieron por causas naturales, Hank –dijo Brent–. Según Bozin, solo mataron a unos dos mil. Debe de haber habido decenas de miles de personas que hayan trabajado para la Southern Republic. No pueden matarlos a todos.

Hank sacudió la cabeza.

–Cabrones. Cuando era alcalde, la empresa siempre insistía en tener a alguien de los suyos en el consejo. Y lo mismo en el condado, sobre todo en la junta de asesores fiscales. Lee me presionaba para asegurarse de tener siempre algún elemento de control político ahí. Pero estos tipos no necesitaban que nadie los cuidara.

–Imagino que lo hacían de cara a la galería –terció Greene–. Supongo que querían guardar las apariencias. Al fin y al cabo, unos cuantos beneficios fiscales y cierta infravaloración de propiedades tampoco vendrían mal para la cuenta de resultados. Y eso eran pequeños favores que podías hacerles fácilmente. Si no te los hubieran pedido, habrías sospechado.

–Esos tres hijos de perra son asesinos en serie –dijo Brent, hablando como el fiscal que solía ser–. Tenemos que hacer algo. Y ya.

–Bozin tiene razón –dijo Greene–. Llamar su atención es la clave. Pero yo me mantendría alejado de la prensa y de las autoridades locales. No sabemos hasta dónde se extienden los tentáculos de la Southern Republic. Lo lógico sería asumir que tienen amigos en la región. Donde debemos destapar este tema es en Atlanta.

–¿Se te ocurre algo, Lou? –le preguntó Hank.

–Es posible que tengan micrófonos en este despacho –dijo Brent.

Greene negó con la cabeza.

–No había motivos para tenerlos... hasta ahora. Y sí, Hank, se me ocurre algo. Tengo un amigo de la Facultad de Derecho que trabaja para la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos en Atlanta. Y también conozco a un par de periodistas del *Constitution*. El lunes y el martes

tengo que ir a Atlanta para asistir a unas vistas por unas indemnizaciones laborales ante la junta estatal. Hace tiempo que tengo planeado el viaje, de manera que no suscitará recelos. Puedo entregar este material a la gente indicada ya que estoy allí.

Brent enseguida se mostró en desacuerdo con la idea.

–Eso solo te pondría en el punto de mira con el resto de nosotros. Puedo ir directamente al fiscal del distrito del condado de Fulton.

–Ya estoy en la línea de fuego gracias a vuestra visita de hoy.

–Probablemente te sigan –dijo Brent.

–Quizá. Pero tendré cuidado. Siempre conduzco yo, eso me permitirá comprobar si tengo compañía. E iré a ver a mi amigo directamente mañana.

Brent negó con la cabeza.

–No quiero implicarte en esto.

–Ya estoy implicado. Además, es la única solución práctica. Es imposible que alguno de vosotros dos pueda llegar a la policía o a la prensa. Ese tal De Florio se os echaría encima. Y no os olvidéis de vuestras familias. No podéis ponerlas en riesgo. Necesitáis mantener a la otra parte confusa. Seguid con vuestro trabajo como siempre. Si os están vigilando, no habrá nada que suscite sospechas. Ya sabemos que asesinan. Pero lo hacen con cautela. Lo planifican. No es algo espontáneo. Mañana mismo habré entregado este material a las personas indicadas. Y después de eso, no se atreverán a poneros una mano encima.

–Me parece buena idea –dijo Hank.

A Brent no le hacía gracia. Ninguna gracia. Pero la alusión a su madre lo convenció. Por no mencionar a Ashley y a Lori Anne.

–De acuerdo. Pero comunícanoslo en cuanto contactes con ellas.

–Llamaré a Hank –dijo Greene.

–No –se apresuró a decir Brent–. Recuerda que los teléfonos pueden estar pinchados. Llama a tu mujer y déjale un mensaje para Hank. Lo bastante críptico para que nosotros lo entendamos pero ella no. Nosotros nos pondremos en contacto con ella de alguna manera.

–Buena idea. Mañana por la tarde debería tener una respuesta. Por ahora, será mejor que haga una copia de todo esto. Querrán

verlo todo. ¿Puedo llevarme la grabación?

Brent se encogió de hombros.

–Claro. La necesitarás.

15:14 h

Hamilton Lee caminó pavoneándose por la planta veintinueve hasta el despacho de Larry Hughes. Al entrar, vio que la secretaria de Hughes seguía llorando.

–¿Cómo está Nancy? –preguntó, fingiendo preocupación por la secretaria de Bozin.

–Está en casa, bajo cuidado médico.

–Esto es terrible. Una tragedia.

–Sí que lo es –dijo la mujer entre lágrimas–. El señor Bozin era un hombre maravilloso.

Le expresó su acuerdo, tras lo cual se disculpó y entró en el despacho de Hughes. En cuanto hubo cerrado la puerta, dejó de fingir.

–Tenemos que hacer algo. El testamento de Chris. Debemos hacernos con él.

–¿Y cómo vamos a hacer eso?

–No tenía familia. ¿No sería lógico que sus socios empresariales se ocuparan de sus asuntos? –Se dejó caer en el sofá de color beis. A su lado había una mesa ovalada de caoba con una exquisita lámpara de Tiffany y, debajo de esta, un teléfono. Descolgó el auricular–. El abogado de Chris era Mark Durham. Me habló de él alguna vez, en tiempos más cordiales.

Ya había localizado su número de teléfono y lo había anotado, de manera que lo marcó y consiguió que lo pusieran en contacto con Durham, tras explicar quién era y la naturaleza de la emergencia.

–Creo que no nos conocemos en persona, pero Chris Bozin lo tenía en muy alta consideración –le dijo a Durham–. He pensado que debía saberlo: Chris ha fallecido esta mañana.

Durham suspiró.

–Qué horror. Es terrible. Sabía que le quedaba poco tiempo, pero no sospechaba que la enfermedad estuviera tan avanzada.

–Tenía un cáncer terminal. Hacía un tiempo que todos estábamos preocupados por ello. El motivo de mi llamada es que será necesario gestionar el patrimonio de Chris y nos pidió específicamente que nos ocupáramos de ello.

–Por supuesto, señor Lee. El señor Bozin dejó un sobre para usted aquí la semana pasada. Fue entonces cuando me habló de su enfermedad y me indicó que esperara su llamada si fallecía. Simplemente, no caí en la cuenta de que lo haría tan pronto. Me dio instrucciones para entregarle sin demora el sobre. Haré que lo envíen por mensajero ahora mismo.

Una hora después tenía el sobre en su haber.

Lee leyó la nota manuscrita a solas en su despacho.

Para cuando leas esta nota ya me habréis convertido en una Prioridad, me habréis procesado y habrás intentado hacerte con una copia de mi testamento. Eres increíblemente predecible, Hamilton. La semana pasada rehíce mi testamento. Todo mi patrimonio, incluido el pago que la empresa le adeuda (y que debe abonarse en los próximos 90 días según nuestro acuerdo entre socios), está ahora en un fideicomiso. He dado instrucciones a mi abogado sobre cómo proceder y el fideicomisario designado, Brent Walker, ha recibido instrucciones específicas por escrito. Espero que todo este asunto te resulte estimulante. A mí me lo parece.

Sonrió.

El viejo tenía estilo, eso tenía que concedérselo. Fuera lo que fuese que Bozin había concebido, estaba claro que lo había planificado con meticulosidad.

Parecía haberlo pensado todo hasta el último detalle, haberlo anticipado todo.

¿O no?

DÍA 19
SÁBADO, 24 DE JUNIO

12:20 h

S. Lou Greene sorteó con su Jaguar de color cereza el tráfico del fin de semana. Puso el intermitente izquierdo y se desvió del concurrido bulevar para entrar en una urbanización. Su coche no desentonaba: Cadillacs, Lincolns, Mercedes, BMW y al menos un Rolls-Royce adornaban los caminos de acceso a las mansiones que flanqueaban la calle.

La urbanización llevaba el prestigioso nombre de Peachtree Estates. Dio por hecho que las restricciones aplicables imponían una parcela mínima de ocho mil metros cuadrados con un mínimo de novecientos metros cuadrados construidos. No había una puerta con seguridad en la entrada, probablemente porque los residentes consideraban más económico legar las calles a la ciudad y dejar que fueran los contribuyentes quienes costearan su mantenimiento, y se reservaban el dinero para verjas decorativas, servicios de seguridad privados y perros guardianes que eran tanto símbolos de estatus como soluciones prácticas.

Las viviendas oscilaban entre una y cuatro plantas de altura. La mayoría eran de ladrillo y estuco, con fachadas con columnas, puntiagudos tejados con gablete y unos jardines primorosos, con una amplia variedad de árboles, arbustos, helechos y flores estivales. No había ni una calva en ellos, ni una mala hierba. Estaba acostumbrado a ese nivel de lujo. Su propia casa era igual de elegante, con la única diferencia de que su vivienda de trescientos

setenta metros cuadrados con piscina no se hallaba en una propiedad con precios tan astronómicos como las de las colinas al norte de Atlanta.

Sorprendentemente, había localizado la dirección en internet, donde Lee, Hamilton J. aparecía listado. Y se dirigió a Peachtree Estates con ayuda de la aplicación Maps de Google. La casa que parecía pertenecer a Lee estaba al fondo de una calle sin salida. Un tosco muro de granito la rodeaba, interrumpido únicamente por dos verjas de hierro que daban paso a un camino de acceso semicircular. La arquitectura tendía al Renacimiento griego, con dos plantas con alas simétricas, ladrillo blanco y la fachada agraciada con un pórtico con frontón triangular sostenido por columnas estriadas.

La verja estaba abierta, de manera que entró con su coche y lo aparcó junto a un Mercedes coupé plateado de último modelo. Salió del Jaguar y se tomó un momento para admirar la escena. La entrada estaba circundada por arbustos podados y flores coloridas, con un jardín delantero de grama segada a baja altura como una alfombra. Tenía la sensación de que en cualquier momento aparecerían banderines, porque aquello parecía un *green* de prácticas. Sacudió la cabeza y sonrió. Saltaba a la vista que Hamilton Lee sabía vivir bien.

Se había vestido de manera informal. Pantalones cortos caqui, un polo y náuticos sin calcetines. Dadas las circunstancias, las formalidades no le parecían necesarias.

Subió al pórtico y llamó al timbre.

Abrió un mayordomo con expresión solemne.

–¿Es esta la residencia de Hamilton Lee, de la Southern Republic Pulp and Paper?

–Así es.

–Me llamo S. Lou Greene. He venido a ver al señor Lee.

–¿Le espera?

–No.

–En ese caso, es impensable molestar al señor Lee en sábado.

Se llevó tranquilamente la mano al bolsillo de su pantalón corto y sacó la copia plegada de la lista.

–Enséñele esto. Creo que me recibirá.

Se esforzó por no sonreír.

El mayordomo cogió la lista que le tendía, pero no desplegó el papel.

–Aguarde un momento.

La puerta se cerró. Tres minutos después volvió a abrirse.

–El señor Lee le recibirá.

–Qué sorpresa... –farfulló Greene.

–Sígame, por favor.

Lo condujeron a través de un vestíbulo de mármol con la estética y la sobriedad de un templo romano. Un amplio pasillo alfombrado se extendía hasta la parte posterior de la casa, finalizando en una doble puerta con vidriera. El mayordomo la abrió y le invitó a pasar.

–Espere aquí, por favor.

Se quedó solo en una biblioteca. Grandes librerías forraban dos de las paredes, en su mayoría llenas de novelas y ensayos, si bien dos de los estantes contenían una impresionante colección de números de la revista *National Geographic* encuadernados en cuero. Lienzos al óleo con marcos dorados decoraban otra pared, cada uno de ellos iluminado con gusto por un diminuto aplique de latón. En el centro había un conjunto de sofá de cuero con tres sillones orejeros tapizados. La luz del sol entraba por unos enormes ventanales de vidrios emplomados. A un lado, sobre una mesa, había unas cuantas fotografías enmarcadas. Era evidente que Lee tenía dos hijas; la mayoría de las fotos eran de ellas y de sus nietos. Estaba estudiando atentamente sus rostros cuando las puertas se abrieron de repente.

Entró un hombre en la cincuentena, con el cabello castaño con canas, un bigote a juego y un bronceado de rico. También iba vestido de manera informal, con un par de pantalones azul oscuro y una camisa de Robert Graham de color crema. Llevaba la copia de la lista, desdoblada, en la mano izquierda.

–He recibido su mensaje –dijo Lee, cerrando las puertas a su espalda.

–Lou Greene. Soy abogado, de Savannah.

Le tendió la mano para estrechársela.

Lee no le devolvió el saludo.

–Según tengo entendido, señor Greene, obtiene la inmensa mayoría de sus estipendios de Concord, Springfield, Sylvania y otras pequeñas poblaciones. No de Savannah.

–Es más fácil decir Savannah.

–¿Y quizá también más prestigioso que, pongamos por caso, Rincon?

–Quizá.

Lee sostuvo en alto la lista.

–¿De dónde ha sacado esto?

–¿Podemos sentarnos?

–Si lo desea.

Se sentó en el sofá y Lee frente a él, en uno de los sillones.

–Volveré a preguntárselo: ¿de dónde ha sacado esta lista?

–Me la dio un amigo mutuo.

–¿Y de quién podría tratarse?

–De Hank Reed.

–¿Y su significado?

Greene soltó una carcajada.

–Actúa usted muy bien.

–¿A qué se refiere?

–Mire, entiendo que sea cauteloso. ¿Quién puede culparlo por ello? No me conoce de nada. Y probablemente se pregunte si llevo un micro oculto o algo así. –Se puso en pie y se levantó la camisa–. Compruébelo usted mismo. No hay cables. Si lo desea, puedo bajarme los pantalones o puede cachearme, lo que le haga más feliz.

–No será necesario. Le creo.

Greene volvió a bajarse la camisa y se sentó.

–¿A qué ha venido? –le preguntó Lee.

–Tiene usted un problema grave con el que puedo ayudarle.

–¿De qué se trata?

Su tono se recrudeció. Había llegado el momento de jugar su baza:

–Del problema que su querido y difunto exsocio creó con Brent Walker. Así que vayamos al grano, Hamilton. No le importa que le llame por su nombre de pila, ¿verdad?

Lee no dijo nada.

–Para serle sincero, me da igual si le importa o no. He leído la confesión que Bozin le dejó a Walker. Bastante reveladora. No es usted un buen hombre. Y, por cierto, explica las cosas con claridad, incluida esa lista que tiene en la mano.

–¿Y cómo podría ayudarme usted con eso?

Se puso cómodo, extendiendo los brazos sobre el respaldo del sofá. Por fin llegaban a alguna parte.

–Tiene suerte de que vinieran a verme a mí. Por el momento, los únicos que sabemos algo somos Reed, Walker y yo.

–¿Y tiene usted lo que Bozin le dio a Walker?

–Así es –mintió.

–¿De qué se trata?

–De un par de notas manuscritas, una memoria USB y una grabación.

–¿Una grabación?

–¿No lo sabía? Parece ser que Bozin grabó una conversación que mantuvieron los tres. Tuvo lugar el jueves, si no voy errado, en su propia casa en Hickory Row. –Sacudió la cabeza fingiendo disgusto y luego se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó la grabadora que Brent Walker le había entregado. Pulsó el botón de reproducción y la dejó sonar un par de minutos. Había seleccionado previamente algunos de los fragmentos más obscenos de la conversación. La detuvo–. Material incriminador. Debería ser más cuidadoso con lo que dice.

–¿Qué propone?

–Una sociedad.

–¿Con qué fin?

–Bozin dejó una lista con algunas de las últimas Prioridades. Y me irritó mucho que uno de los tipos a los que se quitaron de en medio fuera uno de mis clientes. Su inoportuna muerte me costó cien mil dólares en honorarios que me había ganado con el sudor de mi frente.

–¿Y qué es lo que quiere? ¿Un pago?

–Soy un tipo razonable, Hamilton. Tal como yo lo veo, el pasado, pasado está. A mí lo que me preocupa es el futuro. Y me da la

sensación de que podríamos ser buenos colaboradores.

–¿Y por qué iba a querer yo que colaborásemos?

–Para evitar que haga lo que les dije a Reed y a Walker que me disponía a hacer.

–¿Que es...?

–Ir a la prensa y a las autoridades judiciales pertinentes con lo que tengo.

–¿Y qué iba a detenerme de... –Lee hizo una pausa– eliminar el problema sin más?

Sonrió.

–Que no sabe lo que he hecho ni dónde lo he guardado todo. E incluso si me convirtiera en una Prioridad, seguiría teniendo el problema de Reed y Walker. Tratar conmigo tiene el beneficio de que yo me encargaré de ellos.

–¿Y cómo lo hará?

–No se preocupe. Me las apañaré. Y sin necesidad de esos asesinatos tan arriesgados que parecen gustarle tanto. No serán un problema.

–¿Y qué pasa si no necesito su ayuda?

–Me apuesto lo que sea a que aprovechará todas las oportunidades a su alcance.

–Partiendo de la hipótesis de que pudiera interesarme un acuerdo de ese tipo, ¿qué quiere a cambio?

Sonrió, satisfecho con los progresos.

–Lo único que quiero son unos pactos generosos sobre las reclamaciones de indemnizaciones laborales que interpondré contra su empresa. Su gente tiene el irritante hábito de pelear duro. Y no tengo problema con eso, siempre y cuando me aseguren que, al final, llegarán a un acuerdo... en los términos que yo imponga. Pero no se preocupe. Seré justo con ustedes. No me aprovecharé. Solo quiero unos dólares razonables que no solo engrosen mis bolsillos...

–... sino que, al mismo tiempo, le ayuden a forjarse una reputación.

–Exactamente. Mientras ustedes siguen priorizando. Eso sí, siempre que mis reclamantes nunca figuren entre sus Prioridades. Maten si quieren a los clientes de otros abogados laborales, pero

dejen a los míos en paz. Y, como bien ha dicho usted, también quiero el dinero que me costó la muerte de Pabon..., en efectivo.

–Está claro que ha meditado mucho sobre este asunto.

–Procuro ser meticuloso, Hamilton. Sobre todo en lo que se refiere a mi práctica como abogado.

–Tengo que pensármelo.

–Lo entiendo. De verdad. –Se puso en pie–. Estaré en Atlanta hasta el martes. Me alojo en el Regency Arms, en el centro de la ciudad. Tómese su tiempo. Si no he sabido nada de usted el martes a mediodía, daré por supuesto que está dispuesto a leer todo lo relacionado con su caso en el *Atlanta Constitution* el miércoles.

Lee se puso en pie.

–Le garantizo, señor Greene, que tendrá noticias mías mucho antes de eso.

13:20 h

Lee esperó cuarenta y cinco minutos a que De Florio le devolviera la llamada. Descolgó el auricular en la biblioteca.

–Jon, os quiero a ti y a tus colaboradores de vuelta en Atlanta lo antes posible.

–¿Hay algún problema?

–Hay un asunto que requiere atención inmediata.

–¿Y qué hay de Reed y de Walker?

–Olvídate de ellos por ahora. El problema está aquí, no allí.

–¿Cómo recibiré instrucciones?

–Reúnete conmigo en la oficina a las cuatro en punto. El *jet* de la empresa está de camino para traeros de vuelta. Desplaza a tus colaboradores aquí sin falta. Pero no en el avión.

–¿Puedo preguntar por la naturaleza del asunto?

–Represalia.

16:46 h

Jon escuchó con atención mientras Lee le explicaba la visita del abogado S. Lou Greene. Estaban sentados en la sala de juntas de la planta treinta de la Torre Azul. Lo habían trasladado en coche directamente allí desde el aeropuerto, tras aterrizar en Atlanta.

–Ese capullo pomposo cree que puede chantajearme –dijo Lee–. ¿Qué sabes de él?

Se encogió de hombros.

–Que es avaricioso. Arrogante. Un gallito. Pero tiene éxito. Lleva años litigando reclamaciones de indemnizaciones laborales. Se ha forjado una reputación como uno de los mejores abogados de su ámbito en el estado. Hace nueve años que se trasladó a Concord. Es el abogado más difícil con el que Relaciones Laborales tiene que lidiar. Se niega categóricamente a aceptar nada menos de lo que exige. Y lo consigue alimentando una relación estrecha con el juez de lo contencioso-administrativo local. Juegan juntos al golf y al tenis. Descubrimos que Greene le ha pagado al viejo varias estancias en un complejo hotelero jamaicano. Lógicamente, eso es una violación ética que se prestaría a las mil maravillas para extorsionarlo. He mantenido actualizado un expediente sobre él por si a la junta se le agotaba la paciencia.

–¿Y en lo personal?

–Los abogados de la zona lo apodan el Palo de Escoba, por motivos evidentes. Se bebe seis cervezas importadas al día. Se las da de sibarita. No pestañea si tiene que gastarse quinientos dólares en una cena. Tiene cuarenta y un años. Casado. Pero eso no le impide tener una novia. Hay tres pequeños Greene. Un niño y dos niñas. Viven en una parcela de ocho hectáreas en el noroeste del condado de Chatham. Su esposa es enfermera de profesión, pero ya apenas trabaja. Básicamente, se dedica a supervisar a la criada y al jardinero, y se ocupa de que Greene sea feliz.

–¿Cómo recuerdas todo eso?

–Porque yo mismo preparé el expediente.

Lee sacudió la cabeza.

–Bozin nos ha dejado en una situación insostenible.

–Pero me apostaría lo que sea a que el señor Bozin no imaginó que Greene se implicaría en todo esto.

–Estoy de acuerdo. Esto es..., ¿cómo has dicho? Esto es cosa del Palo de Escoba. A espaldas de Reed y Walker. ¿Ha habido algún contacto entre Greene y Walker?

–Ayer, Walker fue al bufete de Greene. Mi hombre informó de que salió de la fábrica en torno a una y media y se dirigió hasta allí tranquilamente. Llevaba unas carpetas y dejó el recado de que iba a intentar pactar algunas reclamaciones.

–Es evidente que fue entonces cuando Greene se enteró de todo. De otro modo, habríamos tenido noticias suyas antes. ¿Y qué hay de Reed?

–Tuve que quitarle el seguimiento para permanecer con el cadáver de Bozin. Como recordará, voy corto de personal, con solo dos colaboradores. Yo mismo seguí a Reed hasta el mediodía. Mi colaborador no pudo regresar y retomar la vigilancia hasta última hora de la tarde. Para entonces, estaba ya en casa. Hubo una franja de tres horas que no pudimos monitorizar.

–Entonces tal vez estuviera también en el despacho de Greene...

–Es posible. Va a menudo.

–Es evidente que ha habido comunicación entre los tres. Greene lo sabía todo sobre Bozin. Incluso me reprodujo la maldita grabación, de la que yo no tenía noticia.

–Probablemente Greene actúe por cuenta propia. Ha visto una oportunidad y está intentando aprovecharla al máximo a espaldas de Walker y Reed.

–Por suerte para nosotros –dijo Lee–. Tenemos que aprovechar esta oportunidad, Jon. Quiero a Greene muerto. Esta noche. Algo extraordinario. Más público. Quiero enviar un mensaje que nuestros dos amiguitos de Concord entiendan. ¿Puedes hacerlo?

–¿Greene dijo que se alojaba en el Regency Arms?

Lee asintió con la cabeza.

–¿Y cuáles son mis instrucciones para después?

–Regresa a Concord y prepárate para ocuparte de Reed y de Walker. Todavía no estoy seguro de cómo proceder. Huelga decir que necesitamos recuperar la confesión de Bozin y esa cinta antes de atar los cabos sueltos. Hay planificada una ceremonia fúnebre en tributo a Bozin en Concord el lunes. El señor Hughes y yo tenemos

previsto asistir. Si para entonces no tenemos todos los originales, yo mismo hablaré con Walker y subiré la apuesta.

Jon comprobó la hora en su reloj. Eran las 16:57.

–Está previsto que mis colaboradores lleguen a las seis. Procesaremos a Greene antes de las ocho y estaremos de vuelta en Concord antes de medianoche.

–Excelente –dijo Lee.

19:03 h

Jon se quedó mirando por el parabrisas y pensó en Burt Wyler. Era dueño de tres talleres de reparación de cajas automáticas distribuidos en triángulo alrededor de la I-285, la carretera interestatal de ocho carriles que circunvalaba la Atlanta metropolitana. Al principio, cuando solo tenía un taller, Wyler se las apañaba solo y pasaba la mayor parte del día trabajando bajo vehículos. Pero ahora tenía empleado a un gerente en cada uno de los talleres y dedicaba la mayor parte de la jornada a ir de uno a otro. Era un negocio próspero que le generaba sólidos ingresos de seis cifras, y ya anunciaba que había un cuarto taller en camino.

Wyler era un hombre fornido, con un ligero sobrepeso, agradable y con una poblada mata de cabello castaño. Solo se afeitaba dos veces a la semana, lo que hacía que tuviera la papada y los regordetes mofletes cubiertos por una barba incipiente perpetua. Tenía una casa en el norte de Atlanta, no una mansión ni nada pretencioso, solo una vivienda respetable de dos plantas en un vecindario de clase media-alta. No era derrochador. Sus únicos lujos eran el Corvette rojo descapotable que se había comprado unos años atrás y una lancha motora de fibra de vidrio y cinco metros de eslora que fondeaba en el lago Lanier y usaba para hacer esquí acuático los fines de semana. Su único problema era su esposa, que se había marchado hacía tres meses, si bien aún no le había enviado los papeles del divorcio.

Lo había intentado todo para recuperarla. Regalos. Noches caras fuera de la ciudad. Promesas de cambiar. Acuerdos de ir a terapia.

Lo que hiciera falta. Pero nada parecía funcionar.

Burt Wyler tenía cuarenta y ocho años. Vikki Wyler, treinta y ocho. Ella era su primera esposa; él, su segundo marido. Vikki, formada como especialista en rehabilitación profesional, era una mujer de carrera que había empezado trabajando para unos proveedores de reinserción cuyos servicios dependían en gran medida de abogados de indemnizaciones laborales, compañías aseguradoras, médicos y empresas. Después de casarse, Wyler consiguió ahorrar dinero suficiente para que pusiera en marcha su propia consultoría y al poco contaba ya con una amplia cartera de clientes, había expandido su presencia por todo el estado y conseguía elevados ingresos de cinco cifras.

Llevaban casados doce años y lo habían intentado todo para tener hijos. A Wyler tanto le daba que fuera niño o niña. Pero todo había sido en vano. Habían consultado a especialistas y les habían hecho pruebas a los dos. La falta de éxito preocupaba mucho más a Burt que a Vikki, lo que en sí también preocupaba a Wyler, que había acabado convenciéndose de que su mujer en realidad no quería ser madre. Hacía tres meses, la situación había tocado fondo y Vikki se había marchado de casa y se había instalado con una amiga. Desde entonces habían mantenido un contacto esporádico. Wyler les había dicho a sus amigos que pensaba que Vikki salía con alguien. Todas las señales indicaban en esa dirección. Pero ella negaba repetidamente las acusaciones y conseguía darles la vuelta, argumentando que el problema de su matrimonio eran los celos de Wyler.

Quizá lo fuera.

Wyler admitía que era posesivo. Pero Vikki no hacía nada por aliviar sus temores. Le gustaba llevar blusas de seda que se pegaban al cuerpo y vestidos ceñidos. Siempre llevaba minifalda, luciendo sus delgados muslos y sus largas y bonitas piernas. Solía llevar su poblada melena morena rizada y cardada. Y tenía un surtido de lentillas cosméticas que teñían sus ojos de diversos colores, siendo el azul celeste su favorito. No era guapa, sino meramente atractiva, y le gustaba provocar.

Eran una pareja extraña. Un estudio de contrastes. Los amigos de Wyler le decían que le iría mejor sin ella. Por desgracia, Burt Wyler adoraba a Vikki y lo único que quería era estar con ella.

Jon sonrió.

Burt Wyler estaba a punto de ver sus deseos hechos realidad.

Miró a su lado. Frank Barnard estaba sentado tras el volante. Comprobó su reloj. Eran las 19:12 horas.

Faltaba poco.

El tercer taller de Burt Wyler ocupaba una parcela esquinera en el sudeste de Atlanta, a un kilómetro y medio de la carretera de circunvalación I-285. No era el que más faena tenía, ni el que operaba más lento, pero sí el que estaba más cerca del complejo de apartamentos donde Vikki vivía ahora. Wyler se había pasado todo el sábado allí; una llamada un rato antes les había revelado que el gerente estaba de vacaciones. Jon dio por supuesto que Wyler tenía previsto ir a ver a su esposa más tarde para convencerla de que volviese a casa. El Corvette rojo estaba aparcado en diagonal, en el extremo este del edificio de vivos colores. A las 19:15 horas, Wyler cerró con llave la puerta principal y se dirigió directamente al coche.

–Ahora –dijo Jon.

Barnard arrancó el Buick y recorrió a toda velocidad el concurrido bulevar en dirección al aparcamiento. Wyler se encontraba a solo unos pasos de su Corvette, a punto de abrir la puerta del conductor, cuando Barnard frenó a su lado.

–¿Burt Wyler? –preguntó Jon, saliendo por la puerta del copiloto–. Soy Walter Mason, investigador privado.

Le enseñó una cartera de cuero marrón con una identificación de investigador, idéntica a las emitidas oficialmente por el estado de Georgia.

–¿Se supone que eso va a impresionarme? ¿Qué quiere de mí?

–Creo que puedo serle de ayuda.

–Mire, amigo, tengo prisa.

–Es sobre su mujer.

Sabía que con eso captaría la atención de Wyler.

–¿De qué la conoce?

–¿Podríamos entrar un momento y hablar?

Wyler dudó, calibrándolo, y luego dijo:

–Sígame.

Jon le hizo una señal a Barnard para que lo esperara y mantuviera los ojos bien abiertos.

Una vez dentro, Wyler preguntó:

–Dígame, señor Mason, ¿a qué viene todo esto?

–Me ha contratado una mujer de Savannah que cree que su marido tiene una aventura con su esposa.

–¿Quién es ese cabrón?

–Un abogado llamado S. Lou Greene. Su esposa lleva los servicios de rehabilitación para muchos de sus clientes. Se conocieron hace un año. Él viene de manera habitual a Atlanta y pasan bastante tiempo juntos. Los Greene están en pleno proceso de divorcio y se ha contratado a mi agencia para que reúna pruebas que sustenten la versión de la señora Greene.

–¿Y por qué me lo cuenta a mí?

–La señora Greene consideró que tal vez le fuera bien disponer de esta información. Hemos estado realizando escuchas telefónicas. Parece que su esposa está preparando los papeles del divorcio. Greene la ha estado asesorando y tienen previsto pedir una parte de su negocio.

–¡Maldita zorra! –soltó Wyler–. Hace un mes yo mismo fui a ver a una abogada. Me dijo que doce años de matrimonio sin duda le daban derecho a reclamar una parte. Pero me convencí de que no lo haría. Joder, ¡si le he financiado la carrera!

–Yo le prevendría de asumir o confiar demasiado en que la otra parte sea justa.

–Eso es exactamente lo que dijo mi abogada.

–Buen consejo. Su esposa no solo tiene un amiguito abogado, sino que parece decidida a arrebatarle a usted todo lo que pueda. Yo mismo he oído las cintas. Ahora mismo, su esposa está en una habitación de hotel con Greene. Nos gustaría llevarle allí.

–¿Y para qué cojones quiero ir yo allí?

–Le conviene verlo con sus propios ojos. Además, tenemos un equipo de vigilancia electrónica. Sus conversaciones podrían serle de ayuda para defenderse de sus reclamaciones. No me gustaría

parecer insensible, pero les gusta mantener conversaciones íntimas en la cama y hemos averiguado muchas cosas escuchándolas.

–Yo no le he contratado. ¿Por qué molestarse?

–La señora Greene quiere ayudarle. Es a ella a quien debe darle las gracias.

–Sí, claro. Esto es lo último que quería oír. Yo quiero recuperar a mi esposa. Haría lo que fuera por conseguirlo. Justo me disponía a ir a verla.

Jon retorció el cuchillo.

–No está en casa.

Wyler hizo una pausa, al parecer para asimilar lo que acababa de decir.

–No, está en una habitación de hotel del centro de la ciudad con un picapleitos que le está sorbiendo el seso. Quizá tenga usted razón. Necesito verlo con mis propios ojos.

–Tenemos que coordinar cómo vamos a hacerlo. Tengo a un hombre apostado cerca de la habitación donde su esposa y Greene están ahora mismo. No quiero levantar sospechas por parte de nadie, de manera que le ruego que nos siga hasta la ciudad en su coche. El hotel es el Regency Arms. Aparque en el garaje subterráneo y suba al vestíbulo. Hay una zona para sentarse cerca de los ascensores. Espérenos allí. Cuando mi socio y yo lleguemos, síganos al ascensor. Finja que no nos conoce. No sabemos a quién conoce Greene en el hotel. Como es un cliente habitual, el personal debe de estar familiarizado con él. Cuando lleguemos a la planta, salga sin decir nada y síganos a nuestra habitación. Hablaremos allí. ¿Entendido?

Wyler hizo un gesto afirmativo.

–Entendido.

–¿Sabe dónde está el Regency Arms?

–Sí –respondió Wyler con la voz quebrada–.Vikki y yo pasamos un fin de semana allí una vez.

19:50 h

Jon sonrió.

Burt Wyler siguió sus instrucciones al pie de la letra, circulando tras su LeSabre granate todo el trayecto hasta el centro de la ciudad.

No debería haber complicaciones.

Por suerte, S. Lou Greene era un animal de costumbres. Cuando visitaba Atlanta, se alojaba en la habitación 478 del Regency Arms, una *suite* de dos habitaciones con un *jacuzzi* que daba a la fachada del hotel. Había sido fácil documentar la aventura de Greene con Vikki Wyler, así como la debilidad de Burt Wyler por su mujer. Greene llevaba viéndose con Vikki casi un año y, desde que ella se había ido de casa, solían pasar el fin de semana juntos cuando Greene estaba en Atlanta.

Le parecía curioso que alguien como Greene tuviera una amante. Al fin y al cabo, no podía decirse que fuera un hombre atractivo. Sin embargo, el dinero que gastaba sin reparo en comidas, regalos, alcohol y habitaciones de hotel parecía compensar la falta de presencia física.

Y Vikki era una presa fácil.

Una mujer ambiciosa que había utilizado sin remilgos a Greene para congraciarse con el colectivo de abogados especializados en indemnizaciones laborales. De hecho, gracias a Greene, muchos abogados de demandantes de todo el estado ahora recurrían de manera rutinaria a sus servicios profesionales.

Una vez que llegaron al Regency Arms, Burt Wyler continuó siguiendo sus indicaciones. Se desvió para entrar en el aparcamiento subterráneo, tal como le había indicado, y se detuvo ante la puerta automática. El recibo dispensado serviría posteriormente para corroborar la hora exacta de su llegada.

Jon no hizo que Frank Barnard entrara en el *parking* tras Wyler. Dio por supuesto que todas las plantas estarían supervisadas por el circuito cerrado de cámaras de seguridad del hotel y lo último que quería era que su llegada y su partida quedaran registradas en vídeo. Ese privilegio se lo reservaba exclusivamente al Corvette rojo. La cinta proporcionaría una prueba más que suficiente de la tragedia que estaba a punto de acontecer.

Barnard aparcó en la calle, un par de manzanas al oeste de la entrada principal del hotel. Jon metió unas monedas en el parquímetro para no correr el riesgo de que les pusieran una multa. A continuación, Barnard y él fueron caminando al Regency Arms y entraron en el lujoso vestíbulo principal. Era uno de los hoteles con más solera de Atlanta, encantadoramente reconvertido en una joya de cuatro estrellas con habitaciones decoradas con elegancia y un servicio de primera categoría para los huéspedes que podían costearse el lujo. Era uno de los destinos predilectos entre los hombres de negocios durante la semana y entre las parejas que querían disfrutar de paz y tranquilidad los fines de semana. Barnard y él atravesaron el vestíbulo, aparentando ser dos empresarios que habían acudido a la ciudad a pasar el fin de semana y regresaban de una reunión importante en sábado. Barnard llevaba un maletín de piel de color burdeos.

Se dirigieron directamente a los ascensores, manteniendo el rostro oculto de las cámaras del vestíbulo. A su izquierda, divisó a Burt Wyler sentado exactamente donde le había dicho. Wyler también los vio, se puso en pie y entró tras ellos en el ascensor. Jon pulsó el botón de la planta cuatro y agradeció que Wyler siguiera sin decir nada. Cuando se abrieron las puertas, Barnard, Wyler y él salieron.

Señaló hacia la derecha.

Avanzaron por el pasillo.

Al llegar a la habitación 479 insertó la tarjeta de plástico y desbloqueó la cerradura. Empujó la puerta accionada por bisagras de muelle y la entreabrió. Invitó a Wyler a entrar primero. Tras el pequeño recibidor había una cama de matrimonio, un escritorio, una silla y un estante para dejar el equipaje.

Wyler entró tranquilamente en la habitación.

En cuanto pasó el recibidor, Victor Jacks apareció de la nada, lo agarró por el cuello y le colocó un trapo empapado en anestésico en el rostro. Wyler se resistió, pero el anestésico hizo su efecto rápido y el hombretón se quedó sin fuerzas. Jacks lo depositó con cuidado en la alfombra y lo soltó.

Nadie dijo nada. No había necesidad. Cada uno de ellos sabía exactamente qué hacer.

Jacks ya iba vestido con camisa blanca, pantalones oscuros y pajarita negra para parecer un camarero de habitación. Se camufló rápidamente unos guantes de látex de segunda piel bajo un par de tela blanca que se sacó del bolsillo. Había una botella de champán enfriándose en una cubitera plateada, con dos copas de cristal y una roja rosa al lado, sobre una bandeja. Jacks equilibró con cuidado la bandeja sobre la punta de sus dedos. Con el arma en la derecha, el dedo en el gatillo y la mano oculta a su espalda, se dirigió a la puerta, pasando por encima del cuerpo de Wyler.

Barnard se la abrió.

Se asomó por ella, miró a ambos lados y luego salió.

La habitación 478 estaba al otro lado del pasillo, unos pasos a la derecha. Salió rápidamente y llamó a la puerta con el silenciador colocado en el cañón de su arma sin que nadie lo viera. No respondieron a la primera llamada. La habitación era una *suite*, era probable que Greene estuviera en el dormitorio.

Volvió a llamar.

Al otro lado se abrió y cerró una puerta. La mirilla solo mostraba a alguien con aspecto de camarero con pajarita cargado con una bandeja de champán.

–¿Qué quiere? –preguntó Greene desde detrás de la puerta.

–Champán, señor Greene. Cortesía del hotel. Nuestro agradecimiento por su fidelidad.

Entendía el plan. La vanidad de Greene le haría bajar la guardia momentáneamente. Al fin y al cabo, Greene llevaba años hospedándose en el Regency Arms, donde se sentía como en casa. Una botella de champán de cortesía sería algo esperable, no algo que suscitara sospechas.

Abrió la cerradura y luego la puerta.

Jacks entró, girándose ligeramente hacia la derecha para ocultar el arma.

–¿Dónde desea que la deje, señor?

–Allí mismo, en la mesa, va bien.

El abogado llevaba puesto uno de los albornoces de rizo del hotel, atado holgadamente a la cintura, con su característico logotipo de una luna creciente dorada bordado en el bolsillo. Por debajo asomaban sus piernas delgadas y peludas y sus pies descalzos. Jacks depositó con pericia la bandeja en la mesa. Greene cerró la puerta y le dio la espalda momentáneamente a lo que creía que era un camarero.

Jacks aprovechó el momento para levantar el arma.

–Señor Greene, mantenga la boca cerrada y haga exactamente lo que le digo. –A la derecha estaba la puerta cerrada que daba al dormitorio. Jacks sabía que Vikki Wyler esperaba el regreso de Greene y no quería que lo oyera, de manera que habló en voz baja–: Aléjese de la puerta.

Agitó el arma con silenciador.

El terror veló el rostro cuadrado de Greene. El abogado retrocedió.

Jacks se acercó a la puerta del pasillo y la abrió.

Jon vio la puerta moverse.

Inmediatamente, Barnard y él salieron de la habitación 479 y entraron en la 478.

–Buenas tardes, señor Greene.

Cerró la puerta y le hizo un gesto a Barnard, que desenfundó una pistola con silenciador y apuntó con ella a Greene, asumiendo la vigilancia. Jacks cogió un cojín del sofá, se acercó al dormitorio, giró el pomo y abrió la pesada puerta hacia dentro. La pared exterior estaba integrada por altas ventanas cuyas cortinas corridas dejaban los muebles en penumbra, convertidos en tenues sombras.

Vikki Wyler yacía desnuda sobre la colcha.

Rodó sobre sí misma al oír la puerta abrirse.

–¿Quién era, Lou?

Se detuvo a media frase, al darse cuenta de que el hombre que había en la puerta no era Greene y tenía un arma. Estaba a punto de gritar cuando Jacks cubrió su pistola con el cojín y le descerrajó dos tiros en el pecho y luego otro en la cabeza. Los tres emitieron

un sonido sordo, amortiguados por el cojín y el silenciador. La bala que le impactó en la cabeza no salió, pero las dos del pecho la atravesaron y desparramaron su sangre y sus vísceras por el cabezal de caoba y el papel pintado de la pared.

No emitió ni un sonido.

Jacks bajó el arma.

–Bonitas tetas.

–Sí, lo eran –dijo Jon, de pie tras él.

Obligaron a Greene a entrar en el dormitorio. Al ver el cuerpo ensangrentado de Vikki despatarrado en la cama, entró en pánico.

–¿Por qué hacen esto? Yo solo quería un pacto sencillo. Estoy dispuesto a cooperar con ustedes.

Jacks y Barnard sujetaron al abogado con fuerza.

–No necesitamos socios ni colaboración –dijo De Florio con calma.

Arrojaron a Greene a la cama y Victor Jacks disparó otros tres tiros silenciados a través del cojín. Una rosa de sangre manchó el albornoz blanco con cada impacto, mientras el cuerpo de Greene se retorcía antes de caer desplomado sobre el de Vikki Wyler.

Jon les comprobó el pulso a ambos.

Muertos.

Confirmación.

Acto seguido, les hizo señales a Barnard y a Jacks. Ambos regresaron a la habitación 479.

Él permaneció en la puerta del pasillo, montando guardia. Al cabo de un momento, sus colaboradores reaparecieron con Burt Wyler, cargándolo por los brazos sobre sus hombros, elevándolo lo bastante para que sus pies no rozaran la alfombra.

No había nadie a la vista.

Les hizo una señal.

Cruzaron hasta la *suite* de Greene y dejaron a Wyler en el suelo del dormitorio. Jacks le colocó en la mano el arma usada para matar a los dos amantes que había en la cama, lo que dejaría suficientes huellas residuales para sugerir lo evidente. Jacks y Barnard enderezaron el cuerpo de Wyler hasta ponerlo de rodillas y le llevaron la mano con el arma hasta la sien. Jacks ajustó el ángulo de la trayectoria ascendente calculada y ayudó al dedo de Wyler a

apretar el gatillo. La bala entró y salió rápidamente de la cabeza, salpicando más sangre en la pared. Jacks soltó a Wyler y dejó que su cuerpo sin vida se desplomara en la alfombra. Soltó el arma, que también cayó en la alfombra. Con cuidado, Jacks se agachó, desatornilló el silenciador y se lo guardó en el bolsillo. El cojín estaba al lado. Ambos retrocedieron y supervisaron la escena.

Jon también lo hizo.

Sería fácil suponer que se trataba de un doble asesinato con posterior suicidio, y todo apuntaría a Burt Wyler.

¿O no?

–Jacks, hay un error –dijo Jon desde la puerta del dormitorio.

Jacks miró a su alrededor.

–Has disparado a ese hombre en la sien derecha. Hay una herida de entrada y quemaduras provocadas por la pólvora. Sin embargo, el arma está en un ángulo extraño con respecto al cuerpo, lo cual sugiere algo distinto.

Jacks bajó la vista.

–Tiene usted razón. Un error tonto.

–Del tipo que podría suscitar preguntas. Por esta vez, no pasa nada. Para eso estoy yo aquí. Era un encargo apresurado y complicado. En tales circunstancias pueden cometerse errores. Que te sirva como experiencia de aprendizaje. Por favor, ajusta la posición del arma. De ese modo, la prueba no dará pie a ambigüedades.

Jacks hizo exactamente lo que le indicaba.

Jon volvió a revisar la escena.

Impecable.

–Empezad a buscar –dijo.

Sabían lo que buscaban y Barnard enseguida halló las copias de las dos notas manuscritas para Brent Walker, la lista que Hank Reed le había proporcionado y la grabadora con la cinta. El único original que había era la grabación. Pero De Florio ya había llegado a la conclusión de que Greene no tenía los originales.

Todo formaba parte del farol.

Confiaba en que se los hubiera quedado Brent Walker.

–La cubitera con el champán –le dijo a Barnard, que retiró la bandeja de la mesa de la otra estancia.

Jacks cogió el cojín.

Se marcharon.

Cerró la puerta de la habitación 478 y colgó el cartel de NO MOLESTAR del pomo exterior. Los fines de semana, los huéspedes tenían tiempo para dejar las habitaciones hasta las dos, de manera que los cuerpos no se hallarían hasta el día siguiente por la tarde, como muy pronto. Jacks lo había comprobado antes y había determinado que en esa sección del pasillo no había cámaras de videovigilancia. Los hoteles antiguos tenían puntos ciegos que resultaban muy convenientes.

Regresaron a la habitación 479.

Barnard descorchó el champán, vertió tres cuartos de la botella por el desagüe de la bañera y aclaró el lavamanos. Jacks deshizo la cama y arrugó las sábanas y las almohadas. A continuación, Barnard volvió a meter la botella casi vacía en la cubitera, no sin antes frotar las copas de tallo con un poco de alcohol, dejando un trago residual. Barnard depositó entonces la bandeja con la cubitera en la mesita de noche, junto con una copa, y la otra en la mesita del lado contrario. Habían pagado la habitación de antemano usando un nombre falso. Sería fácil asumir que se había utilizado únicamente para un encuentro de fin de semana que los ocupantes querían mantener en secreto. Barnard y Jacks se quitaron los guantes y los guardaron en el maletín vacío.

Él hizo lo mismo.

El trapo con el antiséptico ya estaba allí dentro.

Más tarde se desharían de todo, cojín incluido.

–Vayámonos –dijo De Florio.

–¿Adónde? –quiso saber Jacks.

–De regreso a Concord. Rematemos este asunto.

ÚLTIMO DÍA
LUNES, 26 DE JUNIO

7:10 h

Brent estaba en la ducha, bajo el agua caliente. Se alegraba de que el fin de semana hubiera acabado. Habían sido los dos días más largos de su vida. Se había pasado gran parte del sábado ocupándose del jardín. Para dar la impresión de seguir con la rutina, Ashley y él habían salido a cenar el sábado por la noche y el domingo habían llevado a Lori Anne a un espectáculo aéreo en el aeródromo del condado de Screven. Todavía no habían hablado con Lori Anne acerca de que él fuera su padre. Pero lo harían pronto. Cuando se conocieran un poco mejor. En el trayecto de vuelta habían pasado por casa de Hank, donde había averiguado que Greene no había dado señales de vida.

La noche anterior, su madre había notado que le preocupaba algo y había intentado que se lo contara. Pero Brent sabía que, al menos por el momento, era mejor no decir nada. Ashley también lo había sondeado. Sin embargo, ya era bastante malo que él pudiera estar en peligro como para implicarla también a ella. De hecho, se había planteado no acercarse a Ashley y a Lori Anne, pero había decidido que, si De Florio lo tenía vigilado, ya lo sabría todo sobre su relación con ella, y no quería hacer nada que levantara sospechas. Esperaba que Greene tuviera éxito en su misión. Una vez que la atención pública pusiera el foco sobre Lee y Hughes, no serían tan tontos como para hacer daño a nadie. Al menos, de eso había intentado convencerse durante todo el fin de semana.

Acabó de ducharse, salió de la bañera y se secó el pelo con una toalla. Se dirigió a su dormitorio y encendió el transistor de radio, donde sonaba la WODS, la emisora de FM local que llevaba décadas cubriendo Concord y el condado de Woods. Siempre le había gustado su formato. Sin embargo, su entusiasmo por la emisora había quedado empañado para siempre el viernes anterior, cuando vio en los listados de Bozin que Lawrence Hughes era el accionista mayoritario.

–Buenos días, condado de Woods. Repasamos las noticias más destacadas de la mañana. El sábado se produjo una tragedia. Según un informe policial, el abogado local S. Lou Greene ha sido asesinado en un hotel del centro de Atlanta.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

–El cuerpo de Greene fue hallado junto a los de Victoria Wyler, una especialista en rehabilitación profesional de treinta y ocho años, y su marido, Burt Wyler, de cuarenta y ocho y empresario de Atlanta. La policía sospecha que Burt Wyler les disparó a ambos y luego se suicidó. Los vecinos de los Wyler han corroborado que la pareja atravesaba dificultades y llevaba un tiempo separada. A Greene y Vikki Wyler les dispararon con el arma hallada junto al cadáver de Burt Wyler. Aparentemente, Wyler falleció de un balazo que él mismo se descerrajó en la cabeza. La policía calcula que la tragedia tuvo lugar en algún momento de la tarde o la noche del sábado, si bien la investigación sigue en curso. No se ha anunciado dónde tendrán lugar los funerales. Greene deja esposa y tres hijos.

Brent no oyó lo que el locutor dijo a continuación. Le iba la cabeza a mil por hora. Apenas oyó el timbrazo de su teléfono móvil en la mesita de noche. Regresando a la realidad, alargó la mano y lo cogió.

–Brent.

Era Hank. Y había usado su nombre de pila.

Estaba jugando con quienquiera que los estuviera escuchando.

–Ayer no pude hablar contigo de esto, pero no me dijiste que Ashley y tú os estabais viendo.

–No se me pasó por la cabeza –respondió, intentando adivinar adónde iba la conversación.

Hank soltó una carcajada.

–Es dura de pelar. Será mejor que te andes con cuidado.

Él también fingió reír.

–A mí me lo vas a decir...

–Oye, ¿por qué no desayunamos juntos en la cafetería de la papelera? Me gustaría que me explicaras qué hay entre Ashley y tú.

Hank lo sabía todo sobre él y Ashley, y nunca desayunaba en la cafetería de la fábrica. De hecho, Brent sabía que Hank evitaba escrupulosamente ese lugar. Era evidente que quería hablar con él y había pensado que era mejor hacerlo en un sitio público.

–Claro, de acuerdo. Allí estaré en unos cuarenta y cinco minutos.

Hank tenía razón.

Tenían que hablar.

8:03 h

Brent estacionó en el aparcamiento de la papelera y fue directo a la cafetería. No estaba del todo seguro, pero tenía la sensación de que un coche lo había seguido desde la ciudad. El restaurante de la papelera ocupaba un anexo del Edificio C directamente adyacente a la entrada principal que conducía a las zonas centrales de producción. Lo usaban la mayoría de los empleados, tanto los que trabajaban por horas como los asalariados, y era uno de los pocos servicios que la empresa contrataba externamente. El desayuno diario consistía en un pequeño bufé que no tenía nada que ver con la fantasía del Comfort Inn, pero que, por menos de cinco dólares, era una ganga.

Por respeto a Bozin, las negociaciones contractuales se habían suspendido durante el lunes y el martes. De manera que la comisión de la HITSE, la única que todavía tenía que llegar a un acuerdo, había regresado a la fábrica hasta el miércoles. Se había programado una misa fúnebre en la iglesia católica de San Nicolás aquella misma tarde y todos los empleados de la empresa estaban invitados a asistir. Hasta que había oído la noticia sobre Greene, Brent planeaba hacerlo. Hank se había arrellanado cómodamente en

uno de los reservados de escay rojo y blanco, con una taza de café humeante y un periódico abierto ante él.

–Me alegro de verte –exclamó Hank alzando la voz, actuando para el público–. Pídete algo de comer y beber.

Los ojos de Hank le indicaron que le siguiera la corriente. Se sirvió unos huevos revueltos con una tostada y unas gachas de avena. No tenía ni pizca de hambre, pero entendía la importancia de salvar las apariencias. Cogió un vaso de zumo de naranja y se sentó. Hank empezó a hablar. Animado. Sus expresiones no eran acordes a sus palabras.

–Te habrás enterado de lo de Greene –dijo, sonriendo, por si alguien los estaba mirando.

Entendió su intención y fingió una risa.

–Ya lo creo.

Hank bajó la vista, concentrando de nuevo la atención en el diario. Era el *Savannah Morning News* del día.

–Será mejor que comas algo. Acaban de entrar un par de guardias de seguridad a tomarse un café.

Levantó la mirada y siguió actuando como si estuvieran teniendo una conversación amigable de buena mañana.

Se obligó a darle un par de pinchazos a los huevos.

–Estamos en un buen lío, Hank.

–No me digas, Sherlock. –Hank le deslizó el periódico plegado–. Hay un artículo en portada sobre Greene. Si te crees lo que explica, al parecer un marido celoso sorprendió al Palo de Escoba con las manos en la masa. Tanto él como la mujer estaban desnudos cuando los hallaron.

–Es todo una patraña, Hank, y lo sabes perfectamente.

–Entonces, ¿qué pasó?

–Que me aspen si lo sé. Pero si han liquidado a Greene porque sabía demasiado, adivina quién va después.

–Bien visto.

–Desperdiciamos nuestra única oportunidad confiando en él.

–No nos cogerán si yo puedo evitarlo.

–¿Tienes algo en mente?

–Ahora mismo nos largamos de esta fábrica.

–Para empezar, no deberíamos haber venido.

Hank sacudió la cabeza a ambos lados.

–Eso habría hecho saltar las alarmas. No. Todavía no están seguros sobre nosotros. De haberlo estado, ya habrían actuado. La mejor táctica es que nos dejemos ver y luego nos escabullamos sigilosamente y pidamos ayuda a la caballería.

–No creo que sea fácil.

–¿Quién es ahora el que subestima a quién?

–Siento un inmenso respeto por las personas con las que estamos tratando –respondió Brent.

–Tú quédate sentadito y ten el móvil a mano.

–¿Qué te propones?

–Ya lo verás.

9:04 h

Brent levantó la vista cuando una de sus administrativas apareció en la puerta.

–Lo llaman de dirección.

–¿Sabes para qué?

–Solo han dicho que necesitan su ayuda para algo.

Pensó en consultarle a Hank qué hacer, pero decidió no hacerlo.

Tal como Hank había dicho antes, había que guardar las apariencias, de modo que cogió su chaqueta y su teléfono móvil, salió de su despacho y se dirigió al Edificio A.

Todo apuntaba a que iba a ser otro día abrasador. El día anterior y el sábado había habido feas tormentas vespertinas, que a ratos habían descargado con virulencia rayos y truenos. El bochorno señalaba que se avecinaba más de lo mismo. El sobre con los originales de Bozin estaba escondido a buen recaudo en el garaje de la casa de sus padres, que le había parecido el mejor lugar. La grabación en cinta había desaparecido y seguramente a esas alturas se encontrara en manos de Hamilton Lee y Larry Hughes.

Dentro del Edificio A, recorrió los pasillos enmoquetados y zigzagueantes para dirigirse directamente al despacho del director

ejecutivo, cuya secretaria anunció su presencia. La puerta de madera del despacho estaba cerrada, pero un hombre lo informó de que lo estaban esperando en la sala de reuniones principal, la misma donde once días atrás había hablado por primera vez con Christopher Bozin. Cruzó el vestíbulo y abrió la puerta. Había dos hombres sentados a la larga mesa.

–Entra, Brent –dijo uno de ellos, al tiempo que se ponía en pie y le tendía la mano para estrechársela–. Soy Hamilton Lee.

Brent no despegó las manos de los lados del cuerpo.

Lee pareció entenderlo.

–¿Son esas maneras de tratar al jefe?

No respondió.

Lee retiró la mano y señaló al otro hombre.

–Estoy seguro de que recuerdas al señor De Florio, ¿no es así?

Lanzó una mirada gélida a De Florio. ¿Sería él quien mató a su padre? ¿O uno de sus colaboradores? Daba igual. Aunque no hubiera ejecutado personalmente el acto, según Bozin, De Florio lo habría supervisado todo. Resistió la tentación de saltar al otro lado de la mesa y estrangular a aquel cabronazo.

Tenía que ser inteligente, dada la situación.

Inteligente de verdad.

–¿Por qué no te sientas? –le dijo Lee–. Jon, por favor, cierra la puerta.

No tenía más alternativa que sentarse con Lee. Tras cerrar la puerta, De Florio también se sentó.

Lee dijo:

–Según tengo entendido, tienes unos escritos de Chris Bozin.

–Y yo tengo entendido que usted tiene una cinta grabada.

Lee sonrió.

–Ahora veo por qué Hank Reed confiaba en ti. Eres rápido. Digamos que la empresa prefirió no asociarse con el señor Greene.

Así que el muy estúpido había intentado chantajearlos. ¿Acaso pensaba que lo que la Southern Republic se traía entre manos era un jueguecito? ¿Cómo demonios creyó que podía salirse con la suya? Se congratuló por no haber sucumbido al ofrecimiento de Greene de quedarse todos los originales. Había insistido, pero algo le había

dicho que no lo hiciera. Aunque estuviera muerto, sintió poca compasión por aquel capullo. Su estupidez los había puesto a todos en peligro.

–¿Y ha decidido ahora negociar directamente, sin intermediario? –quiso saber Brent.

Lee volvió a sonreír. Una sonrisa fina e irritante que le resultó repulsiva.

–Podría decirse así. Pero seamos realistas. Solo quiero todo lo que tienes. Estoy seguro de que ya habrás deducido que Bozin y yo no nos llevábamos bien. No hay necesidad de airear en público su fantasioso relato acerca del supuesto proceder de esta empresa. No son más que embustes. Lo único que pretende es dañarnos, a mí y a la empresa. Y para hacerlo se le ocurrió toda esa patraña.

Vio los otros dos expedientes que había en la mesa, delante de Lee.

–¿Tiene las copias de lo que Bozin me dio?

Lee señaló la carpeta superior.

–El señor Greene me proporcionó estas. He leído la confesión y las dos notas, y también he escuchado la cinta. Como ya te he dicho, todo son mentiras concebidas con el único fin de hacernos daño a mí, al señor Hughes y a esta empresa.

–¿Y esas mentiras incluyen lo que le pasó a mi padre?

–Precisamente ese es un ejemplo excelente de lo que quiero decir. Tu padre fue víctima de un trágico accidente de navegación. Un episodio terrible. Y Bozin tuvo la poca delicadeza de inventarse un asesinato. ¿No crees que, de ser cierto, la policía hace ya tiempo que habría encontrado alguna prueba en ese sentido?

–No necesariamente. –Miró a De Florio–. Por lo que he oído, sus socios trabajan bien.

De Florio mantuvo una expresión granítica.

–Brent, seamos razonables –dijo Lee–. Estoy intentando que esto sea lo menos doloroso posible. No veo motivo alguno para que te involucres en una enemistad personal entre el señor Bozin y yo. Para empezar, Chris se equivocó al implicarte.

–Eso es lo primero que dice en lo que estoy de acuerdo. Por desgracia, es demasiado tarde para dar marcha atrás.

–Lo único que quiero son los escritos originales que tienes. Después de eso, si nos aseguras que no hay más copias y que no hablarás con la prensa ni con ningún fiscal, podemos olvidarnos de este asunto. Tienes mi palabra de que no volveremos a tratar el tema.

–Debe estar usted de broma. ¿Se supone que debo confiar en su palabra?

–Me da la sensación de que no tienes más remedio. Greene dijo que tenía todo lo que Bozin dejó. No lo creí. –Lee le apuntó con el dedo–. Porque lo tienes tú.

–Tengo los originales. Greene tenía copias, salvo de la grabación.

–Quiero los originales que tienes, incluida la lista que obtuvo Hank Reed.

Entendió que el único motivo por el que Lee se estaba dignando a hablar con él era porque antes necesitaba recuperar todo aquello. Así que decidió ganar tiempo.

–Puedo ir a recogerlos.

–El señor De Florio te acompañará.

–Ni de broma.

Lee comprobó la hora en su reloj.

–De acuerdo. Son las nueve y cuarto. Te quiero de regreso aquí a las diez. Con todo.

–Yo no soy Greene –aclaró.

–No, está claro que no. Pero yo tampoco soy ningún bobo. –Lee le entregó la segunda carpeta a De Florio–. Jon.

De Florio la abrió.

–Vive en el número 328 de la calle Live Oak Lane. Su madre se llama Catherine y tiene sesenta y seis años. Le gusta cuidar del jardín, lo hace un par de horas casi todas las mañanas, y juega al *bridge* los jueves. Por desgracia, le han diagnosticado demencia...

–Ya basta. –Retiró la silla, se puso en pie y se dirigió a la puerta–. Ya me hago una idea.

Lee se quedó sentado.

–Espero que así sea. Y también espero tener noticias tuyas en los próximos cuarenta y cinco minutos.

Brent se marchó.

Lee se quedó mirando la puerta cerrada.

–Jon, no creo que Walker vaya a ser tan colaborador como quiere hacernos creer.

–No tiene motivos para confiar en nosotros, ni para pensar que mantendrá usted su palabra.

–Es comprensible, teniendo en cuenta que no lo haré. –Hizo una pausa–. ¿Qué ha hecho durante el fin de semana?

–Ocuparse del jardín el sábado e ir a un espectáculo aéreo con la hija y la nieta de Reed el domingo. Se ha dejado ver con la hija últimamente. De vuelta hicieron un alto en casa de Reed unos minutos.

–¿Pudiste escuchar la conversación?

–No hablaron en el despacho exterior, que es la única estancia en la que tenemos micrófonos. Pero sí telefonearon a la casa de Greene preguntando por él.

–Me lo imagino. ¿Algún contacto más entre Reed y Walker?

–Una llamada telefónica esta mañana. Se reunieron en la cafetería antes de ir a trabajar. Parecieron mantener una conversación serena y agradable.

–Me da la impresión de que nos están vendiendo humo. –Reflexionó un momento–. Walker no va a traernos lo que queremos. De manera que seguramente debamos tomar represalias. ¿Qué edad has dicho que tenía su madre?

–Sesenta y seis.

–¿Y Reed tiene una hija y una nieta?

De Florio afirmó con la cabeza.

Lee sopesó sus opciones.

–Situémonos en posición para actuar con la madre de Walker a las diez y un minuto. Pero ni un segundo antes. Y que sea feo. Últimamente hay mucha delincuencia. Se producen robos en todo momento. El tráfico de drogas está causando estragos. Enviemos un mensaje adecuado a los implicados.

9:20 h

Brent se dirigió a su despacho. Entró en el Edificio B, pero, en lugar de subir las escaleras que conducían hasta la oficina del director jurídico, permaneció en la planta baja y se coló en la zona de recepción de mercancías. Necesitaba desesperadamente un teléfono. De Florio lo había puesto nervioso. Su mensaje era claro: «Colabora, porque lo sabemos todo sobre tu familia». Tenía que ponerse en contacto con su madre, y rápido.

Encontró un teléfono en una oficina vacía y llamó a su casa, pero saltó el contestador. ¿Dónde estaba? Incluso cuando se ocupaba del jardín llevaba encima el inalámbrico. Intentó ubicarla y entonces lo recordó. El día anterior había mencionado que tenía una cita en el dentista para hacerse una limpieza bucal. Lo que no recordaba era el nombre del dentista.

Quizá si lo veía, lo reconocería.

Rebuscó en los cajones del escritorio. En el segundo encontró el listín telefónico del condado de Woods. Lo abrió por las páginas amarillas y buscó la sección de dentistas. Había tres nombres. Spencer, Molis y Young.

Molis. El recuerdo le hizo rememorar todos los datos que le había dado su madre. Era nuevo en la zona, no haría más de cinco años que se había instalado, joven y razonable con las citas.

Rápidamente telefoneó a la consulta.

–Soy Brent Walker. Mi madre, Catherine, ha ido a hacerse una limpieza. ¿Sigue ahí?

–No, señor, hace unos minutos que hemos acabado. Ya se ha ido.

Colgó.

Maldita sea. Cualquier otro día la habrían tenido sentada una hora en la sala de espera. Volvió a llamar a su casa, pero saltó de nuevo el contestador. Por desgracia, su madre no tenía teléfono móvil. Siempre decía que no lo necesitaba.

Lo invadió el pánico.

Hamilton Lee haría lo que hiciera falta para obtener lo que quería. De eso estaba seguro. Y si eso significaba hacerle daño a su madre,

o quizá a Ashley y a Lori Anne, eso sería exactamente lo que haría. Greene había tentado a la suerte. Él no cometería el mismo error. Tenía que sacar a todos sus seres queridos de Concord. Pero sabía que él no podía abandonar la fábrica. Eso conduciría directamente a De Florio hacia ellos. Lo que necesitaba era que las tres estuvieran en un lugar público, rodeadas de personas, lejos de la privacidad que a De Florio y a sus colaboradores les gustaba aprovechar.

«¿Qué puedo hacer? Piensa, piensa. ¡Claro! Eso es».

Cogió el teléfono y volvió a marcar.

9:35 h

El móvil de Frank Barnard vibró y se iluminó.

Llamaba De Florio.

–Esa anciana a la que has estado vigilando con tu interés principal, prepárate para procesarla después de las diez y un minuto. Preferentemente, un móvil delictivo. Te enviaré un mensaje indicándote cuándo proceder.

–Entendido.

Colgó.

Barnard había permanecido estacionado fuera de la papelera, frente a un minimercado, listo para perseguir a Reed o a Walker si salían de la fábrica. Sabía que Victor Jacks estaba dentro, aún vestido de guardia de seguridad, para ocuparse directamente de Reed si era necesario. Puso en marcha el motor de su coche y se dirigió al oeste, hacia Concord. Diez minutos después recorrió Live Oak Lane, pasando por delante de la casa de los Walker, donde vio que el Prius no estaba aparcado en la entrada. Dobló la esquina y estacionó en la manzana siguiente. Luego, regresó a pie y se aproximó a la casa por detrás. Tardó exactamente veintiocho segundos en forzar la cerradura.

Entró con mucho sigilo.

La casa estaba en silencio, aparentemente vacía, pero decidió asegurarse. Encontró la confirmación en la puerta del frigorífico, donde una tarjeta impresa de la consulta de un tal doctor Ryan Molis

indicaba que Catherine Walker tenía una cita en el dentista a las ocho y media aquella mañana. Buscó en los cajones de la cocina y encontró un cuchillo de deshuesar afilado. El significado de la instrucción de De Florio «móvil delictivo» era claro. Tras degollar a Catherine Walker, revolvería la casa, robando justo lo necesario para apuntar a un hurto relacionado con las drogas.

Caminó despacio hacia la entrada de la casa y comprobó la hora en su reloj.

Las 9:52 horas.

Catherine Walker no tardaría en volver.

Se quedó en el salón, desde donde tenía una vista clara de la entrada a través de las ventanas.

Y esperó órdenes.

9:54 h

Brent marcó el número telefónico de Grace Tanner, de setenta y tres años y viuda, su vecina de al lado de toda la vida. Era muy parecida a su madre. Ferozmente independiente, ella misma se ocupaba de su jardín y era de esas personas que caen bien a todo el mundo. Tras dos timbrazos, la irritante grabación anunció: «Lo sentimos. El teléfono marcado no existe». Al parecer, había pulsado las teclas demasiado rápido. Colgó, se serenó y volvió a marcar, esta vez más despacio, asegurándose de presionar los números correctos.

Tres timbrazos.

Cuatro.

Cinco.

Estaba a punto de colgar cuando contestaron.

–Grace, soy Brent Walker. –Desde que había regresado a Concord había hablado con ella varias veces, además de haber conocido a sus dos nietos–. ¿Está mi madre en casa?

–Esta mañana no la he visto, pero déjame mirar. –Le llegó el eco de sus pisadas por el suelo de madera noble a través del auricular–. Brent, su coche no está aparcado en la entrada.

–Señora Tanner, esto es importante. Mi madre ha ido al dentista. Ahora mismo debe de estar de regreso a casa. Por favor, esté al tanto y hágala entrar en la suya. Llámenme en cuanto esté con usted. Dígale que no entre en nuestra casa. –No estaba seguro de lo que haría De Florio, pero su principal preocupación era el teléfono fijo de casa. Estaba seguro de que estaba pinchado y no quería que ese maldito hijo de puta oyera lo que le decía–. ¿Hará eso por mí?

–Por supuesto, Brent. Estaba en el jardín quitando malas hierbas cuando has llamado. Saldré a vigilar.

–Por favor, esté muy atenta. Llegará en breve. Y recuerde, utilicen su teléfono, no el nuestro. Le doy mi extensión aquí en la fábrica.

Barnard estaba vigilando a través de los visillos de la ventana del salón cuando vio a Catherine Walker doblar la esquina, entrar en Live Oak Lane y dirigirse a aparcar frente a su casa. La viejecita de la casa de al lado estaba fuera, bajo el bochorno, escardando los parterres de flores de su jardín delantero. La señora Walker aparcó su coche en el camino de acceso a su casa. Dos chavales salieron corriendo de la casa de al lado y empezaron a hablar con ella. Los siguió la vecina, atravesando una estrecha abertura en el seto bajo de fotinias rojas y azaleas que separaba ambas propiedades.

Las dos ancianas conversaron.

Los chavales fueron corriendo hasta el porche e hicieron girar impacientes el pomo de la puerta de entrada, que estaba cerrada con llave. Parecían querer entrar en casa de los Walker.

–Iré en un minuto –les gritó Catherine Walker.

Él siguió observando.

Las dos mujeres seguían hablando, pero no escuchaba lo que decían por la cháchara incesante de los críos y los pisotones que daban en el porche delantero.

–Venid conmigo –los llamó su abuela.

Los niños salieron corriendo del porche y, junto con las dos mujeres, entraron en la casa vecina.

Sonó el teléfono, poniendo fin a los diez minutos más largos de toda su vida. Brent se abalanzó sobre el auricular.

–¿Brent?

Era su madre.

–¿Dónde estás?

–En casa de Grace.

–Mamá, tienes que escuchar muy atentamente lo que voy a decirte y seguir mis instrucciones de manera precisa.

–¿Qué pasa, hijo?

–Mamá, por favor. Ahora no. Sal a la calle, súbete al coche y vete. Ve a buscar a Ashley, está cubriendo la ruta de la mañana, probablemente en este instante ande cerca del Registry Boulevard. Recógela. Luego, id a por Lori Anne. Y marchaos las tres a la casa del tío Erik. No os detengáis en ningún sitio por el camino. Id directas allí y no os mováis hasta que yo me ponga en contacto con vosotras. ¿Entendido?

Erik Walker era el hermano pequeño de su padre y vivía unos ciento diez kilómetros al nordeste, en el condado de Bulloch, en una granja de grandes dimensiones, con empleados, su familia y vecinos, multitud de personas para desalentar a De Florio y sus socios, aunque supieran dónde buscar, si bien apostaba a que no lo sabían.

–Si te da la sensación de que te siguen, vete a la comisaría del *sheriff*.

–Hijo, me estás asustando.

–No es mi intención. Por favor, haz lo que te digo. Dile a Ashley que deje aparcada la maldita furgoneta y marchaos. Dile que no se preocupe por su trabajo. Dile que confíe en mí. Créeme, esto es mucho más importante que repartir el correo. Y no le digáis ninguna de las dos a nadie adónde vais. A nadie. Incluida Grace. Te llamaré más tarde, pero no te vayas de la casa del tío Erik hasta que te llame, bajo ninguna circunstancia.

–¿Puedo entrar en la mía a coger algunas cosas?

–No. Si necesitas algo, cómpralo o pídeselo prestado a alguien. No te preocupes por el dinero. Tú vete. Ahora.

–Cálmate, hijo. Ahora voy.

Barnard observó desde la ventana del salón cómo Catherine Walker se subía a su Prius y se marchaba.

Qué raro.

Movido por un presentimiento, se quitó los guantes de látex, salió de la casa y desanduvo el camino hasta su coche. Encendió el motor, dobló la curva y aparcó delante de la casa de los Walker. Se acercó a la puerta y llamó al timbre, usando el extremo de un bolígrafo para pulsar el botón. Al ver que no respondía nadie, bajó al porche y se dirigió a la casa de al lado, donde la vecina estaba arreglando el jardín.

–Busco a la señora Walker –dijo con voz amable, y dibujó una sonrisa igual de amable.

–Se acaba de ir.

–¡Caray! –fingió–. ¿Sabe cuándo volverá?

–No lo ha dicho. Ha llamado a su hijo y se ha ido. Quizá haya ido a verlo.

–¿Sabe dónde está su hijo?

–Trabaja en la papelera. Se llama Brent Walker.

–Gracias, señora. Probaré allí.

Regresó a su coche, sacó el teléfono y marcó.

Un canal abierto obligaba a elegir bien las palabras.

–El procesamiento es imposible. Ha habido una llamada desde la fábrica y lo siguiente que he visto ha sido un coche yéndose con una persona dentro. Destino desconocido.

–¿Algo más?

–La vecina de al lado tal vez estuviera pendiente de la llegada. Ha verificado que el hijo habló con la madre por teléfono.

–Regresa a tu posición original. Me pondré en contacto contigo.

Jon finalizó la llamada y miró a Hamilton Lee.

–La madre se ha ido antes de entrar en la casa. Ha recibido una llamada de Walker.

Lee se sorprendió.

–Pero Walker no sabía que tu hombre estaba allí.

–No, pero como él mismo ha dicho antes, él no es Greene. Nos lleva ventaja gracias al señor Bozin. Probablemente haya supuesto que teníamos pinchados los teléfonos de su casa.

Lee miró su reloj.

–Pues parece que Brent Walker no me deja más elección. Cogedlos a él y a Reed ahora mismo. Llevadlos a un lugar seguro y ponedme al corriente en cuanto los tengáis.

10:06 h

Tras hablar con su madre, Brent llamó al móvil de Hank. Le resumió rápidamente la reunión con Lee y lo que había hecho con su madre y Ashley. Supuso que, al precipitarse los acontecimientos, el teléfono móvil de Hank aún no estaría intervenido.

–Tenemos que largarnos de aquí.

–Ya estoy en ello. Reúnete conmigo en el muelle de carga de las barcazas dentro de diez minutos. ¿Sabes llegar?

Las últimas dos semanas se había esforzado por aprender a moverse por el recinto de la papelera.

–Sé dónde está.

–Pues sal para allí pitando –dijo Hank.

Jon agarró el transistor para comunicarse con Victor Jacks y pulsó el botón de activación.

–Pájaro Azul. Petirrojo al habla. –En toda la fábrica, personal de todo tipo usaba *walkie-talkies*, si bien él se comunicaba a través de una frecuencia distinta. Eran rápidos y eficaces, pero había que elegir bien las palabras–. ¿Tu ubicación?

–Fuera de la máquina de papel número tres.

El taller de los electricistas de la fábrica estaba en el interior de ese edificio, la zona del Corral.

–Busca y captura. Una vez en la jaula, avisa.

–Recibido.

Decidió acorralar a Brent Walker él mismo. Era mucho más inteligente mantener a Frank Barnard en la autopista, por si acaso.

Salió de la sala de reuniones principal y se encaminó al Edificio B.

Brent salió de la zona de recepción de mercancías.

Como cada mañana, noventa minutos antes había dejado las llaves de su coche en el cajón superior derecho de su escritorio. Pero, si iban a irse de la fábrica, supuso que necesitaría el *jeep*, así que subió corriendo las escaleras de piedra, de dos en dos, y se dirigió a su despacho. Se guardó las llaves en el bolsillo y se marchó, tras decirles a las secretarias que tenía que ir a la papelera y regresaría en breve. Su jefe lo detuvo en la puerta para preguntarle por qué lo habían requerido en recepción. Se excusó diciendo que tenía que atender algo con urgencia y que le daría un informe completo a su regreso.

Salió corriendo del despacho del director jurídico y avanzó con paso ligero por el pasillo hacia las escaleras. En el primer peldaño de la segunda planta, miró hacia abajo.

Jon de Florio abrió la puerta acristalada principal y entró en el edificio.

Se quedó paralizado.

De Florio empezó a subir las escaleras.

La primera puerta quedaba a su izquierda. Se coló por ella justo cuando De Florio doblaba el rellano y empezaba a subir el último tramo. La mujer que había dentro lo miró con curiosidad, pero él se dirigió directamente a un despacho abierto, sin importarle quién pudiera estar dentro. Gracias al cielo, no estaba ocupado y se coló en él justo cuando De Florio pasaba por delante por el pasillo.

Regresó a la puerta, se asomó y miró a la derecha.

De Florio abrió la puerta de vidrio esmerilado cuyo letrero anunciaba ASESOR JURÍDICO y entró. Brent dobló a la izquierda y bajó disparado a la primera planta. Evitó la puerta principal y salió como una flecha por la trasera. Un paseo de hormigón conducía directamente a la zona de producción, con una garita de control en medio. El procedimiento exigía registrar la entrada y la salida, anotando la hora y el destino. Se detuvo el tiempo suficiente para anotar su nombre, añadió «General» como destino e indicó la hora.

Las 10:12.

Jon le preguntó a la mujer.

–¿Está el señor Walker?

–Acaba de irse.

Empezaba a ser una costumbre de los Walker.

–¿Sabe adónde ha ido?

–Ha dicho que iba a la fábrica y que regresaría enseguida.

Jon desanduvo sus pasos y, en la planta inferior, se dirigió a la puerta trasera.

Una vez fuera, se sacó el *walkie-talkie* del bolsillo y llamó a Frank Barnard.

–Cardenal. Aquí Petirrojo. ¿Ha salido alguno?

–No.

–Avisa inmediatamente si lo hacen.

–Recibido.

Fue directo a la puerta del personal administrativo. Si Walker había ido a la papelera, tenía que haber pasado por allí, ya que la puerta principal estaba a cien metros, en la otra punta del edificio y, de camino, se habría cruzado con él.

Una vez en la puerta, por procedimiento, se detuvo y rellenó el formulario. Enseguida vio la entrada anterior a la suya.

Escrita tres minutos antes.

«B. Walker».

Hank lo tenía todo dispuesto a las 9:30 horas, lo único que esperaba era tener noticias de Brent. En cuanto las tuvo, hizo los últimos preparativos.

Salió del Corral y bajó por las empinadas escaleras metálicas hacia el estruendo de la máquina de papel número tres. Se colocó al otro lado del edificio, oculto tras la pesada maquinaria.

Su idea era pasar desapercibido.

Por eso, había dispuesto que en exactamente cuatro minutos se produjera una distracción.

Tras recibir instrucciones de De Florio, Victor Jacks entró en el edificio que albergaba la máquina de papel número tres. En el exterior, la temperatura rozaba los treinta y ocho grados bajo el sol abrasador. Y, sin embargo, eso parecía frío en comparación con el bochorno que hacía en el interior de aquella descomunal estructura de ladrillo. Centenares de obreros se apresuraban a colmar las necesidades aparentemente insaciables de la rugiente maquinaria. La máquina de papel tenía la longitud de un campo de fútbol, una serie alterna de cables, fieltro y secadoras que, en combinación, deslizaban la pulpa a toda velocidad de un extremo a otro, hasta convertir aquel pringue blando y marrón en papel sólido seco. El agua era un componente fundamental de todo el proceso, el vapor el producto derivado número uno, y todo el mundo llevaba cascos o auriculares para protegerse del estrépito ensordecedor. La comunicación se realizaba por gestos manuales y lenguaje de signos. No difería demasiado de su propia línea de trabajo, pensó Jacks.

Iba vestido de guardia de seguridad. Su presencia prácticamente pasaba desapercibida. Siempre había guardias deambulando por la fábrica. Sabía exactamente dónde se encontraba la sala de descanso número cinco, el Corral, de manera que se abrió camino entre la maquinaria en dirección a la escalera metálica.

Justo antes de empezar a subir, echó un vistazo a su alrededor por si alguien le estaba prestando la más mínima atención.

Hank observó al guardia y se congratuló tácitamente por su rápida evacuación. Su principal objetivo no era otro que salir del edificio sin que nadie se diera cuenta, pero la repentina aparición de aquel hombre uniformado añadió una complicación.

Estudió el rostro del guardia.

Era el mismo hombre al que habían colocado en las negociaciones contractuales durante toda la semana pasada y uno de los guardias que habían entrado en la cafetería aquella mañana. Demasiadas coincidencias. Probablemente fuera uno de los colaboradores de De Florio.

El guardia subió por las escaleras metálicas hacia el Corral. Hank echó un vistazo a su reloj.

Eran las 10:19.

Sabía lo que estaba ocurriendo una planta por debajo, en lo que llamaban «el sótano». Tony Wright, uno de sus aprendices de electricista, debería haber iniciado su avance hacia los rodillos más bajos de la máquina de papel número tres. Wright, un muchacho problemático de veintidós años, estaba eternamente agradecido a Hank por haberle conseguido un trabajo y haberse asegurado de que la empresa lo pusiera en nómina. Hank le había pedido treinta minutos antes que metiera un destornillador en los rodillos de fieltro exactamente a las 10:20.

Era habitual que se produjeran roturas de papel, y existía un procedimiento establecido que implicaba a todos los que trabajaban en la máquina hasta que la hoja rota podía volver a introducirse entre los rodillos y se restablecía la producción. Esas roturas ocurrían cuando se colaban pequeñas partículas de suciedad o piezas de maquinaria. Pero también podían inducirse. Un destornillador no solo rasgaría el papel, sino que destruiría el fieltro sobre el que rodaba la pulpa prensada. Llevaría tiempo reparar los desperfectos.

Hank comprobó la hora en su reloj.

Las 10:20.

Esperaba que Wright fuera puntual. No habría nadie más en el sótano. Era el lugar más caluroso del edificio, y todo el mundo

evitaba bajar a menos que fuera estrictamente necesario. El vapor abrasador se condensaba en una fina neblina. La maquinaria chirriaba.

Y entonces lo oyó.

El sonido inconfundible del papel rasgado reverberando por todo el edificio.

Sonó una alarma.

Empezaron a girar luces ámbar.

Los trabajadores se dirigieron corriendo a sus puestos asignados, con la idea de volver a poner la maquinaria en funcionamiento lo antes posible.

Distracción conseguida.

Hank miró hacia el guardia que se encontraba de pie en la parte alta de las escaleras. Había cerrado con llave el Corral, de manera que el hombre estaba asomándose al interior a través de una ventana lateral. Aprovechó la oportunidad para salir disparado hacia la puerta.

Solo tardó unos segundos en cruzar la zona abierta en el extremo norte del edificio y salir al exterior.

Victor Jacks volvió la vista para comprobar qué había desencadenado aquella conmoción.

Había obreros correteando por todas partes.

Justo entonces, al otro lado del edificio, divisó a Hank Reed.

Saliendo por una puerta.

Hank cruzó caminando tranquilamente la arena cálida y la gravilla del campo al aire libre que rodeaba el colosal edificio de ladrillo. Caía un sol de media mañana achicharrante cuya luminosidad se intensificaba por el reflejo en el suelo calcáreo blanco. Se sacó las gafas de sol del bolsillo de la camisa y se las puso, lo que le permitió caminar sin que la luz le deslumbrara. Cincuenta metros más

adelante pasó junto al horno de cal, con su metal recubierto grotescamente de gruesas capas de pasta blanca. A unos cien metros de la máquina de papel número tres volvió la vista atrás y vio al guardia de seguridad salir por la puerta y dirigirse hacia él.

No pintaba bien.

Cambio de planes.

Apretó el paso, echando casi a correr hacia la puerta que conducía a la máquina de papel número dos. Aunque tenía cierta ventaja, necesitarían tiempo adicional en el muelle de barcazas. Entró disparado por la puerta, se quitó las gafas de sol y fue directo hacia el almacén, uno de los pocos lugares seguros dentro de la fábrica. Aunque varias puertas con alarma permitían salir, solo una daba acceso a su interior. Años atrás, la entrada se cerraba con llave y el único que la tenía era un supervisor de turnos que era el encargado de dejar entrar a la gente y llevar la cuenta exacta de qué se sacaba de allí. Ahora la puerta se controlaba electrónicamente, activada desde dentro de un pequeño cubículo de vidrio donde el acceso podía registrarse en vídeo. Esas medidas extraordinarias eran necesarias, ya que aquella nave contenía millones de dólares en piezas, equipamiento y herramientas, todo lo necesario para mantener la papelera en funcionamiento en todo momento, desde el tornillo más pequeño hasta el generador eléctrico más grande.

Un objetivo tentador para robos por parte de los empleados.

Un vestíbulo de hormigón separaba la pared exterior de los tabiques metálicos autoportantes que compartimentaban el impresionante espacio en prácticas secciones. Avanzó deprisa por el pasillo, intentando no llamar la atención. Volvió la vista atrás en el preciso momento en el que el guardia entraba en el edificio. Todavía le sacaba una ventaja de cincuenta metros, pero vio que el guardia apretaba el paso. Se desvió y entró en la antesala del almacén. Ahora se le veía a través del cubículo acristalado. Sin embargo, como el empleado de guardia lo conocía bien, le bastó con señalar hacia la puerta y la cerradura electrónica se abrió al instante. Entró sin perder el paso y la puerta de muelles se cerró a su espalda.

El almacén estaba parcialmente insonorizado y había aire acondicionado. Era una de las pocas zonas de la papelera equipada

con esos dos lujos. Era un espacio con una forma irregular, frío y fantasmagórico, lleno de bahías y ensenadas formadas por los metros cuadrados que sobraban entre los generadores, el muelle de carga del edificio y una sala de control de las instalaciones eléctricas que no dejaba de ampliarse. El techo apenas tenía dos metros y medio de altura. El lugar tenía el aspecto y el ambiente de una biblioteca, con estantes y más estantes metálicos rebosantes de herramientas y piezas. Decenas de miles de objetos catalogados, etiquetados y numerados en unos ordenadores que mantenían un inventario preciso. En realidad, nadie trabajaba allí dentro. La gente se limitaba a entrar y salir cuando encontraba lo que necesitaba.

Se dirigió rápidamente a unas estanterías del fondo y se agachó tras ellas, concentrando su atención en la puerta.

Jacks entró en la antesala.

–¿Ha pasado Hank Reed por aquí? –le preguntó al encargado a través de un agujero en el vidrio.

El encargado asintió con la cabeza.

–¿Adónde ha ido?

–Allí –dijo el hombre, señalando sin más la puerta.

–Ábrala.

Hank oyó la puerta abrirse.

Estaba de pie tras una fila de estantes a unos cien pasos de la entrada, cerca de la puerta que tenía previsto usar para salir. No se había ido ya porque quería ver si podía darle esquinazo al guardia en aquel laberinto. Se conocía el almacén al dedillo porque solía utilizarlo como lugar tranquilo para recabar información. Esperaba que ese conocimiento del terreno le diera ventaja. Quizá su perseguidor nunca hubiera estado allí dentro.

La puerta se cerró.

–Señor Reed, tenemos que hablar –dijo una voz.

No respondió. En lugar de eso, miró hacia atrás, hacia la puerta de salida, esperando que el supervisor del turno no la hubiera cerrado con llave, un molesto hábito que a veces practicaba.

Se acercaron unos pasos.

–El señor De Florio quiere verlo. No tiene sentido huir. Acompáñeme tranquilamente.

Hank alargó la mano hacia arriba y cogió una arandela de cinco centímetros de una caja abierta que había en un estante. Apuntando con cuidado, la tiró por encima de las estanterías, lejos de él. El metal repiqueteó en el metal. El guardia reaccionó. A través de las estanterías, Hank lo vio salir disparado hacia el lugar del que procedía el sonido, la dirección opuesta a donde él estaba escondido. Se dio media vuelta y agarró con suavidad el pomo de la puerta.

Se abrió, no estaba cerrada con llave.

Alabado fuera el Señor.

Se deslizó por ella y la cerró.

Ahora se hallaba en otro vestíbulo de hormigón, el que conducía al muelle de recepción de mercancías. Allí era donde todo el material y las provisiones del almacén se inventariaban y categorizaban antes de guardarse en los anaqueles. El vestíbulo se limpiaba con agua continuamente para eliminar los restos de suciedad y tuvo que esquivar un reguero que fluía con rapidez mientras se dirigía al exterior casi corriendo.

El muelle de las barcazas quedaba ahora a menos de cincuenta metros de distancia.

Tras registrarse en la entrada del personal administrativo, Brent corrió por la maltrecha carretera de hormigón que discurría paralela a la máquina de papel número dos. En el trayecto dejó atrás el taller de reparaciones de automóviles y la carpintería, dos edificaciones externas a orillas del río Savannah. Sabía que aquel camino rodeaba el edificio y conducía directamente al muelle.

Volvió la vista atrás.

De Florio salió por la puerta del personal administrativo y giró hacia él.

En cuanto De Florio tuvo a Brent en el punto de mira, sacó el *walkie-talkie* y pulsó el botón de encendido.

–Pájaro Azul. Aquí Petirrojo. Tu posición.

Victor Jacks respondió:

–Almacén. Persecución.

–¿Lo tienes a la vista?

–Negativo.

De Florio sabía que el almacén era un laberinto con multitud de salidas y se dejó llevar por una corazonada.

–Sal de ahí y sigue fuera. Hacia el río.

–Recibido.

Siguió andando.

Su presa dobló la esquina unos cien metros por delante de él.

10:26 h

Brent comprobó la hora en su reloj.

Casi había consumido sus diez minutos. Hank debería llegar al muelle de las barcazas de un momento a otro. No tenía ni idea de lo que su amigo tenía en mente, pero sabía que cada vez tenía a De Florio más cerca, de manera que, fuera lo que fuese lo que Hank tuviera planeado, lo mejor era que los sacara de allí, y rápido.

Dobló la esquina, el río quedó a la vista. De repente, a su izquierda, Hank salió disparado del edificio y saltó desde el muelle de carga. Los dos se unieron para recorrer los últimos treinta metros.

–Tenemos compañía, Hank.

–No me digas...

–De Florio me persigue.

–Y yo tengo a otro pisándome los talones.

–¿Adónde vamos? –preguntó Brent.

–Lejos de aquí.

Miró hacia atrás.

De Florio aparecía por la esquina y un guardia de seguridad salía del edificio. El muelle de las barcazas era un bloque de hormigón achaparrado que se proyectaba seis metros en el lodoso curso del Savannah. Se usaba sobre todo para descargar petróleo crudo en tres depósitos cercanos, pero la empresa siempre tenía una pequeña fueraborda amarrada allí para hacer las comprobaciones ambientales en el río. No había barcazas aquel día abrazando el muelle.

Corrieron hacia el final del corto embarcadero, donde llegaron a unas escaleras metálicas que descendían al agua. Al mirar hacia abajo, vieron un pequeño bote gobernado por Clarence Silva.

–Sube –dijo Hank.

Brent volvió la vista atrás. De Florio y el guardia corrían hacia el muelle. El pueblerino que tres semanas antes le habría dado una paliza los esperaba abajo. Escogió entre el mejor de dos males y descendió.

Hank se deslizó por la escalera tras él.

–Arranca, Clarence.

Él cobró vida con un rugido y la lancha salió disparada por la corriente.

Jon llegó al final del muelle.

Señaló la fueraborda de la empresa y le dijo a Jacks:

–Síguelos en eso.

Su socio bajó por la escalera que había al otro lado, saltó a la barca e intentó poner en marcha varias veces el motor.

Brent y Hank observaron mientras el guardia intentaba arrancar la fueraborda de la empresa.

–Le va a resultar difícil sin esto.

Silva sostenía en la mano los cables de las bujías y sonreía orgulloso a través de sus peculiares dientes como granos de maíz.

–Nunca pensé que me alegraría de verte –le dijo Brent.

–Lo único que odio más que a los abogados es a los guardias de seguridad.

–Clarence es un buen hombre –dijo Hank–. Un poco retorcido a veces, pero buen tipo.

–Retiro todo lo que haya podido decir sobre ti –le dijo Brent.

Silva pareció complacido.

–¿Adónde vamos? –preguntó Brent.

–He organizado un transporte por carretera –respondió Hank–. Clarence nos llevará por el río hasta el punto en el que nos esperan.

Brent se quitó la chaqueta; tenía la camisa de vestir pegada al cuerpo. Se aflojó la corbata y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

–Muy inteligente, Hank. Eso debería fastidiar a De Florio durante un tiempo.

–¿Y qué hay de las de casa?

–Tendremos que esperar a que lleguen a donde las he enviado. No he tenido tiempo de comprobar cómo iban las cosas. Pero apuesto a que es a mí a quien quieren.

–Nos quieren a los dos –dijo Hank.

Tenía razón, pero aceptarlo no hizo que Brent se sintiera mejor. Le costaba determinar si Hank estaba disfrutando con toda aquella intriga.

Sabía que él no.

Descendieron por el río seis kilómetros, por unas aguas engañosamente tranquilas y una brisa cálida como el aire de un secador de pelo. Por el este comenzaban a formarse nubes de tormenta con forma de yunque que empezaban a borrar el sol de la mañana, de un blanco cegador por arriba y un agorero azul negruzco por abajo. Finalmente, viraron al oeste y navegaron por uno de los incontables afluentes que se extendían como venas del río, un meandro de aguas turbias que serpenteaba entre robles y cipreses. Avanzaban entre oleadas de calor y humedad. Unos ochocientos metros tierra adentro, un viejo muelle combado se proyectaba en el agua. Más allá, una destartalada casa rodante

pequeña descansaba tranquilamente bajo un frondoso dosel de robles recubiertos de musgo colgante. Silva se acercó despacio al embarcadero y amarró la barca.

Se apearon.

A lo lejos retumbaban truenos.

–El hermano de Clarence vive aquí –dijo Hank–. Vamos a usar esa furgoneta. –Hank se volvió hacia Silva–. Estas son las llaves de mi coche de la fábrica. Ya sabes cuál es. Úsalo hasta que regrese. No creo que nadie te haya visto bien, pero ya sabes lo que hemos dicho: no sabes nada.

–No te preocupes por mí. No les diré ni mu –respondió Silva.

Brent estudió la ranchera, una Toyota blanca sucia con las ruedas llenas de barro y sin portón trasero. En el parachoques, una pegatina decía: «MI HIJO HIZO TRIZAS A TU NIÑO MODÉLICO». No le sorprendió leerla. Al lado había un Mustang de color marrón con los neumáticos desgastados, una bandera estadounidense sucia por matrícula delantera y abolladuras suficientes para pensar que había caído rodando por una ladera rocosa.

–¿Qué es? ¿Un modelo del 67? –preguntó Brent.

–Del 66 –respondió Silva–. El coche de mi hermano.

–Me lo quedo. –Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó sus llaves.

–Hay un *jeep* granate con capota de lona aparcado en el estacionamiento delantero de la fábrica. Dile a tu hermano que lo utilice.

Silva cogió las llaves y luego miró a Hank, que se encogió de hombros.

–Ahora mismo, mi hermano está durmiendo –dijo Silva–. Ha trabajado en el cementerio esta noche. Supongo que no tendrá inconveniente. Dejadme que vaya a por las llaves.

Silva desapareció en el interior de la caravana.

Brent le preguntó a Hank:

–¿Adónde vas?

–A buscar un escondite donde pasar la noche. Tengo un par de posibilidades.

–Mientras tú te encargas de eso, yo tengo que ocuparme de algo.

–¿Te importa decirme de qué se trata?

–Prefiero no hacerlo, por si te encuentran. ¿Tienes esa copia de la lista?

Hank se llevó la mano al bolsillo y le entregó la hoja doblada.

Mientras se la estaba guardando, Silva regresó con otro juego de llaves.

–Mi hermano dice que está bien, si lo pide el señor Reed.

Brent cogió las llaves.

–Dale las gracias y coméntale que cuidaré de su coche.

–¿Podréis llegar al trabajo tu hermano y tú? –preguntó Hank mientras se dirigía hacia la ranchera.

–Haremos dedo.

Brent abrió la puerta del Mustang y arrojó su chaqueta dentro.

–Hank, llámame cuando encuentres un sitio. Mientras tanto, comprobaré cómo está la familia.

Subió al coche, encendió el motor y se alejó rápidamente de la autocaravana por el camino de tierra.

11:00 h

Lee echaba chispas.

–¿Qué quieres decir con que han escapado?

De Florio y él volvían a estar en la sala de reuniones principal.

Hughes se les había unido finalmente.

–Les esperaba una barca. Y habían manipulado la fueraborda de la empresa –se justificó De Florio.

–Esto no pinta bien, Jon –dijo Hughes–. Nada bien.

Lee lo ignoró. Había intentado que estuviera presente en la reunión con Brent Walker de aquella mañana, pero al muy idiota se le habían pegado las sábanas.

–Hay que encontrarlos.

–Soy consciente de ello. Pero no han huido por ningún fallo por nuestra parte.

–No, han huido porque los hemos subestimado.

–Puede ser –admitió De Florio, con tono rabioso–. Voy a revisar de cabo a rabo los expedientes de Reed y de Walker. Lo que tenía esta mañana eran solo extractos. Tal vez contengan información que nos conduzca hasta ellos.

A Lee no le interesaban los detalles.

–Encuéntralos, Jon. Y rápido.

Brent no perdió el tiempo. Enseguida se reincorporó a la autopista 16-A. Sin embargo, como no sabía dónde podrían estar acechándolo los colaboradores de De Florio, aquella expansión expuesta lo puso nervioso. Tenía que pasar por su casa y esperaba que todos los jugadores del otro bando anduvieran ocupados en la fábrica. ¿Qué había escrito Bozin? «¿Sigue el programa en curso? Desde luego. Jon de Florio es quien lo supervisa. Hay dos colaboradores que trabajan a sus órdenes, si bien nadie salvo él sabe nada de ellos». Sabía dónde estaban De Florio y uno de esos colaboradores; el problema era que no sabía dónde se encontraba el otro. Tenía que jugársela a que no estuviera vigilando la casa de su madre.

Regresó a la ciudad y, en lugar de aparcar en el acceso o incluso en su calle, dejó el coche a un bloque de distancia y caminó a través de los patios de los vecinos hasta la casa de sus padres. Los conocía a casi todos y, a esas horas del día, no había nadie por allí. Llegó al garaje y se coló en su interior. Localizó el sobre con los originales que Bozin le había entregado y regresó deprisa al coche.

Luego, salió de la ciudad, giró al oeste para dejar la autopista de cuatro carriles con mediana y rehízo la misma ruta que había recorrido hacía tres semanas, cuando había regresado a Concord. Conducía rápido, pero intentando no exceder la velocidad máxima permitida. La orilla meridional del lago Eagle corrió en paralelo a él durante un largo rato, con el agua asomando esporádicamente entre densas arboledas. Finalmente, dejó el lago atrás, atravesó el Ogeechee y entró en el condado de Bulloch, viendo cómo el rótulo que anunciaba BIENVENIDOS AL CONDADO DE WOODS, POBLACIÓN: 12 894 HABITANTES se desdibujaba en el retrovisor. En la bifurcación de la

carretera que conocía bien, en lugar de desviarse al sur, hacia la I-16, apretó el acelerador rumbo a Statesboro.

* * *

Veinte minutos después llegó al centro de la ciudad y fue directo al achaparrado edificio de ladrillo con el rótulo OFICINA DE CORREOS DE LOS ESTADOS UNIDOS. Aparcó el Mustang justo delante y cogió el sobre del asiento del copiloto. En el interior, un gran reloj de pared indicaba que eran las 11:58 horas. Su madre debería haber llegado ya a la casa de su tío.

Se acercó al mostrador y le pidió al dependiente un sobre de plástico para correo urgente. Se fue a otro mostrador y escribió en la etiqueta los datos de su exjefe, el fiscal general del condado de Fulton. En el exterior del sobre marrón que Bozin le había entregado, escribió:

> *Por favor, guarda este sobre en un lugar seguro hasta que tengas noticias mías. No le hables a nadie de él y no lo abras. Si me pasa algo, llévalo a la policía inmediatamente. Sé que suena críptico, pero ahora mismo eres la única persona en quien confío. Me pondré en contacto contigo.*

Firmó con su nombre y, en el sobre, que ya contenía las notas manuscritas y la memoria USB de Bozin, metió también la copia de la lista que Reed le había dado. Usó la cinta adhesiva del dispensador que había en el mostrador para sellar el sobre. Lo metió dentro del de plástico de correo urgente, se lo entregó al funcionario y pagó en efectivo el envío con entrega al día siguiente.

Salió a la calle.

El sol de la mañana empezaba a desaparecer bajo unos nubarrones negros que invadían el cielo desde el este. Respiró un poco más tranquilo. Al menos ahora, pasara lo que pasase, la información estaría segura. Sabía que podía contar con su antiguo jefe para que manejara la situación y, con suerte, a De Florio y sus secuaces no se les ocurriría buscar en ningún punto cercano a Atlanta.

Tenía que comprobar si su madre y Ashley estaban bien. Una ligera sensación de paranoia se había apoderado de él. Comprensible, dadas las circunstancias. De manera que decidió añadir una capa adicional de seguridad a su misión. No le haría ningún daño. Al otro lado de la calle había una oficina de seguros de la marca State Farm. Se dirigió allí y le preguntó a la dama que había dentro si le permitiría efectuar una llamada. Le mostró su teléfono móvil diciéndole que se había quedado sin batería. Era una mujer amable y comprensiva, y le permitió usar un supletorio que había en una oficina vacía. Desde allí marcó el número de su tío Erik. Para su enorme alivio, su madre había llegado. Y había llevado consigo a Ashley y a Lori Anne.

–He hecho lo que me has pedido, hijo. ¿Puedes decirme qué pasa de una vez?

–Ojalá pudiera –respondió, manteniendo la voz baja–. Pero, por ahora, vais a tener que confiar en mí.

–Ashley está histérica.

–Déjame hablar con ella.

–Brent –dijo Ashley, agarrando inmediatamente el auricular–. ¿Qué demonios pasa? ¿Estás bien?

–Estaré bien –le dijo para tranquilizarla.

–Tengo un miedo de muerte. ¿Qué está pasando? Podría perder el trabajo por esto.

–Ahora no puedo explicártelo. De momento, os vais a tener que quedar ahí y ser pacientes. Pero no te preocupes por el trabajo. Lo entenderán.

–¿Está papá implicado en esto? ¿Está bien?

–Sí, está implicado y está bien.

–Brent, ¿por qué no puedes decirme qué está pasando?

–Tú cuida de Lori Anne. Cuento contigo. –Intentó disimular la tensión en su voz–. Dile a mi madre que se ponga otra vez. Y, Ashley..., te quiero.

Hacía mucho tiempo que no le decía aquello a nadie. Pero sabía que tenía que hacerlo.

–Yo también te quiero.

–Hijo, ¿estás metido en problemas? –Su madre seguía sonando irritada.

–Podría llamárselo así.

–¿Con la policía?

–Es mucho más complicado que eso.

–¿Puedo ayudar en algo?

Sabía que no lo entendía.

–Por desgracia, no. Por favor, quedaos ahí hasta que vuelva a contactar con vosotras. No hagáis nada más. Estad siempre rodeadas de gente. Si llaman, no le digáis a nadie que estáis ahí y, mamá, no os perdáis de vista entre vosotras. No me llames al móvil y dile a Ashley que no llame al teléfono de Hank.

–Brent. –Escuchó la voz tensa de su madre–. No quiero perderte a ti también.

Sabía a qué se refería y habría querido explicárselo todo, pero no podía. Esperó que hubiera un lugar y un momento para hacerlo. Intentó consolarla y darle esperanzas.

–No lo harás.

Se despidió y colgó.

Retumbaron más truenos en la distancia.

Volvió a subir al Mustang y miró su ropa.

Llevaba la camisa empapada y sucia. Los pantalones azul marino del traje impoluto que se había puesto por la mañana estaban manchados de cal. Sus zapatos, unos *brogues* nuevos, estaban llenos de polvo y barro. Tenía que cambiarse de ropa. De manera que condujo hasta la ciudad, entró en el primer centro comercial que encontró y aparcó delante de un hipermercado Walmart. Pagó en efectivo unos vaqueros, un polo de algodón y un par de zapatillas deportivas. Los tejanos le iban bien de cintura, pero un poco largos, así que se dobló las perneras hacia dentro por el tobillo, improvisando un dobladillo. Se metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros y echó su traje al asiento de atrás. Vio en el suelo del asiento del copiloto una gorra azul marino de los Atlanta Braves. Se la puso. Estaba manchada y olía un poco a pescado. Por debajo de la visera del conductor asomaban unas gafas de sol Ray-Ban. También se las puso y comprobó la hora.

Las 12:27.

12:45 h

Brent se sentó en el Krystal e intentó tomar algún bocado de las diminutas hamburguesas cuadradas que le volvían loco desde niño, pero no tenía apetito. De repente, su teléfono vibró y comprobó la pantalla. No reconocía el número, pero el prefijo indicaba que era un teléfono de Concord.

Respondió.

–¿Dónde estás? –le preguntó la voz.

Hank.

–Cerca. ¿Y tú?

–En una casa en el lago Eagle. Es de un amigo. Siempre me ha dicho que podía usarla cuando quisiera. Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro.

–¿Crees que es seguro permanecer tan cerca?

–Necesito quedarme por aquí. Tengo un montón de gente a la que puedo recurrir si los necesitamos. Además, aquí no hay nada más que árboles y agua.

–Dame las señas.

Hank le indicó cómo llegar.

–Ya sé dónde está.

–Bien. Parece que estamos solos tú y yo.

Brent miró el reloj de pared que había en la otra punta del comedor.

–Llegaré en un rato.

–Ahora nos vemos.

–¿Quieres que te lleve algo de comer?

–Que va, tengo el estómago cerrado.

–Yo también. ¿Me llamas desde un teléfono fijo?

–Sí. En la casa hay uno.

–Pues se acabaron las llamadas al móvil. Esos tipos no son la poli. No tienen acceso a las antenas de telefonía para triangularnos o

rastrearnos. Pero aun así tenemos que limitar los riesgos. Apaga el móvil y tíralo al lago. Te veo en breve.

Colgó y se acomodó en el asiento.

Fuera, los truenos retumbaban cada vez más cerca. No tardaría en diluviar.

Recordó que la ceremonia en memoria de Bozin estaba programada para la una. Al principio, para guardar las apariencias, tenía previsto asistir. Hamilton Lee desde luego estaría presente, era probable que en esos momentos estuviera saliendo hacia la iglesia. Había llegado la hora de comprobar si podía frenar lo que fuera que Lee tenía planeado. Ralentizar las cosas. Así que llamó al número general de la fábrica y pidió a la centralita que transfiriera su llamada al despacho del director ejecutivo.

–¿Hamilton Lee está ahí?

–Está saliendo hacia la iglesia.

–Soy Brent Walker, de la oficina del director jurídico. Dígale que necesito hablar con él.

–El señor Lee va con retraso.

–Es urgente. Estoy seguro de que me hará un hueco. Él sabrá de qué se trata.

–Aguarde.

Un minuto después, Lee se puso al aparato.

–Dime, Brent. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Deténgase. Podemos llegar a un acuerdo.

–Sigo sin saber a qué te refieres.

–Hace bien en ser precavido. Al fin y al cabo, podría estarle telefoneando desde la oficina del FBI más cercana con una grabadora puesta. Pero no lo estoy haciendo. Se lo advierto: deténgase o mi siguiente llamada sí será desde allí.

–¿Debería tomármelo como una amenaza?

–Tómeselo como quiera.

Y colgó.

15:15 h

Lee y Hughes regresaron a la fábrica de papel después de la misa de recuerdo. Había sido una ceremonia multitudinaria, y más larga de lo previsto. Incluso De Florio había considerado su deber acudir, mientras que Frank Barnard y Victor Jacks siguieron buscando en Concord y los alrededores por si acaso sus presas habían permanecido en la ciudad. De Florio, Lee y Hughes se citaron en la sala de reuniones principal. Lee les explicó la llamada de Brent.

–Parece que Walker está dispuesto a delatarnos –observó Hughes.

–Entonces, ¿por qué seguimos libres? –preguntó Lee–. Piénsalo, Larry. Está de farol, intenta ganar tiempo, solo pretende ponernos nerviosos.

De Florio se mostró de acuerdo.

–¿Qué sabemos, Jon? –preguntó Lee–. ¿Alguna idea de dónde están?

–Hemos comprobado las casas de ambos, pero no hay nadie. La hija y la nieta de Reed también se han esfumado. Diría que han llevado a sus familias a un lugar seguro.

–¿Hay algún modo de averiguar adónde?

De Florio negó con la cabeza.

–Solo hemos hecho comprobaciones mínimas sobre la historia de sus familias.

–¿Y qué hay de los teléfonos pinchados, el del despacho de Walker y el que Reed usa todo el tiempo en su sala de descanso? ¿Habéis encontrado algo ahí? –preguntó Hughes.

–No ha habido llamadas en todo el día.

–Pues es evidente que han hablado entre ellos –conjeturó Lee–. Esa huida estaba bien coordinada.

–Cierto –respondió De Florio–. Pero hay multitud de teléfonos en toda la fábrica. Podrían haber usado cualquiera de ellos. Lo más probable es que estén utilizando móviles.

–No quería hacer esto, porque no quería atraer una atención innecesaria –dijo Lee–. Pero creo que no nos queda más alternativa.

De Florio asintió con la cabeza, entendiendo a qué se refería, y salió de la sala.

–¿De qué iba eso? –preguntó Hughes.

Lee sonrió de oreja a oreja.

–Soy el dueño de la Compañía Telefónica del Condado de Woods.

–¿Cuándo la compraste? –quiso saber Hughes.

–Hace seis meses. Una de mis empresas tenedoras obtuvo el control mayoritario.

–Pues no te molestaste en decírselo a nadie.

–Se lo dije a Jon. Además de a él, no consideré que fuera asunto de nadie qué compraba o vendía yo. De hecho, ha resultado muy útil en el trabajo preparatorio de los expedientes de las Prioridades. Pueden saberse muchas cosas a partir de los registros telefónicos de una persona. Debo decir, no obstante, que no es una empresa muy rentable.

–Conoces las reglas, Hamilton. Deberías habérnoslo dicho.

–¿Y qué vas a hacer al respecto? Ya no somos dos contra uno, Larry. Estamos solos tú y yo. Y te sugeriría que me dejaras dirigir las cosas a mi manera. Nos irá a todos mucho mejor.

Hughes no dijo nada. Permaneció en silencio los cinco minutos que transcurrieron hasta que De Florio regresó.

–He sido cauteloso con mis pesquisas, simulando una situación de robo con uno de nuestros empleados. Pero han comprobado los teléfonos móviles de Walker y Reed. Ambos tienen contratada la línea con su empresa, señor. Hace tres horas, Walker recibió una llamada en el móvil. Desde una línea fija. Es una casa en el lago Eagle propiedad de Leon Peacock. Trabaja en la fábrica de bolsas y vive en la ciudad, pero construyó ese lugar hace unos años para cuando se jubile. Peacock está de vacaciones esta semana, visitando a su hija en Carolina del Sur.

–¿Cómo has averiguado todo eso en cinco minutos? –preguntó Hughes.

–He consultado el archivo personal de Peacock. Eso me ha conducido a nuestros registros bancarios. Obtuvo una hipoteca del Banco Estatal del Condado de Woods para la construcción. Una llamada a su supervisor en la fábrica de bolsas me ha proporcionado la información de dónde está y qué está haciendo.

–¿Crees que están en el lago Eagle? –preguntó Lee.

–Lo sabremos en treinta minutos.

Brent tardó un rato en marcharse de Statesboro. Empezó a llover cuando entraba en el condado de Woods. Cuando llegó al lago Eagle, llovía a manta y, a juzgar por los feos nubarrones, la tierra se iba a mojar de lo lindo durante las próximas horas.

Seguía llevando la apestosa visera de los Braves y las gafas de sol que había encontrado en el Mustang. Esperaba que, en combinación con la lluvia, eso le sirviera de disfraz suficiente para despistar a los motoristas curiosos, uno de los cuales podía trabajar para De Florio. Había destruido su teléfono móvil y lo había tirado a un vertedero a sesenta kilómetros de distancia.

Serpenteó por la orilla este del lago, dejando atrás la rampa de botadura del condado y dos de los refugios de pesca más grandes. Giró al norte en la intersección de la calle Thrasher Point Drive y la carretera comarcal 36. La orilla norte era la sección menos poblada del lago. El terreno era pronunciado y pedregoso. Se habían excavado canteras enteras allí durante la construcción del lago. Había pocas casas. La cabaña de paredes de madera y tejado a cuatro aguas que buscaba se hallaba apartada de la carretera, rodeada de altos pinos y protegida por un frondoso sotobosque que la hacía casi invisible. Un camino de gravilla y agujas de pino zigzagueaba hasta ella. La deslucida ranchera Toyota blanca estaba aparcada delante. La grava húmeda crujió bajo los neumáticos cuando el Mustang ralentizó hasta frenar del todo.

Gotitas de lluvia acribillaban el parabrisas.

Bajó corriendo del coche y llamó a la puerta. Le abrió Hank.

–Ya era hora. Empezaba a estar preocupado –le dijo–. ¿Te has cambiado de ropa?

Entró y se sacudió el agua en el suelo de madera.

–La lluvia me ha retrasado y he parado a intentar comer algo. Además, me he deshecho de todo.

–Supongo que lo habrás dejado en un lugar seguro.

–El más seguro que existe, o al menos eso espero. Aunque no sobrevivamos, el material lo hará.

–No me gustan esos condicionales.

–A mí tampoco, Hank, pero tenemos que afrontar la realidad. Esos tipos son profesionales. Aunque fuéramos a la policía ahora mismo, nada nos garantiza que no nos cogerán. Llevan mucho tiempo matando a gente, y se han convertido en unos expertos.

En la pared del fondo había un largo sofá de escay azul. Se dejó caer en sus mullidos cojines. A través de las puertas correderas acristaladas, más allá de la tarima de madera, se disfrutaba de una vista panorámica del lago Eagle, con su orilla sur apenas visible y densos bosques al este y al oeste, pues la casa se alzaba en el codo de una cala. La lluvia aporreaba el lago en un millón de puntos. Los relámpagos centelleaban en la distancia. Los truenos bramaban sobre sus cabezas.

–Bonito lugar –dijo, observando el interior–. ¿Dónde está el dueño?

–De vacaciones.

–¿Y cómo has entrado?

–Sé dónde guarda la llave.

Bien. Le gustaba.

–La privacidad debería darnos tiempo para pensar.

Frank Barnard esperaba en su habitación de motel escuchando la lluvia cuando recibió la llamada de De Florio. Inmediatamente después de recibir instrucciones, condujo directo al lago Eagle.

La Southern Republic era propietaria de una gran casa al borde de la orilla este. En realidad, era una ampliación de Hickory Row, mantenida y controlada por el mismo personal que supervisaba todas las operaciones allí. La casa y los terrenos estaban acondicionados especialmente para la pesca, el esquí acuático y acoger fiestas. Como parte de las instalaciones había un embarcadero de hormigón donde fondeaban un par de fuerabordas con casco en V.

Sus instrucciones fueron claras. Coger una de las lanchas y acercarse lo máximo posible a la casa propiedad de Leon Peacock. Ya la había localizado en el mapa, estaba en el codo de una cala.

Pero cuando llegó al muelle, llovía a manta y el lago estaba agitado como una lavadora en el ciclo de centrifugado. De manera que descartó la aproximación por el agua y se encaminó hacia un punto en la orilla, a unos cuatrocientos metros del objetivo, en el extremo más alejado de la ensenada. Desde allí podría atravesar a pie los bosques y observar desde el otro lado del agua, utilizando los árboles y el sotobosque como tapadera.

Los dos motores de la lancha de cinco metros de eslora arrancaron al instante. Las gotas de cálida lluvia lo aporreaban y, con ayuda de la velocidad, se le clavaban en el rostro como agujas. Llevaba un mono de camuflaje, un impermeable verde oscuro, gorra, guantes y botas. Cuando encontró la cala y ancló la lancha, estaba calado hasta los huesos.

La orilla estaba deshabitada, una pendiente rocosa y pronunciada cubierta de palmitos húmedos, enredaderas espinosas y barro hasta los tobillos. Avanzó con esfuerzo, coronó la cima de una colina escarpada y se asomó con cautela entre los árboles. La casa se hallaba al otro lado de la cala, en una pendiente, la fachada invisible. Supuso que Victor Jacks también andaría cerca. Guareciéndose bajo uno de los pinos arbustivos, marcó el número de Jacks en su móvil.

–¿Pájaro Azul?

–Estoy aquí –dijo Jacks.

–¿Ves algo?

–Hace diez minutos había una ranchera y un coche.

–¿Estás en tu ubicación?

–Sí.

–Quédate ahí.

Finalizó la llamada y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

Comprobó la hora en su reloj. Eran las 16:25.

La tormenta tapaba el sol y gran parte de la luz diurna, de manera que parecía mucho más tarde. Avanzó arrastrándose y se colocó en posición entre los arbustos espinosos, con una visión despejada de la casa ante él.

El aguacero continuaba.

Sacó los prismáticos.

Brent estaba sentado en el sofá.

La lluvia arreciaba y su murmullo monótono era relajante. Aun así, él seguía teniendo los nervios de punta. Hank estaba recostado en una de las butacas.

–¿Cuánto hace que sabes lo de Lori Anne? –le preguntó a Hank.

–Varios años.

Apreció la sinceridad.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Quería hacerlo. Pero Ashley me lo prohibió. Y, créeme, discutimos varias veces por ese tema. Pero tenía que respetar sus deseos. Es su vida. Al final, no pude más y se lo conté a tu madre.

–¿Cuándo?

–Justo después de tu regreso.

Brent negó con la cabeza.

–Pues no me dijo ni una palabra. Os lo teníais los dos muy callado.

–Ashley lo ha pasado muy mal, Brent. Sus matrimonios nunca tuvieron ninguna oportunidad. No amó a ninguno de ellos como te amaba a ti. Fue buena con ellos. Pero, para ser sinceros, sus tres maridos sabían que alguien se interponía en su camino. Mientras tanto, tú andabas dando tumbos por la senda de la culpa. Decirte lo de tu hija no hubiera servido para nada. Y lo sabes.

–Todavía me culpo, Hank.

–Pues no deberías.

–Le hice daño a Paula. No debería haberme casado con ella.

–Eso depende de cómo lo mires. Yo diría que Paula no debería haberte forzado a casarte, sabiendo que tú no querías hacerlo.

–Estaba embarazada.

–¿De verdad? Lo único que teníamos era su palabra. Hasta donde tú sabes, podría haberse quedado encinta después de la boda. Paula tenía su propia agenda y funcionaba por sus propias reglas.

–No consigo quitarme del pensamiento su cara aquel día. Haciendo marcha atrás en el camino de casa mientras yo le decía: «No te amo y no sé si te he amado nunca». Lloró, Hank. Es la primera vez que la recuerdo llorando por algo. No sabía que las

piedras pudieran llorar. Pero aquel día lo hizo. Es la última imagen de ella viva que tengo. La siguiente fue cuando tuve que identificar su cadáver.

–Te lo dice un verdadero perdedor, Brent. No deberías sentirte culpable. Yo sí. Yo arruiné un matrimonio de treinta años yéndome de faldas. Yo sí que tengo motivos para sentirme culpable. Me llevé mi merecido. Pero ahora ya no puedo hacer nada por evitarlo. Echo de menos a Loretta cada día. Espero que sea feliz. Sin embargo, no puedo seguir atormentándome eternamente por mis errores. Y si tú lo haces, acabará matándote. Nadie es capaz de soportar tanta presión. Olvídalo ya.

–Loretta era una buena mujer. Nunca entendí por qué le ponías los cuernos.

–Yo tampoco. Pero, por el amor de Dios, no cometas el mismo error que cometí yo. No hagas estupideces.

Sonrió. Hank intentaba hacerlo sentir mejor y le agradecía el esfuerzo.

–Además, parece que voy a tener un nuevo yerno.

–Eso depende. Aún tenemos un pequeño problema.

–Creo que estás subestimando la gravedad.

Tenía que decírselo:

–¿Eres consciente de que la empresa te ha utilizado todos estos años?

–Sí, y solo de pensarlo me pongo enfermo. Yo esforzándome por ser un gran hombre. El líder al que todo el mundo acudía cuando tenía un problema. «Ve a ver a Hank, él te sacará de este lío». Y ya ves. Construyeron toda una ciudad para colmar sus necesidades. Aquí no podías ni cagar sin que supieran cuántos trozos de papel habías usado para limpiarte. Concord es una ciudad corporativa llevada hasta el delirio.

–Ganaron centenares de millones de dólares asesinando. Para que luego digan que matar no da réditos...

Empezó a llover más fuerte.

Brent se puso en pie y se acercó a las puertas correderas. Incluso bajo el apedreo de la intensa tormenta de verano, el lago Eagle era bellísimo. Abrió la cerradura y deslizó la puerta corredera. Entró un

aire cálido y húmedo que se mezcló con el aire acondicionado, empañando los vidrios del doble acristalamiento aislante. Proyectó la vista más allá de la verja, hacia la orilla. En un embarcadero de madera había amarrado un pequeño esquife con un diminuto motor fueraborda cubierto con una lona verde. Hank salió tras él.

–¿Tu amigo pesca? –le preguntó Brent señalando hacia la barca, parecida a la que él había usado el fin de semana anterior.

También se parecía a la barca en la que su padre había sido asesinado, no lejos de donde se encontraban ahora.

–Te conoces bien este lago, ¿verdad? –le preguntó Hank–. Esta maldita cosa lleva aquí treinta años y nunca había puesto los pies aquí.

Brent se volvió para mirarlo y le sonrió.

–Pues no te recomendaría que hoy fuera la primera vez.

Frank Barnard los espió mientras la puerta corredera de vidrio se abría. Apuntó con los binóculos y enfocó los dos rostros.

Claros e inconfundibles.

Cogió su teléfono.

–Los tengo.

Jon colgó y se volvió hacia Lee y Hughes.

–Los hemos localizado.

Lee sonrió. Hughes pareció aliviado.

–Matadlos –ordenó Lee–. Y rápido. Pero con cuidado. Que no queden hilos sueltos. Hacedlo como los profesionales que sois.

Jon consultó su reloj.

Las 16:53 horas.

Se puso en pie y salió de la sala de reuniones.

19:57 h

El teléfono sobresaltó a Brent.

Hank y él llevaban sentados un par de horas, cavilando sobre sus siguientes pasos, decidiendo a qué fuerzas de la ley involucrar y dónde. El movimiento con Greene había sido un desastre. No podían cometer otro error de cálculo. Hicieran lo que hiciesen, tenía que ser una jugada inteligente. La casa se erguía a oscuras, sombría, con una única lámpara por toda iluminación. Hank estaba sentado en el borde de una butaca. Ambos tenían la mirada clavada en el teléfono fijo.

Que no dejaba de sonar.

Brent se puso en pie, fue hasta la encimera de la cocina y descolgó.

–Buenas noches, señor Walker.

Se le disparó la adrenalina por el cuerpo.

–¿Quién habla?

No hubo respuesta.

Notó un escalofrío descenderle por la espalda. Supo quién era.

–¿De Florio? –Fuera seguía lloviendo, incluso con más virulencia que antes–. ¿Cómo nos ha encontrado?

De Florio rio.

–Han cometido un error.

La mente le iba a mil por hora. Entonces cayó en la cuenta.

–¿Son dueños de la compañía telefónica?

–Un dato que pocos saben.

Cierto. Esa información no figuraba en el material que Bozin les había proporcionado. Por eso, antes se había arriesgado a hacer aquellas llamadas. Sin embargo, la llamada de Hank desde aquel teléfono fijo no había sido más que un faro en la noche. Gracias al cielo, Brent no había usado el móvil para telefonear a la casa de su tío.

Hank se le acercó.

Brent se tensó.

–¿Y ahora qué?

–Tenemos un asunto por rematar.

–No sea simple. Recuerde lo que tengo.

–Nos arriesgaremos.

–Sería un movimiento realmente estúpido.

–¿Sabe? Recuerdo otra vez que visité el lago Eagle. Hará un par de años, si no me equivoco. En agosto. Hacía un tiempo más apacible que esta noche, pero un calor infernal. Fue justo después del amanecer. Quizá recuerde usted el resultado de esa visita.

Lo invadió la cólera.

–Es usted un pedazo de mierda, De Florio. Venga a por mí si se atreve. De hombre a hombre. Usted y yo. Cara a cara. A ver si tiene agallas.

–Vamos a averiguarlo –dijo De Florio.

La llamada se cortó.

El teléfono de Frank Barnard vibró en su bolsillo.

Lo sacó y contestó.

–Proceded según lo planeado –le dijo De Florio al oído.

–Entendido.

Apagó el teléfono y se volvió hacia Jacks.

–El señor De Florio dice que adelante.

Jacks arrancó el cable del teléfono de la caja de conexiones.

Luego, activó el inhibidor de señal para impedir que pudieran hacerse llamadas con móviles desde la casa, y ambos avanzaron bajo la lluvia.

Brent miró de hito en hito a Hank, intentando serenarse.

Finalmente, Hank dijo:

–¿Y ahora qué hacemos?

–Lo que deberíamos haber hecho hace horas.

Descolgó el auricular y llamó a la policía. No pasó nada. Volvió a intentarlo, pero solo confirmó que no había línea. Pero si acababa de funcionar...

Maldita fuera.

Lo que hacía un rato parecía un refugio seguro ahora se antojaba una jaula.

Un estrépito rasgó el silencio.

La ventana delantera se hizo añicos y algo entró volando en la estancia e impactó en la pared posterior. Se tiraron al suelo, protegiéndose con el sofá. Al bajar, Brent tiró de la lámpara de la mesa, la bombilla estalló y todo quedó sumido en la oscuridad. Otros dos objetos entraron por las ventanas, rompiendo los cristales. El viento llevó el rugido de la lluvia al interior de la casa.

–¿Qué ha sido eso? –dijo Hank.

–No he oído disparos. Lo único que sé es que De Florio está ahí fuera, en alguna parte. –Intentaba mantener la calma. Se palpó el bolsillo buscando la llave del Mustang–. Quédate aquí. Me voy al coche. Tal vez consiga que me persigan.

–No seas idiota.

–Escúchame, Hank, juntos no tenemos ninguna posibilidad. Aquí dentro somos una presa fácil. Por separado, es posible que uno de los dos lo consiga. En cuanto me haya ido, sal por la parte de atrás. Usa esa barca del muelle o huye a nado, si tienes que hacerlo. Pero no te muevas de aquí hasta que me vaya.

Antes de que Hank pudiera poner objeciones, se fue a rastras, salió del salón reptando y continuó por un corto vestíbulo hacia los dormitorios. Al llegar a la puerta de entrada de la casa, se detuvo momentáneamente y comprobó la manija. Cerrada con llave. Al menos no podrían entrar fácilmente. Vio un paragüero de latón junto a la puerta. Sobresalían dos paraguas junto con lo que parecía un bate de béisbol. Se acercó arrastrándose. En efecto, era un bate. De metal. Podía resultarle práctico, así que lo agarró y siguió reptando.

Llegó a uno de los dormitorios, se puso en pie y se acercó a una solitaria ventana de guillotina. Apartó la mesita de noche, desbloqueó el cierre de la ventana, abrió la hoja inferior y, sin darse tiempo para estar asustado, saltó al suelo encharcado. La lluvia lo empapó como una ducha templada. Esperaba que nadie se hubiera percatado de su salida. Por suerte, la ventana estaba orientada al denso bosque que se extendía junto a la casa. Se agazapó y utilizó los arbustos espinosos como cobertura para ocultar su regreso a la

parte delantera de la casa, donde estaba el Mustang. No oyó más cristales rotos. Pero, con los truenos y la lluvia, costaba estar seguro.

Avanzó a tientas bajo la oscuridad.

¿Qué había dicho Joan Bates? «No siempre lo más inteligente es empecinarse. A veces es más sensato evitar una mala situación».

Por desgracia, eso no era una opción esa noche.

Detectó movimiento en la oscuridad. ¿Se dirigía alguien hacia la puerta delantera? Destelló un relámpago. El instante de luz confirmó su observación.

Sin duda.

Se dirigió hacia la figura.

Hank estaba enfadado consigo mismo por haber dejado que Brent se marchara. Había oído cómo se abría una ventana y había supuesto que Brent había saltado por ella. No estaba bien que asumiera todos los riesgos. No quería que su nieta no llegara a conocer a su padre natural. Y su hija podría perder la oportunidad de ser feliz con el hombre al que de verdad amaba. Decidió no quedarse acurrucado tras el sofá y empezó a caminar a cuatro patas hacia la puerta principal. Quizá pudiera llegar a la camioneta. Tal vez Brent tuviera razón. Por separado, tenían más posibilidades.

Giró la llave y entreabrió la puerta. De inmediato lo recibió una ráfaga de viento cálido y lluvia. Aún agachado, salió al porche. Usó la amplia barandilla y los gruesos balaustres de madera como protección y escudriñó la oscuridad, usando los esporádicos centelleos de los relámpagos como única fuente de iluminación. No había nadie a la vista, la ranchera estaba a solo unos pasos.

Encontró las llaves y empezó a enderezarse.

Entonces una figura emergió del bosque y salió disparada hacia él.

Un relámpago.

Vio el arma, apuntándole.

Y se quedó helado.

Brent divisó el arma.

Sin pensar que podía haber otras personas ocultas entre la maleza, agarró el bate y salió corriendo desde la otra punta de la camioneta. Se le había acostumbrado ya la vista a la oscuridad y veía claramente a su objetivo. En cambio, el hombre estaba delante de la ranchera y no podía verlo a él, y el ruido de la tormenta enmascaró su avance por el camino de grava.

Empuñó el bate y se abalanzó hacia él.

Un golpe y el metal dio en el blanco, en la sien de su objetivo. El cuerpo cayó desmoronado en el barro. Se lo quedó mirando, con el bate en alto, listo para volver a golpear.

–Joder, Brent. Gracias –dijo Hank.

–Tú no sigues órdenes, ¿eh?

–¿Está muerto?

Brent se agachó. Le manaba sangre de la herida de la cabeza, que se diluía rápidamente bajo la lluvia.

–Es difícil de saber.

–¿Es De Florio?

Hizo rodar el cuerpo para ponerlo boca arriba y negó con la cabeza.

Una bala rebotó en el capó de la ranchera. No hubo réplica. Brent ya se había dado cuenta de que el arma llevaba algún tipo de silenciador. Se agachó y la agarró. Echaron a correr rodeando el lateral de la casa, en dirección al lago. Justo cuando doblaban la esquina, otra bala salió disparada de la espesura, a su espalda.

Brent apuntó el arma que llevaba en la mano y disparó hacia atrás, con un levísimo ruido seco.

–¿Adónde vamos? –preguntó Hank.

–A la barca.

Caminaron por el barro, esquivando los árboles, y echaron a correr hacia el embarcadero.

Sosteniendo en alto el arma en una mano, Brent arrancó la lona que cubría el esquife con la otra. Mientras tanto, Hank desamarraba la barca. Brent saltó en ella y rogó al cielo por que el motor

fueraborda funcionara. Si era necesario, sacaría de allí aquella cosa remando. Lo que fuera por largarse de allí. Tiró dos veces de la cuerda del motor de arranque y, milagrosamente, el motor cobró vida.

–Sube.

Hank saltó al bote.

Brent giró el mando del motor fueraborda para engranar la marcha y el esquife salió disparado del muelle, hacia el lago.

El teléfono vibró en la mano de Jon.

–Cardenal ha caído. Posiblemente muerto. Pero se han ido, en la barca, en dirección a la ubicación prevista.

No reaccionó a la noticia sobre Frank Barnard, aunque le perturbó la posible pérdida de otro colaborador avezado en el oficio. Era evidente que algo había salido mal. La idea era asustar a Reed y a Walker, dejarlos aislados, sin teléfono, y enviarlos hacia el lago. Debía parecer que habían vandalizado la casa, motivo por el cual habían roto los cristales de las ventanas a pedradas. Previamente habían comprobado subrepticiamente la barca y habían verificado que tenía combustible y funcionaba. Un medio aparentemente perfecto para huir. Y, además, un robo fácil de explicar. Ahora no había tiempo para críticas. Ya analizaría los errores más tarde.

–Ve a tu lancha y síguelos. De cerca –dijo con un tono que le dejaba absolutamente claro a Victor Jacks que tenía motivos para tenerle miedo.

–Entendido. Tienen un arma.

Estaba bien saberlo.

A quinientos metros de la orilla, al timón de una lancha, camuflado por la oscuridad y la tormenta, Jon desconectó su teléfono móvil.

Luego, esperó tranquilamente bajo la lluvia a que su presa se acercara.

Brent sacó el esquife de la cala, viró al sur y enseguida se orientó. Sabía que la rampa de botadura del condado se hallaba solo tres kilómetros al oeste, con un número infinito de puntos para desembarcar entre medio. Decidió encaminarse hacia la rampa. Era una zona muy poblada y, cuantas más personas, menos posibilidades de que De Florio y sus matones actuaran. El esquife de dos metros y medio de eslora no era la embarcación más adecuada para navegar con tormenta; su culo plano impactaba contra las olas. Hank iba sentado cerca de la proa mientras que él operaba el motor fueraborda desde la popa. Seguía empuñando el arma. Costaba ver en la distancia en ninguna dirección, de manera que navegaba por intuición, con la ayuda esporádica que proporcionaban los relámpagos.

–No es el mejor sitio para estar en medio de una tormenta eléctrica –gritó Hank.

–Le da mil vueltas al lugar en el que estábamos.

Volvió la vista atrás y vio una lancha acercándose.

Jon esperó pacientemente hasta que el esquife tomó un rumbo definido. Una vez que lo hizo, aceleró los doscientos cincuenta caballos de potencia del doble motor intraborda y salió disparado hacia delante. La profunda V del casco cortaba el agua como un cuchillo y la lancha pronto comenzó a planear sobre la superficie. Mantuvo apagadas las luces de navegación hasta estar completamente en marcha; entonces encendió la luz roja de proa.

Una indicación más que suficiente para hacerles saber que la persecución tocaba a su fin.

Jacks corrió bosque a través en dirección a una segunda lancha con casco en V varada a escasa distancia de la casa junto al lago de Leon Peacock. Saltó en ella, arrancó los dos potentes motores y salió a toda mecha persiguiendo a su jefe.

–Tenemos compañía –anunció Brent, e inmediatamente calibró la situación–. Hank, me temo que hemos sido un par de bobos. –Volvió la vista hacia el enclenque motor fueraborda de treinta y cinco caballos que apenas los empujaba por el agua–. Me preguntaba por qué no nos ha seguido nadie hasta el embarcadero. Además, esos tipos parecían tener muy mala puntería para ser asesinos profesionales.

–Tenemos un arma.

–No nos servirá de mucho. Aquí es donde De Florio quería tenernos.

–¿Crees que es él quien nos persigue?

–Seguro.

Miró a su alrededor, en busca de una casa con luces encendidas. No había ninguna a la vista.

–Nos dará alcance en unos minutos –dijo Hank.

–Está jugando con nosotros. Puede llevarnos adonde quiera. No tenemos potencia suficiente para dejarle atrás, y lo sabe.

Siguió escudriñando la orilla. De Florio estaba ya a menos de trescientos metros, y acortaba distancia.

–¿Por qué no nos tiramos al agua y nadamos? –propuso Hank–. Tal vez no pueda encontrarnos a ambos con esta tormenta.

Detrás de De Florio, otra luz roja apuntaba ahora a través de la lluvia en su dirección.

–Parece que son dos –le gritó a Hank por encima del aullido del viento.

Seguía buscando en la orilla, concentrado, cuando se iluminó. Escudriñó la oscuridad frenéticamente, rogando por que destellara un rayo, lo cual parecía una locura a juzgar por su ubicación desprotegida en medio del lago. El cielo lo recompensó con un largo relámpago que le concedió un instante para ubicar el lugar que buscaba.

Allí estaba. No podía equivocarse. Justo delante de ellos, a la izquierda.

Analizó el esquife y el diminuto motor fueraborda. Costaba estar seguro, pero podía caber.

–Agáchate –gritó.

Hank lo miró sin entender nada.

–Y no te endereces hasta que yo te diga.

Por una vez en la vida, Hank hizo caso de lo que le decía, no sin antes preguntar:

–¿Qué pretendes?

–Equilibrar la situación.

Se concentró en la línea litoral, justo delante de él, ahora a menos de cien metros de distancia. En algún momento tendría que ralentizar la marcha. Había orientado la popa con el último relámpago. Otro destello luminoso y ajustó el rumbo.

Allí estaba.

El umbral de la laguna de Brooks.

A menos de veinte metros de distancia, cada vez más cerca.

Soltó el acelerador y el motor fueraborda se apagó. Segundos más tarde, el esquife se quedó a oscuras y perdió velocidad. Sabía que el umbral de ramas de roble estaba justo delante y no podía arriesgarse a que la parte superior del fueraborda se quedara enganchada en las ramas, de manera que tiró de la palanca de retención y arrojó el motor al agua por la popa. A continuación, se abalanzó hacia delante, al lado de Hank, estirándose lo máximo posible. Justo cuando se tumbó en la base de la barca, las ramas rascaron la parte superior, lo bastante cerca como para notar su caricia.

Al emerger al otro lado, dijo:

–Saltemos.

Ambos se lanzaron al agua y él mantuvo el arma en alto para que no se mojara. Por la profundidad, supo que estaban en la laguna. El agua les llegaba a la altura de los hombros. Lideró el camino hacia la orilla y la pequeña playa que recordaba.

Salieron a tierra firme.

–Esas ramas los entretendrán lo bastante como para que nos dé tiempo a desaparecer en el bosque.

Hank aún estaba recobrando el aliento.

–No tienes que decírmelo dos veces.

Brent empezó a caminar entre los matorrales.

Seguía lloviendo a cántaros.

Escuchó el zumbido de un motor.

Se acercaba.

Se detuvo y volvió la vista.

Jon vio el esquife desaparecer en la oscura orilla.

Aminoró la marcha y se acercó con cautela al punto donde lo había visto por última vez. Siguió avanzando, entendiendo que se trataba de una de las calas. Encendió el faro delantero y vio unas ramas que se extendían por encima del agua.

Se acercaban. Rápido.

Dejó el motor en punto muerto y luego puso marcha atrás. Viró el timón con fuerza a estribor y forzó el costado de babor de la embarcación contra el agua, usando el casco para detener su impulso hacia delante. El viento también ayudó, soplando desde el norte directamente contra la proa. Se detuvo justo cuando el casco del lado de babor rozó levemente las ramas de roble que cruzaban el arroyo.

Por los pelos.

Reorientó la lancha hacia delante y escudriñó la oscuridad con el foco. Localizó el esquife vacío y luego giró el foco para intentar ubicar a sus ocupantes. No había nadie a la vista.

Pero sabía que estaban ahí.

Y que iban armados.

–Buen intento, Walker –gritó–. Fascinante. Creo que estamos en el mismo lugar donde tu padre se encontró con el Creador. ¡Qué oportuno!

Apagó las luces de posición y el foco.

No tenía sentido convertirse en un blanco fácil.

Oyó el rugido de una lancha acercándose.

Jacks vio el esquife y a De Florio desaparecer en la orilla. Asumió que ambos estaban en una cala. Barnard le había descrito antes la geografía del lugar. Recordaba la firme instrucción de De Florio de seguirlo de cerca. También recordaba el orificio en la cabeza de Milo Richey. De manera que pisó el acelerador, aumentó la velocidad y los siguió.

Jon se dio media vuelta y vio el profundo casco en V de la lancha dirigiéndose directamente hacia él. Cayó en la cuenta de que gritar no serviría de nada y se maldijo por no tener más luces encendidas. Alargó la mano para agarrar el foco e intentar alumbrar la parte de atrás y advertir a Jacks de su presencia.

No le dio tiempo.

Brent observó cómo la segunda embarcación chocaba contra la popa, aparentemente haciendo estallar los depósitos de combustible metálicos del barco de De Florio. La detonación fue instantánea y espantosa; la gasolina de la otra lancha no tardó en seguirla, con otra explosión monumental que le lanzó una ola cegadora de un calor intenso a la cara. Las dos embarcaciones ardieron entre llamas rojas y anaranjadas, bolas de fuego abrasador se elevaban en forma de hongo bajo la lluvia torrencial. Un segundo después, las llamas prendieron el follaje y avivaron el infierno. Al instante, ambas lanchas se desintegraron, junto con sus ocupantes, en medio de un incendio que convirtió la noche en día.

Hank y él se protegieron la cara del calor y de la metralla ardiendo lanzada por sendas explosiones. Las repercusiones se prolongaron otro minuto. Luego, la lluvia dominó lentamente las llamas que lamían el cielo.

–Santo cielo –exclamó Hank.

Brent también se quedó contemplando el espectáculo.

Y sonrió.

Era extraño, teniendo en cuenta que acababa de presenciar la espantosa muerte de dos hombres. Pero uno de ellos había sido directamente responsable del asesinato de su padre. Quizá el lugar en el que él se encontraba ahora hubiera sido donde De Florio aguardó aquella mañana de agosto, hacía casi dos años. El lugar en el que había esperado la llegada de su Prioridad. Como hacía su padre cada viernes por la mañana, viviendo su vida tal como predecía un expediente.

Y luego fue «procesado».

Una muerte fría e impersonal.

Algo para ayudar al balance final de la empresa, sin un solo pensamiento para las personas que quedaban atrás. Ahora el hombre que había sido la punta de lanza de ese proyecto asesino estaba muerto.

Y lo único que Brent sentía era alegría.

De repente le vinieron cuatro palabras al pensamiento.

Cobraron forma claramente en su cerebro y se regodearon en su justicia.

De Florio tenía razón unos minutos atrás, cuando había dicho: «¡Qué oportuno!».

–Va por ti, papá.

UN AÑO DESPUÉS

Brent salió por la puerta detrás de Lori Anne.

–Ve a buscar la pelota y los guantes –le dijo–. Yo voy a por mi bate. Ahora nos vemos en el jardín.

Bajó por el camino de ladrillo hacia el garaje para ir en busca del bate de metal. Era el mismo que había usado un año antes para derribar a Frank Barnard. Un recuerdo de una lluviosa noche de verano que nunca olvidaría.

Encontró el bate apoyado contra una de las paredes de estructura vista. Al cogerlo divisó la caja de pomelos de Florida vieja que había guardado en el garaje de sus padres desde el instituto y que había llegado hasta allí junto con sus otras pertenencias cuando Ashley y él habían comprado su nueva casa. La bajó del estante y la colocó sobre uno de los bancos de trabajo, a la altura de la cintura. Eran los bancos del taller de su padre, su madre había insistido en que se los llevara. Dentro había anuarios de la escuela, trofeos y otros recuerdos familiares, junto a algunos nuevos: revistas y diarios recopilados en los últimos doce meses que explicaban lo sucedido.

Miró algunos de ellos y retrocedió en el tiempo con el pensamiento.

Al alba del día siguiente a aquel fatídico lunes, Hank y él habían conseguido salir de la laguna de Brooks y se dirigieron inmediatamente a comprobar si sus familias estaban bien. Tras lidiar con las autoridades locales, condujeron hasta Atlanta y recuperaron los documentos originales que Brent había enviado al fiscal del distrito del condado de Fulton. Necesitaron una hora de explicaciones para que las fuerzas del orden entendieran todas las implicaciones de lo que les decían. Recordó cómo intentó mantener la calma, hablar con claridad y contener sus emociones, pero el recuerdo de su padre se lo dificultaba.

Finalmente, se obtuvieron órdenes de registro.

Estaba presente cuando se llevaron detenidos a Hamilton Lee y Larry Hughes. Un gran contingente de agentes estatales y federales

participaron en el arresto y el posterior registro de la Torre Azul. En paralelo a dicho arresto, el Estado de Georgia y el Gobierno de los Estados Unidos se incautaron de todos los activos propiedad de la Southern Republic Pulp and Paper Company, Hamilton Lee, Lawrence Hughes y Christopher Bozin.

Frank Barnard sobrevivió a la fractura de cráneo. Pero no quedó mucho de Jon de Florio ni del hombre que iba a bordo de la otra lancha para extraer una identificación positiva. Fue Barnard quien finalmente reveló la identidad de Victor Jacks. También se localizó una suma considerable de dinero en efectivo que De Florio había amasado a lo largo de sus años homicidas y se requisaron sus cuentas en bancos en paraísos fiscales, que se añadieron a las incautaciones del Gobierno.

El botín final fue asombroso.

El alijo incluía la papelera, la fábrica de bolsas, aserraderos, almacenes, depósitos de madera, miles de hectáreas de pinos, la Torre Azul, Hickory Row, mansiones, propiedades en la playa, cabañas en las montañas, parcelas inmobiliarias diseminadas por todo el mundo, inmensas cantidades de dinero en efectivo, acciones bursátiles y bonos, una flota de camiones, maquinaria pesada, coches, un *jet* privado, todas las empresas subsidiarias y auxiliares que Lee, Hughes y Bozin habían acumulado en el condado de Woods y sus alrededores, además de en otros lugares, y multitud de pertenencias personales, incluidos varios objetos de colección muy preciados.

El monto total superaba los cinco mil millones de dólares.

Hojeó unos cuantos periódicos y recordó el acalorado debate público que siguió acerca de qué hacer con todo ello. Recordó lo que Bozin le había advertido en su confesión, alegando que todos los activos deberían devolverse a los empleados de la empresa, tanto pasados como presentes. Hubo quien defendió que deberían repartirse exclusivamente entre las familias de las víctimas. Para hacer valer sus reclamaciones, familia tras familia interpusieron demandas, sepultando los tribunales de Georgia bajo una avalancha de reclamaciones. Eran tantas que, al cabo de pocos meses, cerca de doscientos litigios pusieron en riesgo la viabilidad de la empresa,

pese a la existencia de esos activos por valor de cinco mil millones de dólares.

Pero una retorcida paradoja solucionó el dilema.

El Programa Prioridad se había implementado con un éxito sin parangón. Había sido tan eficaz que resultaba difícil determinar de manera fehaciente qué empleados habían sido «procesados» y cuáles habían muerto por causas naturales. Amparado por la Quinta Enmienda, Frank Barnard se negó a testificar sobre cualquiera de sus acciones personales. Brent recordó al abogado de un demandante que representaba a los herederos de un nombre que el propio Bozin había verificado que se había procesado y que, creyéndose más listo que los demás, solicitó exhumar el cuerpo de su finado. Pero la autopsia practicada no reveló nada que demostrara que la causa oficial de su muerte, fallo cardíaco, se hubiera inducido químicamente. Otras demandas toparon con escollos similares y, sin una prueba irrefutable de causalidad, muchas de ellas se fueron a pique.

Contempló una fotografía suya aparecida en el *Atlanta Constitution*. Acompañaba a un artículo en portada publicado el otoño anterior, cuando dio una rueda de prensa para presentar el plan que finalmente fue aceptado por el tribunal de quiebras federal.

Todos los activos, tanto los de la empresa como los de sus accionistas, se reintegraron a la corporación. Entonces se emitieron acciones para todos los empleados, tanto pasados como presentes. Si el empleado había muerto, la acción pasaba a sus herederos. Los activos innecesarios, como el avión privado, las mansiones, Hickory Row y la mayoría de los lujos de los que los propietarios se habían rodeado, se vendieron, y el capital obtenido se canalizó a la empresa y en parte se usó para pagar dividendos a los nuevos accionistas. El reparto de las acciones entre todos los empleados llevaba adjunta la retirada de todas las demandas, cosa que permitió a la Southern Republic Pulp and Paper Company seguir funcionando, ahora convertida en la mayor empresa propiedad de los trabajadores de todo el país.

Pese a que quedó claro que ningún alto cargo, más allá de los tres dueños y De Florio, tenía conocimiento de lo ocurrido, los

empleados, y ahora accionistas, se apresuraron a exigir una purga de la nueva junta de doce directivos. El factor de la confianza se había perdido de manera irrevocable. De manera que todos los altos y medios cargos fueron despedidos sumariamente. Brent fue la única persona que la empresa retuvo, ascendido al puesto de asesor jurídico. Se sentía mal, porque esos hombres y esas mujeres que formaban parte de la dirección también eran víctimas, pero poco podía hacerse por salvarlos. La nueva junta ofreció a Hank el cargo de director de relaciones laborales. Contaba con la férrea confianza de los trabajadores. Pero su viejo amigo declinó la oferta y prefirió permanecer entre las filas de los obreros y enmendar sus errores pasados.

Hamilton Lee y Larry Hughes fueron a prisión. La supervivencia de Frank Barnard comportó la existencia de un testigo que pudo verificar al menos parte de las acusaciones de Bozin. Se llegó a un acuerdo de culpabilidad con Barnard para que testificara, mientras que, irónicamente, una vez que todos sus respectivos bienes fueron confiscados, ni Lee ni Hughes pudieron permitirse abogados de prestigio. Al final, sus abogados de oficio cerraron también pactos de culpabilidad. Un juez federal de Savannah los sentenció a varias cadenas perpetuas, a las que sumó condenas adicionales por diversos cargos menores. Ninguno de los dos viviría para ser libre de nuevo. Tampoco Barnard. Lo mataron a palos en la cárcel del condado de Chatham mientras esperaba la sentencia definitiva.

Justicia divina.

–¿Qué haces?

Se volvió.

Ashley estaba en la puerta del garaje. Contempló a su esposa, con sus vaqueros cortos deshilachados y su jersey de los Jacksonville Jaguars. Casi un año de matrimonio le había sentado de maravilla.

Ashley se le acercó.

–Recordando –contestó él.

Ashley cogió una de las revistas. Un ejemplar del *US News & World Report* con un artículo en portada que proclamaba a Brent y Hank Reed como las últimas Prioridades.

–Supongo que lo fuimos –dijo él.

–Quizá. Pero, en realidad, el último fue Bozin.

Recordó al viejo con el pelo plateado. Un monstruo, sin lugar a dudas. Pero, al parecer, un monstruo que al final tuvo conciencia, aunque mínima.

–Menudo año –dijo Ashley.

Desde luego, y no solo para él. Ashley había dejado su empleo en correos y desde entonces se había dedicado en cuerpo y alma a organizar acciones para apoyar a las familias de las Prioridades. Dirigía una de las organizaciones más importantes, la Fundación de Herederos de la Southern Republic, y estaba muy orgullosa de su trabajo. Brent alargó la mano y le acarició el rubio cabello. Ella se acercó. Se besaron.

–¿Cómo te sientes? –le preguntó él.

–Distinta.

Estaba embarazada de dos meses. Decidieron que tener otro hijo sería algo bueno. Lori Anne se había adaptado bien, había asimilado la noticia de que Brent era su padre biológico. Manley Simmons seguiría formando parte de su vida, ahora reconvertido en el «tío Manley». Todo el mundo parecía contento con la nueva situación.

–Papá –dijo Lori Anne.

Se volvieron para mirarla, fuera del garaje.

–Se suponía que ibas a por el bate. No a besuquearos.

–Pero me gusta besuquear a tu madre.

–¿Puedes venir ya?

Miró a su mujer.

–Tengo que irme.

Cogió el bate y se dirigió con paso decidido al patio de atrás. Su regreso a Concord había sido agridulce. Pero quizá hubiera salido algo bueno de todos aquellos años de errores. Lo único que ahora quería era construir una vida para su mujer, su hija y su hijo en camino. Vivían solo a un par de manzanas de su madre, en una calle arbolada salpicada de elegantes casas de madera victorianas y viviendas de ladrillo de dos plantas de corte más moderno. Su casa era una de las más antiguas. Se la habían comprado a una familia que abandonó rápidamente la zona una vez que se supo la verdad. Necesitaba desesperadamente reparaciones, una renovación

integral, pero no estaba mal. Su padre lo había hecho por él y él también tenía intención de construir un hogar para sus hijos.

Su madre estaba bien, disfrutando de su nieta y entusiasmada con la llegada de su nuevo nieto. Brent esperaba de corazón que le quedaran más años buenos. Habían descubierto que un médico de Savannah le había diagnosticado a su padre una forma rara de leucemia. La empresa lo sabía porque tenía acceso a su historial médico. El tratamiento iba a comportar gastos astronómicos, así que, antes de que Brian Walker reuniera siquiera el valor para decírselo a su mujer, lo habían convertido rápidamente en una Prioridad y lo habían matado.

Brent seguía sintiendo arrebatos de ira esporádicos. Pero, en general, se sentía liberado, tranquilo, en paz y a las riendas de su vida, como si todos los tabúes e ideas delirantes que lo habían aplastado durante tantos años finalmente se hubieran hecho añicos. De vez en cuando se aventuraba a cruzar el lago Eagle en el viejo esquife de aluminio. A veces solo. Otras, con Ashley y Lori Anne. Esperaba que, con el tiempo, sus hijos exploraran todos sus recovecos y acabaran conociéndose aquel lago tan bien como él. Y aunque las explosiones habían destruido el umbral de ramas de la laguna de Brooks y la habían hecho fácilmente accesible, no pensaba volver allí. No podía explicar por qué.

Lo único que sabía es que prefería no perturbar a los fantasmas del bien y del mal que merodeaban en aquellas orillas.

Nota del autor

Esta novela de suspense tuvo una evolución fascinante. La escribí originalmente en 1992, el segundo manuscrito que completé. En aquel entonces, la novela de John Grisham *La tapadera* era muy popular y resulta fácil apreciar su influencia en esta historia. Sin embargo, yo no llegué a enviar *La lista* a ninguna editorial. No me parecía que tuviera calidad suficiente para publicarse, así que acabó en un cajón. A lo largo de los años, le fui echando un vistazo de vez en cuando, leyendo fragmentos sueltos. La idea de una empresa autoasegurada ubicada en una pequeña población de Georgia que controlaba sus gastos mediante el asesinato me seducía. Entonces, en 2010, con la aprobación de la Ley de Asistencia Sanitaria Asequible, la idea pareció cobrar un nuevo significado. Durante el confinamiento por la COVID, en 2020, decidí revisar el manuscrito.

Y me volvieron los recuerdos.

Ejercí como abogado durante treinta años en St. Marys, Georgia, una pequeña población sureña donde, durante décadas, la principal empresa era una fábrica de papel. Entre las décadas de 1940 y 1980, St. Marys fue sin lugar a dudas una ciudad corporativa. A mediados de los años ochenta representé al sindicato de electricistas local de la papelera, un empleo que comportaba gestionar las demandas de los empleados, ayudar en las negociaciones de los convenios y tratar los problemas de los afiliados.

Fueron muchas las batallas.

Finalmente, a finales de los años ochenta, la empresa decidió contratar mis servicios. Así que, como Brent Walker, cambié de equipo. Por supuesto, aquella empresa papelera del mundo real no aplicaba ningún Programa Prioridad. No se asesinaba a nadie para incrementar los beneficios. La idea se me ocurrió un día, durante

una vista de un procedimiento conciliatorio. Me pregunté: «¿Qué pasaría si a la empresa no le importaran las garantías procesales? ¿Si, en lugar de litigar, eliminara de manera permanente los problemas que surgieran?».

Así nació *La lista.*

Me emociona que finalmente esta historia vea la luz. Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mi editor, Ben Sevier, de Grand Central, y a Simon Lipskar, mi agente, por creer en esta novela. Además, como siempre, quiero darle las gracias a mi esposa, Elizabeth, por su aliento inquebrantable y por su ojo experto como revisora.

Las ciudades papeleras del sur de los Estados Unidos fueron en su día una institución, si bien muchas de ellas ahora ya han desaparecido. La papelera de St. Marys cerró sus puertas en 2001 y sus edificios acabaron demoliéndose. El dueño original, gran parte de los altos cargos y una cantidad considerable de sus más de novecientos empleados ya no están entre nosotros. Mientras reescribía esta historia, recordé a muchos de ellos con cariño.

Pero hay alguien que sí nos acompaña aún. Su nombre es Richard «Larry» Daley. Hank Reed está inspirado en él. No en todos los detalles, pero sí en los más importantes. Larry siempre fue un tipo increíble. Durante décadas fue el secretario general del sindicato de electricistas y ejerció también como alcalde de St. Marys durante muchos mandatos. Defendió con vehemencia a los afiliados a su sindicato (y a sus electores) y era un hombre temido a la par que respetado por la empresa. Aprendí mucho de él. Ahora bien, existe una diferencia remarcable entre Larry y Hank. En esta historia, la mujer de Hank lo deja por otro hombre. En la vida real, Marlene, la esposa de Larry durante más de cincuenta años, fue una santa, querida por todos, yo incluido, y sobre todo por Larry. Por desgracia, falleció en 2016. Perdóname, Marlene, pero para esta historia Hank tenía que estar soltero. Aun así, su enamorada se llama Marlene Rhoden, el nombre de soltera de Marlene Daley.

Para la ubicación, escogí un lugar unos doscientos cincuenta kilómetros al norte de St. Marys, en la Georgia central. Pero

configuré la papelera inspirándome en la que en su día existió en St. Marys (y que recorrí muchas veces).

El lago Eagle es producto de la fantasía, pero hay pantanos artificiales parecidos diseminados por toda Georgia. Y la Torre Azul es creación mía, pero el Altar de la Inmaculada Concepción sigue en pie en el corazón de Atlanta.

La historia acerca de cómo domó Qin Shi a sus enemigos con palacios lujosos y los vigiló mediante criados que hacían las veces de espías es cierta. La descubrí en 2008, mientras escribía *The Emperor's Tomb* y la incorporé en esta versión revisada. Para los fans de Cotton Malone (y mis otros *thrillers* independientes y novelas cortas en los que la historia es un elemento clave), no he podido resistir la tentación de añadir unas gotas de pasado a estas páginas.

St. Marys ya no es una ciudad corporativa. En la década de 1980 se instaló allí la inmensa base naval de submarinos Kings Bay, que cambió la demografía de la región para siempre. En el transcurso de las cuatro décadas siguientes, la población del condado de Camden pasó de doce mil a más de cincuenta mil habitantes. El cierre de la papelera en 2001 dejó a cerca de mil personas en el paro. Fue un hecho traumático, por decirlo suavemente. Yo presidía la comisión del condado en aquella época y la empresa era la principal contribuyente. Se necesitaron varios años para que todo el mundo aprendiera a vivir sin ella.

Pero, por suerte, sobrevivimos.

Elizabeth nació y creció a escasos kilómetros de St. Marys. Dos de mis hijos, dos nietos y la mayor parte de la familia de Elizabeth siguen viviendo allí.

Y aunque nosotros ahora residimos en otra parte, como Brent Walker, rara vez ese lugar que durante tanto tiempo llamamos hogar se ausenta de nuestros pensamientos.

Table of Contents

Medió Título
Título
Créditos
Dedicatoria
Dos años Atrás
    Prólogo
Presente
    DÍA 1 Martes, 6 de Junio
    DÍA 2 Miércoles, 7 de Junio
    DÍA 3 Jueves, 8 de Junio
    DÍA 4 Viernes, 9 de Junio
    DÍA 5 Sábado, 10 de Junio
    DÍA 7 Lunes, 12 de Junio
    DÍA 8 Martes, 13 de Junio
    DÍA 10 Jueves, 15 de Junio
    DÍA 12 Sábado, 17 de Junio
    DÍA 14 Lunes, 19 de Junio
    DÍA 15 Martes, 20 de Junio
    DÍA 16 Miércoles, 21 de Junio
    DÍA 17 Jueves, 22 de Junio
    DÍA 18 Viernes, 23 de Junio
    DÍA 19 Sábado, 24 de Junio
    Último día Lunes, 26 de Junio
Un año Después
Nota del autor